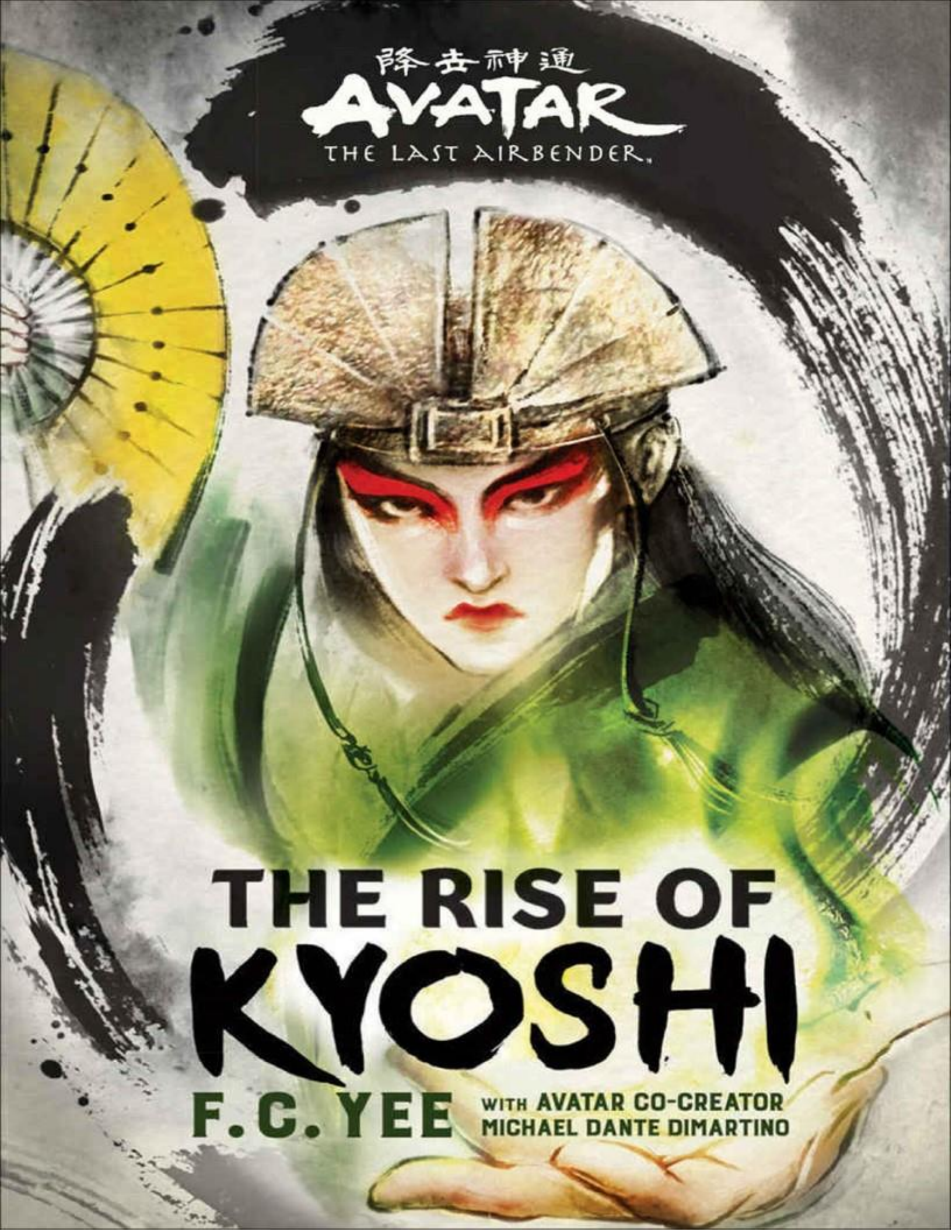
降去神通

AVATAR

THE LAST AIRBENDER.



THE RISE OF KYOSHI

F.C. YEE WITH AVATAR CO-CREATOR MICHAEL DANTE DIMARTINO

降世神通

AVATAR

THE LAST AIRBENDER

THE RISE OF KYOSHI

F. C. YEE WITH AVATAR CO-CREATOR MICHAEL DANTE DIMARTINO

AMULET BOOKS · NEW YORK

EL ASCENSO DE KYOSHI

TRADUCCIÓN:
DIANA VAQUERA

*nota del traductor

Siendo una gran fan del *Universo Avatar* quise darme a la tarea de traducir este libro, esperando que llegue a muchos otros fanáticos de este mismo universo.

Todo ello sin fines de lucro.

Este es mi tributo a los creadores de esta serie y los demás contenidos a quienes agradezco por todo lo que hacen para nosotros sus fanáticos.

En este libro, vemos la cara de Kyoshi que no conocíamos, al leer cada parte y ser testigo de sus experiencias yo solo pensaba en aquella frase que nos regaló el tío Iroh al hablar con Zuko; *El destino es algo extraño, nunca se sabe cómo van a resultar las cosas: pero si mantienes tu mente y corazón abiertos, te prometo que encontraras tu propio destino algún día.*

Sin duda el leer esta novela marca una diferencia en la perspectiva que se tiene de Kyoshi. Volviéndola una de nuestras favoritas y haciendonos amar aún más a este personaje del *Universo Avatar*.

Gracias y disfruten de este libro.

DIANA BAZALDUA VAQUERA

NOTA DEL PUBLICADOR: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivos o muertos, establecimientos de negocios, eventos o lugares es totalmente coincidente.

Se han solicitado datos de catalogación en publicación que se pueden obtener de la Biblioteca del Congreso.

ISBN 978-1-4197-3504-2
ISBN (edición B&N/Indigo) 978-1-4197-3991-0 eISBN: 978-1-68335-533-5

© 2019 Viacom International Inc. Todos los derechos reservados. Nickelodeon, Nickelodeon Avatar: The Last Airbender y todos los títulos, logotipos y personajes relacionados son marcas comerciales de Viacom International Inc.

Ilustraciones de portada por Jung
Shan Chang Book diseño por Hana
Anouk Nakamura

Publicado en 2019 por Amulet Books, una impronta de ABRAMS. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, mecánico, electrónico, fotocopiado, grabación, o de otra manera, sin el permiso por escrito del editor.

Los Amulet Books están disponibles con descuentos especiales cuando se compran en cantidad para primas y promociones, así como para recaudar fondos o uso educativo. También se pueden crear ediciones especiales según las especificaciones. Para obtener más información, póngase en contacto con specialsales@abramsbooks.com o con la siguiente dirección.

Amulet Books® es una marca comercial registrada de Harry N. Abrams, Inc.

ABRAMS El arte de los libros
195 Broadway, Nueva York, NY
10007

abramsbooks.com

ÍNDICE

PRÓLOGO 7
LA PRUEBA 8
NUEVE AÑOS DESPUÉS 16
EL CHICO DE MAKAPU 22
TRABAJO HONESTO 28
REVELACIONES 34
PROMESAS 40
EL ICEBERG 44
LA FRACTURA 65
MEDIDAS DESESPERADAS 71
EL ESPÍRITU 76
LA HERENCIA 87
LA DECISIÓN 93
ADAPTACIÓN 97
LA INTRODUCCIÓN 101
ESCAPE 113
EL ACUERDO 122
OBLIGACIONES 133
LA CIUDAD 141
LA BESTIA 160
LOS MAESTROS DEL AVATAR 165
PREPARATIVOS 175
CONCLUSIONES 182
PREGUNTAS Y MEDITACIONES 189
EL ROSTRO DE LA TRADICIÓN 196
LA INCURSIÓN 200
EL RETO 212
DEUDAS 220
RECUERDOS 224
LA EMBOSCADA 227
DESPEDIDAS 233
EL REGRESO 238
APARICIONES 248

EL ASCENSO DE KYOSHI

PRÓLOGO

Cualquier historia de una precuela presenta un desafío único, no importa si es uno ambientado en un universo canónico ficticio como el de *Avatar: El último maestro aire*. ¿Un error común de las precuelas? Desde que el lector ya sabe cómo las cosas resultan eventualmente, están un paso por delante del héroe. Esto está bien, sin embargo, una precuela puede expandir y profundizar un mundo de fantasía amado, explorando su historia y personajes de nuevas maneras. Este es el caso de *El ascenso de Kyoshi*.

Los lectores familiarizados con la serie original de Nickelodeon podrían recordar que Avatar Kyoshi era una leyenda, incluso entre el impresionante panteón de Avatares. Pero ¿cómo se convirtió en una mujer dedicada a luchar contra la injusticia en todo el mundo? ¿Y por qué sus enemigos le temían tanto? Estas fueron las preguntas que quedaron inexploradas. En mis primeras conversaciones con F. C. Yee, discutimos algunas tramas posibles, pero también nos preguntamos: ¿Qué tipo de personaje es Kyoshi? ¿Qué la impulsa y qué tipo de eventos en su pasado podrían haberla hecho convertirse en una figura tan legendaria?

No envidiaba de Yee el desafío de abordar estas preguntas. Sabía que tendría que jugar dentro de las convenciones de un mundo ya establecido, al mismo tiempo que lo marcaría con su propio sello creativo. Y el universo Avatar no tiene escasez de "elementos imprescindibles". En primer lugar, debes tener un Avatar —el ser reencarnado que tiene la capacidad de manipular o controlar los cuatro elementos, que tiene una conexión con el misterioso Mundo Espiritual, y que se ocupa de los conflictos entre las Tribus del Agua, el Reino Tierra, la Nación del Fuego y los Nómadas Aire. El Avatar no puede hacer todo esto solo y por lo tanto también debe tener un grupo central de maestros y amigos—un Equipo Avatar, como nos gusta llamarlo. El conflicto político también es una necesidad: ya sea una guerra mundial o una revolución, el Avatar inevitablemente termina en el centro de la lucha antes de que él o ella esté listo. Y, por supuesto, nunca faltan batallas épicas.

Aunque todos los avatares comparten ciertos ritos de iniciación —como dominar los cuatro elementos— cada uno debe tener un viaje único y enfrentar diferentes desafíos personales y políticos en su camino para convertirse en un Avatar plenamente realizado. En *El ascenso de Kyoshi*, nos encontramos con una joven muy diferente a la de la leyenda que se convertirá, que nos preguntamos cómo podría transformarse en una figura tan notable. No es una gran maestra tierra. La gente ni siquiera cree que sea el Avatar al comienzo del libro —una gran presunción de parte de Yee— y que proporciona el centro del conflicto de toda la novela.

Confiar a otro escritor un mundo y personajes que ayudé a crear siempre me llena de ansiedad. En las manos equivocadas, puede ser una experiencia desalentadora. Pero cuando leí *El ascenso de Kyoshi* por primera vez, inmediatamente me atrajo la historia y me atrajeron sus nuevos personajes y su pasado. Estaba ansioso por seguir leyendo para averiguar cómo Kyoshi superaría todos los obstáculos en su camino (y vaya que Yee lanza muchos de ellos).

Trabajar en este proyecto con todos los involucrados ha sido un placer, y no podría estar más emocionado por esta encarnación del universo Avatar.

Michael Dante DiMartino.

LA PRUEBA

El puerto de Yokoya era una ciudad fácil de pasar por alto.

Situado en el borde de la isla Cola de Ballena, *podría* haber sido un importante punto de reabastecimiento para los barcos que salen de uno de los muchos puertos que abastecían a Omashu. Pero los fuertes y fiables vientos predominantes hicieron que fuera demasiado fácil y rentable para los comerciantes que viajaban hacia el sur, pasar de largo y llegar directamente a la Gran Isla de Shimsom.

Jianzhu se preguntaba si los lugareños sabían o les importaba que los barcos cargados de riquezas navegaran tentadoramente cerca, mientras que estaban atrapados hasta los codos en la cavidad de otro elefante Koi. Sólo una peculiaridad del destino y el clima mantuvo lejos montones de oro, especias, libros preciosos y pergaminos de aterrizar en su puerta. En cambio, su suerte eran las tripas de pescado. Una gran cantidad de fauces y branquias.

El lado terrestre era aún menos prometedor. El suelo de la península se hacía delgado y rocoso a medida que se extendía más lejos del mar. Había perturbado a Jianzhu ver campos de cultivo tan escasos y calvos como el camino que había cabalgado a través del campo a la ciudad por primera vez. Las tierras de cultivo carecían de la abundancia volcánica salvaje del valle de Makapu o la productividad cuidadosamente ordenada del Anillo Exterior de Ba Sing Se, donde el crecimiento se inclinó a la voluntad exacta de los planificadores del rey. Aquí, un granjero tendría que estar agradecido por cualquier sustento que pudieran sacar de la tierra.

El asentamiento estaba en la intersección de tres naciones diferentes—Tierra, Aire y Agua—. Y, sin embargo, nadie lo había reclamado. Los conflictos del mundo exterior tuvieron poco impacto en la vida diaria de los Yokoyanos.

Para ellos, los estragos del levantamiento de los Cuellos Amarillos en el interior profundo del Reino Tierra eran historias menos interesantes que la del bisonte volador descarriado que se había soltado en Templo del Aire y derribó los techos de los tejados la semana pasada. A pesar de ser marineros, probablemente no podrían nombrar a ninguno de los temidos líderes piratas que tallan las aguas orientales en desafío abierto a la marina de Ba Sing Se.

Con todo, el puerto de Yokoya bien podría no haber estado en el mapa. Lo que significaba —para el pequeño experimento desesperado y sacrílego de Jianzhu y Kelsang— que era perfecto.

Jianzhu caminó cuesta arriba en la húmeda y sucia nevada, con el cuello picándole por la capa de paja alrededor de sus hombros. Pasó el pilar de madera que marcó el centro espiritual de este pueblo sin mirlarlo siquiera. No había nada en los lados o en la parte superior de éste. Era sólo un tronco desnudo puesto en posición vertical en el suelo de un patio circular. No estaba tallado con ninguna decoración, que parecía perezoso para un pueblo donde casi todos los adultos tenían un conocimiento de trabajo de carpintería.

Si, el mensaje a regañadientes iba cualquier espíritu cercano. *Espero que estén contentos.*
Casas desgastadas bordearon la amplia avenida erosionada, asomandose abruptamente al aire como puntas de lanza. Su destino era la sala de reuniones de dos pisos más grande al final. Kelsang

había establecido una tienda allí ayer, diciendo que necesitaba tanto espacio como fuera posible para la prueba. También había afirmado que la ubicación disfrutaba de algunas corrientes de viento auspiciosas, usando el método muy solemne y santo de lamer su dedo y sostenerlo en el aire.

Lo que sea que ayudara. Jianzhu envió una oración rápida al Guardián del Registro Divino mientras se quitaba las botas de nieve, las colocaba en el porche y se agachaba a través de las cortinas de las puertas.

El interior de la sala era sorprendentemente grande, con esquinas lejanas cubiertas de sombras y paredes de tablones gruesos cortados de lo que deben de haber sido árboles realmente grandes. El aire olía a resina. Diez paños amarillos muy largos y descoloridos se extendían por las tablas desgastadas. Una fila de juguetes yacía sobre cada uno, espaciados uniformemente como un semillero.

Un silbato para bisontes, una bola de mimbre, una mancha deforme que podría haber sido un pato tortuga de peluche, un resorte de ballena en espiral, uno de esos tambores sonajero que hacían ruido al girarlo de un lado a otro entre tus palmas. Los juguetes parecían tan desgastados y golpeados como el exterior de este edificio.

Kelsang se arrodilló en el otro extremo de las telas. El monje maestro aire estaba ocupado colocando más chucherías con una precisión y cuidados que rivalizaban con un acupunturista poniendo sus agujas. Como si importara si el barco en miniatura navegaba hacia el este o hacia el oeste. Se quedó de rodillas, arrastrando su gran volumen hacia los lados, sus ondulantes túnicas naranjas y su barba negra nervuda colgando tan bajo que hicieron otro barrido sobre un piso que ya había sido limpiado.

—No sabía que había tantos juguetes —le dijo Jianzhu a su viejo amigo. Vio un gran mármol blanco que se veía demasiado cerca del borde de la tela y, con una elegante extensión de su muñeca, lo levito con Tierra Control delante de Kelsang. Se cernía como una mosca, esperando su atención.

Kelsang no levantó la vista mientras tomaba el mármol del aire y lo ponía de nuevo en su lugar.

—Hay miles. Te pediría que me ayudes, pero no lo harías bien.

La cabeza de Jianzhu dolió ante la declaración. En este punto ya habían dejado de *hacerlo bien.*

—¿Cómo cambiaste la opinión del abad Dorje acerca de darte las reliquias? — Preguntó.

—De la misma manera que convenciste a Lu Beifong de dejarnos administrar la prueba de Nomada Aire en el Ciclo de la Tierra—, dijo Kelsang con calma mientras re-centraba una tapa de madera—. No lo hice.

Como un cierto amigo suyo de la Tribu Agua siempre dijo, era mejor pedir perdón que esperar permiso. Y en lo que a Jianzhu se refiere, el tiempo de espera había pasado hace mucho.

Cuando el Avatar Kuruk, el guardián del equilibrio y la paz en el mundo, el puente entre los espíritus y los humanos falleció a la edad madura de treinta y tres —*¡treinta y tres! la única vez que Kuruk había estado temprano para cualquier cosa*— se convirtió en el deber de sus amigos, sus profesores y otros maestros control prominentes encontrar el nuevo Avatar, reencarnado en la siguiente nación del ciclo elemental. Tierra, Fuego, Aire, Agua, y luego Tierra de nuevo, un orden tan inmutable como las estaciones. Un proceso que se remonta a casi mil generaciones antes de Kuruk, y que con suerte continuaría por mil más.

Excepto que esta vez, no estaba funcionando.

Habían pasado siete años desde la muerte de Kuruk. Siete años de búsqueda infructuosa. Jianzhu había analizado todos los registros disponibles de las Cuatro Naciones, que se remontan a cientos de años atrás, y la caza del Avatar nunca había flaqueado así en la historia documentada.

Nadie sabía por qué, aunque los ancianos venerados intercambiaban conjeturas a puerta cerrada. El mundo era impuro y había sido abandonado por los espíritus. El Reino Tierra carecía de cohesión, o tal vez fueron las Tribus Agua en los polos las que necesitaban unificarse. Los Nómadas Aire tuvieron que bajar de sus montañas y ensuciarse las manos en lugar de predicar. El debate continuaba y continuaba.

Jianzhu se preocupaba menos por repartir culpas y más por el hecho de que él y Kelsang habían defraudado a su amigo de nuevo. El único decreto serio de Kuruk antes de partir del mundo de los vivos fue que sus compañeros más cercanos encontraran al próximo Avatar y debían hacerlo bien. Y hasta ahora habían fracasado. Espectacularmente.

En este momento, debería de haber un feliz y burbujeante Avatar de la Tierra de siete años al cuidado de su amorosa familia, siendo vigilado por una colección de los mejores y sabios maestros control del mundo. Un niño en proceso de prepararse para la asunción de sus deberes a la edad de dieciséis años. En cambio, sólo había un vacío que se hacía más peligroso día a día.

Jianzhu y los otros maestros hicieron todo lo posible para mantener al Avatar desaparecido en secreto, pero fue inútil. Los crueles, los hambrientos de poder, los sin ley —las personas que normalmente tenían más que temer del Avatar— estaban empezando a sentir que las escalas cambiaban a su favor. Al igual que los tiburones de arena que responden a las más mínimas vibraciones en el instinto puro, probaron sus límites. Sondeaban nuevos terrenos. El tiempo se acababa.

Kelsang terminó de establecerse cuando golpearon los gongs del mediodía. El sol era lo suficientemente alto como para derretir la nieve del techo, y el flujo de goteo del agua acariciaba el suelo como una lluvia ligera. Las siluetas de los aldeanos y sus hijos haciendo cola para la prueba se podían ver afuera a través de las ventanas de papel. El aire estaba lleno de charlas emocionadas.

No más esperas, pensó Jianzhu. *Esto sucederá ahora*.

Los Avatares de la Tierra fueron tradicionalmente identificados por la geomancía direccional, una serie de rituales diseñados para segmentar a través de la nación más grande y poblada de las cuatro de la manera más eficiente posible. Cada vez que un conjunto especial de trigramas hechos de huesos eran lanzados e interpretados por los Maestros Tierra, la mitad del reino era descartado como ubicación del Avatar recién nacido. Luego del territorio restante, otra mitad, y luego otra mitad de nuevo. Los posibles lugares se fueron reduciendo hasta que los buscadores eran llevados a la puerta del niño Avatar de la Tierra.

Era una forma rápida de cubrir territorio y totalmente adecuado para la manera de pensar de la Tierra Control. Era cuestión de logística, simple hasta el punto de ser brutal. Y normalmente funcionó en el primer intento.

Jianzhu había sido parte de expediciones enviadas por los huesos a campos estériles, cavernas de gemas vacías debajo de Ba Sing Se, un parche del desierto de Si Wong tan seco que ni siquiera

los maestros arena se molestaron por él. Lu Beifong había leído los trigramas, el rey Buro de Omashu le dio una oportunidad, Neliao el jardinero tomó su turno. Los maestros se dirigieron a través de la jerarquía de la tierra hasta que Jianzhu acumuló su parte justa de faltas también. Su amistad con Kuruk no le compró privilegios especiales cuando se trataba del siguiente Avatar.

Después de que el último intento lo había colocado en un iceberg en el Polo Norte con sólo focas tortuga como posibles candidatos, Jianzhu se abrió a sugerencias radicales. Una conmiseración ebria con Kelsang generó una nueva idea prometedora. Si los métodos del Reino Tierra no funcionaban, ¿Por qué no probar el método de otra nación? Después de todo, ¿No era el Avatar, el único maestro de los cuatro elementos, un ciudadano honorario del mundo entero?

Es por eso que, los dos se limpiaron las narices con la tradición y probaban la forma de los Nómadas Aire para identificar al Avatar. Yokoya sería una carrera de práctica, un lugar seguro, lejos de la agitación de la tierra y el mar donde podían tomar notas y solucionar problemas. Si en Yokoya todo iba sin problemas, podían convencer a sus ancianos para que expandieran la prueba más lejos a lo largo del Reino Tierra.

El método de los Nómadas Aire era simple, en teoría. De los muchos juguetes dispuestos, sólo cuatro pertenecían a Avatares de épocas pasadas. Cada niño de siete años de la aldea era traído y se presentaba a la deslumbrante variedad de juguetes. El que se sintiera atraído por los cuatro juguetes especiales como un recuerdo de sus vidas pasadas sería el Avatar renacido. Un proceso tan elegante y armonioso como los propios Maestros Aire.

En teoría.

En la práctica, era un caos. Puro y desquiciado. Fue un desastre tal que las Cuatro Naciones nunca habían presenciado.

Jianzhu no había pensado en lo que podría pasar después de que a los niños que no pasaron la prueba se les dijo que dejaran atrás sus selecciones y dejaran espacio para el siguiente candidato. ¡Las lágrimas! ¡El lamento, los gritos! ¿Tratando de alejar los juguetes de los niños que sólo momentos antes se les había prometido que podían tener bajo su elección? No había fuerza en la existencia más fuerte que la furia justa de un niño al ser robado.

Los padres eran peores. Tal vez los cuidadores de los Nómadas Aire manejaban el rechazo de sus jóvenes con gracia y humildad, pero las familias de las otras naciones no estaban formadas por monjes y monjas. Especialmente en el Reino Tierra, donde todas las apuestas salieron una vez que llegaron a lazos de sangre. Los aldeanos con los que había compartido saludos amistosos en los días previos a la prueba se convirtieron en lombrices de cañón gruñendo una vez que les habían dicho que su precioso Jae o Mirai no era de hecho el niño más importante del mundo, como supieron en secreto todo el tiempo. Más de unos pocos juraron fuerte y claro que habían visto a sus hijos jugar con espíritus invisibles o manejar la tierra y el aire al mismo tiempo.

Kelsang intentaría tranquilizarlos suavemente.

—¿Está seguro de que su hijo no estaba manejando la tierra durante una brisa normal? ¿Está seguro de que el bebé no estaba simplemente… jugando?

Algunos no podían aceptar esa insinuación. Especialmente el capitán del pueblo. Tan pronto como pasaron por encima a su hija —Aoma, o algo así— ella les había dado una mirada de desprecio absoluto y exigió ver a un maestro de alto rango.

Lo siento, señorita, Jianzhu pensó después de que Kelsang pasó casi diez minutos hablando con ella. *No todos podemos ser especiales.*

—¡Por última vez! ¡No voy a negociar un salario con usted! —Jianzhu gritó a un granjero particularmente insistente—. ¡Ser el Avatar no es una posición pagada!

El hombre a penas y se encogió de hombros.

—Suena como una pérdida de tiempo entonces. Tomaré a mi hija y me iré.

Por el rabillo del ojo, Jianzhu atrapó a Kelsang agitando frenéticamente sus manos, haciendo una señal de corte en el cuello. La niña había vagado hacia el juguete volador que una vez había entretenido a un antiguo Avatar y lo estaba mirando atentamente.

Huh. No tenían la intención de obtener un resultado genuino hoy. Pero elegir el primer artículo correctamente ya era improbable. Demasiado improbable para arriesgarse a parar ahora.

—Bien —dijo Jianzhu. Esto tendría que salir de su propio bolsillo—. Cincuenta monedas de plata al año si ella es el Avatar.

—Sesenta y cinco monedas de plata al año si ella es el Avatar y diez si no lo es.

—¡¿POR QUÉ TE PAGARÍA SI ELLA *NO* ES EL AVATAR?! — Jianzhu rugió.

Kelsang tosió y golpeó fuerte en el suelo. La chica había recogido el resorte y estaba mirando el tambor. Dos de cuatro correctos. De miles.

Santa *Shu*.

—Quiero decir, por supuesto—, dijo Jianzhu rápidamente—. Trato.

Se dieron la mano. Sería irónico, una broma digna del sentido del humor de Kuruk, que su reencarnación se encontrara como resultado de la codicia de un campesino. Y el último niño en la fila de las pruebas, para variar. Jianzhu casi se ríe.

Ahora la chica tenía el tambor en sus brazos también. Se acercó a un mono cerdo de peluche. Kelsang estaba a su lado con emoción, con el cuello amenazando con estallar a través de las cuentas de madera envueltas alrededor de él. Jianzhu se sentía mareado. La esperanza golpeó contra su caja torácica, rogando que la dejaran salir después de tantos años atrapados dentro.

La chica terminó con su pie pisoteando al animal de peluche tan fuerte como pudo.

—¡Muere! —gritó con sus pequeños gritos agudos. Ella lo molió bajo el talón, los puntos rasgándose audiblemente.

La luz se desvaneció de la cara de Kelsang. Parecía que había sido testigo de un asesinato.

—Diez monedas de plata —dijo el agricultor.

—Fuera —chasqueo Jianzhu.

—Vamos, Suzu —llamó el granjero—. Vámonos.

Después de arrebatarle los otros juguetes de la Carnicera de los Monos Cerdos, sacó a la chica y salió por la puerta, toda la salida no es más que una transacción comercial. Al hacerlo, casi se apodera de otra niña que había estado espiando los procedimientos desde fuera.

—¡Hey! —dijo Jianzhu—. ¡Te olvidaste de tu otra hija!

—Ella no es mía —el agricultor dijo mientras bajaba por las escaleras hacia la calle—. Ella no es de nadie.

¿Entonces una huérfana? Jianzhu no había visto a la chica que no tenía chaperones por la ciudad en los días anteriores, pero tal vez él la había pasado por alto, pensando que era demasiado grande para ser candidata. Era mucho, mucho más alta que cualquiera de los otros niños que habían sido traídos por sus padres.

Mientras Jianzhu se acercaba para examinar a quien que había pasado por alto, la chica

temblaba, amenazando con huir, pero su curiosidad le ganó a su miedo. Permaneció dónde estaba.

Desnutrida, pensó Jianzhu con el ceño fruncido mientras miraba por encima de las mejillas huecas de la niña y los labios agrietados. Y definitivamente una huérfana. Había visto a cientos de niños como ella en las provincias interiores donde los forajidos *daofei*[1] corrían sin control, padres asesinados por cualquier grupo de bandidos que ascendiera en el territorio. Debe haber vagado lejos en la zona relativamente pacífica de Yokoya.

Al enterarse de la prueba del Avatar, las familias del pueblo habían vestido a sus hijos elegibles con sus mejores prendas como si fuera un día de festival. Pero esta niña llevaba un abrigo gastado con los codos metidos de los agujeros en las mangas. Sus pies de gran tamaño amenazaban con reventar las correas de sus sandalias demasiado pequeñas. Ninguno de los granjeros locales la alimentaba o la vestía.

Kelsang, que a pesar de su aspecto temible siempre fue mejor con los niños, se unió a ellos y se inclinó. Con una sonrisa se transformó de una intimidante montaña naranja a una versión gigante de los juguetes de peluche detrás de él.

—Hola, hola —dijo, poniendo una capa extra de amabilidad en su estruendosa voz—. ¿Cómo te llamas?

La chica tomó un momento largo y cauteloso, evaluándolos.

—Kyoshi —susurró. Sus cejas se anudaron como si el revelar su nombre fuera una concesión dolorosa.

Kelsang asumió su estado destrozado y evitó el tema de sus padres por ahora.

—Kyoshi, ¿quieres un juguete?

—¿Estás seguro de que no es demasiado grande? —Jianzhu dijo—. Ella es más grande que algunos de los adolescentes.

—Silencio, tú —dijo Kelsang. Mostro la sala adornada con reliquias con un gesto, para el beneficio de Kyoshi.

La presentación de tantos juguetes a la vez tuvo un efecto inmediato en la mayoría de los niños. Pero Kyoshi no jadeó, ni sonrió, ni movió un músculo. En su lugar, mantuvo contacto visual con Kelsang hasta que parpadeó.

Tan rápida como un látigo, ella corrió lejos de él, atrapo un objeto del suelo, y corrió de vuelta a donde estaba de pie en el porche. Ella evaluó a Kelsang y Jianzhu esperando su reacción, atenta, mientras la observaban.

Kelsang miró a Jianzhu e inclinó la cabeza hacia la tortuga de arcilla que Kyoshi tenía contra su pecho. Una de las cuatro reliquias. Ni un solo candidato se había acercado a ella hoy.

Deberían haber estado tan emocionados por ella como por la malvada Suzu, pero el corazón de Jianzhu estaba nublado de dudas. Era difícil creer que tendrían tanta suerte después de la farsa anterior.

—Buena elección —dijo Kelsang—. Pero tengo una sorpresa para ti. ¡Puedes tener tres más! ¡Cuatro juguetes solo para ti! ¿No te gustaría eso?

Jianzhu sintió un cambio en la postura de la niña, un temblor en su cuerpo que era obvio a través de los tablones de madera.

Sí, le gustarían tres juguetes más. ¿A qué niño no le gustaría? Pero en su mente, la promesa de

[1] *Dàofěi;* traducción del chino, quiere decir *''bandido".*

más era peligrosa. Una mentira diseñada para herirla. Si aflojaba su control sobre el premio que tenía en este momento, terminaría sin nada. Castigada por creer en la bondad de este extraño. Kyoshi negó con la cabeza. Sus nudillos blanquearon alrededor de la tortuga de arcilla.

—Está bien —dijo Kelsang—. No tienes que dejar ese. Ese es el punto; puedes elegir diferentes…¡Oye!

La chica dio un paso atrás, y luego otro, y luego, antes de que pudieran reaccionar, estaba corriendo por la colina con la reliquia avatar única y de cientos de años en sus manos. A mitad del camino a lo largo de la calle, dio un giro brusco como un fugitivo experimentado escapando de un perseguidor y desapareció en el espacio entre dos casas.

Jianzhu cerró los párpados por el sol. La luz llegó a través de ellos en manchas escarlatas. Podía sentir su propio pulso. Su mente estaba en otro lugar en este momento.

En lugar de Yokoya, se paró en el centro de un pueblo sin nombre en lo profundo del interior del Reino Tierra, recién "liberado" por Xu Ping An y los Cuellos Amarillos. En este sueño despierto, el hedor de carne podrida empapada a través de su ropa y los gritos de los supervivientes atormentaban el viento. A su lado, un mensajero oficial que había sido llevado allí por palanquín leyó de un pergamino, pasando minuto tras minuto enumerando las cualidades del Rey Tierra sólo para terminar diciéndole a Jianzhu que los refuerzos del ejército de Su Majestad *no* vendrían a ayudar.

Trató de sacudirse para liberarse de la memoria, pero el pasado había puesto sus manos irregulares en él. Ahora se sentó en una mesa de negociación hecha de hielo puro, y en el otro lado estaba Tulok, señor de los piratas de la Quinta Nación. El corsario de edad avanzada se rio, su risa consumada por la idea de que podría honrar la promesa de su abuelo de abandonar las costas del sur del continente en paz. Sus convulsiones salpicaban sangre y flema sobre los acuerdos redactados por el Avatar Yangchen por su propia mano sagrada, mientras su hija-teniente observaba a su lado, su mirada sin alma y aburrida a Jianzhu, como si fuera una presa.

En estos tiempos, y en muchos otros, debería de haber estado del lado del Avatar. La máxima autoridad que podría controlar el mundo a su voluntad. En vez de eso, estaba solo. Frente a las grandes bestias de tierra y mar, sus mandíbulas se acercaban, encerrando el reino en la oscuridad. Kelsang lo trajó de vuelta al presente con una palmada en la espalda.

—Vamos —dijo—. Por la forma en que te ves, la gente pensaría que *tú* acabas de perder el artefacto cultural más importante de la nación.

El buen humor y la habilidad del maestro aire para enfrentar los contratiempos era normalmente un gran consuelo para Jianzhu, pero en este momento quería golpear a su amigo en su estúpida cara barbuda. Compuso sus propios rasgos.

—Tenemos que ir tras ella — dijo.

Kelsang frunció los labios.

—Mmh, se sentiría mal quitarle la reliquia a un niño que tiene tan poco. Ella puede aferrarse a él. Volveré al templo y enfrentaré la ira de Dorje solo. No hay necesidad de que te impliques.

Jianzhu no sabía que provocaría ira entre los maestros aire, pero ese no era el problema aquí.

—¿Tu arruinarías la prueba de Nómadas Aire para hacer feliz a un niño? —. Dijo incrédulo.

—Encontrará su camino de regreso a donde pertenece—. Kelsang miró a su alrededor y se detuvo.

Entonces su sonrisa se desvaneció, como si esta pequeña mancha de un pueblo fuera una dura dosis de realidad que sólo ahora estaba surgiendo efecto.

—Eventualmente —suspiró—. Tal vez.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

NUEVE AÑOS DESPUÉS

Para Kyoshi, estaba muy claro: era una situación de rehenes.

El silencio era la clave para llegar al otro lado. Esperando con pasividad completa y total. *Jing* neutro.

Kyoshi iba tranquilamente por el camino a través del campo de barbecho, ignorando el pasto que se inclinaba y le hacía cosquillas en los tobillos, las gotas de sudor en su frente le picaban los ojos. Guardo silencio y fingió que las tres personas que habían caído a su lado como asaltantes en un callejón no eran una amenaza.

—Así que les estaba diciendo a los demás, *mi mamá y mi papá* piensan que tendremos que drenar antes los canales este año —dijo Aoma, haciendo énfasis en *mamá* y *papá* intencionalmente, sacando a colación lo que Kyoshi carecía frente a ella. Ella torció sus manos en la posición de Puente de Hacinamiento mientras golpeaba sus pies en el suelo con sólidos *golpes*—. Una de las terrazas se derrumbó en la última tormenta.

Por encima de ellos, flotando fuera de su alcance, estaba el último y precioso frasco de sopa de algas picantes que todo el pueblo vería este año. Del que Kyoshi era encargada de entregar a la mansión de Jianzhu. El que Aoma había arrancado de las manos de Kyoshi con Tierra Control y ahora estaba prometiendo caer en cualquier momento. La gran vasija de arcilla se balanceó hacia arriba y hacia abajo, la salmuera salpicando contra el sello de papel encerado.

Kyoshi tuvo que sofocar un grito cada vez que el frasco se tambaleó contra los límites del control de Aoma. *Sin ruidos. Espera. No les des nada a lo que aferrarse. Hablar sólo lo empeorará*.

—No le importa—, dijo Suzu—. A la sirvienta no le importa darme una paliza por los asuntos agrícolas. Tiene su trabajo en la casa de lujo. Ella es demasiado buena para ensuciarse las manos.

—Tampoco se subirá a un barco —dijo Jae. En lugar de profundizar, escupió en el suelo, casi errando los tacones de Kyoshi.

Aoma nunca necesitó una razón para atormentar a Kyoshi, pero en cuanto a los demás, el resentimiento genuino funcionó muy bien. Era cierto que Kyoshi pasaba sus días bajo el techo de un poderoso sabio en lugar de romperse las uñas contra las piedras del campo. Ciertamente nunca se había arriesgado en las aguas agitadas del Estrecho para pescar.

Pero lo que Jae y Suzu pactaron convenientemente era que cada parcela de tierra cultivable cerca del pueblo y cada barco navegable en los muelles pertenecía a *una familia.* Las madres y los padres, como Aoma era tan aficionada a decir, transmitieron a lo largo de su vida su comercio a hijas e hijos en una línea ininterrumpida, lo que significaba que no había lugar para que un forastero heredara ningún medio para sobrevivir. Si no hubiera sido por Kelsang y Jianzhu, Kyoshi se habría muerto de hambre en las calles, justo delante de las narices de todos.

Hipócritas.

Kyoshi presionó su lengua contra el paladar de su boca tan fuerte como pudo. Hoy no iba a ser el día. Algún día, tal vez, pero no hoy.

—Despídete —dijo Aoma, trasladando su postura a Puente Divisorio—. Escuché que ser una sirvienta es un trabajo duro. Por eso ayudamos con las entregas. ¿No es eso cierto Kyoshi?

Para enfatizar, enhebraba la vasija a través de un estrecho espacio en las ramas de un árbol

colgante. Un recordatorio de quién tenía el control aquí.

Kyoshi se estremecía mientras la vasija se inclinaba hacia el suelo como un halcón antes de volver a ponerse a salvo. *Un poco más,* pensó mientras el camino daba un giro brusco alrededor de la ladera. Unos cuantos pasos más silenciosos y sin palabras hasta… allí. Por fin habían llegado. La propiedad del Avatar, en todo su esplendor.

La mansión que el Maestro Jianzhu construyó para albergar al salvador del mundo fue diseñada a imagen de una ciudad en miniatura. Una pared alta corría en una plaza perfecta alrededor del terreno, con una división en el medio para separar los campos de entrenamiento austeros de las vibrantes habitaciones. Cada sección tenía su propia imponente puerta orientada al sur que era más grande que la sala de reuniones de Yokoya. Las enormes puertas revestidas de hierro del portal residencial estaban abiertas, ofreciendo una pequeña visión con ventanas de la elaborada poda artística en su interior. Una manada de perros cabra plácidos pastaban sobre el césped, cortando la hierba a una longitud uniforme.

Elementos extraños habían sido cuidadosamente integrados en el diseño del complejo, lo que significaba que los dragones dorados perseguían orcas polares talladas alrededor de los bordes de las paredes. La colocación de las tejas de estilo Reino Tierra coincidió inteligentemente con los principios de numerología de Nómadas Aire. Se habían importado tintes y pinturas auténticas de todo el mundo, asegurando que los colores de las cuatro naciones estuvieran en plena y equitativa exhibición.

Cuando Jianzhu había comprado la tierra, había explicado a los ancianos de la aldea que Yokoya era un lugar ideal para establecerse y educar al Avatar, un lugar tranquilo y seguro lejos de las tierras proscritas y devastadas, en lo más profundo del Reino Tierra y lo suficientemente cerca tanto del Templo del Aire del Sur como de la Tribu Agua del Sur. Los aldeanos habían estado lo suficientemente contentos de tomar su oro en ese entonces. Pero después de que la mansión se alzó, se quejaron de que era una monstruosidad, una criatura alienígena que había brotado durante la noche desde el suelo nativo.

Para Kyoshi era la vista más hermosa que jamás pudiera imaginar. Era un hogar.

Detrás de ella, Suzu olió con desdén.

—No sé lo que nuestros padres estaban pensando, vendiendo estos campos a un Ganjinense.

Los labios de Kyoshi se apretaron. El Maestro Jianzhu era de hecho de la tribu Gan Jin en el norte, pero era la *forma* en que Suzu lo había dicho.

—Tal vez sabían que la tierra era tan inútil e improductiva como sus hijos—, murmuró Kyoshi por lo bajo.

Los otros dejaron de caminar y la miraron fijamente.

Ups. Lo había dicho demasiado fuerte, ¿no?

Jae y Suzu apretaron los puños. Se dio cuenta de lo que ellos podían hacer mientras Aoma la tuviera indefensa. Habían pasado años desde que cualquiera de los niños del pueblo pudiera ponerle una mano encima, pero hoy era una ocasión especial ¿no es cierto? Tal vez unos cuantos moretones, en memoria de los viejos tiempos.

Kyoshi se preparó para el primer golpe, poniéndose de puntillas con la esperanza de que al

menos pudiera mantener su cara fuera de la refriega, para que la tía Mui no se diera cuenta. Unos puñetazos y patadas y la dejarían en paz. En serio, era su culpa por dejar que se le cayera la máscara.

—*¿Qué creen que están haciendo?* —una voz familiar gruñó.

Kyoshi hizo una mueca y abrió los ojos. La paz ya no era una opción.

Porque ahora Rangi estaba aquí.

Rangi debe haberlos visto desde lejos y acechar a través de todo el gran césped pasando desapercibida. O se quedó toda la noche para emboscarlos. O se cayó de un árbol como una rana leopardo. Kyoshi no habría dudado que ninguna de esas hazañas fuera realizada por la Maestra Fuego entrenada por el ejército.

Jae y Suzu se alejaron, tratando de tragarse su intención hostil como niños metiéndose dulces robados en sus bocas. Se le ocurrió a Kyoshi que esta podría haber sido la primera vez que vieran de cerca a un miembro de la Nación del Fuego, y nada más que a uno tan intimidante como Rangi. En su armadura ajustada del color ónix y sangre seca, podría haber sido un espíritu vengativo viniendo a limpiar un campo de batalla de los vivos.

Aoma, de manera bastante impresionante, mantuvo su postura.

—El guardaespaldas del Avatar —dijo con una leve sonrisa—. Pensé que no debías irte de su lado. ¿No estas holgazaneando? —. Miró a la izquierda y a la derecha—. ¿O está aquí en alguna parte?

Rangi miró a Aoma como si fuera un fajo de asquedad con la que la Maestra Fuego se había topado durante su paseo.

—No estás autorizada para estar en estos terrenos —dijo con voz profunda. Señaló hacia arriba al tarro de algas—. Ni para poner las manos en la propiedad del Avatar. O acosar a su personal, en todo caso.

Kyoshi notó que ella personalmente aterrizó en tercer lugar en esa lista de consideraciones.

Aoma trató de jugar bien.

—Este contenedor es enorme —dijo, encogiéndose de hombros para enfatizar su hazaña de Tierra Control—. Se necesitarían dos hombres adultos para levantarlo sin tierra control. Kyoshi nos pidió que la ayudemos a traerla a casa. ¿Verdad?

Le dio a Kyoshi una sonrisa radiante. Una que decía *delátame y te mataré*. Kyoshi había visto esa expresión antes de innumerables momentos cuando eran más jóvenes, cada vez que un desventurado adulto los atrapaba "jugando" alrededor de la ciudad, Kyoshi a penas y escapaba y Aoma se quedaba con una roca en la mano.

Pero hoy no estaban jugando. Su actuación normalmente impecable tenía un tono claro y genuino. Kyoshi de repente comprendió lo que estaba pasando.

Aoma realmente quería ayudarla con su tarea. Quería ser una invitada dentro de la mansión y ver al Avatar de cerca, como Kyoshi lo hacía todos los días. Estaba *celosa…*

Un sentimiento parecido a la piedad se asentó en la garganta de Kyoshi. Sin embargo, no fue lo suficientemente fuerte como para impedir que Rangi hiciera lo suyo.

La maestra fuego dio un paso adelante. Su mandíbula fina se endurecía, y sus ojos de bronce

EL ASCENSO DE KYOSHI

oscuro bailaban con agresividad. El aire alrededor de su cuerpo ondulaba como un espejismo viviente, haciendo que las hebras de pelo negro azabache que escaparon de su moño flotaran hacia arriba en el calor.

—Baja la vasija, vete y no vuelvas —dijo—. A menos que quieras saber cómo huelen las cenizas de tus cejas.

La expresión de Aoma se desmoronó. Se había metido con un depredador con colmillos mucho más grandes. Y a diferencia de los adultos del pueblo, ninguna cantidad de encanto o desorientación funcionaría en Rangi.

Pero eso no significaba que una despedida estuviera fuera de lugar.

—Claro —dijo ella—. Pensé que nunca lo pedirías—. Con un movimiento de sus manos, el tarro salió disparado directamente en el aire, pasando a las copas más altas de los árboles.

—Será mejor que encuentres a alguien que esté *autorizado* para atrapar eso—. Ella bajo por el camino con Suzu y Jae detrás.

—Tu pequeña…— Rangi estaba por ir tras ellos, apretando los puños como una ayuda de las llamas dolorosas, pero se recompuso. La ardiente venganza tendría que esperar.

Ella agito sus manos y miró hacia la vasija, ahora muy pequeña. Aoma la había arrojado muy, *muy* alto. Nadie podía decir que la chica no tenía talento.

Rangi le dio un codazo a Kyoshi bruscamente en el costado.

—Atrápalo— dijo—. Usa Tierra Control y atrápalo.

—N… no puedo —dijo Kyoshi temblando de consternación. Su pobre carga condenada alcanzó el punto máximo. La tía Mui iba a estar furiosa. Un desastre de esta magnitud podría hacerla volver con el Maestro Jianzhu. Su paga se acortaría. O la despedirían abiertamente.

Rangi no se había rendido con ella.

—¿Qué quieres decir con que no puedes? ¡Los libros del personal te tienen listada como un Maestro Tierra! ¡Atrápalo!

—¡No es tan simple! —. Sí, Kyoshi era técnicamente una maestra, pero Rangi no sabía de su pequeño problema.

—¡Haz la cosa con tus manos como ella lo hizo! —. Rangi formó las garras dobles de Puente de Hacinamiento, como si el único componente que faltaba fuera un crudo recordatorio visual por un maestro que empuñaba un elemento completamente diferente.

—*¡Cuidado!* —Kyoshi gritó. Se arrojó sobre Rangi, protegiendo a la chica más pequeña con su cuerpo del misil en picada. Cayeron al suelo, entrelazadas.

No hubo impacto. No había fragmentos mortales de cerámica, o explosión de líquido decapado.

—Quítate de encima, tonta —murmuró Rangi. Ella martilleó sus puños contra el abrazo protector de Kyoshi, un pájaro golpeando sus alas contra una jaula. Kyoshi se puso de rodillas y vio que su cara y orejas estaban casi tan rojas como su armadura.

Ella ayudó a Rangi a ponerse de pie. La vasija flotaba junto a ellas, a la altura de la cintura en medida del suelo. Bajo el control de Aoma había vacilado e iba temblorosa, siguiendo sus patrones naturales de respiración y movimientos involuntarios. Pero ahora estaba completamente todavía en el aire, como si hubiera sido colocada en un pedestal de hierro resistente.

Los guijarros en el camino polvoriento temblaban. Comenzaron a moverse y rebotar frente a los pies de Kyoshi, dirigidos por un poder invisible desde abajo como si hubieran sido esparcidos por la superficie de un tambor de golpe. Marcharon en direcciones aparentemente aleatorias,

EL ASCENSO DE KYOSHI

pequeños soldados borrachos, hasta que llegaron a descansar en una formación que deletreó un mensaje.

De nada.

Kyoshi giro su cabeza y ella entrecerró los ojos hacia la mansión distante. Sólo había una persona que conocía que podría haber logrado esta hazaña. Los guijarros comenzaron su baile de nuevo, asentándose en palabras mucho más rápido esta vez.

Este es Yun, por cierto. Ya saben, Avatar Yun.

Como si pudiera haber sido cualquier otra persona. Kyoshi no podía ver el punto de dónde Yun las estaba observando, pero ella podía imaginar la sonrisa juguetona y burlona en su hermosa cara mientras realizaba otro acto asombroso de control como si no fuera gran cosa, encantando las rocas en sumisión completa.

Nunca había oído hablar de nadie que usara la tierra para comunicarse de manera legible a distancia. Yun tuvo suerte de que no fuera un Nómada Aire, o de lo contrario por el truco se habría tatuado en celebración por inventar una nueva técnica.

¿Qué hacen mis tres muchachas favoritas hoy?

Kyoshi se rio. Bien, así que no perfectamente legible.

Suena divertido. Desearía poder unirme a ustedes.

—Sabe que no podemos responder, ¿verdad? —dijo Rangi.

Dumplings, por favor. Cualquier tipo menos de puerro.

—¡Suficiente! —Rangi gritó—. ¡Lo estamos distrayendo de su entrenamiento! ¡Y llegas tarde al trabajo! —. Ella barrió los guijarros con el pie, menos preocupada por la exploración de nuevos senderos en el mundo de la Tierra Control y más por mantener el horario diario.

Kyoshi sacó el frasco de la plataforma invisible y siguió a Rangi de vuelta a la mansión, caminando lentamente a través de la hierba para no superarla. Si los deberes domésticos fueran todo lo que importara para los maestros fuego, entonces eso sería todo, y nada más tendría que ser dicho. Aun así, podía sentir el silencio de Rangi compactado en una forma más densa en su delgada silueta.

Estaban a mitad de camino a la puerta una vez que el silencio se convirtió en demasiado para soportar.

—¡Es patético! —Rangi dijo sin dar la vuelta. La única manera en que podía manejar su disgusto con Kyoshi era no mirarla—. La forma en que te pisotean. ¡Sirves al Avatar! ¡Ten un poco de dignidad!

Kyoshi sonrió.

—Estaba tratando de calmar la situación —murmuró.

—¡Ibas a dejar que te golpearan! ¡Lo vi! ¡Y no te atrevas a tratar de afirmar que estabas haciendo *jing* neutral o lo que sea sobre técnicas de Tierra Control!

Justo en ese momento, Rangi se había transformado del Guardián profesional del Avatar, listo para quemar los huesos de los intrusos sin estremecerse, en la adolescente no mayor que Kyoshi que fácilmente perdía los estribos con sus amigos y era una especie de mama gallina furiosa.

—¡Y hablando de tu Tierra Control! ¡Te lo mostro un campesino! ¿Cómo no has dominado los conceptos básicos a estas alturas? ¡He visto niños en Yu Dao controlar rocas más grandes que esa vasija!

Ella y Rangi *eran* amigas, a pesar de lo que parecía. Cuando la mansión estaba en

construcción—mientras Kyoshi estaba aprendiendo sus deberes dentro del esqueleto de la casa inacabada—, le había tomado semanas descubrir que la chica imperiosa que actuaba como si todavía estuviera en el cuerpo junior del Ejército de la Nación de Fuego sólo le gritaba a la gente que dejó entrar en su caparazón. Todos los demás eran escoria que no justificaba el esfuerzo.

—…así que la manera más eficiente de actuar sería sorprender al líder. Aoma, ¿verdad? sola en algún lugar y luego destruirla tan desordenadamente, que envíe un mensaje a los demás para que no te molesten más. ¿Me estás escuchando?

Kyoshi se había perdido la mayor parte del plan de batalla. Había estado distraída por el cuello de la armadura de Rangi, que había sido desacomodado por la caída y necesitaba ser enderezado para que cubriera la delicada piel de su nuca una vez más. Pero su respuesta era la misma a pesar de todo.

—¿Por qué recurrir a la violencia? —dijo. Ella suavemente empujó a la maestra fuego en la parte baja de la espalda con la vasija—. Tengo héroes fuertes como tú para protegerme.

Rangi hizo un ruido como si quisiera vomitar.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

EL CHICO DE MAKAPU

Yun no podía oír lo que decían, pero era posible leer su lenguaje corporal a esta distancia. A juzgar por la forma en que hizo gestos salvajes en el aire, Rangi estaba molesta con Kyoshi. Otra vez.

Sonrió. Las dos eran adorables juntas. Pudo haberlas visto todo el día, pero en vez de eso giró sobre su espalda y se deslizó por el techo de la pared exterior, usando el borde de la cuneta para detener su caída. Dejó que el impacto convirtiera su movimiento en una voltereta, giro en el aire y aterrizó con las puntas de sus pies en el patio de mármol.

Cara a cara con Hei-Ran.

Rayos.

—Impresionante —dijo la ex directora de la Real Academia de la Nación de Fuego para señoritas, con los brazos cruzados a sus espaldas—. Cuando los espíritus pidan que un payaso de circo intervenga en su nombre, sabré que nuestro tiempo juntos ha dado sus frutos.

Yun hizo una mueca. Su tutora personal de fuego tenía un don para encontrar sus momentos de orgullo y luego aplastarlos.

—Terminé mis sets de sentadillas temprano —dijo—. Quinientas repeticiones de forma perfecta, todo el tiempo.

—Y, sin embargo, elegiste pasar tu tiempo libre descansando en el techo en lugar de pasar a tu próximo ejercicio o meditar hasta que regresara. No me extraña que no puedas generar llamas todavía. Puedes entrenar tu cuerpo tanto como quieras, pero tu mente sigue débil.

Se dio cuenta de que Hei-Ran nunca era así mientras su hija estaba cerca. Era como si no quisiera disminuir la reputación del Avatar a los ojos adorados de Rangi. Su imagen tenía que ser cuidadosamente arreglada y mantenida, como los árboles en miniatura que adornaban el jardín. Los espíritus prohibían que fuera humano por un momento.

Yun cayó en la postura del Puño de Fuego. Hizo una pausa para las correcciones, aunque no era necesario. Ni siquiera Hei-Ran podría corregir su posición corporal, su postura en la columna vertebral o su control de la respiración. Lo único que faltaba era la llama.

Ella frunció el ceño ante él, interpretando su perfección como un acto de desafío, pero le dio la señal para comenzar de todos modos. Mientras golpeaba el aire, ella caminaba lentamente a su alrededor en un círculo. Las sesiones de Puño de Fuego también fueron oportunidades para dar sermones.

—Lo que haces cuando nadie te guía determina quién eres —dijo Hei-Ran. El lema probablemente fue grabado sobre una puerta en algún lugar de la Academia de Fuego—. Los resultados de tu entrenamiento son mucho menos importantes que tu actitud hacia el entrenamiento.

Yun no estaba convencido de que realmente ella creyera eso. Ni por un segundo. Simplemente lo molestaba en los detalles que ella no podía examinar y los ajustaba para una mejora inmediata. Si aún no podía hacer fuego control bajo su cuidado, entonces su defecto residía más profundo que en cualquiera de sus estudiantes anteriores.

Sus golpes se volvieron más impetuosos, hasta el punto de que las mangas de su uniforme de entrenamiento de algodón se rompieron como un látigo con cada movimiento. Era un par de imágenes en un pergamino, dos puntos en el tiempo repitiéndose una y otra vez. Puño izquierdo.

Puño derecho.

—Tu situación no es única —continuó Hei-Ran—. La historia está llena de avatares como tú que trataron de aprovechar sus talentos. No eres el único que quería tomarlo con calma.

Yun resbaló. Un evento lo suficientemente raro como para darse cuenta.

Su movimiento lo llevó demasiado lejos fuera de su centro de gravedad, y tropezó de rodillas.

El sudor le picó los ojos, corriendo hacia la esquina de su boca.

¿Calma? *¿Tomarlo con calma?*

¿Estaba ignorando el hecho de que él pasó noches sin dormir por los análisis académicos de las decisiones políticas de Yangchen? ¿Que había memorizado exhaustivamente los nombres de todos los nobles del Reino Tierra, comandantes de la Nación del Fuego y jefes de la Tribu del Agua entre los vivos y que se remontan a tres generaciones entre los muertos? ¿Los textos olvidados que había utilizado para mapear los antiguos sitios sagrados de los Nómadas Aire hasta tal punto que Kelsang se sorprendió por algunos de ellos?

Eso es lo que era cuando nadie estaba mirando. Alguien que dedicó todo su ser a su papel de Avatar. Yun quería compensar el tiempo perdido que había despilfarrado al ser descubierto tan tarde. Quería expresar gratitud a Jianzhu y al mundo entero por darle el don más grande que existe. Tomarlo con calma era lo último en su cabeza.

Ella lo sabe, pensó. Hei-Ran estaba provocándolo a propósito llamándolo perezoso. Pero una furia incontrolable se levantó en su estómago de todos modos.

Los dedos de Yun se clavaron en la superficie lisa del mármol, aplastando la piedra con su puño tan fácilmente como si fuera tiza. Nunca arremetería contra un maestro. La única manera de poner resistencia contra Hei-Ran era decepcionarla. Para defender su acusación de que era un niño descarriado.

Su siguiente puñetazo produjo un torbellino de "llama" de dragón digno del Señor del Fuego, cada boquilla y parpadeo se convirtieron cuidadosamente, burlonamente en polvo de piedra blanca. Lo dejó enfurecer y bailar como si fuera fuego real, resistiendo los remolinos de la brisa, y luego dejó que la nube de partículas cayera al suelo.

Para rematar y completar la actuación, añadió la sonrisa que todo el mundo decía que les recordaba a Kuruk. Un payaso necesitaba su maquillaje, después de todo.

Hei-Ran se puso rígida. Parecía que estaba a punto de abofetearlo en la cara. La explosión no se acercó a ella, pero tampoco voló exactamente lejos de ella.

—En los viejos tiempos, los maestros mutilaban a sus estudiantes por insubordinación —dijo con voz ronca.

Yun evito retroceder.

—En qué maravillosos tiempos modernos vivimos.

Un solo aplauso atravesó el aire. Ambos miraron hacia Jianzhu, que estaba observándolos desde el banquillo.

Yun apretó los dientes lo suficientemente fuerte como para hacerlos rechinar. Normalmente podía sentir los pasos de su mentor a través del suelo y terminar su acto juntos, pero hoy... hoy estaba desequilibrado de muchas maneras.

Jianzhu saludó a Yun como si no hubiera atrapado al Avatar y a su Maestro Fuego en la garganta del otro.

—Ven —dijo a su pupilo—. Vamos a tomar un descanso.

Los campos de entrenamiento tenían huecos en las paredes para esconder armas, frascos de agua y discos huecos hechos de polvo de arcilla prensado que explotarían inofensivamente en el impacto. Suficientes suministros para entrenar a un ejército de maestros. Jianzhu y Yun tomaron su té en la más grande de estas áreas de almacenamiento, rodeados de muñecos de práctica de paja.

El suelo estaba lleno de polvo. Mientras Yun se echaba, Jianzhu tomo una ramita que se había enganchado en un saco de arpillera y la usó como un lápiz, dibujando una versión simplificada de un tablero de Pai Sho en el suelo entre ellos.

Yun estaba confundido. Los dos habían jugado el juego incesantemente mientras se conocían por primera vez. Pero el Pai Sho se le había prohibido desde hace mucho tiempo. Era una distracción para dominar los elementos.

Jianzhu contempló la cuadrícula vacía, su larga cara reflexiva por los recuerdos, líneas de reluciente brillo y riesgos escandalosos que se desarrollaban en las baldosas. Las marcas de la edad se notaban a través de sus ojos. Los problemas que le dieron arrugas en sus ojos severos y sienes blancas aún no habían llegado a la línea plana lisa de su boca.

—Tengo noticias —dijo—. Nuestros emisarios nos dicen que Tagaka ha aceptado firmar una nueva versión del tratado de su bisabuelo.

Yun se animó. Su amo había estado tratando de buscar una solución diplomática con la reina del *Daofei* marino durante años.

—¿Qué ha cambiado, Sifu?

Jianzhu le hizo un gesto.

—Tú. Se enteró de que finalmente encontramos al Avatar y que él es uno de los maestros más fuertes de esta generación.

Yun sabía que era verdad. Al menos para la tierra. Pudo haber sido arrogante de su parte pensar que sí, pero era difícil discutir con la evidencia que quedó al otro lado del campo.

—La flota de la Quinta Nación dejará de asaltar las costas a lo largo de las montañas Xishaan —dijo Jianzhu—. Prometieron no levantar una vela bajo sus colores a la vista del Templo del Aire Oriental.

—¿A cambio de qué?

—Del acceso oficial a la madera en la isla de Yesso, aunque han estado talando madera allí extraoficialmente durante la mayor parte de esta década. Los otros sabios lo llaman una victoria diplomática total. Han ganado mucho, por tan poco.

Las hojas del té de Yun perdieron su agarre en la superficie del líquido. El agua era el último elemento que tendría que dominar. Siempre sospechó que lo pasaría mejor que con el fuego.

—Excepto que no es una victoria, ¿verdad? —dijo, moviendo la copa entre los dedos—. Está prometiendo detener sus operaciones en un sector, pero una flota de merodeadores no va a bajar las armas y recoger el arado de la noche a la mañana. Causarán problemas en los otros océanos, tal vez irán tan al norte como Bahía Camaleón o las islas de la Nación del Fuego. Es sólo empujar la violencia de un rincón del mundo a otro.

—¿Qué harías entonces? —Jianzhu dijo—. ¿Rechazar la oferta de Tagaka?

EL ASCENSO DE KITOSHI

Yun giró mirando el tablero de juego en blanco, especialmente las secciones donde los jugadores solían colocar sus azulejos de barco. Se estremeció con las imágenes que llegaron rápido a su cabeza.

Contrariamente a lo que muchos de los lugareños pensaban, Jianzhu no lo mantenía encerrado en la finca como una flor lunar que se marchitaría con demasiada luz del sol. Entre su entrenamiento, regularmente hacían viajes alrededor del mundo con Kelsang en su bisonte volador; Pengpeng, para conocer a personas importantes de alrededor de las Cuatro Naciones. El objetivo era asegurarse de que Yun tuviera una educación cosmopolita ya que el Avatar ideal también era un diplomático, nunca mostrando sesgo a un pueblo u otro. Aprendió mucho a su lado, explorando grandes ciudades y hablando con sus líderes. A veces se divirtió.

La última salida no fue una de esas veces.

Cuando Jianzhu le dijo que estaban obligados a examinar la magnitud de los daños infligidos por la mayor incursión pirata coordinada en la costa sureste de los continentes del Reino Tierra en más de un siglo, Yun se tuvo que preparar para la sangre. Cuerpos en medio de ruinas ardientes. Una escena de total devastación.

Pero mientras volaban bajo sobre las costas en la espalda de Pengpeng, visualizando las aldeas costeras en busca de sobrevivientes, se sorprendió al ver intactas las casas de madera a la deriva y las cabañas de paja. Casi prístino. No había señales de los habitantes en ninguna parte.

Tuvieron que aterrizar e investigar algunas estructuras antes de que las cosas cayeran en su lugar. Dentro de las casas, habían encontrado lanzas en los estantes. Mesas con comida cocida que aún no se había podrido. Redes de pesca a mitad de ser reparadas. No había habido masacre.

Por sorpresa, los aldeanos habían sido tomados. Como si fueran ganado. Animales robados de un rebaño.

Nada más había sido tocado por los corsarios de Tagaka, excepto un hilo común de objetos que Yun notó en el último minuto. Habían robado las campanas. Los tambores y los gongs. Las torres de vigilancia de cualquier pueblo tenían suerte de tenerlos y fueron tomados limpiamente.

El bronce fundido era extremadamente valioso y casi insustituible en esa parte del país, Yun se dio cuenta. También lo eran los cueros de calidad adecuados para las pieles de tambor. Los piratas lo habían hecho para que los sistemas de advertencia de la aldea no pudieran ser reutilizados cuando regresaran.

Casi mil personas fueron secuestradas. Llevar a cabo una redada a esta escala con tal precisión no sólo era un crimen, sino un mensaje. Tagaka era más peligrosa que su padre, su abuelo y cualquier otro pirata crudo y sangriento que dirigía el Mar del Este.

Yun había pasado la mayor parte de esa noche gritando y furioso contra Jianzhu después de que su mentor explicara tranquilamente que el Rey Tierra probablemente no iba a hacer nada para proteger a sus súbditos, no a los de tan poco valor marginal. Entonces estaban en gran parte solos para lidiar con el problema.

El vacío de la tabla Pai Sho se burló de Yun tan fuerte como las campanas perdidas y no tocadas. *No* 'si' *regresaran, sino* 'cuándo'.

Bajó el té y se inclinó hacia atrás en sus manos.

—Debemos aceptar su oferta y fingir que estamos contentos de hacerlo. Es nuestra única oportunidad de rescatar a los cautivos sobrevivientes. Eso ganara tiempo para que las zonas costeras construyan defensas. Y si Tagaka es lo suficientemente audaz como para navegar hacia el noroeste, existe la posibilidad de que se confíe demasiado y elija una pelea con la Marina de

Fuego. Es un oponente lo suficientemente despiadado como para destruirla por completo.

Su propuesta salió de sus labios naturalmente, a pesar del malestar que creó en su ser. La idea de manipular a las naciones sobre las que debía mantener el equilibrio era aterradora, sólo por lo fácil y eficaz que sería. Esperó una reprimenda.

En su lugar, atrapó a Jianzhu sonriéndole abiertamente. Una ocurrencia rara.

—¿Ves? —Jianzhu dijo, gestando al tablero de juego como de costumbre—. *Por* eso estás destinado a ser un gran Avatar. Tienes la visión de pensar en el futuro, de ver dónde la gente es débil y fuerte. Ya sabes qué hilos del futuro tirar. No va a haber una solución para la Quinta Nación a través del control de elementos. Pero habrá una estrategia, una línea de juego que minimice el sufrimiento que pueden infligir. Y lo has visto.

—Eres todo lo que Kuruk no era —continuó Jianzhu—. Y yo no podría estar más orgulloso.

Eso estaba destinado a ser un verdadero cumplido. Kuruk había sido un genio del más alto calibre cuando se trataba de Pai Sho. Como maestro también. Pero según Jianzhu, que lo conocía mejor, el Avatar del Agua había sido incapaz de traducir sus talentos personales en un liderazgo efectivo en la escena mundial. Había despilfarrado su tiempo, buscando placeres alrededor de las Cuatro Naciones, y murió temprano.

Así que supongo que eso significa que seré infeliz y viviré para siempre, pensó Yun. *Maravilloso*.

Miró a través del patio donde Hei-Ran había tomado un puesto, esperando a que terminaran. La mujer era una estatua. Cada pedazo de dolor que recibió de ella era peor por el hecho de que se parecía tanto a su hija Rangi, con la misma cara de muñeca de porcelana, pelo negro y ojos tendiendo hacia el bronce más oscuro que el oro habitual de la Nación del Fuego. Tener un guardaespaldas hermoso y adorador cerca de su misma edad como Rangi se arruinó cuando su imagen esculpida lo vencía de forma regular.

—Hei-Ran piensa que soy demasiado parecido a Kuruk —dijo Yun.

—Tienes que ser más comprensivo con ella —dijo Jianzhu—. Renunció a su comisión en el Ejército de la Nación del Fuego para enseñar a Kuruk, y luego dejó la Real Academia para enseñarte. Ella ha sacrificado más que cualquiera de nosotros por el Avatar.

Escuchar que había arruinado dos carreras prometedoras diferentes para la misma mujer no lo hizo sentir mejor.

—Esa es más razón para que ella odie mis agallas.

Jianzhu se levantó y pidió a Yun que hiciera lo mismo.

—No, su problema es que ella te ama mucho —dijo.

—Si eso es cierto, entonces ella tiene una manera divertida de mostrarlo.

Jianzhu se encogió de hombros.

—Madres de la Nación del Fuego. Ella te ama casi tanto como yo. Demasiado, tal vez.

Yun siguió a su mentor hacia el centro del piso de entrenamiento. La transición de la sombra fresca de vuelta al calor al aire libre era un golpe duro.

—Debes saber que tienes el amor de muchas personas —dijo Jianzhu—. Kelsang, los sabios visitantes, casi todos los que te han conocido. Creo que la tierra misma te ama. Te sientes conectado a ella en todo momento, como si te estuviera hablando. ¿Tengo razón?

Lo era, aunque Yun no sabía a dónde iba con esto. Sentirse conectado a la tierra era el primer requisito más básico para la Tierra Control. Hei-Ran se unió a ellos.

—Por otro lado, el fuego es único entre los cuatro elementos en el sentido que normalmente

no se extrae de una masa de elementos separados del propio cuerpo —Jianzhu dijo—. No se forma un vínculo con el elemento en su entorno; en su lugar, lo generas desde dentro. ¿Estoy explicando eso correctamente, directora?

He-Ran asintió a sus palabras, igualmente confundida del por qué estaban discutiendo lo obvio.

—Quítate los zapatos —le dijo Jianzhu a Yun.

—¿Huh? —. Como muchos Maestros Tierra, Yun nunca usaba zapatos si podía evitarlo, pero para el entrenamiento de fuego lo habían forzado a usar un par pantuflas.

—Las condiciones de Tagaka son que cualquier nuevo tratado debe ser firmado bajo autorización —dijo Jianzhu—. Sé que dije que la diplomacia era más importante que usar el poder control para esta misión, pero sería mucho más ideal si tuvieras *algo* de dominio sobre el fuego. En caso de que los piratas necesiten una pequeña demostración de fuerza. Quítate los zapatos.

El sol golpeó la cabeza de Yun. El zumbido de los insectos se hizo más fuerte en sus oídos, como una alarma. Nunca había desobedecido a Jianzhu antes, así que se quitó las zapatillas, se bajó los calcetines y los tiró a un lado.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Qué está pasando aquí?

Jianzhu inspeccionó el piso de entrenamiento.

—Como dije, la tierra misma te ama, y tú la amas. Ese amor, ese vínculo, podría ser lo que te está frenando, bloqueando los diferentes estados de ánimo necesarios para dominar los diferentes elementos. Deberíamos intentar cortar ese lazo para que no tengas nada en que confiar más que tu fuego interior. No habrá ayuda externa.

Por primera vez en su vida, Yun vio a Hei-Ran dudar.

—Jianzhu —dijo—. ¿Estás seguro de que es una buena idea?

—Es *una* idea —dijo Jianzhu—. Si es buena o no dependerá del resultado.

Un nudo helado se formó en el estómago de Yun mientras su mente hacía la conexión.

—¿Vas a hacer que me queme los pies?

Jianzhu negó con la cabeza.

—Nada tan crudo.

Puso su mano a un costado, la palma hacia abajo, y luego la llevó hacia arriba. A su alrededor, del suelo de mármol brotaron pequeñas pirámides de una pulgada de alto, cada una terminando en una punta afilada. Los jardines estaban uniformemente cubiertos en ellos de pared a pared. Era como si alguien hubiera puesto clavos en cada espacio de una tabla de Pai Sho y luego la volteara, puntiagudos.

—Ahora, veamos como corres a través de la primera forma de Recolección del Sol —dijo Jianzhu. El jardín de abrojos los rodeaba en un anillo apretado—. Sal ahí fuera, justo en el medio de ella, y muéstranos tus habilidades.

Yun parpadeó para contener las lágrimas. Miró a Hei-Ran suplicando. Ella negó con la cabeza y se dio la vuelta.

—No puedes hablar en serio —dijo.

Jianzhu estaba tan tranquilo como una nube en el horizonte.

—Puedes empezar cuando estés listo, Avatar.

EL ASCENSO DE

TRABAJO HONESTO

Pasar por la puerta de la mansión era como entrar por un portal al Mundo Espiritual. O eso imaginaba Kyoshi al escuchar las historias de Kelsang. Fue una transición completa de un conjunto de reglas a otro, de un lugar aburrido y sin sentido donde las únicas monedas que podías gastar era el sudor y el tiempo, sembrando tus semillas y cebando tus anzuelos con la esperanza de evitar el hambre por otra temporada, a un universo místico donde los rituales y las negociaciones podrían hacerte alguien superior en un solo día.

Su paso estaba marcado por la fresca sombra debajo de la pared de tierra. Rangi asintió con la cabeza a los dos vigilantes, veteranos canosos del ejército del Rey Tierra que tensaron sus cuellos y se inclinaron hacia ella en respuesta. Atraídos por un mejor pago por el servicio a Jianzhu, habían mantenido sus cascos de ala ancha y desaliñados, pero los habían pintado con los tonos personales de verde del sabio. Kyoshi siempre se preguntó si eso era contra la ley o no.

En el interior, el vasto jardín tarareaba conversaciones. Las charlas de los sabios y dignatarios de tierras lejanas fluían constantemente dentro y fuera de la finca, y muchos de ellos disfrutaban llevando a cabo sus negocios entre las flores y los árboles frutales de olor dulce. Un comerciante demasiado vestido que venía de Omashu regateaba con un oficial de compras de la Nación del Fuego por algunas coles, ignorando los pétalos de cerezo que caían en su té. Dos elegantes mujeres de la Tribu del Agua del Norte, brazo en brazo, caminaban meditativamente con un patrón de laberinto rastrillado en un campo de arena blanca pura. En la esquina, un joven triste con el pelo cuidadosamente desaliñado mordió el extremo de su pincel, luchando con un poema.

Cualquiera de ellos podría haber sido —y probablemente lo fueron—, maestros del más alto rango. Siempre le emociono a Kyoshi ver tantos maestros de los elementos reunidos en un solo lugar. Cuando la finca estaba llena de visitantes, como hoy, el aire se sentía muy vivo. A veces literalmente solo con Kelsang paseando alrededor y en un estado de ánimo juguetón.

La tía Mui, jefa del personal de cocina, apareció desde uno de los pasillos laterales y rebotó sobre ellas, pareciéndose a una ciruela rodando por una colina irregular. Usó su impulso para dar un golpe duro a la espalda de Kyoshi. Kyoshi gritó y agarró el frasco más fuerte.

—¡No lleves comida por donde los huéspedes puedan verla! —. La tía Mui silbó—. ¡Usa la entrada de servicio!

Ella empujó a Kyoshi por las escaleras del túnel, ajena al golpe que se dio Kyoshi contra la viga superior. Arrastraron por el pasillo que todavía olía a aserrín y arcilla húmeda a través del yeso. Fue más obvio aquí abajo lo nuevo y a toda prisa que se había construido el complejo realmente.

La aspereza del pasillo fue otro de los muchos pequeños detalles que hacían agujeros en la ilusión común que los que estaban bajo el techo de Jianzhu trataban de mantener, desde su invitado más exaltado hasta su empleado más humilde. La presencia del Avatar fue una bendición incómodamente reciente. Todo el mundo estaba realizando sus tareas a un ritmo acelerado.

—Estuviste demasiado en el sol, ¿no? —. La tía Mui dijo—. Tus pecas se oscurecieron de nuevo. ¿Por qué nunca usas ese corrector que te di? Tiene nácar real molido.

El cráneo de Kyoshi palpitaba.

—¿Qué, y parecer un fantasma sin sangre?

—¡Mejor eso que parecerse a alguien rociado con semillas de amapola sobre sus mejillas!

Sobre las únicas cosas que Kyoshi odiaba más que la mugre sobre su piel eran los valores deformados y exasperantes que la gente mayor como la tía Mui tenía alrededor de la tez. Era otra contradicción del pueblo, que se debe hacer una vida honesta haciendo un trabajo honesto a la luz del sol, pero nunca en lo más mínimo se parecía a ella. En el juego de los estándares de belleza rurales de Yokoya, Kyoshi había perdido en ese en particular. Entre otros.

Subieron otro conjunto de escaleras, Kyoshi recordando agacharse esta vez, y pasaron por una sala para secar y dividir la inmensa cantidad de leña necesaria para alimentar las estufas. La tía Mui chasqueo la lengua por el hacha que había sido enterrada en el bloque de cortar por la última persona en usarlo, en lugar de ser colgado correctamente en la pared, pero ella no era lo suficientemente fuerte como para sacarlo, y las manos de Kyoshi estaban llenas.

Entraron en la cocina vaporosa y cavernosa. El choque de sartenes de metal y llamas rugientes podría haber sido confundido con una operación de asedio. Kyoshi puso la vasija de encurtido en la mesa libre más cercana y se estiro como necesitaba, con los brazos temblando con libertad desconocida. El frasco había estado pegado a ella durante tanto tiempo, era parecido a decir adiós a un niño necesitado.

—No lo olvides, tienes deberes extras esta noche.

Se sorprendió al escuchar la voz de Rangi. No pensó que la maestra fuego la habría seguido tan profundamente en las entrañas de la casa.

Rangi miró a su alrededor.

—No pierdas mucho tiempo aquí. Tú no eres una simple sirvienta.

El personal de cocina cercano, algunas de las cuales *eran* sirvientas, las miraron y fruncieron el ceño. Kyoshi hizo una mueca. Los aldeanos pensaban que era una creída por vivir en la mansión; los otros sirvientes pensaban que era una creída por su cercanía a Yun; y Rangi, con su actitud de élite, sólo lo empeoró.

No había agradado a nadie, pensó mientras Rangi partía hacia el cuartel.

Kyoshi vio una extraña figura entre las legiones de cocineros vestidos de blanco trabajando en sus estaciones. Un maestro aire, con sus túnicas naranjas enrolladas hasta sus hombros en dobleces. Sus enormes patillas estaban cubiertas de harina, y había metido su abundante barba en su túnica para evitar soltar cabello. Era como si la cocina hubiera sido invadida por un ogro de montaña.

Kelsang debería haber estado arriba, viendo al Avatar. O al menos saludar a un sabio visitante. No cortando masa de dumplings entre los cocineros.

Miró hacia arriba y sonrió cuando vio a Kyoshi.

—He sido desterrado —dijo, adelantándose a su pregunta—. Jianzhu cree que mi presencia está causando que Yun sueñe prematuramente con el Aire Control, así que estamos tratando de mantenerlo enfocado en un elemento a la vez. Necesitaba sentirme útil, así que aquí estoy.

Kyoshi se dirigió hacia él a través del espacio lleno de gente y le dio al monje un beso en la mejilla.

—Déjame ayudar.

Se lavó las manos en un fregadero cercano, agarró una bola de masa para amasar y empezó con el trabajo a su lado.

Durante la última década, Kelsang básicamente la había criado. Había usado la influencia que tenía en sus manos con el Templo del Aire del Sur para residir en Yokoya tanto como pudo, con el

fin de ver por Kyoshi. Cuando tuvo que irse, la dejo encargada a diferentes familias, rogó por limosna para mantenerla alimentada. Después de que Jianzhu trajera el Avatar a Yokoya para su custodia, Kelsang convenció a su viejo amigo para contratar a Kyoshi.

Había hecho todo esto, había salvado la vida de una niña extraña, sin otra razón más que ella necesitaba a alguien. En una parte del Reino Tierra donde el amor estaba reservado únicamente para las relaciones de sangre, el monje de una tierra extranjera era la persona más querida en el mundo para Kyoshi.

Por eso sabía que su buen ánimo en este momento era completamente falso.

Los rumores volaban alrededor de la casa, de que la amistad una vez legendaria entre los compañeros del Avatar Kuruk se había deteriorado. Especialmente entre Jianzhu y Kelsang. En los años posteriores a la muerte de Kuruk, si se quería creer el chisme, Jianzhu había acumulado riqueza e influencia impropio de un sabio que se suponía que se dedicaba únicamente a guiar a la reencarnación de Kuruk. Los Maestros Control llegaron a casa para darle ofrendas, a él y no al Avatar, y los decretos que normalmente eran hechos por los Reyes Tierra en su lugar llevaban el sello de Jianzhu. Kelsang desaprobó tales acciones hambrientas de poder y corría el riesgo de ser completamente echado a un lado.

Kyoshi no tenía contexto en torno a la política, pero se preocupó por la creciente brecha entre los dos Maestros Control. No podría ser bueno para el Avatar. Yun adoraba a Kelsang casi tanto como ella, pero al final era leal al sabio de la tierra que lo había encontrado.

Distraída por sus pensamientos, no notó que la pequeña bocanada de harina volara desde la mesa y la golpeara en la frente. El polvo blanco nublaba su visión. Ella entrecerró los ojos a Kelsang, que no estaba tratando de ocultar el segundo disparo que giraba por encima de su palma, con un torbellino del tamaño de un bolsillo que había formado.

—No fui yo —dijo—. Fue un Maestro Aire diferente.

Kyoshi soltó una risita y tomo el montón de harina del aire que estalló entre sus dedos.

—Déjalo antes de que la tía Mui nos saque de aquí.

—Entonces deja de preocuparte por mi —dijo, leyendo su mente—. No es tan malo si me tomo un descanso de los negocios del Avatar. Pasaré más tiempo contigo. Deberíamos ir de vacaciones, los dos, tal vez para ver los sitios sagrados de Nómadas Aire.

Eso le hubiera gustado mucho. Las oportunidades de compartir la compañía de Kelsang se habían vuelto más raras a medida que el Avatar y sus maestros se hundían más profundamente en la malla de los asuntos del mundo. Pero tan humilde como su propio trabajo era en comparación, ella todavía tenía la misma responsabilidad de aparecer todos los días.

—No puedo —dijo Kyoshi—. Tengo trabajo.

Habría tiempo suficiente en el futuro para viajar con Kelsang.

Rodó los ojos.

—Bah. Nunca he visto a alguien tan reacio a la diversión desde el viejo Dorje ''No tartas de fruta'' —. La golpeo otro montoncito de harina, y ella falló esquivándolo.

—¡Sé cómo divertirme!

Kyoshi susurró indignada mientras se limpiaba la nariz con la parte posterior de la muñeca.

Desde la cabeza de las mesas de la tabla de cortar, la tía Mui dio un silbido, interrumpiendo su debate.

—¡Tiempo de la poesía! —dijo.

Todos se quejaron. Siempre estaba tratando de imponer la alta cultura a sus trabajadores, o al menos su idea de ella.

—¡Lee! —dijo, destacando al desafortunado manejador de wok—. Tu empieza.

El pobre cocinero de línea se trababa mientras trataba de componer en el acto e intentaba hacer el recuento de sus sílabas.

—Uh…

El-cli-ma-bue-no
el-sol-bri-lla-a-rri-ba
pa-ja-ros . . . can-tan?

La tía Mui hizo una cara como si hubiera tomado jugo de limón puro.

—¡Eso fue horrible! ¿Dónde está tu sentido del balance? ¿Simetría? ¿Contraste?

Lee arrojó sus manos al aire. Le pagaban para freír cosas, no para actuar en el Anillo Superior de Ba Sing Se.

—¿No puede alguien darnos un verso decente?

La tía Mui se quejó. No había voluntarios.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Tengo mejillas como fruta redonda madura.

Kelsang de repente se lanzó.

Se agitan como ramas en la tormenta
me ruborizo de color rojo brillante cuando veo una cama
y salto con el sonido del cuerno.

La habitación explotó en risas. Había elegido una canción muy conocida y popular entre los marineros y los trabajadores de campo, donde se improvisaban versos obscenos desde la perspectiva de tu objeto de afecto no correspondido. Era un juego para que otros adivinaran sobre quién estabas cantando, y el simple ritmo hacía el trabajo manual más agradable.

—¡Hermano Kelsang! —dijo la tía Mui, escandalizada—. ¡Pon el ejemplo!

Lo había hecho. Todo el personal ya estaba cortando, amasando, y fregando con la melodía estridente. Estaba bien comportarse mal si un monje lo hacía primero.

Tengo una nariz como un ciervo de cola de paloma
Corro como una hoja en el viento.

Dijo Lee, evidentemente mejor en esto que en el haiku.

Mis brazos son leves y mi cintura está marcada
y no tengo un pensamiento para mis parientes.

—¡Mirai! —gritó un lavaplatos—. ¡Nada mal, le gusta mucho la hija del verdulero!

El personal acallo las protestas de Lee, pensando que era un buen partido. A veces no le importaba a la audiencia si adivinaban bien o no.

—¡Kyoshi es la siguiente! —dijo alguien—. Ella nunca está aquí, ¡Así que vamos a aprovechar al máximo!

Kyoshi fue atrapada desprevenida. Normalmente no estaba incluida en las travesuras domésticas. Kelsang llamó su atención y vio el desafío centelleando allí. *Divertida, ¿eh? Demuéstralo*.

Antes de que pudiera detenerse, el ritmo la lanzó a la canción.

Tengo dos cuchillos fundidos en bronce
que perforan todo el camino hasta el alma
te atraen con la promesa del pecado
como la polilla a la llama del carbón.

La cocina aullaba. La tía Mui cloqueo desaprobación.

—¡Sigue adelante, chica traviesa!

Lee gritó, contento de que la atención ya no estaba en él.

Incluso había logrado deshacerse de Kelsang, quien la miró con curiosidad, como si tuviera una chispa de reconocimiento para quien estaba describiendo. Kyoshi sabía que eso no era posible cuando simplemente estaba arrojando las primeras palabras que se le vinieron a la cabeza. Ella golpeó una porción de masa sobre la mesa delante de ella, creando su propia percusión.

Tengo el pelo como la noche sin estrellas
se pega a mis labios cuando sonrío
lo enrollo con el tuyo y nos desviamos fuera de curso
en un barco tocando corazones todo el tiempo.

De alguna manera la improvisación era fácil, aunque nunca se había considerado una poeta. O una mente obscena, para el caso. Era como si otra persona, alguien mucho más a gusto con sus propios deseos, estaba alimentando en ella las líneas correctas para expresarse. Y para su sorpresa, le gustó cómo las líneas poco elegantes la hacían sentir. Veraz, tonta y cruda.

Porque la forma en que camino
es una linterna encendida
que te lleva a la noche
te abrazaré y te amaré más
hasta que nuestro fin esté a la vista.

Kyoshi no tuvo tiempo de meditar sobre el giro más oscuro que su verso tomó antes de un golpe de dolor repentino a través de su muñeca.

Kelsang había agarrado su brazo y la miraba fijamente, ojos salvajes y blancos. Su agarre se apretó más y más, aplastando su carne, sus uñas sacando sangre tanto de su piel como de la suya.

—¡Me estás lastimando! —exclamó.

La habitación estaba en silencio. Incrédulos. Kelsang la soltó, y ella se tomó del borde de la mesa. Un mapa púrpura fue estampado en su muñeca.

—Kyoshi —dijo Kelsang con la voz constreñida y sin aire—. Kyoshi, *¿dónde aprendiste ESA CANCIÓN?*

EL ASCENSO DE
KYOSHI

REVELACIONES

Después de que Kelsang la hizo a un lado en un estudio vacío y pasó media hora disculpándose entre lágrimas por herirla, le dijo por qué había perdido el control.

—Oh —dijo Kyoshi en respuesta a las peores noticias que había escuchado en su vida.

Paso sus dedos por su cabello y arrojó su cabeza hacia atrás. La biblioteca donde se escondían media más de alto que de largo, un pozo de minas repleto con pergaminos, arrancados de los estantes y puestos de nuevo sin cuidado. Los rayos de luz revelaron cuánto polvo flotaba alrededor de la habitación. Necesitaba limpiar este lugar.

—Te equivocas —le dijo a Kelsang—. Yun es el Avatar. Jianzhu lo identificó hace casi dos años. *Todo el mundo* lo sabe.

Kelsang no parecía más feliz que ella.

—Tu no entiendes. Después de la muerte de Kuruk, las tradiciones del Reino Tierra para localizar al Avatar se desmoronaron. Imagínate si las estaciones se negaran repentinamente a girar. Fue un caos. Después de tantos fracasos, los sabios, especialmente los del Reino Tierra, se sintieron abandonados por los espíritus y sus antepasados por igual.

Kyoshi se inclinó hacia atrás contra una escalera y se tomó de los peldaños firmemente.

—Se habló de que Kuruk era el último del ciclo, que el mundo estaba destinado a una era de lucha, a ser desgarrado por forajidos y señores de guerra. Hasta que Jianzhu etiquetó a Yun como el siguiente Avatar. Pero la forma en que sucedió no tenía precedente. Explícame esto; con ustedes dos tan unidos como son, ¿Alguna vez Yun te ha contado los detalles?

Ella negó con la cabeza. *Era* extraño, ahora que Kelsang lo mencionaba.

—Eso es porque Jianzhu probablemente se lo prohibió. La historia completa arrojaría la sombra de ilegitimidad sobre él—. El monje se frotó los ojos; era aborrecíblemente polvoriento ahí—. Estábamos en Makapu, inspeccionando el volcán. Honestamente habíamos renunciado a encontrar el Avatar, como muchos otros. En el último día de nuestro viaje, notamos una multitud creciendo en un rincón de la plaza del pueblo.

—Estaban reunidos alrededor de un niño con una tabla Pai Sho. Yun. Estaba estafando a turistas como nosotros, y también había hecho un poco de dinero. Para dar confianza a sus oponentes, estaba manejando el juego de bolsa ciega. Es cuando tu oponente juega normalmente, eligiendo sus fichas, pero tiras las tuyas en un saco y las mezclas al azar. Lo que sea que dibujes cada turno es lo que tienes que jugar. Una desventaja insuperable.

Kyoshi podía verlo con demasiada facilidad. La lengua de plata de Yun sacando dinero de las carteras de la gente. Una sarta de bromas y sonrisas intermitentes. Probablemente podría dejar en quiebra a alguien y aun así dejarlo feliz de haberlo conocido.

—Lo que la mayoría de la gente no sabe, y lo que Yun no sabía, era que la bolsa ciega se supone que es una estafa —dijo Kelsang—. Estás destinado a montar las baldosas o la bolsa en sí para que tengas una manera de encontrar las combinaciones exactas que necesitas. Pero Yun no estaba engañando. En realidad, estaba dibujando al azar y ganando.

—Podríamos haberlo dejarlo pasar, era un niño disfrutando de una racha de suerte, pero Jianzhu se dio cuenta de que estaba dibujando y jugando las estrategias favoritas de Kuruk, girando a su vez, hasta la ubicación exacta de la baldosa exacta. Juego tras juego estaba haciendo

esto. Mostró trucos y trampas que Kuruk mantuvo explícitamente en secreto de cualquiera.

—Parece que Kuruk se tomó el Pai Sho bastante en serio —dijo Kyoshi.

Kelsang resopló y luego estornudó, enviando un pequeño tornado en espiral hacia la claraboya.

—Era una de las pocas cosas que hizo. Y fue inequívocamente uno de los mejores jugadores de la historia. Dependiendo de las reglas que esté utilizando, tiene hasta sesenta fichas. Hay más de doscientos puntos en el tablero donde puedes ponerlos. Para dibujar al azar y luego ejecutar brillantemente una línea de juego precisa que sólo Kuruk estaba lo suficientemente loco como para usarla y ganar, como paso ya hace tanto tiempo—las probabilidades eran impensables.

Kyoshi no tenía gusto por Pai Sho, pero sabía que los maestros a menudo hablaban de que los estilos de juego eran tan individualistas y reconocibles como una firma. Una identidad contenida en el tablero.

—Después de lo que Jianzhu pasó con Xu Ping An y los Cuellos Amarillos, era como si una cordillera hubiera sido levantada de sus hombros —dijo Kelsang—. Cualquier duda que pudiera haber desapareció por completo cuando vimos a Yun hacer Tierra Control. Se lo concedo, el chico puede mover rocas como nadie. Si identificamos al Avatar únicamente a través de un concurso de precisión, con esas manos sería la reencarnación de Kuruk.

Kyoshi pensó en esta mañana y en la increíble manipulación de la tierra de Yun. En su mente sólo el Avatar podría haber hecho eso.

—No lo entiendo —dijo—. Todo esto es *una prueba. Yun* es el Avatar. ¿Por qué me dices que yo soy… que yo… por qué me *harías* eso?

Su angustia fue absorbida, sin eco, por las masas de papel descolorido y desmoronado que los rodeaba.

—¿Podemos salir de aquí? —dijo Kelsang, que ya tenía los ojos rojos.

Caminaron en silencio por los pasillos de la mansión. La presencia de Kelsang justificó tomar la ruta más corta, donde los dignatarios visitantes podrían verlos. Pasaron obras de caligrafía montadas en las paredes que eran más preciosas que ladrillos de oro. Vasos de delicadeza translúcida sostenían las flores del día cortadas del jardín.

Kyoshi se sentía como un ladrón al pasar por los tesoros exhibidos casualmente, no mejor que un intruso que podría pasar por encima de los guardias y meter cada objeto invaluable en una mochila. Incluso el dormitorio de los sirvientes, llano y mal iluminado parecía susurrar *ingrata* a ella desde sus rincones oscuros. No todo el personal fue capaz de vivir en el lugar. Y sabía que una cama levantada del suelo y una puerta de madera que se cerraba bien eran mejores que lo que muchos otros sirvientes alrededor del Reino Tierra tenían.

Ella y Kelsang se acomodaron dentro de su habitación. Estaba apretado, los dos tenían la misma altura, pero como personas considerables tenían práctica para minimizarse a sí mismos. Sus aposentos eran pequeños, pero técnicamente era más espacio del que necesitaba. Además de unas chucherías de su vida callejera, sus dos únicas posesiones al mudarse a la casa de Jianzhu eran un pesado baúl cerrado que había guardado en la esquina, y en la parte superior, el diario

encuadernado de cuero del lider que explicaba lo que había en él. Su herencia de los días antes de Yokoya.

—Todavía los tienes —dijo Kelsang—. Sé lo valiosos que son para ti. Recuerdo que te rastreé hasta el nido que hiciste alrededor del baúl debajo de la casa del herrero. Abrazaste el libro tan fuerte a tu pecho y no me dejaste leerlo. Parecías lista para defenderlo a muerte.

Sus sentimientos sobre los artículos eran más complicados de lo que él entendía. Kyoshi nunca había abierto la cerradura, después de haber arrojado la llave al océano un día en un ataque de rencor. Y casi había quemado el diario varias veces.

Por el pasillo alguien se movía, haciendo chirriar los tablones del piso, así que esperaron hasta que desaparecieran los pasos. Kelsang se sentó en la cama, inclinando los tablones en el medio. Kyoshi se apoyó contra su puerta y sus pies quedaron listos en posición como si un ejército atacante estuviera tratando de tirarla.

—¿Así que crees que soy el Avatar por una canción estúpida que inventé? —dijo. En algún lugar entre el estudio y su habitación había encontrado las agallas suficientes para decirlo en voz alta.

—Creo que *podrías* ser el Avatar porque sacaste de la nada las líneas exactas de un poema que Kuruk escribió hace mucho tiempo —dijo Kelsang.

Un poema. Un poema no era una prueba. No como la fría imposibilidad de lo que hizo Yun.

Kelsang podía decir que necesitaba una explicación mejor.

—Lo que voy a decirte, debes guardarlo para ti misma —dijo.

—Estoy escuchando.

—Fue hace unos veinte años. Los compañeros de Kuruk aún estaban muy unidos, pero sin desafíos reales, nos desviamos hacia nuestras vidas separadas. Jianzhu comenzó a trabajar en las posesiones de su familia. Hei-Ran comenzó a enseñar en la Real Academia de Fuego y se casó con el padre de Rangi, Junsik, en el mismo año. Es lo más feliz que la llegue a ver. En cuanto a mí, fue cuando el abad Dorje estaba vivo y yo todavía estaba en sus buenas manos, así que estaba siendo preparado para tomar el control del Templo del Aire del Sur.

Asignar un pasado a los venerables maestros era una extraña mezcla de satisfacción e inquietantemente voyerista. Estaba espiando cosas que no debería conocer.

—¿Qué estaba haciendo Kuruk?

—Ser Kuruk. Viajando por el mundo. Rompiendo corazones y tomando nombres. Pero un día apareció en mi puerta de la nada, temblando como un colegial. Quería que leyera una declaración de amor eterno que había compuesto en un poema.

Kelsang inhaló bruscamente a través de su nariz. Kyoshi mantuvo su habitación libre de polvo e impecable.

—Esto sucedió dos meses después de la boda de Hei-Ran y tres meses antes de que el padre de Jianzhu se enfermara —dijo—. Usó un medidor más formal que el de las canciones de un marinero, y tampoco la cantó, pero su contenido era exactamente lo que decías en el impulso del momento.

Eso sólo debilitó el argumento.

—Pareces recordar esto con demasiado detalle —dijo Kyoshi.

El monje arrugó la frente.

—Eso es porque iba a darle el poema a Hei-Ran.

No. Había oído historias de la falta de propiedad del Avatar de Agua, pero eso iba demasiado lejos.

—¿Qué pasó después?

—Yo… intervine — dijo Kelsang. Kyoshi no podía saber si estaba arrepentido u orgulloso de su decisión—. Regañé a Kuruk por su estupidez y egoísmo, por tratar de arruinar la relación feliz de su amiga, y le hice destruir la confesión mientras miraba. Hasta el día de hoy no sé si hice lo correcto. Hei-Ran siempre amó a Kuruk con un pedazo de su corazón. Tal vez todo habría resultado mejor si se hubieran escapado el uno con el otro.

Kyoshi rápidamente hizo las matemáticas en su cabeza, y, sí, si eso hubiera sucedido, Rangi no habría nacido.

—Hiciste lo correcto —dijo, con más ferocidad de la que pretendía mostrar.

—Nunca lo averiguaré. Poco después, Kuruk conoció a Ummi. Esa tragedia se desarrolló tan rápido que mi memoria de esta comienza a desdibujarse.

Ella no sabía quién era Ummi, y no tenía intención de preguntar. Las cosas eran bastante complicadas. Y Kuruk… Kyoshi no era una estudiante avanzada sobre la historia del Avatar, pero estaba desarrollando una visión bastante tenue del hombre.

—Ojalá pudiera estar más seguro —dijo Kelsang—. Pero si hay algo que las últimas dos décadas me han enseñado, es que la vida no funciona de ciertas maneras garantizadas. Se supone que no debo hablar de esto, pero Yun está teniendo problemas con el Fuego Control. Me temo que Jianzhu se está volviendo… más extremo. Ha apostado tanto en la creación de su reemplazo ideal para Kuruk que cada vez que se enfrenta a un contratiempo, su respuesta es presionar más fuerte.

Kyoshi estaba más conmovida por la revelación de que Yun no podía hacer fuego control que cualquier otra cosa que hubiera escuchado hasta ahora. La imagen que proyectó era de un chico que podía hacer lo imposible. Sí, Yun era su amigo, pero todavía tenía la misma fe en el Avatar que cualquier otra persona. Dominar el fuego debería haber sido fácil para alguien tan inteligente y talentoso como él lo era.

Kelsang parecía captar su miedo.

—Kyoshi, Yun todavía tiene la probabilidad más fuerte de ser el Avatar. Eso no ha cambiado—. Se acaricio el final de su barba—. Pero si los criterios a los que nos hemos reducido son 'cosas improbables que Kuruk alguna vez hizo', entonces tenemos que considerarte también.

El monje caviló por un momento, encajando piezas en su cabeza.

—Para ser honesto, sin embargo, no sé si estoy completamente molesto por esta nueva complicación. Tienes méritos dignos de Avatar que no reconocerías.

Kyoshi se burló.

—¿Tales como…?

Lo pensó más antes de decidirse por uno.

—Humildad desinteresada.

—¡Eso no es cierto! No soy más que… —ella atrapó a Kelsang a punto de reírse de ella y frunció el ceño.

Se levantó, y sus tablas de cama gimieron de alivio.

—Lo siento —dijo—. Podría haber podido responder a esta pregunta hace años, si hubiera tenido la oportunidad de conocer a tus padres como lo hice con los otros niños del pueblo. Más información podría haber hecho la diferencia.

Kyoshi hizo una mueca y con su talón pateo contra el tronco, liberando el repentino estallido de ira que corría a través de ella. La madera hizo un ruido como de un tambor.

—Estoy segura de que les hubiera encantado tener un hijo tan valioso como el Avatar —rugió—. Un premio una vez en una generación.

Kelsang le sonrió suavemente.

—Habrían estado orgullosos de su hija pase lo que pase —dijo—. Yo sé que lo estoy.

Normalmente Kyoshi se habría sentido reconfortada por el reconocimiento de que ella se había convertido en una constante en la vida de Kelsang como él lo había hecho en la suya. Pero si salía por su puerta y le contaba a Jianzhu lo que sucedió, podría destrozar el pequeño rincón del mundo que los dos habían marcado por sí mismos. ¿Kelsang no veía eso? ¿No estaba preocupado?

—¿Podemos mantener esto en secreto? —Kyoshi dijo—. ¿Sólo por un tiempo, hasta que pueda orientarme? No quiero ser imprudente. Tal vez recuerdes el poema de Kuruk de manera diferente por la mañana. O Yun hará Fuego Control—. *Cualquier cosa*.

Kelsang no respondió. De repente se había quedado paralizado por su pequeño estante.

Tenía una borla teñida de oro, unas pocas cuentas, una moneda que había robado de una caja de donación del santuario y se sentía demasiado culpable para gastar y con demasiado miedo para regresar. La tortuga de arcilla que no recordaba exactamente cómo había conseguido, aparte de que era un regalo de él. Miró la basura durante mucho tiempo.

—Por favor —dijo Kyoshi.

Kelsang la miró y suspiró.

—Por un tiempo, tal vez —dijo—. Pero eventualmente tenemos que decírselo a Jianzhu y a los demás. Sea cual sea la verdad, debemos encontrarla juntos.

Después de que se fue, Kyoshi no se sentó. Pensó que era mejor estar de pie, inmóvil. Su celda de madera de una habitación era lo suficientemente buena para eso.

Esto era una pesadilla. Aunque no era una dignataria política importante, tampoco era una idiota. Ella sabía qué tipo de alboroto había detrás del equilibrio precario que Jianzhu y Yun habían establecido, la montaña que habían suspendido en el aire.

Desde las esquinas había espiado los episodios de sollozos extáticos, la sensación de alivio total que muchos de los sabios visitantes pasaron cuando pusieron los ojos en Yun por primera vez. Después de más de una década de duda, era un cuerpo sólido, una mente aguda, una promesa tardíamente cumplida. El heredero del legado bendito de Yangchen. Avatar Yun era un faro de luz que daba confianza a la gente de que el mundo podía salvarse.

''Avatar Kyoshi'' simplemente sería tierra pateada sobre el fuego.

Sus ojos cayeron en el diario que yacía en el baúl. Su pulso se aceleró de nuevo. ¿La habrían dejado atrás si supieran que había una oportunidad, por muy delgada que fuera, de que tuviera algo de valor?

Un golpe vino de afuera. Sus tareas extras. Lo había olvidado.

Ella empujó toda la conversación con Kelsang a la parte posterior de su mente mientras abría

la puerta. Ella sabía por experiencia que no había problemas tan grandes que no podía empacar a distancia. Kelsang no estaba seguro, por lo tanto, no tenía que preocuparse. De lo que necesitaba preocuparse era de Rangi la tuviera escondida para—

—Oye —dijo Yun—. Te estaba buscando.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

PROMESAS

—Sabes, esto es mucho más difícil cuando estás cerca —dijo Kyoshi al Avatar.

Ella y Yun se sentaron en el suelo en una de las innumerables salas de recepción. Los biombos habían sido doblados y empujados a las paredes, y las macetas habían sido puestas afuera para hacer espacio para las pilas gigantes de regalos que los invitados habían traído para el Avatar.

Yun se acostó boca arriba, ocupando valioso espacio libre. Agitó perezosamente una espada con hoja de *jian*[2] forjada a medida y se movía en el aire, agitando en el aire como si removiera una olla imaginaria con ella.

—No tengo idea de cómo usar esto —dijo—. Odio las espadas.

—¿Un chico al que no le gustan las espadas? —Kyoshi dijo con un jadeo simulado—. Ponlo en la pila de la armería, y conseguiremos que Rangi te enseñe en algún momento.

Había muchas conjeturas en el pueblo sobre lo que, exactamente, Kyoshi hacia en la mansión. Dada su condición de huérfana y no deseada, los hijos de los granjeros asumieron que manejaba los trabajos más sucios e impuros, lidiando con la basura y los cadáveres y cosas similares. La verdad era algo diferente.

Lo que realmente hacía, como su papel principal, era arreglar lo que hacía Yun. Ordenar sus líos. El Avatar era tan descuidado que necesitaba un sirviente de tiempo completo siguiendo sus pasos, o de lo contrario el caos abrumaría todo el complejo. Poco después de aceptarla, el personal de alto rango descubrió la fuerte y compulsiva necesidad de Kyoshi de volver a poner las cosas en el lugar correspondiente, minimizar el desorden y mantener el orden. Así que la pusieron en el deber de contención del Avatar.

Esta vez, la pila en la que se sentaron en lo más profundo no era culpa de Yun. Los visitantes ricos constantemente lo bañaban con regalos con la esperanza de pedir un favor, o simplemente porque lo amaban. Por grande que fuera la casa, no había suficiente espacio para dar a cada elemento un lugar de exhibición de honor. Regularmente Kyoshi tuvo que ordenar y empacar las reliquias y las antigüedades y obras de arte que sólo parecían ser más lujosos y numerosos con el tiempo.

—Oh, mira —dijo, sosteniendo un círculo lacado en un patrón entrecruzado con gemas luminosas—. Otra tabla de Pai Sho.

Yun miró.

—Ese es bonito.

—Este es, sin exagerar, el cuadragésimo cuarto tablero que posees ahora. No te lo vas a quedar.

—Ugh, despiadado.

Ella lo ignoró. Podría ser el Avatar, pero cuando se trataba de ella oficialmente asignado deberes, ella estaba por encima de él.

Y Kyoshi necesitaba esto ahora mismo. Necesitaba esta normalidad para enterrar lo que Kelsang le había dicho. A pesar de sus mejores esfuerzos, seguía subiendo desde abajo, la noción

[2] Es el arma blanca de hoja recta por excelencia del pueblo chino. Moderadamente larga, de doble filo y prácticamente sin cruz.

de que ella estaba traicionando a Yun y tomando lo que le pertenecía.

Mientras descansaba sobre los codos, Kyoshi notó que Yun no llevaba sus zapatillas interiores bordadas.

—¿Esas son botas nuevas? —dijo, señalando a sus pies. El cuero que con el que estaban fabricadas era hermoso, tono gris suave con orilla de piel suave como la nieve que cae por la mañana.

Probablemente piel de tortuga bebé, pensó con repulsión.

Yun se tensó.

—Los encontré en la pila hace un rato.

—No te quedan. Devuélvalas.

—Preferiría que no—. Se arrastró hacia atrás, pero fue detenido por las cajas.

Ella se acercó a mirar las botas desde un ángulo más cercano.

—¿Qué hiciste, llenaste el espacio extra con vendas? ¡Son ridículamente grandes para ti! ¡Quítatelas! —. Se puso de rodillas y le agarró el pie con ambas manos.

—*¡Kyoshi, por favor!*

Hizo una pausa y miró a su rostro. Estaba lleno de puro miedo. Y rara vez le alzaba la voz.

Era la segunda vez hoy que una persona importante para ella había actuado de manera extraña. Se obligó a pensar que los dos incidentes no estaban relacionados. Así que de repente había desarrollado un intenso gusto por el calzado. Ella tomaría nota de ello.

Yun se sentó y puso sus manos sobre los hombros de Kyoshi, mirándola con sus ojos verde jade. Hace mucho tiempo que incitaba sus sonrisas coquetas cada vez que quería un favor de ella, su puchero con ojos de cachorrito cuando él quería un favor, pero su expresión de deseo serio era un arma que no sacaba a menudo. La forma en que sus pensamientos turbulentos suavizaron los bordes afilados de su cara era una perforación en su corazón.

—Escúpelo —ella dijo—. ¿Qué es lo que pasa?

—Quiero que vengas de viaje conmigo —dijo en voz baja—. Te necesito a mi lado.

Kyoshi casi se atraganta de la sorpresa. Estaba ofreciendo una muestra del mundo que sólo unos pocos exaltados llegaron a probar. Ser un compañero del Avatar, incluso por un momento, era un honor más allá de sus cálculos.

Volando hacia la puesta del sol, acurrucada cerca de Yun, el viento en su cabello, si Aoma y los otros aldeanos estuvieran celosos de ella antes, ahora se volverían espumosos de envidia.

—¿Qué tipo de viaje es este? —dijo, bajando inconscientemente su volumen—. ¿A dónde será esto?

—El Mar del Este, cerca del Polo Sur —dijo—. Estoy firmando un nuevo tratado con Tagaka.

Bueno, mucho para la fantasía. Kyoshi quitó las manos de Yun de sus hombros y se sentó de rodillas correctamente. El movimiento se sentía como si ayudara a drenar el calor de su cara.

—¿La Quinta Nación? —dijo—. ¿Vas a sentarte en una mesa con la Quinta Nación? ¿Y quieres que te *acompañe?* ¿Qué voy a hacer rodeada por una banda de piratas sedientos de sangre que es más grande que la mayoría de las milicias provinciales del Reino Tierra? ¿Limpiar sus… machetes?

—Sé cuánto odias a los forajidos —dijo Yun—. Pensé que podrías apreciar ver una victoria sobre ellos de cerca. Es sólo político, pero, aun así.

Kyoshi hinchó las mejillas con frustración.

—Yun, básicamente soy *tu niñera* —dijo—. Necesitas a Rangi para esta misión. Mejor aún, necesitas toda la legión personal del Señor del Fuego.

—Rangi viene. Pero yo también te quiero a ti. No estarás ahí para luchar si las cosas van mal—. Miró a sus propios pies—. Te quedarás parada y verás como las cosas van bien.

—Por el amor de… *¿por qué?*

—Perspectiva —dijo—. Necesito tu perspectiva.

Sacó un azulejo de Pai Sho que había arrancado del set que había escondido y veía con ojos entrecerrados como un joyero en la luz.

—¿No es triste que quiera una persona normal allí? —dijo—. ¿Alguien que va a estar asustado e impresionado y abrumado al igual que yo, y no otro monitor Avatar profesional? ¿Que después quiera que me digas que soy tan bueno como Yangchen o Salai, independientemente de si eso es verdad o no?

Se echó a reír amargamente.

—Sé que suena estúpido. Pero creo que necesito la presencia de alguien que se preocupe por mí primero y la historia en segundo lugar. Quiero que estés orgullosa de mí, Yun, y no satisfecha con la actuación del Avatar.

Kyoshi no sabía qué hacer. Esta idea sonaba insensible. Ella no estaba equipada para seguir al Avatar en la política o la batalla, no como los grandes compañeros de generaciones pasadas.

Su estómago se hirió en un nudo mientras pensaba en el secreto entre ella y Kelsang. No tendrían el tiempo que necesitaban para resolver ese asunto. El mundo exigía un Avatar o de lo contrario…

—Será más seguro de lo que parece —dijo Yun—. Curiosamente, la mayoría de las pandillas *daofei* tienen un poco de respeto por el Avatar. O son supersticiosos sobre los poderes espirituales del Avatar o intimidados por alguien que puede dejar caer los cuatro elementos sobre sus cabezas a la vez.

Trató de sonar desenfadado, pero parecía cada vez más dolido por el tiempo que lo dejaba esperando en silencio.

Entonces, ¿Era tan terrible elección? Jianzhu nunca arriesgaría la vida de Yun. Y le costó creer que Yun arriesgaría la suya. En realidad, la situación no era tan grande o complicada como ella la pintaba. El negocio de Avatares y el destino del Reino Tierra fue para otras personas y otras veces. En este momento, el amigo de Kyoshi dependía de ella. Ella estaría ahí para él.

—Voy a ir —dijo—. Alguien tiene que limpiar cualquier desastre que hagas.

Yun se estremeció de alivio. Cogió sus dedos y los trajo suavemente a su mejilla, engullendo en ellos como si fueran hielo para una fiebre.

—Gracias —dijo.

Kyoshi se enrojeció hasta los sus pies. Ella se recordó a sí misma que su tendencia casual a estar cerca de ella, a compartir toques, era sólo parte de su personalidad. Había captado vislumbres y oído historias del personal que lo confirmaba. Una vez besó la mano de la princesa de Omashu por un segundo más de lo normal y logró un nuevo acuerdo comercial como resultado.

Le había llevado mucho, mucho tiempo después de comenzar en la casa para convencerse de que no estaba enamorada de Yun. Momentos como este amenazaban con deshacer todo su arduo trabajo. Se dejó hundir bajo la superficie y disfrutar de ser arrastrada por el simple contacto.

Yun a regañadientes bajó la mano.

—Tres… — dijo, ladeando la oreja en el suelo de cerámica con una sonrisa—. Dos… Uno…

Rangi deslizó la puerta abierta con un clic agudo.

—Avatar—. Ella se inclinó profunda y solemnemente a Yun. Luego se volvió hacia Kyoshi—. ¡Apenas y has hecho algún progreso! ¡Mira este lío!

—Te estábamos esperando —dijo Yun—. Decidimos quemarlo todo. Puedes empezar con esas horribles túnicas de seda en la esquina. Como tu Avatar, te ordeno que los enciendas. Ahora mismo.

Rangi rodó sus ojos.

—Sí, y prender fuego a toda la mansión.

Siempre se esforzaba lo más que podía por mantenerse firme ante Yun, pero en ocasiones flaqueaba. Y era por lo general durante los tiempos en que los tres, las personas más jóvenes en el complejo estaban solos juntos.

—Exactamente —dijo Yun con alegría—. Quemarlo todo desde el suelo. Reducirlo de nuevo a la naturaleza. Lograremos estados puros de ánimo.

—Empezarías a quejarte en el momento en que tengas que bañarte con agua fría —le dijo Kyoshi.

—Hay una solución para eso —le dijo Rangi a Yun—. Todo el mundo iba al río, se desnudaba, tomaba el maestro fuego más cercano, y *¡Pthah!*

Una almohada decorativa le golpeó en la cara. Los ojos de Kyoshi se volvieron anchos de la incredulidad.

Rangi miró completamente horrorizada lo que había hecho. Había atacado al Avatar. Ella miró sus manos como si estuvieran cubiertas de sangre. El castigo eterno de un traidor la esperaba en el más allá.

Yun estalló en risas.

Kyoshi siguió, sus costados temblando hasta que le dolieron. Rangi trató de no sucumbir, sujetando su mano sobre su boca, pero a pesar de sus mejores esfuerzos, pequeñas risas y resoplidos salieron a través de sus dedos. Un miembro mayor del personal pasó, frunciendo el ceño al trío a través de la puerta abierta. Lo que les hizo reír aún más.

Kyoshi miró las caras hermosas de Yun y Rangi, liberadas del peso de sus deberes, aunque sólo fuera por un momento. Sus amigos. Pensó en lo poco probable que era que los hubiera encontrado.

Esto. Esto es lo que necesito proteger.

Yun defendía el mundo, y Rangi lo defendía a él, pero en lo que a Kyoshi se refiere, su propio terreno sagrado estaba marcado por los límites donde sus amigos estaban.

La repentina claridad de esta revelación hizo que su alegría se evaporara. Mantuvo una sonrisa tensa y forzada para que no se dieran cuenta de su cambio de humor. Su puño se apretó alrededor de nada.

Y que los espíritus ayuden a cualquiera que me quite esto.

EL ASCENSO DE KYOSHI

EL ICEBERG

La pesadilla de Kyoshi olía a bisontes mojados.

Estaba lloviendo, y fardos de carga envueltos en arpillera salpicaron en el barro a su alrededor como si hubieran caído desde grandes alturas, parte de la tormenta. Ya no importaba lo que había en ellos.

Un destello de relámpagos reveló figuras encapuchadas que se cernían sobre ella. Sus rostros estaban oscurecidos por máscaras del agua que corría.

—¡Te odio! —Kyoshi gritó—. ¡Te odiaré hasta que muera! ¡Nunca te perdonaré!

Dos manos se estrecharon. Se realizó un trato, uno que fue violado en el instante en que se convirtió en un inconveniente para mantener. Algo húmedo y sin vida la golpeó en las espinillas, papeles sellados en la tela de aceite.

—¡Kyoshi!

Se despertó sobresaltada y estuvo a punto de caer por un costado de la silla de Pengpeng. Se agarró en la barandilla, el borde lijado presionando en su intestino, y miró el mar azul rugiendo debajo de ellos. Era un largo camino hasta el océano.

No había lluvia en su cara sino sudor. Vio una gota que resbaló de su barbilla y caía en la nada antes de que alguien la agarrara por los hombros y tirara de su espalda. Cayó encima de Yun y Rangi, aplastándolos.

—¡No nos asustes así! —Yun le gritó al oído.

—¿Qué pasó? — Kelsang dijo, tratando de moverse en el asiento del conductor sin perturbar las riendas. Sus piernas se acurrucaron al gigantesco cuello de Pengpeng, lo que le dificultaba ver detrás de sí mismo.

—Nada, Maestro Kelsang —se quejó Rangi—. Kyoshi tuvo una pesadilla.

Kelsang parecía escéptico, pero siguió volando recto.

—Bueno, bien, entonces, pero tengan cuidado, y no peleen. No queremos que nadie salga lastimado antes de llegar allí. Por qué de ser así Jianzhu pediría mi cabeza en un plato.

Le dio a Kyoshi una mirada extra de preocupación. Había sido sorprendido desprevenido por la repentina misión de Yun, y ella aceptando acompañarlo había amplificado la tensión. Esta firma de tratados era demasiado importante para poner en duda la Avatariedad de Yun ahora. Hasta que terminara, Kelsang tendría que ayudarla con la carga de su secreto, su mentira por omisión.

Debajo de ellos en la superficie del agua, detrás sólo ligeramente detrás, estaba la nave que llevaba al Maestro Tierra de Yun, así como a Hei-Ran y el pequeño contingente de guardias armados. Ayudado por el impulso ocasional del viento que Kelsang generaba con un torbellino de sus brazos, la gran chatarra mantenía el ritmo de Pengpeng, sus velas llenas y ondeando. El bisonte de Kelsang estaba seco y bien cuidado para la ocasión, su pelaje blanco tan esponjoso como una nube debajo de su silla de montar más elegante, pero la rígida brisa salina todavía llevaba un toque de olor bestial.

Eso debe haber sido lo que olí en mi sueño. Había pasado mucho tiempo desde que Kelsang la había llevado a dar un paseo, y el ambiente desconocido sacudió su mente dormida. El animal titánico de seis patas extendió su mandíbula de par en par y bostezó como si estuviera de acuerdo

con ella.

Y hablando de vestirse, Jianzhu le había dado a Kyoshi un atuendo tan lejos de su estación que casi había estallado en urticaria cuando lo vio. Ella había pensado que la blusa de seda verde pálido y las polainas habrían sido suficiente, pero luego los asistentes del vestuario trajeron dos faldas plisadas diferentes, una chaqueta envolvente al hombro, y un fajín ancho con costuras tan exquisitas que debería haber ido colgado en una pared en lugar de ir atado alrededor de su cintura.

Los otros sirvientes tuvieron que ayudarla a ponerse la ropa. No se perdió las miradas que compartían a sus espaldas. Que Kyoshi había abusado del favoritismo del amo—otra vez.

Pero una vez que las piezas fueron ensambladas, se fusionaron con su cuerpo como si hubiera nacido para usarlas. Cada capa se deslizó sobre la siguiente con facilidad, lo que le otorgaba toda su movilidad. Ella no le preguntó a nadie de dónde venía la ropa que le quedaba tan bien, por no querer escuchar una respuesta insolente como; *Oh Jianzhu las arrancó del cadáver de un gigante caído que derrotó…*

Y la naturaleza seria de la tarea que tenía por delante quedó clara a medida que terminaba de vestirse. El interior de la chaqueta estaba forrado con una cota de malla finamente tejida. No lo suficientemente gruesa como para detener un punto de lanza con todo el peso de una persona detrás, pero lo suficientemente fuerte como para absorber un dardo o el corte de un cuchillo oculto. El peso de los eslabones metálicos en sus hombros le dejó saber que esperaba problemas.

—¿Por qué estamos los cuatro aquí arriba y no allá abajo? —Kyoshi dijo, señalando el barco, donde sin duda se estaban haciendo más preparativos.

—Insistí—dijo Yun—. Sifu no estaba contento con eso, pero le dije que necesitaba tiempo para mí mismo.

—¿Para repasar el plan?

Yun miró hacia la distancia.

—Claro.

Había estado actuando raro últimamente. Pero de nuevo, era un nuevo Avatar a punto de promulgar un decreto en uno de los escenarios más hostiles imaginables. Yun podría haber tenido todo el talento y los mejores maestros del mundo, pero todavía estaba sumergido en el abismo de su cabeza.

—Tu amo tiene una buena razón para su renuencia —le dijo Kelsang—. En un momento dado era algo así como una tradición que el Avatar viajara extensamente con sus amigos, sin la supervisión de los ancianos. Pero Hei-Ran, Jianzhu y yo… los tres no fuimos las influencias positivas en Kuruk que se suponía que debíamos ser. Jianzhu ve ese período de nuestra juventud como un gran fracaso personal de la suya.

—Suena como un fracaso de Kuruk en todo caso —murmuró Kyoshi.

—No critiques la vida pasada de Yun —dijo Rangi, golpeándole el hombro con un manotazo— Los avatares pisan senderos de gran destino. Cada acción que toman es significativa.

Pasaron otras tres horas aburridas de vuelo hacia el sur. Se fue poniendo más frío, mucho más frío. Se colocaron las parkas y se agruparon en colchas mientras volaban sobre los pingüinos nutria pasando por trozos cada vez mayores de hielo flotante. El grito de las aves antárticas se oía en el viento.

—Llegamos —dijo Kelsang. Era el único que no se había puesto capas adicionales; se teorizó

alrededor de la mansión que los Nómadas Aire eran simplemente inmunes al clima—. Prepárense para el descenso.

Su objetivo era un iceberg casi tan grande como el propio Yokoya. El peñasco azul se elevó en el aire tan alto como las colinas de su pueblo terrestre. Un pequeño estante plano anillaba la formación, presumiblemente dándoles un lugar para establecer el campamento. La mayor parte del otro lado estaba a obscuras por el pico, pero a medida que volaban más bajo Kyoshi vio las tiendas de campaña de fieltro que salpicaban la costa opuesta. La delegación de la Quinta Nación.

—No veo su flota —dijo Rangi.

—Parte de los términos fueron que los motivos de negociación fueran parejos —dijo Yun—. Para ella eso significaba: nada de buques de guerra. Para nosotros eso significaba: nada de tierra.

El compromiso no se sintió parejo. El vasto iceberg era uno de muchos, a la deriva en un océano lo suficientemente frío como para matar en minutos. Un polvo de nieve fresca dio a cada superficie la planicie suficiente como para pararse sobre un desierto de blancura.

Kyoshi sabía que, aunque la Tribu del Agua del Sur había renegado hace mucho tiempo de todo el árbol genealógico de Tagaka, todavía provenía de una línea de Maestros Agua. Si alguna vez hubo un lugar para desafiar a un Avatar de la Tierra, era este.

Kelsang aterrizó con Pengpeng en la playa congelada y saltó primero. Luego ayudó a los demás a bajar del enorme bisonte, generando una pequeña burbuja de aire para amortiguar su caída. El pequeño gesto agitaba malestar en el corazón de Kyoshi, el rebote juguetón como chistes y bromas antes de un funeral.

Vieron entrar la nave de Jianzhu. Era demasiado grande y profunda para encallar, y no había una formación de puerto natural en el hielo, por lo que la tripulación dejó caer el ancla y se bajó en lanchas largas, haciendo la parte final del viaje en la embarcación más pequeña. Uno de ellos llegó a la orilla mucho más rápido que los otros.

Jianzhu salió del barco principal, examinando el lugar de destino mientras enderezaba sus pieles, sus ojos se estrechaban y las fosas nasales ardieron como si cualquier posible traición pudiera tener un olor a regalo. Hei-Ran siguió, tratando el agua cuidadosamente, mientras estaba engalanada con su completa e impresionante armadura de batalla. La tercera persona en la lancha larga era menos familiar para Kyoshi.

—Sifu Amak —dijo Yun, inclinándose ante el hombre.

El Maestro Amak era una presencia extraña y sombría alrededor del complejo. Aparentemente, era un Maestro Agua del norte que esperaba pacientemente su turno para enseñar al Avatar. Pero las preguntas sobre su pasado produjeron respuestas inconsistentes. Había chismes alrededor del personal de que el hombre larguirucho y de cara sombría de la Tribu Agua, había pasado los últimos diez años lejos de su casa, al servicio de un príncipe menor en Ba Sing Se que de repente había pasado de un undécimo en la línea de sucesión a la cuarta. La naturaleza silenciosa de Amak y la red de cicatrices que corrían alrededor de sus brazos y cuello parecían una advertencia para no preguntar más.

Y, sin embargo, el Avatar tuvo sesiones de entrenamiento regulares con él, aunque Yun le había dicho a Kyoshi que aún no podía hacer agua y que no esperaba que pudiera hacerlo. Salía de los terrenos de práctica, ensangrentado y desalineado, pero con su radiante sonrisa por los nuevos conocimientos.

—Es mi maestro favorito aparte de Sifu —dijo Yun una vez—. Es el único que se preocupa más por la función que por la forma.

EL ASCENSO DE Kyoshi

Debe haber habido una estrategia de trabajo con la asistencia de Amak. En lugar de la túnica azul que llevaba alrededor del complejo, lo vistieron con un conjunto de túnicas de manga ancha, verde oscuro al estilo del Reino Tierra, y un sombrero cónico que sombreaba su rostro. Su orgulloso corte de pelo cola de lobo había sido afeitado, y le habían sacado los piercings de hueso.

Amak sacó un pequeño frasco de medicina con una boquilla incorporada en la parte superior. Inclinó la cabeza hacia atrás y dejó que el contenido del líquido goteara directamente en sus ojos.

—Extracto de serpiente araña concentrado —le susurró Yun a Kyoshi—. Es una fórmula secreta y horriblemente cara.

Amak atrapó a Kyoshi mirándolo y habló con ella por primera vez en la historia.

—Aparte de la propia Tagaka, no habrá Maestros Agua de ninguna de las dos partes en esta negociación —dijo con una voz tan aguda y musical que casi la hizo saltar fuera de sus botas—. Así que…

Apretó un dedo enguantado a los labios y le hizo un guiño. El iris de su ojo abierto cambió de azul pálido a un verde claro, el color de las aguas costeras más cálidas.

Kyoshi trató de sacudir la confusión de su cabeza. Ella no pertenecía aquí, tan lejos de la tierra, con gente peligrosa que usaba disfraces como espíritus y trataba situaciones de vida o muerte como juegos que debían ganar. Cruzar al mundo del Avatar había sido emocionante cuando dio sus primeros pasos dentro de la mansión. Ahora el más mínimo error podría destruir el destino de cientos, tal vez miles. Después de que Yun le contó anoche sobre los secuestros masivos a lo largo de la costa, no había podido dormir.

Más barcos llenos de hombres armados desembarcaron. Se alinearon a la izquierda y a la derecha, lanzas listas, las borlas de sus cascos saludando en la brisa frígida. La intención debe haber sido parecer fuertes y organizados frente a la reina pirata.

—Ella se acerca —dijo Kelsang.

Tagaka eligió una entrada relativamente poco dramática, apareciendo en el borde del iceberg como un punto lejano flanqueado por otros dos. Ella iba a lo largo de un camino que corría alrededor de la ladera helada como un puerto de montaña. Parecía que no tenía prisa.

—Supongo que todos los que mueren de vejez contarían como lograr la paz —murmuró Yun.

Tuvieron tiempo suficiente para relajarse y luego enderezarse de nuevo una vez que Tagaka llegó hasta ellos. Kyoshi calmó su rostro tanto como fue posible y posó sus ojos sobre el Mayal Sangriento del Mar del Este.

Contrariamente a su reputación, la líder de la Quinta Nación era una mujer de mediana edad decididamente poco notable. Debajo de su ropa de piel lisa tenía una complexión de obrero, y sus lazos de pelo mostraron su ascendencia parcial de la Tribu del Agua. Kyoshi buscó ojos ardiendo de odio o una cruel burla que prometía torturas sin ataduras, pero Tagaka podría haber pasado fácilmente por uno de los comerciantes del sur desinteresados que ocasionalmente visitaban Yokoya para descargar restos de piel.

Excepto por su espada. Kyoshi había oído rumores sobre la espalda de *jian* con esmaltado verde atado a la cintura de Tagaka en una vaina cubierta con jade de calidad funeraria. La espada había pertenecido una vez al almirante de Ba Sing Se, una posición que ahora no estaba cubierta y estaba desaparecida debido a ella. Después de su legendario duelo con el último hombre en ocupar el lugar, se había quedado con la hoja. Era aún incierto lo que había hecho con el cuerpo.

Tagaka miró a los veinte soldados de pie detrás de ellos y luego pasó mucho más tiempo

EL ASCENSO DE KYOSHI

entrecerrando los ojos a Kyoshi, mirándola de arriba y abajo. Cada paso de su mirada era como un chorro de agua fría sobre las funciones corporales de Kyoshi.

—No me di cuenta de que debíamos traer tanto músculo —dijo Tagaka a Jianzhu. Miró detrás de ella a la pareja de guardaespaldas que llevaban sólo palos de hueso y luego de nuevo a Kyoshi —. Esa chica es un nido de cuervos andando.

Kyoshi podía sentir el disgusto de Jianzhu por el hecho de que había llamado la atención. Ella sabía que él y Yun habían peleado por su presencia. Ella quería encogerse en la nada, esconderse de la mirada de su adversario, pero eso sólo lo empeoraría. En su lugar, trató de tomar prestada la cara que Rangi normalmente usaba en los aldeanos. Desdén frío e inescrutable.

Su intento de parecer dura fue recibido con reacciones encontradas. Uno de los escoltas de Tagaka, un hombre con un bigote delgado en el estilo del Reino Tierra, le frunció el ceño y cambió la posición se sus pies. Pero la reina pirata se mantuvo impasible.

—¿Dónde están mis modales? —dijo, inclinándose superficialmente a Yun—. Es un honor para mí saludar al Avatar en persona.

—Tagaka, marqués del Mar del Este —dijo Yun, usando su título autodenominado— felicidades por tu victoria sobre los restos de los Diablos Rojos Descoloridos.

Levantó una ceja.

—¿Tú sabías de ese negocio?

—Yachey Hong y su tripulación eran un grupo de asesinos sádicos —dijo Yun sin problema— . No tenían ni tu sabiduría ni tu... ambición. Hiciste un gran servicio al mundo eliminándolos.

—¡Ja! —. Aplaudió una vez—. Este estudia como Yangchen y halaga como Kuruk. Espero con ansias nuestra batalla de ingenio mañana. ¿Nos dirigimos a mi campamento? Debes estar hambriento y cansado.

¿Mañana? Kyoshi pensó. ¿No iban a terminar esto rápido y se irían? ¿Iban a *dormir* aquí, vulnerables toda la noche?

Aparentemente, ese había sido el plan todo el tiempo.

—Apreciamos su hospitalidad —dijo Jianzhu—. Vamos, todo el mundo.

Fue una cena muy, muy incómoda.

Tagaka había establecido un campamento de lujo, la pieza central; una yurta tan grande como una casa. El interior estaba forrado con alfombras colgadas y tapices de colores desiguales que mantenían el frío fuera y servían como marcadores de cuántas naves había saqueado. Lámparas de piedra llenas de grasa derretida proporcionaron una abundancia de luz.

Mesas bajas y cojines como asientos fueron dispuestos a manera de una gran fiesta. Yun ocupó el lugar de honor, con Tagaka frente a él. No le importaba que el resto de su mesa fuera llenada por el círculo íntimo del Avatar. Los guardias uniformados de Jianzhu rotaron hacia adentro y hacia fuera, intercambiando burlas con el arado surtido de corsarios de la reina pirata.

La Quinta Nación se describía a sí misma como un partido igualitario que hizo caso omiso de los límites entre los elementos. Según la propaganda que a veces dejaban atrás después de una incursión, ninguna nación era superior, y bajo el gobierno de su esclarecida capitana, cualquier aventurero o maestro podía unirse a ellos en armonía, independientemente de su origen.

EL ASCENSO DE Kyoshi

En realidad, la flota pirata más exitosa del mundo estaba compuesta por casi todos los marineros de las Tribus Agua. Y la comida reflejaba eso. Para Kyoshi, la mayor parte de la comida sabía a sangre, la salinidad mineral era demasiado para ella. Hizo lo que pudo para ser educada, y vio a Yun comer en perfecta alineación con la costumbre de la Tribu del Agua.

Mientras Yun devoraba otra bandeja de grasa cruda con gusto, Tagaka lo animaba, Kyoshi quería susurrar al oído de Rangi y preguntar si debían tener miedo a algún veneno. O a la posibilidad de que los apuñalarán por la espalda con sus brochetas de carne. Cualquier cosa que reflejara las hostilidades que debían de estar burbujeando bajo la superficie. ¿Por qué estaban siendo tan amables?

Le pareció demasiado una vez que comenzaron a preparar las tablas Pai Sho para los miembros de la tripulación de Tagaka que se creían rivales para las famosas habilidades del joven Avatar. Kyoshi le dio un codazo a Rangi en el costado e inclinó la barbilla ante la alegría, ensanchando sus ojos para enfatizar.

Rangi sabía exactamente lo que se estaba preguntando. Mientras que la atención de todos se centró en Yun jugando con tres oponentes a la vez, ella señaló con la punta del pie a dos hombres y dos mujeres que habían entrado en silencio en la tienda después de que habían terminado de comer, para limpiar los platos.

Eran ciudadanos del Reino Tierra. En lugar de la descoordinada ropa robada de los piratas, llevaban ropa de campesinos. Y aunque no estaban encadenados ni restringidos, llevaban a cabo sus deberes de una manera encorvada y torpe. Como gente que teme por su vida.

Los aldeanos secuestrados. Yun y Rangi sin duda los habían visto antes. Kyoshi se maldijo a sí misma por tratarlos como invisibles cuando supo lo que era pasar desapercibido entre las personas a las que servía. Todo el tiempo, Yun había estado poniendo una sonrisa falsa mientras Tagaka desfiló con su verdadero botín de guerra frente a él.

Rangi encontró su mano temblorosa y le dio un apretón rápido, enviando un pulso de calor tranquilizador sobre su piel. *Mantente fuerte.*

Vieron a Yun demoler a sus oponentes de tres maneras diferentes, simultáneamente. Al primero que derribó, al segundo que forzó en un rincón sin salida, y al tercero que había atraído a una trampa tan diabólica que el desventurado pirata pensó que estaba ganando todo el tiempo hasta los últimos cinco movimientos.

El público rugió cuando Yun terminó con su última víctima. Monedas tintinearon por apuestas que pasaron entre manos, y los retadores recibieron bofetadas y burlas de sus camaradas.

Tagaka se rio y pidió otra ronda de vino fuerte.

—Dime, Avatar. ¿Te estás divirtiendo?

—He estado en muchos lugares alrededor del mundo —dijo Yun—. Y su hospitalidad ha sido inigualable.

—Estoy muy contenta —dijo, buscando más bebida—. Estaba convencida de que planeabas matarme antes de que pasara la noche.

El ambiente de la reunión pasó de toda velocidad a un punto muerto. Los hombres de Tagaka parecían tan sorprendidos como los de Jianzhu. La quietud masiva que corría a través del partido casi crea su propio sonido. Tensión de los músculos del cuello. Pelos de punta.

Kyoshi trató de echar un vistazo al Maestro Amak sin hacerlo obvio. El duro maestro agua estaba sentado lejos del grupo principal, mirando sobriamente a Tagaka sobre el borde de su copa

de vino sin tomar. El suelo estaba cubierto de pieles y alfombras, pero debajo había toda una isla de armamento a su disposición. En lugar de congelarse como todos los demás, Kyoshi podía ver sus hombros relajándose, aflojando, preparándose para una repentina oleada de violencia.

Pensó que Jianzhu podría decir algo, hacerse cargo de Yun ahora que el teatro se había terminado, pero él no hizo nada. Jianzhu vio tranquilamente Yun apilar las piezas de Pai Sho entre sus dedos, como si lo único que le importaba fuera asegurarse de que su estudiante mostrara buenos modales limpiando después de un juego terminado.

—Señora Tagaka —dijo Yun—. Si se trata del tamaño de mi grupo, le aseguro que no quise hacer daño ni insultar. Los soldados que vinieron conmigo son simplemente una guardia de honor. No quería traerlos, pero estaban tan emocionados por la oportunidad de presenciar que se está haciendo historia con el Avatar.

—No me preocupan un montón de flacuchos con lanzas, muchacho —dijo Tagaka. Su voz se había vuelto más baja. El tiempo de la adulación había terminado—. Estoy hablando de esos tres.

Ella señaló, con los dedos formando un tridente. No en Amak ni en ninguno de los soldados blindados del Reino Tierra, sino en Jianzhu, Hei-Ran y Kelsang.

—Me temo que no entiendo —dijo Yun—. Seguramente usted sabe de mis maestros de los elementos. Los famosos compañeros de Kuruk.

—Sí, yo sé de ellos. Y sé lo que significa cuando el Sepulturero del Paso Zhulu aparece en mi tienda en persona.

Ahora Yun estaba confundido de verdad. Su fácil sonrisa se desvaneció, y su cabeza se inclinó hacia su hombro. Kyoshi había oído hablar de varias batallas y lugares asociados con el nombre de Jianzhu, y el Paso Zhulu era uno de muchos, no un destacado en una larga lista. Después de todo, fue un gran héroe del Reino Tierra, uno de sus principales sabios.

—¿Te refieres a la historia de cómo mi estimado mentor enterró piadosamente los cuerpos de los aldeanos que encontró derribados por los rebeldes, dándoles su último descanso y dignidad? —Yun dijo. Los azulejos del juego chasquearon en su palma.

Tagaka negó con la cabeza.

—Me refiero a cinco mil Cuellos Amarillos, enterrados vivos, el resto aterrorizado en sumisión. Todo el levantamiento aplastado por un hombre. Tu ''estimado mentor''.

Se volvió hacia Jianzhu.

—Tengo curiosidad. ¿Sus espíritus te persiguen cuando duermes? ¿O los enterraste lo suficientemente profundo como para que la tierra amortiguara sus gritos?

Hubo un golpe hueco cuando una de las piezas del juego se deslizó de las garras de Yun y rebotó en el tablero. Él nunca había oído hablar de esto. Kyoshi nunca había oído hablar de esto.

Ahora que se dirigían a él directamente, Jianzhu consideró que era apropiado hablar.

—Respetuosamente, me temo que los rumores del interior del Reino Tierra tienden a crecer más salvajes cuanto más se acercan al Polo Sur. Muchas historias de mis hazañas pasadas son puras exageraciones ahora.

—*Respetuosamente,* gané mi posición al conocer hechos más allá de lo que crees que un típico rústico sureño de ojos azules debería saber —espetó Tagaka—. Por ejemplo, sé quién tiene el récord de la Real Academia de las muertes más ''accidentales'' durante Agni Kai's, señora directora.

Si Hei-Ran se ofendió por la acusación, no lo mostró. En cambio, Rangi parecía que iba a saltar

sobre Tagaka y cocinar la cabeza de la mujer. Kyoshi instintivamente se acercó a ella y le tomó la mano, buscando evitar un problema.

—Y el Maestro Kelsang —dijo Tagaka—. Escucha, joven Avatar. ¿Alguna vez te has preguntado por qué mis flotas permanecen encerradas en el Mar del Este, donde las cosechas son escasas, enfrascadas en costosas batallas por territorio con otras tripulaciones? Es sólo por ese hombre de ahí—. De los tres maestros, sólo Kelsang parecía temeroso de lo que Tagaka pudiera revelar. Estaba asustado y avergonzado. Kyoshi ya quería defenderlo de cualquier carga que la pirata pudiera cobrar. Kelsang era suyo más que de nadie.

—Mi padre solía llamarlo el Tifón Viviente —dijo Tagaka—. Los tipos criminales tenemos una afición por los apodos teatrales, pero en este caso, la facturación era correcta. El abuelo una vez llevó a la familia y a una pequeña flota hacia el oeste, alrededor del extremo sur del Reino Tierra. La amenaza que presentaron debe haber sido grande de hecho, porque el Maestro Kelsang, entonces un joven en el apogeo de su poder vino sobre su bisonte e invocó una tormenta para hacer que se retiraran. Suena como una solución perfecta a una amenaza naval sin ningún derramamiento de sangre, ¿eh? —dijo—. Pero ¿alguno de ustedes ha sacado una astilla de madera del tamaño de una espada de *jian* de su muslo? ¿O fue arrojado al mar y luego trató de mantener la cabeza por encima de una ola de treinta pies?

Tagaka bebió durante el malestar del maestro aire y sonrió.

—Debería darle las gracias, Maestro Kelsang. Perdí a varios tíos en esa expedición. Me salvaste de una batalla de sucesión espantosa. Pero el miedo a una actuación repetida mantuvo a la Quinta Nación y a otras tripulaciones reprimidas en el Mar del Este, toda la generación de mi padre aterrorizada por un solo Nómada Aire. Pensaron que Kelsang los observaba desde los picos del Templo del Aire del Sur. Patrullando los cielos por encima de sus cabezas.

Kyoshi miró a Kelsang, que estaba encorvado en agonía. *¿Lo estabas?* pensó. *¿Ahí es a donde fuiste entre tus estancias en Yokoya? ¿Estabas cazando piratas?*

—Una lección de tu Maestro Aire —le dijo Tagaka a Yun—. La amenaza más efectiva sólo se realiza una vez. Así que puedes imaginar mi angustia cuando te vi traer esto… esta colección de *carniceros* a nuestra firma de tratado de paz. Pensé con certeza que significaba que la violencia estaba en nuestro futuro.

Yun tarareó, fingiendo estar perdido en sus pensamientos. El azulejo de Pai Sho que había caído ahora estaba girando sobre sus nudillos, de un lado a otro a través de su mano. Estaba en control otra vez.

—Señora Tagaka —dijo—. Usted no tiene nada que temer de mis amos. Y si estamos dando crédito a la reputación espantosa, creo que tendría el mismo motivo de preocupación.

—Sí —dijo Tagaka, mirándolo fijamente, con los dedos tendidos sobre la empuñadura de su espada—. *Absolutamente.*

La misión pendía de un hilo justo ahí, en el contacto visual entre Yun y la indiscutible señora del Mar del Este. Tagaka podría haber estado mirando al Avatar, pero Kyoshi sólo podía ver a su amigo, joven y vulnerable y literalmente fuera de su elemento.

Lo que Tagaka estaba buscando dentro de la cabeza de Yun, lo encontró. Retrocedió y sonrió.

—Ya sabes, es de mala suerte emprender una ceremonia importante con sangre en tu espíritu —dijo—. Me purifique de mis crímenes pasados con sudor y hielo antes de que llegaras, pero con la mancha de tanta muerte que aún pende a tu lado, de repente siento la necesidad de hacerlo de nuevo antes de mañana por la mañana. Puedes quedarte aquí el tiempo que desees.

Tagaka chaqueo los dedos, y sus hombres salieron de la tienda, tan incuestionablemente como si se los hubiera ordenado. Los cautivos del Reino Tierra fueron los últimos, agachándose a través de la salida sin mirar detrás de ellos. El acto parecía un insulto planeado por Tagaka, diseñado para decir; *me tienen más miedo de lo que tienen esperanzados en ti…*

Jianzhu juntó las manos.

—Lo hiciste bien par—

—¿Es verdad? —lo interrumpió Yun.

Kyoshi nunca había oído a Yun interrumpir a su amo antes, y por su ceño fruncido, tampoco Jianzhu. El sabio de la tierra suspiró de una manera que advirtió a los demás que no hablaran. Este asunto era entre él y su discípulo.

—¿Es verdad? ¿Cinco mil? ¿Enterraste a cinco mil personas vivas?

—Eso es una exageración hecha por una criminal.

—Entonces, ¿Cuál es la verdad? —preguntó Yun—. ¿Eran quinientos? ¿Un montón? ¿Cuál es el número que lo justifica?

Jianzhu se rio en silencio, un cambio vacilante en su pecho.

—¿La verdad? La verdad es que los Cuellos Amarillos eran escoria del orden más bajo que pensaban que podían saquear, asesinar y destruir impunemente. No vieron nada, ni futuro más allá de las puntas de sus espadas. Creían que podían herir a la gente sin repercusiones.

Golpeó su dedo hacia abajo en el centro de la tabla Pai Sho.

—Deje caer *las consecuencias* sobre ellos —dijo Jianzhu—. Porque eso es lo que es la justicia. Nada más que las consecuencias apropiadas. Dejé claro que cualquier horror que infligieran volvería a perseguirlos, ni más ni menos. ¿Y adivina qué? Funcionó. Los restos del *daofei* que se me escaparon se dispersaron en el campo porque al fin sabían que habría consecuencias si continuaban por su camino forajido.

Jianzhu miró a la salida, en la dirección en la que Tagaka se había ido.

—Tal vez la razón por la que nunca has oído hablar de esto de ciudadanos decentes del Reino Tierra es porque lo ven de la misma manera que yo. Una criminal como ella ve la justicia que se hace y lamenta la falta de perdón, olvidándose convenientemente de lo que hicieron en primer lugar para merecer castigo.

Yun parecía que tenía problemas para respirar. Kyoshi quería ir a su lado, pero el hechizo de Jianzhu había congelado el aire dentro de la tienda, inmovilizándola.

—Yun —dijo Kelsang—. Tú no entiendes los tiempos que se vivían en ese entonces. Hicimos lo que teníamos que hacer, para salvar vidas y mantener el equilibrio. Tuvimos que actuar sin un Avatar.

Yun se tranquilizó.

—Qué suerte para todos ustedes —dijo, su voz era inexpresiva—. Ahora pueden dejar caer la carga de acabar con tantas vidas sobre mí. Trataré de seguir los ejemplos que mis maestros han establecido.

—¡Suficiente! —Jianzhu rugió—. ¡Te has dejado confundir por las acusaciones infundadas de una pirata! El resto de ustedes salgan. Necesito hablar con el Avatar, a solas.

Rangi salió mucho más rápido. Hei-Ran la vio irse. Tal vez fue porque usaban la misma expresión de labios apretados para ocultar sus emociones, pero Kyoshi podía decir que quería perseguir a su hija. Pero en lugar de eso, Hei-Ran caminó rígidamente por el lado opuesto de la

EL ASCENSO DE KYOSHI

tienda.

Cuando Kyoshi volteó su mirada, Kelsang había desaparecido también. Sólo el golpe de un dobladillo naranja bajo una cortina traicionaba la dirección que había tomado. Ella hizo una rápida reverencia a Jianzhu y Yun, evitando el contacto visual, y corrió tras el maestro aire.

Encontró a Kelsang a una docena de pasos de distancia, solo, sentado en un taburete que presumiblemente había sido abandonado por uno de los guardias de Tagaka. Las piernas se habían hundido profundamente en la nieve bajo su peso. Se estremeció, pero no por el frío.

—Sabes, después de la muerte de Kuruk, pensé que mi fracaso para ponerlo en el camino correcto era mi último y más grande error —dijo en voz baja al terreno helado frente a sus pies—. Resultó que no había terminado de deshonrarme a mí mismo.

Kyoshi sabía, en un sentido académico, que los Nómadas Aire consideraban que toda vida era sagrada. Eran pacifistas que no consideraban a nadie su enemigo, ningún criminal más allá del perdón y la redención. Pero seguramente circunstancias excepcionales permitieron que esas condenas esperaran. Seguramente Kelsang podría ser perdonado por salvar pueblos enteros a lo largo de las costas de los mares occidentales.

La tensión en su voz dijo lo contrario.

—Nunca te dije hasta dónde caí dentro del Templo del Aire del Sur como resultado de ese día—. Kelsang trató de forzar una sonrisa a través de su dolor, pero se salió de su control, convirtiéndose en una sonrisa rota y triste—. Violé mis creencias como Maestro Aire. Decepcioné a mis maestros. Decepcioné a toda mi gente.

Kyoshi estaba furiosa de repente por su comportamiento, aunque no sabía por el de quien. ¿Por el de todo el mundo?, tal vez, por permitir que su oscuridad infecte a un hombre tan bueno y lo haga odiarse a sí mismo. Ella arrojó sus brazos alrededor de Kelsang y lo abrazó tan fuerte como pudo.

—Nunca *me* has defraudado —dijo con voz áspera—. ¿Me oyes? Nunca.

Kelsang aguantó su intento de aplastar sus omóplatos a través de la fuerza del afecto puro y se dejó caer ligeramente en su abrazo, palmeando con sus manos a Kyoshi. Ella sólo lo soltó cuando el sonido de un plato roto atravesó la quietud de la noche.

Sus miradas se dirigieron hacia el sonido del accidente. Había venido de la tienda. Yun y Jianzhu todavía estaban dentro.

Kelsang se puso de pie, sus propios problemas olvidados. Parecía preocupado.

—Lo mejor sería que vuelvas al campamento —le dijo a Kyoshi. El sonido apagado de la discusión se hizo más fuerte a través de las paredes de fieltro.

—¿Están bien?

—Voy a comprobar. Pero por favor, vete. Ahora.

Kelsang se apresuró a la tienda y se agachó a través de la cortina. Ella podía oír la conmoción detenerse tan pronto como él volvió a entrar, pero el silencio era más siniestro que el ruido.

Kyoshi se quedó allí, preguntándose qué hacer, antes de decidir que sería mejor que obedeciera a Kelsang. Ella no quería escuchar a Yun y Jianzhu pelear.

Mientras huía, la luz de la luna proyectaba largas y parpadeantes sombras, haciendo que Kyoshi se sintiera como un títere en un escenario blanco. Su salida apresurada la llevó demasiado lejos en

la dirección equivocada, y se encontró a las afueras del campamento pirata, cerca del acantilado de hielo.

Ella se escondió detrás de la pared congelada, tratando de estar fuera de su vista. La tripulación de Tagaka estaba a punto de retirarse por la noche, pateando nieve sobre las fogatas moribundas y sujetando sus tiendas cerradas desde el interior. Tenían guardias en intervalos regulares mirando en diferentes direcciones. Kyoshi no tenía idea de cómo se acercó tanto sin ser notada.

Ella bordeó tan silenciosamente como pudo de vuelta por donde llegó, a la vuelta de la esquina, y se topó con el centinela desaparecido. Fue uno de los dos piratas que acompañó a Tagaka para saludarlos. El hombre del bigote. Miró a su cara como si estuviera tratando de obtener la mejor vista de sus fosas nasales.

—Dime —dijo, una gran nube de alcohol salió de su boca—. ¿Te conozco?

Ella negó con la cabeza e intento seguir su camino, pero él sacó su brazo, bloqueando su camino mientras él se apoyaba contra el hielo.

—Es sólo que me pareces muy familiar —dijo lanzándole una mirada.

Kyoshi se estremeció. Siempre hubo un cierto tipo de hombre que pensaba que sus dimensiones particulares la hacían un bien público, una rareza que eran libres de admirar, señalar, o algo peor. A menudo suponían que debía de estar agradecida por la atención. Que eran especiales y poderosos para dársela.

—Solía ser un marinero de agua dulce —dijo el hombre, en un ataque de borrachera, orgulloso—. ¿Hiciste negocios con un grupo llamado El Volador… ¿Algo de la Sociedad? El Algo Volador u otros. La líder era una mujer que se parecía mucho a ti. Bonita cara, como la tuya. Piernas... casi así de largas. Podría haber sido tu hermana. ¿Has estado alguna vez en Bahía Camaleón, dulzura? ¿Quedándote bajo el techo de la Madame Qiji?

El hombre sacó el corcho de una botella y tomó unos tragos más de vino.

—Lo pasé mal por esa chica —dijo, limpiándose la boca en la manga—. Tenía los tatuajes de serpientes más fascinantes que iban alrededor de sus brazos, pero nunca me dejó ver hasta dónde iban. ¿Y tú, cariño? ¿Tienes tinta en tu cuerpo que quieras mostrar… meeeaggh.

Kyoshi lo tomo por el cuello con una mano y lo llevó al acantilado.

Sus pies se removían en el aire. Ella apretó hasta que vio sus ojos se abultaron en diferentes direcciones.

—Te equivocas —dijo sin alzar la voz—. ¿Me oyes? Te equivocas, y nunca me has visto, ni a nadie que se parezca a mí antes. Dilo.

Ella le dejó tener suficiente aire para hablar.

—¡Tu maldita pedazo de --aaagh!

Kyoshi lo presionó más fuerte en la pared. El hielo se agrietó detrás de su cráneo.

—Eso no es lo que te pregunté.

Sus dedos sofocaron su llanto, impidiéndole alertar a los demás.

—¡Cometí un error! —exclamó—. ¡Me equivoqué!

Ella lo tiró al suelo. La parte posterior de su abrigo se enganchó y cayó en el hielo. Él se desplomo a su lado, esforzándose por traer de nuevo el aire a sus pulmones.

Kyoshi lo vio retorcerse a sus pies. Después de pensarlo, ella le quitó la botella del cuello, le quito el corcho y vertió el contenido hasta que quedó vacía. El líquido salpicaba la cara del

hombre, y se estremeció.

—Me estoy aferrando a esto en caso de que cambies de opinión una vez más —dijo, agitando el contenedor vacío—. He oído hablar de los métodos disciplinarios de Tagaka, y no creo que ella aprobaría que su guardia este borracho en su hora de trabajo.

El hombre gimió y se cubrió la cabeza con los brazos.

Kyoshi se derrumbó boca abajo afuera de su tienda. Su frente yacía sobre el hielo. Se sentía bien, frío. El encuentro le había drenado toda su energía, la dejó incapaz de dar los últimos pasos a su litera. Tan cerca, y sin embargo tan lejos.

Ella no sabía lo que había pasado ahí arriba. Lo que había hecho fue tan estúpido que sacudió su cabeza. Si una palabra llegaba a Jianzhu de alguna manera…

Una luz brillante apareció sobre su cabeza. Volteo hacia arriba para ver a Rangi sosteniendo una antorcha autogenerada. Una pequeña llama bailaba por encima de sus largos dedos.

Rangi la miró y luego a la botella de licor todavía en su mano. Olió el aire de la noche.

—Kyoshi, ¿has estado bebiendo?

Parecía más fácil mentir.

—¿Sí?

Con gran dificultad, Rangi la arrastró por los brazos. Hacía más calor en la tienda, la diferencia entre una noche de invierno y una tarde en primavera. Kyoshi podía sentir la rigidez dejando sus extremidades, su cabeza perdió el eco pesado que parecía tener antes.

Rangi le quitó pedazos del traje de batalla como si estuviera desmontando un carro roto.

—No puedes dormir en esa ropa. Especialmente no con la armadura.

Se había quitado su propio equipo y sólo llevaba un cambio de algodón delgado que exponía sus brazos y piernas. La línea de su figura delineaba la solidez de sus músculos. Kyoshi se atrapó a ella misma mirándola, sin haber visto a su amiga sin uniforme antes. Fue difícil para ella comprender que los pedacitos puntiagudos no eran una parte natural del cuerpo de Rangi.

—¿No deberías estar durmiendo con Yun? —Kyoshi dijo.

La cabeza de Rangi se volvió tan rápido que casi se rompió el cuello.

—Sabes a lo que me refiero —dijo Kyoshi.

El enrojecimiento se desvaneció de las orejas de Rangi tan rápido como llegó.

—El Avatar y el Maestro Jianzhu están revisando la estrategia. El Maestro Amak sólo duerme en intervalos de diez minutos durante todo el día, por lo que él y los guardias más experimentados vigilarán. La orden es que todos los demás deben estar bien descansados para mañana.

Se acomodaron bajo las pieles. Kyoshi ya sabía que no podría dormir como se lo habían pedido. Su antigua vida en la calle junto con su lugar privilegiado en la mansión significaba que, improbablemente, nunca había tenido una compañera de cuarto antes. Ella era muy consciente de los pequeños movimientos de Rangi justo al lado de ella, el aire que subía y salía del pecho de la maestra fuego.

—No creo que hayan hecho nada malo —dijo Kyoshi mientras miraba la parte inferior de su tienda.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Rangi no respondió.

—Escuché de la tía Mui lo que Xu y los Cuellos Amarillos hicieron a hombres, mujeres y niños desarmados. Si la mitad de eso es cierto, entonces Jianzhu fue demasiado dócil con ellos. Se merecían algo peor.

La luz de la luna llegó a través de las costuras de la tienda, haciendo estrellas en los agujeros de las puntadas.

Debió detenerse allí, pero Kyoshi ya había sobrepasado el momento en que debería dejar de hablar.

—Y los accidentes son accidentes —dijo—. Estoy segura de que tu madre nunca quiso hacerle daño a nadie.

Dos manos fuertes agarraron las solapas de su túnica. Rangi la jalo a su lado para que estuvieran frente a frente.

—Kyoshi —dijo roncamente con los ojos ardiendo—. Uno de esos oponentes era su primo. Un candidato rival para la directora.

Rangi le dio una sacudida dura y agitada.

—No era un pirata, o un forajido —dijo—. *Su primo*. La escuela ha limpiado su honor, pero los rumores me siguieron ahí durante años. La gente susurrando por las esquinas que mi madre era— era una *asesina.*

Escupió la palabra como si fuera la maldición más vil imaginable. Dada la profesión de Rangi como guardaespaldas, probablemente lo era. Ella enterró su cara en el pecho de Kyoshi, agarrándola fuertemente, como para limpiar la memoria.

Kyoshi quería golpearse a sí misma por ser tan descuidada. Ella con cautela rodeo con su brazo el hombro de Rangi. La maestra fuego se acurrucó debajo de él y se relajó, aunque todavía hizo una serie de pequeñas inhalaciones agudas a través de su nariz. Kyoshi no sabía si esa era su manera de llorar o calmarse con un ejercicio de respiración.

Rangi se movió, acercándose más a su cuerpo, frotando el suave cabello de su frente contra los labios de Kyoshi. Ese contacto se sentía como una transgresión, el error de una chica exhausta y somnolienta. Las familias más nobles de La Nación del Fuego, como de la que descendió, nunca dejarían que alguien le tocara el pelo así.

El débil y florido olor que llenó los pulmones de Kyoshi hizo que su cabeza se removiera y su pulso se acelerara. Kyoshi se mantuvo quieta como si fuera el llamado de su vida, no estaba dispuesta a hacer ningún movimiento que pudiera perturbar el sueño de su amiga.

Con el tiempo Rangi cayó en un sueño profundo, irradiando calor como un poco de carbón brillante en un hogar. Kyoshi se dio cuenta de que consolarla durante toda la noche era un honor y una tortura que no habría cambiado por nada en el mundo.

Kyoshi cerró los ojos. Hizo todo lo posible para ignorar el dolor de su brazo que perdía circulación y su corazón cayendo en una pila de cintas.

Sobrevivieron a la noche. No había habido ningún ataque furtivo, ningún caos repentino fuera de la tienda, como ella temía.

Kyoshi no pudo haber dormido más de una hora o dos, nunca se había sentido más alerta y nerviosa en su vida. Cuando desayunaron en su propio campamento en la base del iceberg, ella declinó el té en exceso. Tenía la boca cerrada como si estuviera congelada.

Buscó señales de problemas entre Yun y Jianzhu, Rangi y Hei-Ran, pero no pudo encontrar ninguno. Nunca entendió cómo se las arreglaban para herirse y luego perdonarse el uno al otro tan rápidamente. Los errores significaban algo, incluso si eran infligidos por tu familia. En *especial* si eran infligidos por tu familia.

Kelsang se quedó cerca de ella durante los preparativos. Pero su presencia sólo creó más turbulencias en su corazón. En cualquier momento iban a subir esa colina y ver a Yun firmar un tratado respaldado por el poder otorgado al Avatar.

No soy yo, Kyoshi pensó para sí misma. *Kelsang admitió que apenas había oportunidad. Una oportunidad no es lo mismo que la verdad…*

Jianzhu dijo que era hora y dijo unas cuantas palabras, pero Kyoshi no las oyó.

Está sacando conclusiones precipitadas porque Jianzhu lo marginó. Quiere ser una parte más importante en la vida del Avatar. La vida de cualquier Avatar. Y yo soy lo más cercano a una hija que tiene.

Ella tuvo que admitir que la línea de razonamiento era un poco egoísta. Pero mucho menos que, digamos, *ser el Avatar*. Tenía sentido. Kelsang era humano, propenso a cometer errores. El pensamiento la consoló hasta la cima del iceberg.

El pico llegó a una meseta natural lo suficientemente grande como para albergar a los miembros clave de ambas delegaciones. Por el lado de Yun, eso significaba Jianzhu, Hei-Ran, Kelsang, Rangi, Amak, y, a pesar de la insensatez que implicaba, Kyoshi. Tagaka volvió a dignarse a venir con sólo un par de escoltas. El hombre bigote no era parte de su guardia esta vez, afortunadamente. Pero uno de los rehenes del Reino Tierra, una joven pescadora con quemaduras provocadas por el sol acompañó a los piratas. Llevaba en silencio una mochila sobre sus hombros y miraba al suelo como si su pasado y su futuro estuvieran escritos en él.

Los dos lados se enfrentaron entre sí sobre la superficie plana. Eran lo suficientemente alto como para pasar por alto los icebergs más pequeños que se desplazaban cerca de la montaña congelada.

—Pensé que usaríamos el entorno tradicional para tales asuntos —dijo Tagaka—. Así que, por favor, sean pacientes conmigo por un momento.

La reina pirata pateo los pies en la nieve y tomó un aliento profundo. Sus brazos se movieron con fluidez como lo haría un maestro agua, pero no pasó nada.

—Esperen —dijo ella.

Lo intentó de nuevo, agitando sus extremidades con más velocidad y más tensión. Un círculo se levantó titubeantemente sobre el hielo, del tamaño de una mesa. Fue muy lento.

Kyoshi pensó que había oído una burla proveniente del Maestro Amak, pero podría haber sido el crujido de dos bultos de hielo más pequeños brotando en lados opuestos de la mesa. Tagaka luchó poderosamente hasta que eran lo suficientemente altos como para sentarse.

—Tendrán que perdonarme —dijo, sin aliento—. No soy exactamente tan buena maestra como mi padre y mi abuelo lo eran.

La mujer del Reino Tierra abrió su mochila y rápidamente puso un paño sobre la mesa y cojines en los asientos. Con movimientos rápidos y delicados, puso una roca de tinta en barra, dos

pinceles y una pequeña jarra de agua.

El intestino de Kyoshi se estiba mientras veía a la mujer moler meticulosamente la tinta en barra. Ella estaba usando el método Pianhai, una caligrafía ceremonial que tomó una gran cantidad de entrenamiento formal y los plebeyos normalmente nunca aprendieron. Kyoshi sólo sabía lo que era por Yun. *¿Tagaka la obligo a aprender?* pensó. *¿O la robó de una escuela de literatura de una de las ciudades más grandes?*

Una vez que había hecho suficiente tinta, la mujer dio un paso atrás sin decir una palabra. Tagaka y Yun se sentaron, cada uno extendiendo un pergamino a través de la mesa de hielo que contenía los términos escritos que habían sido acordados hasta ahora. Pasaron una cantidad exhaustiva de tiempo comprobando que las copias coincidían, que el fraseo era lo suficientemente educado. Tanto Yun como la reina pirata tenían un ojo para pequeños detalles, y ninguno de ellos quería perder la primera batalla.

—Me opongo a su descripción de sí misma como la Guardiana Acuática del Polo Sur.

Dijo Yun durante uno de los intercambios más acalorados.

—¿Por qué? —preguntó Tagaka—. Es verdad. Mis naves de guerra son un amortiguador. Soy la única fuerza que impide que una marina hostil navegue hasta las costas de la Tribu del Agua del Sur.

—La Tribu del Agua del Sur te odia —dijo Yun, con bastante contundencia.

—Sí, bueno, la política es complicada —dijo Tagaka—. Lo editaré a ''Auto-designada Guardiana del Polo Sur''. No he abandonado a mi gente, incluso si me han dado la espalda.

De esta manera transcurrió el acuerdo diplomático. Después de que los guardias de Tagaka habían comenzado a bostezar abiertamente, se inclinaron hacia atrás de los pergaminos.

—Todo parece estar en orden —dijo Yun—. Si no le importa, me gustaría pasar de inmediato a la siguiente etapa. Enmiendas verbales.

Tagaka sonrió.

—Oh, la parte realmente divertida.

—Por el asunto de los rehenes de la costa sur de la provincia de Zeizhou como se puede definir razonablemente a través de la proximidad a Tu Zin, que fueron tomados de sus hogares en algún momento entre el equinoccio de primavera y el solsticio de verano… —Yun hizo una pausa.

Kyoshi sabía que esto iba a ser duro para él. Rangi había explicado los conceptos básicos de cómo las personas eran típicamente rescatadas. En el mejor de los casos Yun podía liberar a la mitad de los cautivos sacrificando el resto, dejando que Tagaka mantuviera su reputación y conservara el trato. Tenía que pensar en sus vidas en términos numéricos. Un porcentaje más alto era mejor. Era su único objetivo. Sería el salvador de algunos y escoria para el resto.

—Los quiero de vuelta —dijo Yun—. A todos ellos.

—*¡Avatar!*

Jianzhu vocifero. El maestro tierra estaba furioso. Obviamente, esto no era de lo que habían hablado de antemano.

Yun levantó la mano, mostrando la parte posterior de la misma a su amo. Kyoshi podría haber jurado que Yun se estaba divirtiendo ahora mismo.

—Quiero que todos los hombres, mujeres y niños vuelvan —dijo Yun—. Si los has vendido a otras tripulaciones piratas, quiero tu ayuda dedicada especialmente a encontrarlos. Si alguno ha muerto bajo su cuidado, quiero sus restos para que sus familias puedan darles un entierro

apropiado. Podemos hablar de la compensación que se pagará más tarde.

Los maestros, excepto Kelsang, parecían disgustados. Para ellos, estas eran las acciones de un niño petulante que no entendía cómo funcionaba el mundo.

Pero Kyoshi nunca había amado más a su Avatar. *Esto* era lo que Yun quería que viera cuando le rogó que viniera. A su amigo, defendiendo lo que era correcto. Su corazón estaba a punto de estallar.

Tagaka se inclinó hacia atrás en su asiento de hielo.

—Claro.

Yun parpadeó, su momento de gloria y desafío se deslizó debajo de él prematuramente.

—¿Estás de acuerdo?

—Estoy de acuerdo —dijo Tagaka—. Puedes tener a todos los cautivos de vuelta. Son libres. Cada uno de ellos.

Un sollozo sonó en el aire. Era la mujer del Reino Tierra. Su determinación estoica se rompió, y se derrumbó sobre sus manos y rodillas, llorando fuerte y abiertamente. Ni Tagaka ni sus hombres la reprendieron.

Yun no miró a la mujer, por miedo a que arruinara su salvación con el movimiento equivocado. Esperó a que Tagaka hiciera una demanda a cambio. No iba a subir el precio en su nombre.

—Los cautivos son inútiles para mí de todos modos —dijo. Miró al mar y a los icebergs más pequeños que los rodeaban. A pesar de su paciencia anterior, sonaba increíblemente aburrida de repente—. De mil personas o más, no había ni un carpintero aceptable. Debí de haberlo sabido. Necesitaba ir tras la gente que vive entre árboles altos, no con madera a la deriva.

Yun frunció el ceño.

—¿Tú quieres…carpinteros? —, dijo con cautela.

Ella lo miró, como si estuviera sorprendida de que todavía estaba allí.

—Chico, déjame enseñarte un pequeño hecho sobre el comercio pirata. Nuestra potencia se mide en las naves. Necesitamos madera y artesanos que sepan cómo trabajarla. Construir una marina adecuada es un esfuerzo generacional. Mis pacíficos primos del Polo Sur tienen algunas velas de buena calidad, pero se tienen que conformar con canoas de piel de foca. Nunca crearán una gran flota de guerra de largo alcance porque simplemente no tienen los árboles.

Tagaka se volvió y se levantó de la mesa.

—Así que, sí —dijo, fijando su mirada en él—. Quiero carpinteros *y* árboles *y* un puerto propio para atracar y así poder aumentar el tamaño de mis fuerzas. Y sé dónde conseguir esas cosas.

—*¡Yokoya!* —Yun gritó.

Una realización y una llamada de alerta a los demás, en una sola palabra.

Tagaka levantó la mano e hizo el más mínimo movimiento de corte con la mano. Kyoshi oyó un crujido húmedo y un gorgoteo sorpresa. Miró a su alrededor en busca de la fuente del ruido extraño.

Era el Maestro Amak. Estaba inclinado hacia atrás sobre una estalagmita de hielo, la punta ensangrentada brotando de su pecho como un horrible tallo de grano. Lo miró fijamente, atónita, y se desplomó hacía un lado.

—Vamos —dijo Tagaka—. ¿Crees que no puedo reconocer a un pariente bajo un disfraz?

Los momentos parecían apilarse lentamente unos sobre otros como una torre de piedras, cada evento en secuencia amontonándose cada vez más y más alto sin mortero para mantenerlos unidos. Una estructura inestable, terrible, se dirigió hacia un colapso total e inminente.

El repentino movimiento de las dos escoltas de Tagaka llamó la atención de todos. Pero los dos hombres sólo agarraron a la mujer del Reino Tierra por los brazos y saltaron de nuevo por la ladera de manera por la que habían venido, esquivando la explosión de fuego que Rangi logró tirar. Eran la distracción.

Pares de manos salieron de la superficie del hielo, aferrándose a los tobillos de todos a los costados de Yun. Los maestros agua habían estado a la espera por debajo de ellos todo el tiempo. Rangi, Jianzhu y Hei-Ran fueron arrastrados bajo el hielo como si hubieran caído a través de la corteza de un lago congelado durante el derretimiento de primavera.

Los brazos de Kyoshi se dispararon, y ella logró detenerse sobre su pecho en la superficie. Su captor no había hecho el túnel lo suficientemente grande. Kelsang saltó al aire, evitando las garras de su agresor subterráneo con los reflejos de un Maestro Aire, y desplegó las alas de su planeador.

Tagaka saco su espada de *jian* y la giró en dirección al pecho de Yun. Pero el Avatar no se inmuto. Casi demasiado rápido para que Kyoshi lo viera, golpeó su puño en la única fuente de tierra cercana a ellos, la roca de tinta. Se destrozó en fragmentos y se reformó como un guante alrededor de su mano. Atrapó la hoja de Tagaka cuando hizo contacto con su piel.

Kyoshi realizo una pisada fuerte con sus botas y sintió un crujido enfermizo. Su pie se atascó allí mientras el maestro al que le acababa de romper la cara volvía congelar el agua, encarcelando la mitad inferior de su cuerpo. Desde allí, Kyoshi tenía una perfecta visión del duelo mortal entre el Avatar y la reina pirata.

Ambos parecían felices de que la farsa había terminado. Un goteo de la sangre de Yun goteaba del borde de la hoja.

—Otra cosa que deberías saber —dijo Tagaka mientras intercambiaba sonrisas con Yun, con sus músculos temblando de esfuerzo—. Realmente no soy maestra agua como lo era mi padre.

Con su mano libre hizo una serie de movimientos tan fluidos y complejos que Kyoshi pensó que sus dedos habían necesitado ser del doble de su longitud. Una serie de grietas ensordecedoras crecieron a su alrededor.

Hubo un rugido de hielo y nieve corriendo hacia el mar. Los icebergs más pequeños se separaron y cedieron, revelando enormes espacios huecos en su interior. A medida que los trozos de hielo se separaban a las órdenes de Tagaka, las proas de los buques de guerra de la Quinta Nación comenzaron a asomarse, como los picos de aves monstruosas que eclosionan de sus cáscaras de huevo.

Yun perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo. Tagaka rápidamente lo cubrió en hielo, teniendo cuidado de cubrir su mano de guante de piedra.

—¡¿QUÉ ES ESTO?! —gritó a ella.

Ella limpió su sangre de su espada con la tela de su codo y la envaino.

—¿Un plan de respaldo? ¿Una ventaja en nuestro camino a Yokoya? ¿Una oportunidad de presumir? He estado fingiendo ser una maestra débil durante tanto tiempo, no pude resistirme a ser un poco sobre dramática.

Los Maestros Agua a bordo de los barcos ya seguían las olas causadas por las avalanchas de

hielo y conducían sus buques hacia adelante. Otros miembros de la tripulación revoloteaban entre los mástiles como insectos, desplegando velas. Estaban apuntando hacia el oeste, hacia casa, donde conducirían a territorios frescos del Reino Tierra como un cuchillo en un vientre desprotegido.

—¡Detén a los barcos! —Yun gritó al cielo—. ¡A mí no! ¡A las naves!

Eso fue todo lo que pudo decir antes de que Tagaka cubriera su cabeza completamente con hielo.

Kyoshi no sabía con quién estaba hablando al principio, pensó que en su desesperación estaba suplicando a los espíritus. Pero una ráfaga de aire le recordó que alguien todavía estaba libre. Kelsang se detuvo en su planeador y se dirigió hacia el buque principal.

—Hoy no, monje —dijo Tagaka.

Arremetió con los brazos, y un spray de carámbanos no más grandes que agujas de coser salieron disparadas hacia Kelsang.

Fue un ataque diabólicamente brillante. El Maestro Aire podría haber esquivado fácilmente misiles más grandes, pero los proyectiles de Tagaka eran una tormenta envolvente. Las delicadas alas de su planeador se desintegraron, y cayó de golpe en el mar.

No hubo tiempo de entrar en pánico por Kelsang. Tagaka levitaba el trozo de hielo en el que Yun estaba encerrado, lo arrojó por el lado del iceberg hacia su campamento, y saltó tras él.

Kyoshi apretó los dientes y empujó sobre el hielo tan fuerte como pudo. Sus hombros tensados contra sus túnicas, ambos amenazando con rasgarse. El hielo que agarraba sus piernas se agrietó y cedió, pero no sin antes triturar las partes de su piel que no estaban cubiertas por sus faldas. Ella se levantó libre y fue detrás de Tagaka.

Tuvo suerte de que la prisión de Yun hubiera trazado un camino suave. Sin él, sin duda habría golpeado su cráneo, cayendo sobre las duras protuberancias de hielo. Kyoshi logró deslizarse hacia el campamento de piratas, sus heridas dejando un rastro de sangre en la ladera detrás de ella.

Los hombres de Tagaka estaban enfrascados cargando su campamento y ocupando los botes largos. Un elegante cortador, una de las reliquias de la Tribu del Agua que había mencionado, los esperaba frente a la costa del iceberg. Sólo unos pocos piratas notaron a Kyoshi. Empezaron a tomar sus armas, pero Tagaka los detuvo. Empacar era más una prioridad que tratar con ella.

—Libéralo —exclamó Kyoshi.

Tagaka puso una bota en el trozo de hielo que encerraba a Yun y se apoyó sobre su rodilla.

—El coloso habla —dijo sonriendo.

—Libéralo. *Ahora*.

Ella quería sonar enojada y desesperada, pero en su lugar su voz sonó tan lamentable y desesperanzada como se sentía por dentro. No estaba segura de sí Yun podía respirar allí.

—¿Eh? —dijo Tagaka—. Vi lo que necesitaba ver en los ojos del niño. Vale más como rehén que como Avatar, créeme.

Empujó a Yun a un lado con el pie, y la bilis se desmoronó en la garganta de Kyoshi ante el gesto irrespetuoso.

—Pero tú, por otro lado —dijo Tagaka—. Eres un rompecabezas. Sé que no eres una luchadora en este momento, eso es obvio. Pero me gusta tu potencial. No puedo decidir si debo matarte ahora, para estar a salvo, o llevarte conmigo.

Se acercó más.

—Kyoshi, ¿verdad? ¿Te gustaría probar la verdadera libertad? ¿Ir a donde quieras y tomar lo que te deben? Confía en mí, es una vida mejor que cualquier tipo de mugrosa existencia que tengas en tierra.

Kyoshi sabía su respuesta. Era la misma que habría dado cuando era una niña hambrienta de siete años.

—Nunca me convertiría en un *daofei* —dijo Kyoshi, tratando lo más duro posible de convertir la palabra en una maldición—. Pretender ser un líder y una persona importante cuando no eres más que un esclavo asesino. Eres la forma más baja de vida que conozco.

Tagaka frunció el ceño y sacó su espada. El metal silbó contra la vaina. Ella quería que Kyoshi sintiera la muerte fría deslizándose entre sus costillas, en lugar de ser aniquilada rápidamente por el agua.

Kyoshi se mantuvo firme.

—Dame al Avatar —repitió—. O te voy a derribar como la bestia que eres.

Tagaka extendió sus brazos de par en par, diciéndole que mirara a su alrededor en el campo de hielo en el que estaban de pie.

—¿Con qué, niña del Reino Tierra? —preguntó—. ¿Con qué?

Era una buena pregunta. Una que Kyoshi sabía que no podía haber contestado ella misma. Pero de repente se vio atrapada por la abrumadora sensación de que, en este momento, en su tiempo de necesidad desesperada, su voz no estaría sola.

Sus manos se sentían guiadas. Ella no lo entendía por completo, ni estaba completamente en control.

Pero ella tenía confianza.

Kyoshi preparó su estómago, llenó sus pulmones y golpeó sus pies en la postura del Puente de Hacinamiento. Los ecos de poder se extendieron por su movimiento, cientos de iteraciones de sí misma estampando en el hielo. Ella era líder y a la vez estaba siendo dirigida por un ejército de maestros.

Una columna del fondo marino de piedra gris explotó hacía la superficie del océano. Golpeó el cortador de Tagaka y lanzó el barco a un lado, arrancando tablones de madera del marco tan fácilmente como el papel de una cometa.

Una ola de agua desplazada arrasó el iceberg, derribando piratas y rompiendo cajas hasta dejarlas en astillas. Por defensa propia, Tagaka levantó una pared de hielo hasta la cintura, embalsando y desviando la oleada. Pero la barrera también protegió a Kyoshi, dándole tiempo para atacar de nuevo. Saltó directamente al aire y aterrizó con los puños en el hielo.

Más lejos, el mar hirvió. Los gritos provenían de los buques de guerra principales a medida que más peñascos de basalto se elevaban en su camino. Los arcos de las naves que no podían girar con tiempo se rompieron como ramitas. El gemido de madera chocando con las rocas llenó el aire, tan horrible como un coro de animales heridos.

Kyoshi cayó de rodillas, jadeando y agitada. Tenía la intención de seguir adelante, acercar la tierra lo suficiente como para defenderse, pero el esfuerzo la había llevado inmediatamente al punto en que apenas podía levantar la cabeza.

Tagaka se dio la vuelta. Su rostro, tan controlado en los últimos dos días, se contrajo en todas direcciones.

—En el nombre de los espíritus, pero ¿qué…? —susurró mientras volteó su espada para dar una puñalada hacia abajo. La velocidad a la que Tagaka se movió para matarla dejó en claro que estaría bien viviendo sin una respuesta.

—¡Kyoshi! ¡Mantente abajo!

Kyoshi instintivamente obedeció la voz de Rangi y se agachó. Oyó y sintió la quemada de una explosión de fuego viajar sobre ella, derribando a Tagaka.

Con un rugido poderoso, Pengpeng aterrizo en el iceberg, Rangi y Hei-Ran lanzando llamas desde la izquierda y la derecha del bisonte, dispersando a los piratas mientras intentaban reagruparse. Jianzhu manejó las riendas de Pengpeng con la habilidad de un Nómada Aire, dando vueltas para que con su cola perfectamente redirigiera vientos que ahuyentaran nubes de flechas y el arrojo de lanzas. Kyoshi no tenía idea de cómo habían escapado del hielo, pero si algunas personas tenían el poder y la ingenio para lograrlo, eran ellos.

La pelea no había terminado. Parte de la flota de Tagaka había superado los obstáculos de Kyoshi. Y desde los barcos que se hundían, algunos maestros se negaron a entrar en pánico como sus compañeros. En su lugar, se sumergieron en el agua, generando olas de alta velocidad que los llevaban hacia Tagaka. Su guardia de élite, viniendo a rescatarla.

Rangi y Hei-Ran saltaron y bombardearon a la reina pirata con llamas por lo que se vio obligada a bloquear con láminas de agua. El rostro de Rangi estaba cubierto de sangre y su madre sólo tenía un buen brazo, pero lucharon en perfecta coordinación, dejando a Tagaka sin huecos para montar una ofensa.

—¡Nos encargaremos de los maestros agua! —Hei-Ran gritó sobre su hombro—. ¡Detengan los barcos!

Jianzhu echó un vistazo a los monolitos de piedra que Kyoshi había levantado desde el fondo marino, y luego a ella. En el fragor de la batalla, optó por hacer una pausa. Miró fijamente a Kyoshi, casi como si estuviera haciendo sumas en su cabeza.

—¡Jianzhu! —Hei-Ran gritó.

Salió de su neblina y se llevó a Pengpeng de nuevo. Volaron hacia la formación de piedra más cercana. Sin previo aviso, Jianzhu soltó las riendas y saltó del bisonte en el aire.

Kyoshi pensó que se había vuelto loco. Pero al parecer estaba equivocada.

Ella nunca había visto a Jianzhu hacer Tierra Control antes, solo había escuchado a Yun y al personal describir su estilo como ''diferente''. Inusual. *Más bien un baile de leones en Año Nuevo,* la tía Mui dijo una vez, avivándose, con una sonrisa de ensueño en su rostro. *Estable por debajo y salvaje en la parte superior.*

No había sido capaz de manejar la tierra en el iceberg, pero ahora Kyoshi le había proporcionado todo el elemento que necesitaba. Cuando Jianzhu cayó, paneles planos de piedra se despegaron de los peñascos y volaron para encontrarse con él. Se organizaron en una construcción maníaca y arquitectónica con plena luz del día que se mostraba a través de los huecos triangulares, una rampa empinada en la que aterrizó sin perder su impulso.

Fue hacia las naves que escapaban, en una dirección que no tenía espacio para ir. Pero mientras corría, sus brazos se enrollaron y azotaron a su alrededor como si tuvieran mente propia. Se golpeó los puños usando giros su cintura, e innumerables hojas de roca se fijaron en un puente bajo sus pies. Jianzhu nunca aflojó el paso mientras viajaba en el aire, suspendido por sus movimientos de tierra en la marcha.

EL ASCENSO DE Kyoshi

Explosiones de fuego y chorros de agua salieron disparados por los maestros que tripulaban las naves. Jianzhu saltó ágilmente y se deslizó sobre ellos. Los que apuntaban a la piedra en sí hicieron sorprendentemente poco daño, ya que la estructura estaba compuesta de llaves caóticas y redundantes.

Corrió por delante de la nave principal, cruzando su camino con su puente. Justo cuando Kyoshi pensó que se había extendido demasiado, que se había quedado sin piedra y extendía su apoyo más allá de lo que podía sostener, saltó a un lugar seguro, aterrizando en la parte superior de un témpano de hielo cercano.

El precario y antinatural puente comenzó a desmoronarse sin el control de Jianzhu para mantenerlo. Primero las piezas individuales comenzaron a desprenderse. Trozos de roca cayendo bombardearon el barco principal desde lo alto, enviando a los miembros de la tripulación a bucear para cubrirse de la cubierta de madera perforada como cuero ante un punzón.

Pero su sufrimiento no había hecho más que empezar. La base del puente simplemente se dejó ir, trayendo toda la línea de piedra a través de la proa. La popa del barco fue sacada de la línea de flotación, exponiendo el timón y la quilla.

El resto del escuadrón no tuvo tiempo para girar. Un seguidor se apartó del desastre. Logró evitar estrellar su cortador, pero el cambio de dirección hizo que el buque se inclinara bruscamente hacia un lado. La punta dejó a su aparejo atrapado en los restos, y luego el barco fue decapitado de sus mástiles y velas, los pilares de madera se rompieron, como el juguete de un niño rompiéndose de sus puntos más débiles.

El último buque de guerra que quedaba en la retaguardia podría haber salido, asumiendo una hazaña deslumbrante de heroica marinería. En su lugar, sabiamente decidió dejar caer el ancla y pedir paz. Si el poder de Tagaka estaba en su flota, entonces los compañeros del Avatar lo habían destruido. Ahora sólo tenían que vivir lo suficiente para reclamar su victoria.

—Lo hiciste bien, chica —dijo un hombre con una voz ronca y un acento como el del Maestro Amak—. Estarán contando historias sobre esto durante mucho tiempo.

Kyoshi giró alrededor, temiendo que un pirata había conseguido caer sobre ella, pero no había nadie allí. El movimiento la mareó. Demasiado. Se dejo caer hasta las rodillas, un prolongado y largo proceso desplomándose sobre el hielo.

LA FRACTURA

Hacía calor. Tanto que cuando Kyoshi se despertó en la enfermería de la mansión, pensó que sería Rangi quien estaría sentada en la silla junto a la cama. Esperaba que lo fuera.

En cambio, era Jianzhu.

Kyoshi agarró sus mantas con fuerza y luego se dio cuenta de que estaba siendo tonta. Jianzhu era su jefe y su benefactor. Le había dado a Kelsang el dinero para cuidarla. Y aunque nunca había cruzado la distancia cortés que estaba entre ellos, no había razón para sentirse incómoda alrededor del sabio de la tierra.

Eso fue lo que ella misma se dijo.

Su garganta quemaba de sed. Jianzhu tenía un mate de agua listo, anticipando su necesidad, y se lo entregó. Trató de tomar de él tan decorosamente como pudo, pero derramó algo en sus sábanas, haciendo que él se riera.

—Siempre tuve la corazonada de que me ocultabas algo —dijo.

Casi se ahogó.

—Recuerdo el día que tú y Kelsang me hablaron de tu problema con la Tierra Control —dijo Jianzhu con una sonrisa que se quedó firmemente en la mitad inferior de su rostro—. Dijiste que no podías manipular cosas pequeñas. Que sólo podías mover rocas de buen tamaño de una forma regular. Como una persona cuyos dedos eran demasiado gruesos y torpes para recoger un grano de arena.

Eso era cierto. La mayoría de las escuelas de Tierra Control no sabían cómo lidiar con una debilidad como la de Kyoshi. Los estudiantes comenzaron controlando los guijarros más pequeños, y a medida que su fuerza y técnica crecían, se trasladaron a trozos de tierra más grandes y pesados.

A pesar de las protestas de Kelsang, Kyoshi había decidido hace mucho tiempo que no se molestaría formalmente en entrenar Tierra Control. No parecía un problema que valiera la pena resolver en ese momento. La Tierra Control era en su mayoría inútil en interiores, especialmente sin precisión.

—No me dijiste que se aplicaba lo contrario —dijo Jianzhu—. Que podías mover montañas. Y estabas separado el lecho del océano a doscientos pasos. Ni siquiera yo puedo invocar la tierra desde esa distancia. O a través del agua.

El mate vacío temblaba mientras la ponía en la mesita de noche.

—Juro que no lo sabía —dijo Kyoshi—. No pensé que podía hacer lo que hice, pero Yun estaba en peligro y dejé de pensar y yo… ¿Dónde está Yun? ¿Está bien? ¿Dónde está Kelsang?

—No tienes que preocuparte por ellos—. Se inclino hacia adelante en su silla con los codos en las rodillas, con los dedos anudados. Su ropa cubrió de sus articulaciones de una manera que lo hizo lucir delgado y cansado. Miró al suelo en silencio durante un tiempo incómodamente largo.

—El Reino Tierra —dijo Jianzhu—. Es una especie de lío, ¿No crees?

Kyoshi estaba más sorprendida por su tono de voz que por el repentino cambio de tema. Nunca se había relajado tanto en su presencia. Ella no se imaginó que hablara de esto informalmente con Yun.

EL ASCENSO DE KYOSHI

—Quiero decir, míranos —dijo—. Tenemos más de un rey. Los dialectos del norte y del sur son tan diferentes que están empezando a convertirse en lenguas separadas. Los aldeanos de Yokoya usan tanto azul como verde, y el pueblo de Si Wong apenas comparte costumbres con el resto del continente.

Kyoshi había escuchado a Kelsang expresar admiración por la diversidad del Reino Tierra en varias ocasiones. Pero tal vez estaba hablando desde la perspectiva de un visitante. Jianzhu hizo que el Reino Tierra sonara como diferentes piezas de carne cosidas al cerrar una herida.

—¿Sabías que la palabra para *daofei* no existe realmente en las otras naciones? —dijo—. Del otro lado de los mares, se les llama *criminales.* Tienen metas mezquinas, nunca alcanzan mucho más allá del enriquecimiento personal.

—Pero aquí en el Reino Tierra, *daofei* encuentra un nivel de éxito que va a sus cabezas y les hace creer que son una sociedad separada, con derecho a sus propios códigos y tradiciones. Pueden obtener el control del territorio y probar lo que es gobernar. Algunos de ellos se convierten en fanáticos espirituales, creyendo que sus saqueos y expoliaciones están al servicio de una causa superior.

Jianzhu suspiró.

—Todo se debe a que Ba Sing Se no es una autoridad verdaderamente efectiva —dijo—. El poder del Rey Tierra se encierra y disminuye. Nunca llega completamente a través del reino como debería. ¿Sabes lo que mantiene unido el Reino Tierra en este momento, en su lugar?

Ella sabía la respuesta, pero negó con la cabeza de todos modos.

—Yo—. No sonaba orgulloso de decirlo—. Yo soy quien está impidiendo que esta gigantesca y destartalada nación nuestra se desmorone. Debido a que hemos estado sin un Avatar por tanto tiempo, el deber ha recaído en mí. Y como no tengo derecho al liderazgo de sangre noble, tengo que hacerlo únicamente creando lazos de lealtad personal.

La miró con tristeza a los ojos.

—Todo gobernador y magistrado local de aquí al Templo del Aire del Norte me debe cuentas. Les doy grano en tiempos de hambruna. Les ayudo a reunir los impuestos que pagan los salarios de la policía. Les ayudo a lidiar con los rebeldes.

—Mi alcance también tiene que extenderse más allá del Reino Tierra —dijo Jianzhu—. Conozco a todos aquellos que podrían llamarse a sí mismos maestros de los elementos de cada una de las Cuatro Naciones, y quiénes son sus alumnos más prometedores. He financiado escuelas del control de los elementos, organizado torneos y resuelto disputas entre estilos antes de que terminaran en sangre. Cualquier maestro en el mundo respondería a mi citación.

Ella no lo dudó. No era un hombre que alardeaba. Más de una vez en la casa había oído la expresión de que la palabra de Jianzhu, su amistad, valía más que el oro de Beifong.

Otra persona podría haberse hinchado de felicidad al saber el poder que ejercían. Jianzhu simplemente sonaba cansado.

—No sabías nada de esto —dijo—. Aparte del desastre en el iceberg, nunca has estado realmente fuera del refugio de Yokoya.

Kyoshi se tragó el impulso de decirle que eso no era cierto, que todavía recordaba los breves atisbos que había visto del mundo de haya afuera, hace mucho tiempo. Pero eso habría significado hablar de sus padres. Abriendo una caja diferente de víboras por completo. Sólo la idea de exponer esa parte de ella a Jianzhu hizo que su pulso se acelerase.

Se dio cuenta de su angustia y estrechó sus ojos.

—Así que ya ves, Kyoshi —dijo—. Sin lealtad personal ¡Todo se desmorona!

Hizo un movimiento de inclinación hacia el techo como para derribarlo sobre sus cabezas. Kyoshi se estremeció antes de recordar que la habitación estaba hecha de madera. Un goteo de polvo se filtró a través de las vigas del techo y estaba suspendido en el aire, una nube por encima de ellos.

—Dado lo que te he dicho —dijo—. ¿Hay algo que quieras decirme? ¿Sobre lo que hiciste en el hielo?

¿Había algo que quisiera decirle al hombre que la había sacado de la calle? ¿Que había una posibilidad de que hubiera cometido un error que pudiera destruir todo por lo que había trabajado, y que su propia existencia podría deletrear un caos incalculable para su nación?

No. Ella y Kelsang tenían que esperar. Encontrar evidencia de que ella no era el Avatar, darle a Yun el tiempo que necesitaba para probarse a sí mismo de manera concluyente.

—Lo siento —dijo ella—. Realmente no era consciente de mis propios límites. Sólo me asustó y arremetí lo más fuerte que pude. Rangi me dijo que a menudo su Fuego Control es más fuerte cuando está enojada; tal vez fue algo así.

Jianzhu sonrió de nuevo, la expresión calcificando en su rostro. Aplaudió las manos y se impulsó hasta ponerse de pie.

—Ya sabes —dijo—. He luchado contra el *daofei* como Tagaka a lo largo y ancho de este continente durante tanto tiempo que lo único que he aprendido es que no son el verdadero problema. Son un síntoma de lo que sucede cuando la gente piensa que puede desafiar la autoridad del Avatar. Cuando piensan que el Avatar carece de legitimidad.

Miró a Kyoshi.

—Me alegro de que haya al menos un Maestro Tierra más poderoso que pueda luchar a mi lado. A pesar de lo que dije antes, sólo soy una medida provisional. Un sustituto. La responsabilidad de mantener el Reino Tierra estable y en equilibrio con las otras naciones legítimamente pertenece al Avatar.

La presión implacable de sus declaraciones se hizo tan grande que Kyoshi instintivamente trató de cambiar el peso sobre otra persona.

—Debería haber sido Kuruk el que tratara con el *daofei* —ella dijo de golpe—. ¿No es así?

Jianzhu asintió de acuerdo.

—Si Kuruk estuviera vivo hoy, estaría en la cima de sus poderes. Me culpo por su muerte. Sus malas decisiones fueron mi culpa.

—¿Cómo podría ser eso?

—Porque la persona que tiene la mayor responsabilidad con el mundo, después del Avatar, es la persona que influye en la forma en que el Avatar piensa. Le enseñé a Kuruk a luchar con Tierra Control, pero no le enseñé sabiduría. Creo que el mundo sigue pagando por mi error en ese sentido.

Jianzhu se detuvo junto a la puerta cuando se iba.

—Yun está al final del pasillo. Kelsang frente a él, deberías descansar más. Odiaría verte mal.

EL ASCENSO DE Kyoshi

Kyoshi esperó hasta que se fue, suficiente tiempo para que saliera de la enfermería por completo. Luego salió velozmente de la cama. Ella salió cojeando por el pasillo, sacudiendo el piso de tablones, y después de un momento frenético de vacilación, entró en la habitación del Avatar primero.

Yun se sentó en una silla junto a una bañera de cobre con la manga derecha enrollada hasta el hombro. Su brazo descansaba en el agua humeante. Rangi estaba detrás de él, apoyada en el alféizar de la ventana, mirando a la esquina más lejana.

—Sigo diciéndoles a los curanderos que no tengo hipotermia —dijo Yun—. Esto debe haberles asustado—. Levantó la mano goteando. Todavía estaba manchada con tinta negra, dándole un aspecto pálido y necrótico. Yun recogió una tetera de agua caliente del suelo y la vertió cuidadosamente en el baño para mantener la temperatura. Hundió la mano bajo la superficie y el agua se arremolino alrededor.

El primer instinto de Kyoshi fue atropellarlos y abrazarlos con alegría, para agradecer a los espíritus que estaban vivos. Ver un poco de esa felicidad reflejada en sus ojos. Los tres estaban en casa, a salvo, juntos.

Pero las mentes de Yun y Rangi parecía que todavía estaban flotando en algún lugar del Océano Austral. Vacías y distraídas.

—¿Qué pasó? —preguntó Kyoshi—. ¿Están todos bien? ¿Kelsang está malherido?

Yun la saludó con su mano seca para que se callara.

—El maestro Kelsang está durmiendo, así que debemos mantener el ruido bajo.

Como si el mayor perjuicio en ese momento fuera la salud de Kelsang.

—Bien —siseo—. ¿Ahora me dirás lo que pasó?

—Perdimos a muchos guardias —dijo Yun, con la cara cambiando por el dolor—. Los Maestros Agua ocultos de Tagaka les lanzaron una avalancha. Rangi y Hei-Ran lograron salvar a los que pudieron quemando el hielo del iceberg después de que fuera más delgado.

Rangi no se movió por la mención de su nombre. Ella se negó a levantar la cabeza, y mucho más a hablar.

—Me liberaron, y entre nosotros, logramos noquear a Tagaka —continuó Yun—. Perder sus naves y ver a su líder derrotada era demasiado para el resto de las fuerzas de la Quinta Nación, y huyeron. Deberías haberlo visto. Los piratas se aferran a los restos mientras que los maestros agua los alejaron. La pérdida de dignidad probablemente dolió más que las rocas que cayeron.

—¿Qué le pasó a Tagaka? —preguntó Kyoshi.

—Está en el calabozo de una caravana del Reino Tierra que se dirige a la capital, donde será llevada a las prisiones del lago Laogai —dijo—. No sé qué van a hacer con el tema del lago si ella puede hacer Agua Control de esa manera, pero tengo que asumir que al menos alguien en la administración del Rey Tierra tiene un plan. Mientras tanto, la Quinta Nación ya no existe.

En su aspecto de confusión, Yun le dio exactamente la misma sonrisa forzada que su amo hizo hace unos minutos.

—Sus naves han sido dañadas sin reparación —explicó—. Tagaka lo dijo ella misma: su poder está en su flota. Después de lo que hiciste, será casi imposible para sus sucesores reconstruir. Ya no representarán una amenaza para el Reino Tierra.

Kyoshi suponía que era verdad. Y que ella debería estar feliz de oírlo. Pero la victoria sonó hueca.

—¿Qué pasa con los cautivos?

—Jianzhu atrapó a uno de sus lugartenientes y lo interrogó hasta que logro obtener información de su ubicación —dijo Yun—. Hei-Ran tiró de algunos hilos, bueno, tal vez más como todos los hilos, y ahora la Armada de Fuego está montando una operación de rescate en un acto de buena voluntad. Será la primera vez que se les permita volar con colores militares en el Mar del Este desde el reinado del vigésimo segundo Rey Tierra.

Le estaba dando respuestas, pero nada más. No había emoción que pudiera enganchar sus dedos. ¿No la había querido allí como confidente? ¿Alguien que se sorprendería de sus éxitos?

—Yun, lo hiciste —dijo con la esperanza de recordarle—. Los salvaste.

En su desesperación tomó prestada una línea de la voz imaginaria que le había hablado en el hielo.

—La gente hablará de esto durante años —dijo—. ¡Avatar Yun, que salvó pueblos enteros! ¡Avatar Yun, quien peleo cara a cara con la reina pirata del océano austral! ¡Avatar Yun—

—¡Kyoshi, basta! —Rangi gritó—. ¡Solo detente!

—¡¿Detener *qué?!* —Kyoshi gritó, sintiéndose casi enferma de frustración.

—¡Deja de fingir que todo es igual que antes! —Rangi dijo—. ¡Sabemos lo que tú y Kelsang escondían de nosotros!

EL ASCENSO DE KYOSHI

El suelo se alejó de los pies de Kyoshi. Sus cimientos se volvieron líquidos. Estaba agradecida cuando Rangi se afilió hacia ella y plantó un dedo acusador en su pecho. Le dio un punto para estabilizarse.

—¡¿Cómo pudiste mantener eso en secreto de nosotros?! —gritó la Maestra Fuego en su cara—. ¿Fue gracioso para ti? ¿Haciéndonos ver cómo tontos? ¿Sabiendo que hay una posibilidad de que todas nuestras vidas sean una mentira gigantesca?

Kyoshi no podía pensar. Se sentía débil.

—Yo no… No era…

El dedo de Rangi comenzó a calentarse y a humear.

—¿Cuál era tu punto de vista? ¿Eh? ¿Intentabas desacreditar a Yun? ¿Jianzhu, quizás? ¿Tienes algún tipo de deseo secreto retorcido de ver el mundo desmoronarse hasta los cimientos?

La quemadura llegó a su piel. Ella no se alejó. Tal vez merecía ser golpeada directamente a través de un agujero al rojo vivo en su pecho.

—¡Contéstame! —Rangi gritó—. Respóndeme, tú—tú—

Kyoshi cerró los ojos, exprimiendo las lágrimas, y se preparó para el golpe.

Nunca llegó. Rangi dio un paso atrás, horrorizada, con las manos cubriéndose la boca, dándose cuenta de lo que estaba haciendo, y luego pasó por un lado Kyoshi hacia la puerta.

La habitación se balanceó de un lado a otro, amenazando con obligar a Kyoshi a caer en cuatro patas. Yun se puso de pie, navegando por el piso con facilidad. Se acercó, sus labios se abrieron ligeramente. Pensó que le iba a susurrar algo tranquilizador al oído.

Y luego él la dejó de lado. Se deslizó justo al lado, con una capa de espacio vacío entre ellos tan impenetrable como el acero.

Tenía que hacer una parada más.

Kelsang la estaba esperando, apoyado hasta una posición sentada en su cama. Había un tazón medio de sopa de algas en su mesita de noche, un remedio para la pérdida de sangre. Su piel era más pálida que las vendas que envolvían su torso. Incluso el azul de sus flechas parecía descolorido.

—Te despertamos—. Kyoshi se sorprendió de lo dura que era su voz. Ella debería de haber estado aliviada porque no estaba muerto y en su lugar estaba a punto de gruñirle—. Tienes que estar descansando.

—Lo siento —dijo—. Tenía que decirles.

—¿Tenías?

—Lo que dije sobre Yun, de tener la mayor probabilidad de ser el Avatar ya no es verdad. No después de lo que lograste en el iceberg—. Kelsang pasó su mano sobre su cabeza rapada, sintiendo el fantasma de su cabello—. Estuviste dormida durante *tres días,* Kyoshi. Pensé que tu espíritu había dejado tu cuerpo. No había razón para seguir fingiendo.

Algo delicado dentro de ella se rompió al oír "fingir". La gente más cercana a ella de repente llamaba los años que habían pasado juntos falsos e imaginarios. Un preludio inventado de una realidad diferente, más importante.

—*Quieres* decir que no podías esperar más para hacer tu movimiento —dijo, incapaz de controlar su bilis—. Querías enseñar a un Avatar que dependiera más de ti más que de Jianzhu, y perdiste tu oportunidad con Yun. Eso es lo que soy para ti. Una prórroga.

Kelsang miró hacia otro lado. Se inclinó hacia atrás contra su almohada.

—El momento en que cualquiera de nosotros podía tener lo que quería pasó hace años —dijo.

MEDIDAS DESESPERADAS

Si necesitaba pruebas de que las cosas eran diferentes ahora, la comida era suficiente.

En los días en que Kyoshi tenía tiempo para desayunar, por lo general se servía a sí misma un tazón de *arroz congee* de la olla comunal burbujeando en la cocina, adornada con los restos secos de las mesas de arriba que la tía Mui consideraba aptos para salvar de la noche anterior. Hoy, otra sirvienta la sorprendió fuera de su puerta y la llevó a uno de los comedores reservados para los huéspedes.

La habitación en la que se sentaba sola era tan grande y vacía que beber su té hizo un eco. La gran mesa de zitan tenía una variedad de delicias hervidas, saladas y fritas que pensó que el que todo fuera para uno tenía que ser un error.

Pero no lo era. Sin saber cuál de los niños bajo su techo era el Avatar, Jianzhu parecía haber decretado que Kyoshi iba a ser alimentada como un noble hasta que lo descubriera. Ella trató de ajustarse a su generosidad, pero un pequeño bocado de cada plato hábilmente arreglado era todo lo que podía manejar en lugar de su arroz. De hecho, notó con disgusto, la sopa de algas picantes que ella misma había llevado a la casa, ahora reposadas en un platillo lacado.

Su mesera volvió para revisar.

—¿La señora ha terminado? —preguntó con la cabeza inclinada.

—Rin, fui a tu fiesta de cumpleaños —dijo Kyoshi—. Ayude a comprar esa peineta que llevas puesta.

La chica se encogió de hombros.

—Ya no vas a venir a trabajar. El Maestro Jianzhu te quiere en los campos de entrenamiento en una hora.

—Pero… ¿Y que se supone que debo de hacer hasta entonces?

—Lo que la señora desee.

Kyoshi salió tambaleándose del comedor como si hubiera dado un golpe en la cabeza. *¿Nada?* ¿Qué clase de animal era?

No quería que nadie la viera en la casa. *Oh, ahí está Kyoshi, admirando las flores. Ahí va ahora, reflexionando sobre la nueva caligrafía del Templo del Aire.* La perspectiva de estar en exhibición la horrorizó. En lugar de una mejor opción, corrió a la pequeña biblioteca donde había hablado con Kelsang y enganchó la puerta detrás de ella. Se escondió allí, a solas con su temor, hasta que llegó la hora señalada.

Kyoshi no estaba tan familiarizada con la extensión plana de piedra del campo de entrenamiento como lo habría estado con la caldera de un volcán de la Nación del Fuego. Sus deberes nunca la trajeron aquí. Jianzhu la esperó en medio del patio, un espantapájaros monitoreando un campo.

—No te molestes más con eso —dijo cuando se inclinó profundamente como un sirviente—. Ven conmigo.

EL ASCENSO DE KYOSHI

La llevó a una de las habitaciones laterales, un armario de suministros que había sido vaciado apresuradamente de su contenido. Los maniquíes de paja y los discos de Tierra Control habían sido dejados sin cuidado afuera, lo que indicaba su sentido de organización. Dentro, Hei-Ran los esperaba.

—Kyoshi —dijo con una cálida sonrisa—. Gracias por mejorar nuestro humor. Sé que han sido unos días muy difíciles.

Kyoshi sentía que no habría fin a la incomodidad. A pesar de su amistad con Rangi, ella y la directora estaban más distantes que ella y Jianzhu. Hei-Ran actuaba mucho más amable de lo que esperaba. Pero Kyoshi miró hacia abajo y se dio cuenta de que la mujer había estado caminando por senderos en el suelo polvoriento. Rangi a menudo lo hacía cuando estaba enfadada.

—Ayudaré en todo lo que pueda —dijo Kyoshi, sintiéndose de repente seca. Sus amígdalas se pegaron en la parte posterior de su lengua, haciendo que sus palabras se atraparan en su boca.

—Lo siento, ese es mi trabajo —dijo Hei-Ran con una risa suave—. Secaba el aire de esta habitación para hacer ejercicio. Por favor, siéntate.

Había dos cojines de seda tomados de la cámara de meditación en el suelo. Kyoshi estaba horrorizada ante la finura lanzada en el suelo sucio, pero tomó una posición frente a Hei-Ran de todos modos. Ella era muy consciente de Jianzhu de pie detrás de ella, observando como un pájaro a su presa.

—Realizamos esta prueba en los recién nacidos en la Nación del Fuego para ver si son capaces de hacer Fuego Control —dijo Hei-Ran—. Tenemos que saber acerca de nuestros hijos rápidamente, como te puedes imaginar, o de lo contrario corren el riesgo de quemar el vecindario.

Era una broma, pero puso a Kyoshi aún más nerviosa.

—¿Qué tengo que hacer?

—Muy poco—. Hei-Ran metió la mano en una bolsa y sacó lo que parecía ser una bola de yesca—. Esta es una corteza de abedul rallada y algodón mezclado con algunos aceites especiales—. Ella peló el material con los dedos hasta que era esponjoso y como una nube—. Sólo necesitas respirar y sentir tu calor interior. Si la yesca se enciende, eres una Maestra Fuego.

Y por lo tanto el Avatar.

—¿Usted está segura de que esto va a funcionar?

Hei-Ran levantó una ceja.

—Recién nacidos, Kyoshi. Es esencialmente imposible para un verdadero Maestro Fuego no hacer algún indicio de fuego con este método. Ahora cállate. Necesito acercarme un poco más a ti.

Sostuvo el soplo de yesca bajo la nariz de Kyoshi como si estuviera tratando de revivirla con sales aromáticas.

—Relájate y respira, Kyoshi. No te esfuerces. Tu fuego natural, tu fuente de vida, es suficiente. Respira.

Kyoshi trató de hacer lo que le dijeron. Podía sentir hebras de algodón haciéndole cosquillas en sus labios. Tomó profundas inhalaciones de aire, una y otra vez.

—Te ayudaré —dijo Hei-Ran después de dos minutos sin resultados—. El aire a su alrededor se hizo más caliente, mucho más caliente. Gotas de sudor corrían por la cara de Kyoshi, secándoselas antes de que llegaran a su barbilla. Ella estaba desesperadamente sedienta de nuevo.

—Sólo una pequeña chispa—. Hei-Ran sonaba como si estuviera suplicando ahora—. He

hecho la mayor parte del trabajo. Suelta. El más mínimo empujón. Eso es todo lo que pido. Tu pulgar en la báscula.

Kyoshi intentó durante diez minutos más antes de que se derrumbara hacia adelante, tosiendo y muy sedienta. Hei-Ran arrugó la yesca en su puño. Una bocanada de humo se desvió de entre sus dedos.

—Se necesitan niños, bebés, unos segundos como máximo en estas condiciones —le dijo a Jianzhu. Su voz era ilegible.

Kyoshi miró a los dos maestros.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Yun no pasó ya esta prueba?

Jianzhu no respondió. Se dio la vuelta y salió de la habitación, golpeando su puño en el marco cuando se fue. Los discos de Tierra Control apilados en la puerta explotaron en polvo.

Alguien había visto a Kyoshi ir y venir de su nuevo escondite en la biblioteca secundaria y haberla delatado. No había otra manera en la que Yun la hubiera encontrado, acurrucada junto a un botiquín que tenía más de cien cajones pequeños, cada uno tallado con el nombre de una hierba o tintura diferente.

Yun se sentó en el suelo frente a ella, apoyando su espalda contra la pared. Escaneó las etiquetas junto a su cabeza.

—Parece que muchos de estos son curas para la calvicie —dijo.

En contra de sí misma, Kyoshi resoplo.

Yun tiró de una hebra de su propio cabello castaño, tal vez pensando con anticipación al día en que tendría que unirse a los Nómadas del Aire para el entrenamiento de aire en el Templo del Norte o del Sur. No lo obligarían a afeitarse, pero Kyoshi sabía que le gustaba honrar las tradiciones de otras personas. Y seguiría siendo guapo de todos modos.

Pero entonces, tal vez nunca tendría la oportunidad, Kyoshi pensó miserablemente. Tal vez se lo robaría una ladrona mezquina que había entrado a su casa con el pretexto de ser su amiga.

Yun pareció notar el disgusto de Kyoshi para sí misma.

—Kyoshi, lo siento —dijo—. Sé que nunca quisiste que esto sucediera.

—Rangi no.

Decirlo en voz alta la hizo sentir desagradecida por su perdón. Podía contar con la naturaleza de Yun y su incapacidad para guardar rencor. Pero si Rangi realmente creía que Kyoshi les había hecho daño, entonces no había esperanza.

Estaba claro. Kyoshi necesitaba a ambos para sentirse completa. Quería que su conjunto de amigos emparejados volviera a su lugar original, antes de que el terremoto hubiera derribado todo de la estantería. Este estado de no-saber los estaba atrapando una capa como un castigo espiritual, separándolos de sus viejas vidas como una capa de hielo sobre un lago.

—Rangi vendrá —dijo Yun—. Es una persona de fe, ¿sabes? Una verdadera creyente. Es difícil para alguien como ella lidiar con la incertidumbre. Tienes que ser un poco paciente con ella.

Se agarró y se torció los labios.

EL ASCENSO DE KYOSHI

—¿Qué significa eso? —Kyoshi dijo.

—Nada, sólo estaba actuando como Sifu por un segundo—. La sonrisa se desvaneció de su rostro. Yun golpeó la parte posterior de su cabeza contra la pared al pensar en Jianzhu—. Es él lo que realmente me preocupa.

Eso parecía al estar al revés. El estudiante ansioso por el bienestar del maestro.

—No me di cuenta cuando conocí a Sifu, pero determinar quién debe entrenar al Avatar y cómo, es un negocio despiadado —dijo Yun—. Uno pensaría que los amos del mundo son estos ancianos y mujeres benevolentes y desinteresados. Pero resulta que algunos de ellos simplemente quieren usar el poder y la reputación del Avatar para beneficiarse de sí mismos.

Jianzhu le había dicho algo similar en la enfermería, que quien enseñó al Avatar tenía una inmensa influencia sobre el mundo. Kyoshi se arrepintió de lo que le había dicho a Kelsang el día anterior. Podría haber tenido razones para querer que ella fuera el Avatar, pero la ganancia material ciertamente no era una de ellas.

—En especial en el Reino Tierra —continuó Yun—. Llamamos a los ancianos prominentes 'sabios', pero no son verdaderos líderes espirituales como en la Nación del Fuego. Son más como funcionarios poderosos, con toda la politiquería que hacen.

Levantó las manos, comparando la limpia con la manchada de tinta durante la batalla con Tagaka. El color aún no se había desvanecido de su piel.

—Pero eso es en parte por lo que Sifu y yo hemos estado trabajando arduamente —dijo—. Cuanto más bien hagamos por las Cuatro Naciones, menos posibilidades de que otro sabio intente alejarme de él. No creo que pueda soportar tener un maestro diferente. Nunca serían tan sabios o dedicados como Sifu.

Kyoshi miró su mano oscurecida y se preguntó si no podía sostenerlo y frotar la tinta de su piel.

—¿Qué pasaría con el trabajo que has hecho…? —ella no podría terminar el pensamiento en voz alta. *¿Si no fueras tú? ¿Si fuera yo?*

Yun respiró profundamente y agonizó.

—Creo que casi todos los tratados y acuerdos de paz que Sifu y yo negociamos se volverían nulos. Yo también he hecho muchos juramentos no escritos. Si la gente descubriera que no era el Avatar quien había presidido su disputa, y sólo un erizo callejero de Makapu, nunca acatarían el resultado.

Excelente, pensó Kyoshi. Ella podría ser responsable de la ruptura de la ley y el orden en todo el mundo *y* la separación de Yun de su maestro.

Esa era la peor perspectiva de todas. Durante el tiempo que ella lo conocía, Yun se había negado firmemente a hablar de sus relaciones de sangre. Pero la forma reverente en que miró a Jianzhu, a pesar de cualquier argumento o episodio de disciplina dura, lo dejó muy claro: No tenía a nadie más. Jianzhu era su mentor y su familia.

Kyoshi sabía lo que era estar solo en la oscuridad, agarrando bordes que estaban demasiado altos, sin una madre o un padre para extender una mano y tirar de ti a un lugar seguro. El dolor de no tener valor para nadie, nada para cambiar por comida o calor o un abrazo amoroso. Tal vez por eso ella y Yun se llevaban tan bien.

Donde diferían, sin embargo, era en el tiempo que se revolcaron en la tristeza. Yun olfateó el aire y su mirada vagó hasta que aterrizó en un cuenco de porcelana descansando en la parte

superior del pecho. Estaba lleno de pétalos de flores secas y virutas de cedro.

—¿Son esos… *lirios de fuego*? —dijo, una sonrisa amplia, que sabía que se extendió a través de su rostro.

Kyoshi enrojeció como una remolacha.

—Basta —dijo ella.

—Si que lo son —dijo Yun—. El ministro de turismo de la Isla Ember trajo un montón cuando vino de visita hace dos semanas. No puedo creer que simplemente destruyas las flores una vez que se secan. Supongo que nada se desperdicia en esta casa.

—Detente —espetó Kyoshi. Pero era demasiado difícil evitar que las esquinas de sus labios se enroscar hacia arriba.

—¿Detener qué? —dijo, disfrutando de su reacción—. Sólo estoy comentando sobre una fragancia que he llegado a disfrutar particularmente.

Era una referencia interna que sólo los dos compartían. Rangi no lo sabía. Ella no había estado allí en la sala de regalos hace ocho meses mientras Kyoshi arreglaba una gran cantidad de lirios de fuego enviados por un almirante de la Armada de Fuego, uno de los amigos de Hei-Ran.

Yun había pasado la tarde viendo el trabajo de Kyoshi. Contra cada pedazo de su mejor juicio, ella le había permitido acostarse en el suelo y apoyar su cabeza en su regazo mientras ella arrancaba hojas deformes y recortaba tallos a la longitud correcta. Si alguien hubiera cogido a los dos así, habría habido un escándalo del que ni siquiera el Avatar podría haberse recuperado.

Ese día, fascinada por los rasgos moteados de Yun, con los pétalos de las flores que le había rociado en la cara, casi se había inclinado y lo besaba. Y él lo sabía. Porque el casi se había acercado y la besaba.

Nunca hablaron de eso después, el impulso compartido que casi había estrellado sus labios. Era demasiado… bueno, *cada uno tenía sus deberes* era una buena manera de decirlo. Ese momento no encajaba en ninguna parte de sus responsabilidades.

Pero desde entonces, cada vez que los dos estaban en presencia de lirios de fuego, los ojos de Yun se lanzaban hacia las flores repetidamente hasta que estaba seguro de que Kyoshi se daba cuenta. Ella intentaba sin éxito mantener una cara recta, el calor coloreando su cuello, y él suspiraba como si llorara lo que podría haber sido cierto.

Hoy no fue diferente. Con nostalgia en sus propias mejillas, Yun la miró fijamente hasta que sus defensas se rompieron y ella soltó una risa a través de su nariz.

—Es una sonrisa hermosa —dijo. Apretó los talones en el suelo, deslizándose contra la pared, y enderezó su camisa arrugada—. Kyoshi, créeme cuando te digo esto: Si resulta que no soy yo, me alegraré de que seas tú.

Podría haber sido la única persona en el mundo que lo pensaba. Kyoshi tuvo que maravillarse con su paciencia. Sus temores eran infundados—Yun todavía podía mirarla y ver a un amigo en lugar de un usurpador. Debería haber creído más en él.

—Se nos hace tarde —dijo Yun—. Se suponía que te encontraría y te llevaría a Sifu. Dijo que tiene algo divertido planeado para nosotros esta tarde.

—No puedo —dijo, por su hábito arraigado—. Tengo trabajo…

Levantó las cejas hacia ella.

—No te ofendas, Kyoshi, pero creo que has sido despedida. Ahora levanta tu trasero. Nos vamos de viaje.

EL ESPÍRITU

—El maestro Kelsang necesita más tiempo para sanar —dijo Jianzhu sobre su hombro—. Mientras tanto, podemos realizar un ejercicio espiritual que podría arrojar luz sobre nuestra situación. Piensen en ello como una pequeña salida 'solo de Maestros Tierra'. Ajustó el curso de Pengpeng, la brisa soplando sobre sus mechones de pelo en una nueva dirección.

El grupo fue la inusual combinación de Jianzhu, Yun y Kyoshi. Habían tomado prestado el bisonte de Kelsang, dejando atrás a Rangi y Hei-Ran. No debería haber habido nada de malo con el concepto de tres nativos del Reino Tierra que se unen sobre su nacionalidad compartida, pero Kyoshi se encontraba nerviosa. Sin la presencia de Rangi o su madre, sentía que se estaban escabullendo para hacer algo ilícito.

Miró el terreno de abajo. Según su mejor cálculo, estaban en algún lugar cerca de las montañas Xishaan que corrían a lo largo del borde sureste del continente, las mismas que el Rey Tierra consideró incorrectamente una barrera suficiente para las amenazas que viajaban por el agua como los piratas del Mar Oriental.

Kyoshi todavía no se sentía completamente cómoda dirigiéndose a Jianzhu de una manera casual, así que le correspondió a Yun preguntar cuál era el punto de este viaje.

—Sifu —dijo con cautela, una idea que se formaba en su cabeza—. ¿La razón por la que vamos a un área remota es porque vamos a tratar de invocar el Estado Avatar?

Su amo se burló.

—No seas ridículo.

—¿Qué es el Estado Avatar? —Kyoshi le susurró a Yun.

Las orejas afiladas de Jianzhu interceptaron su pregunta.

—Es una herramienta —dijo—. Y un mecanismo de defensa. Un estado superior diseñado para empoderar al Avatar actual con las habilidades y el conocimiento de todos los pasados. Permite la invocación de vastas energías cósmicas y hazañas casi imposibles de controlar.

Eso sonó lo suficientemente definitivo. ¿Por qué no lo intentaron después de los fracasos que habían sufrido?

—Pero si el Avatar no puede mantener un control consciente sobre tanto poder, entonces su control de los elementos puede volverse loco, causando destrucción a gran escala —continuó Jianzhu—. Se convertiría en un desastre natural humano. La primera vez que Kuruk practicó entrar en el Estado Avatar, fuimos a un pequeño atolón deshabitado para que no hiciéramos daño a nadie.

—¿Qué pasó? —preguntó Yun.

—Bueno, después de que sus ojos dejaron de brillar y bajó de flotar veinte pies en el aire dentro de una esfera de agua, la isla ya no estaba allí —dijo Jianzhu—. El resto de nosotros sobrevivimos por los pelos. Así que no, no vamos a activar el Estado Avatar. Me estremezco al pensar qué pasaría si un Avatar de la Tierra comenzara a lanzar masas terrestres a diestra y siniestra.

Los llevó más abajo. El lado oeste de la cresta montañosa estaba salpicado de asentamientos mineros vacíos. Los paisajes de polvo marrón se propagaban desde los sitios de operación como una infección, comiendo en la línea de los árboles y desplazando la vegetación natural. Kyoshi

buscó signos de que la tierra pudiera volver a crecer más atrás, pero las cicatrices eran permanentes. Las hierbas silvestres mantenían un cordón estricto alrededor de las áreas tocadas por los mineros.

Jianzhu preparó a Pengpeng para aterrizar en el centro de una aldea de paredes de barro. Quien originalmente había levantado las estructuras había sido tan descuidado que parecía intencional, como si les recordara a los ocupantes que no iban a permanecer mucho tiempo. Kyoshi se sorprendió de que no causaran más derrumbes saltando desde el bisonte.

—Este es un lugar importante de energía espiritual del Reino Tierra —dijo Jianzhu.

Yun cavó el dedo del pie en el polvo mientras examinaba su entorno.

—Se parece más a un páramo.

—Es ambas. Estamos aquí para comulgar con un espíritu particular despertado de su sueño por la devastación. Espero que uno de ustedes pueda ayudar a aliviar su sufrimiento.

—Pero hablar con espíritus no es garantía —dijo Yun—. He leído de avatares anteriores que han tenido problemas con ellos. Y luego hay gente como el Maestro Kelsang que han sido capaces de comunicarse con los espíritus sin esfuerzo a veces.

—No dije que el método fuera perfecto —soltó Jianzhu—. Si lo fuera, lo habría usado en ti hace mucho tiempo.

Yun frunció el ceño y evito hacer más preguntas. Kyoshi se alegró de haber compartido su aprensión al menos. La ciudad desolada era espeluznante, los huesos de algo que una vez fue un ser viviente.

Pero, por otro lado, ella sentía un poco de consuelo por el hecho de que todo terminaría pronto. Ella no sabía nada de espíritus. En su opinión, ser espiritual simplemente significaba reconocer el poder de las fuerzas que no podías ver y llegar a un acuerdo con el hecho de que no tenías control sobre todos los aspectos de tu vida. Los rituales con comida e incienso colocados en santuarios sagrados eran gestos para esa cosmovisión. Nada más, nada menos.

Las historias sobre extraños animales translúcidos y plantas parlantes podrían haber sido ciertas, pero no eran para ella. El Avatar era el puente entre el mundo humano y el Mundo Espiritual, y cualquier prueba que Jianzhu tuviera en mente resolvería el asunto. Yun brillaría con energía o alguna otra prueba final, y ella se acostaría allí inerte, escuchando sonidos que no podía oír.

Después de dejar a Pengpeng con algunas avenas secas para masticar, caminaron por la ladera de la montaña en un pequeño sendero que corría junto a un canal de esclusas. Era un camino empinado, y Yun recordó que había una manera más rápida de subir.

—Sabes, podría hacer un ascensor y—

—No —dijo Jianzhu.

Finalmente, la pendiente reveló una gran terraza tallada en la montaña. Era más grande que todo el asentamiento de abajo, y había sido construido con más cuidado. Estaba perfectamente nivelado, y los agujeros vacíos indicaban que alguna vez habían sostenido equipo muy pesado.

—Siéntense en medio —les dijo Jianzhu.

Kyoshi sintió la misma sensación en la parte posterior de su cuello que cuando pisaba el iceberg con Tagaka. Tenía poco sentido, ya que estaba rodeada de su elemento nativo.

—Vamos —le dijo Yun—. Vamos a terminar con esto—. Parecía tener una mejor comprensión de cómo podría resultar.

Ella lo siguió hasta el centro de la terraza.

—No es el solsticio, pero es casi el crepúsculo —dijo Jianzhu—. La hora del día en que la actividad espiritual está en su punto más alto. Los guiaré a ustedes dos en meditación. Yun, ayúdala si lo necesita.

Kyoshi nunca había meditado antes. No sabía qué pierna iba doblaba sobre la otra ni cómo se suponía que se tocaban las manos. ¿Puños apretados juntos o pulgar y dedo índice?

—Tú tienes que… básicamente lo conseguiste —dijo Yun después de que se sentaron—. Mete el coxis en un poco más y no encorves los hombros.

Se quedó frente a ella, tomando su propia pose no muy lejos. Ella podría haber extendido la mano y pincharlo.

Jianzhu produjo un pequeño brasero y un palo de incienso, que colocó entre ellos.

—¿Alguien me ayuda a encender esto con fuego? —dijo.

Lo miraron fijamente.

—Valia la pena intentarlo —dijo Jianzhu.

Encendió el incienso con un precioso fósforo de azufre y se alejó hasta llegar al borde de la terraza, posicionándose como la marca alta de un reloj de sol.

El aire tomó una nota dulce y medicinal.

—Los dos, cierren los ojos y no los abran —dijo Jianzhu—. Suelten su energía. Dejen que se derrame de ustedes. Queremos que el espíritu lo pruebe, por así decirlo, para que sepa que puede salir.

Kyoshi no sabía cómo controlar su energía. Pero si Jianzhu le decía que desechara la idea de contenerse a sí misma, que dejara de minimizar el espacio que ocupaba, que se dejara crecer y que se elevara a sus dimensiones completas...

Se sintió *maravilloso.*

La siguiente exhalación que hizo parecía continuar para siempre, sacado de un depósito dentro de ella que no tenía fin. Su sentido del equilibrio corría salvaje, el tirón de la tierra que venía de todas y cada una de las direcciones a su vez. Ella se balanceó dentro de la quietud de su propio cuerpo. Sus párpados eran un teatro de los espacios en blanco.

Un ruido estridente vino de la montaña. El sonido de las piedras de molino sin grano entre ellas.

—No abran los ojos —dijo Jianzhu en voz baja—. Escuchan sonidos, olores; tomen nota de ellos naturalmente y déjenlos pasar. Sin abrir los ojos.

La brisa se levantó por un momento, dispersando el humo del incienso. En el tiempo que tardó en establecerse de nuevo, Kyoshi pensó que había detectado un olor a algo húmedo. Casi un hongo. No fue tan atroz como era… familiar.

¿Familiar para quién? pensó, riendo en silencio mientras el incienso humeo de nuevo.

—¿Sabes que sería gracioso? —dijo—. Si no fuera… ya sabes… ninguno de los dos.

—Kyoshi —dijo Yun. Su voz sonaba como si estuviera balbuceando—. Tengo que decirte algo importante. Tú y yo.

Intentó volver a hablar, pero su lengua era demasiado grande para ello. Jianzhu aún no les había dicho que se callaran. Eso era raro. Jianzhu era el Maestro del silencio. ¿Estaba bien? Tuvo que comprobar si estaba bien. Era su deber como miembro de su casa. Ella desobedeció y miró.

Yun estaba meditando pacíficamente. ¿Había hablado siquiera o ella lo había imaginado? Trató de girar la cabeza hacia Jianzhu, pero se equivocó de camino, mirando la montaña en su lugar.

Se había abierto un agujero en la roca, un túnel de la oscuridad. En sus profundidades, un gran globo ocular brillante la miró fijamente.

Su grito se le atascó en la garganta. Intentó alejarse, pero sus músculos le fallaron como si sus articulaciones hubieran sido cortadas por un carnicero. Nada se conectaba con nada.

El ojo que flotaba en la montaña era del tamaño de una rueda de un carromato. Tenía tez enfermiza y luminiscente color verde. Una red de venas pulsantes lo agarraba firmemente por detrás, dando a la esfera una apariencia airada, como si fuera a estallar bajo su propia presión en cualquier momento.

Se alejó para mirarla, su lucha inútil llamó su atención.

¡Yun! su mente gritó. No se movía. Su respiración era lenta y laboriosa.

Jianzhu no se vio desafiado por el espíritu horrible que tenían ante ellos.

—Padre Glowworm[3] —dijo saludándolo.

Una voz cordial y melosa retumbaba desde lo más profundo de la montaña, el eco concentrado por las paredes del túnel.

—¡Arquitecto! Ha pasado *tanto* tiempo—. El ojo se lanzó entre los tres—. ¿Qué me has traído?

—Una pregunta.

El espíritu suspiró, un zumbido bajo y nauseabundo que Kyoshi sintió en sus huesos.

—Ese pequeño hablador presuntuoso de Koh. Ahora todo ser humano piensa que puede venir hasta con el más viejo y sabio de nosotros y exigir respuestas. Pensé que tenía más respeto, Arquitecto.

Jianzhu se puso rígido.

—Esta es una pregunta importante. Uno de estos niños es el Avatar. Necesito que me digas cuál.

El espíritu se rio, y se sintió como si la tierra rebotara.

—Oh, Dios mío. El mundo físico está en mal estado. ¿Sabes que necesitaré su sangre?

Kyoshi se balanceaba de un lado a otro. Pero con lo que sea que Jianzhu los había drogado, la hizo flaquear en meros espasmos de movimiento, sus gritos se desvanecían en meras respiraciones. Los ojos de Yun se abrieron, pero sólo en el grado más pequeño.

—Lo sé —dijo Jianzhu—. He leído los diarios privados de Kuruk. Pero te has enredado con muchas de las vidas pasadas del Avatar. Debo tener el juicio infalible de un espíritu grande y antiguo como tú.

Una alfombra de baba se derramaba desde el agujero en la montaña, que fluía sobre la terraza. Era el mismo verde mohoso y podrido que el ojo, y llegaba hasta Yun y Kyoshi en zarcillos, como las sombras de los dedos contra una cortina. Hubo un ruido estridente contra el suelo de piedra. Provenía de manchas puntiagudas de escombros flotando en la humedad, raíces y coronas

[3] Traducción del inglés para *Luciérnaga* o *Gusano de luz.*

dentales.

La baba estaba llena de dientes humanos.

Kyoshi estaba tan asustada que quería morir. Su corazón, sus pulmones, su estómago se habían convertido en instrumentos de tortura, garras y mordidas unos contra otros como animales frenéticos. Quería llegar al vacío. Pasar al olvido. Cualquier cosa para acabar con este terror.

Cuando el rezumar llego a su rodilla, Yun abrió los ojos. Invocando su fuerza, se abalanzó sobre Kyoshi, empujándola lejos y arrojándose el mismo entre ella y el espíritu.

Se ahogó con sorpresa mientras la baba se disparaba debajo de su ropa. Un punto carmesí húmedo floreció en la parte posterior de su camisa.

El pie de Kyoshi estaba junto al brasero del incienso. Una escasa contribución después de lo que Yun hizo, pero ella gritó con todo su cuerpo esta vez, en lugar de sus cuerdas vocales, y pateó el pequeño recipiente de bronce. La ceniza ardiente aterrizó en la baba y se esfumó. El limo más cercano a ellos se encogió del calor y el espíritu siseo enojado.

Yun luchó por ponerse de rodillas junto a ella.

—Me sorprende que puedas moverte —le dijo Jianzhu, más impresionado que cualquier otra cosa.

—Entrenamiento de veneno —espetó Yun a través de las mandíbulas apretadas—. Con Sifu Amak, ¿recuerdas? ¿O ya olvidaste de cada ejercicio oscuro que me hiciste atravesar?

Estaban distraídos del reagrupamiento de baba, envolviéndose alrededor del tobillo de Kyoshi, hasta que la apretó y la mordió, lijando su piel con las filas de dientes. Su sangre formó nubes dentro del moco viviente.

Yun la vio retorcerse de dolor. La agarró de la mano y trató de alejarla del espíritu, con las palmas de las manos lo suficientemente fuerte como para que Kyoshi sintiera que sus huesos se enrollaban unos sobre otros. Pero el zarcillo la sostuvo rápidamente, la probó lamiendo su herida.

—Es éste —dijo el espíritu—. La chica. Ella es el Avatar.

Kyoshi y Yun se estaban mirando a los ojos cuando sucedió. Cuando vio el espíritu de Yun romperse dentro de él.

Le había estado mintiendo con su cuerpo y su sonrisa y sus palabras todo este tiempo. Él pensó que era él. De verdad y por completo. Nunca había sobrepasado la idea de que tal vez no fuera él. Cualquier bondad y calidez que le había mostrado a Kyoshi desde el iceberg no habían sido signos de su aceptación, habían sido capas de armadura que había reunido furiosamente para protegerse.

Y esa armadura había fallado. Pieza por pieza, Kyoshi vio al único Yun que había conocido, el chico que era el Avatar, desvaneciéndose y convirtiéndose en nada. Su manto había sido despojado de sus hombros, y la forma debajo era simplemente viento.

El la soltó.

Jianzhu estaba encima de ellos en un instante. Cortó la rama de baba con una pequeña pared afilada y precisa, y usando el cuidado de sus propias dos manos, arrastró a Kyoshi a un lugar

seguro.

Sólo a Kyoshi.

La puso en el suelo y se dio la vuelta. Pero era demasiado tarde. La baba del espíritu se levantó en el aire entre ellos y Yun, una serpiente que protege a su presa. El globo ocular en el túnel se hinchó de furia.

—TU, ME LLAMAS ¡¿PIDES MI BENDICION Y LUEGO ME AGREDES?!

Su rugido casi destrozó los huesos en las orejas de Kyoshi.

Yun, trató de gritar. *Corre. Lucha. Sálvate a ti mismo. El Avatar, nunca significó nada...*

Jianzhu tomó una postura de Tierra Control, asentando cautelosamente sus pies de la manera en que un espadachín podría ir lentamente por su espada.

—No podía arriesgarme a que te vengaras de la reencarnación de Kuruk. Tienes su sangre, Padre Glowworm. Su deuda ha sido pagada.

—¡La aumentare!

En lugar de atacar a los dos, el zarcillo se envolvió alrededor de Yun de cuello a cadera. Su rostro era tan pálido como la arcilla. No movía las extremidades. Cada temor que Kyoshi tenía de quitarle lo que más atesoraba había sucedido en ese instante atronador. Sólo le quedaba una cosa más para perder.

No, Kyoshi sollozó. *Por favor, no*.

El espíritu tiró de él, y Yun voló hacia atrás en el túnel, desapareciendo en la oscuridad. Mientras Jianzhu golpeaba su puño hacia arriba para sellar el pasaje cerrado una vez más con una montaña sólida, Kyoshi encontró su voz de nuevo.

Gritó fuego puro.

La llama salió de su boca como la ira de un dragón, en una sola llama explosiva. Empapo la terraza y convirtió franjas de baba persistente en carbón ennegrecido y descarrillado. Pero el túnel estaba cerrado. Su fuego se levantó impotente contra la ladera de la montaña, hasta que se alejó por completo.

Kyoshi tropezó con sus pies, apenas capaz de ver más allá de sus párpados húmedos. El interior de su boca tenía ampollas. Podía sentir la presencia de Jianzhu frente a ella, acercándose.

—Lo siento —dijo—. Esto podría haberse evitado si tu hubieras—

Ella se adelantó y lo derribó desde el borde de la terraza.

El viaje abajo esta vez fue peor que en el iceberg. Kyoshi perdió su control sobre Jianzhu en el instante en que su hombro se estrelló contra una raíz de árbol marchitada y endurecida. Ella cayó salvajemente y se detuvo en la orilla de la pendiente.

Ignorando el dolor, miró a su alrededor en busca de Jianzhu. No lo encontraba por el fino matorral que rodeaba la base de la montaña. Giro bruscamente la cabeza hacia arriba por el sonido de la piedra en movimiento.

El Maestro Tierra descendió casualmente, bajando un tramo de escaleras que él mismo creó. Donde un maestro más ortodoxo simplemente levantaría una plataforma sólida del suelo, Jianzhu recogió tablones de piedra y los ensambló a voluntad bajo sus pies, usando la misma técnica con la que había llegado a las naves de Tagaka. Parecía que la tierra misma se inclinaba ante él,

EL ASCENSO DE KYOSHI

postrándose bajo su inmenso poder.

Kyoshi vio una roca detrás de él lo suficientemente grande como para que ella la levantara y arraigó sus pies hasta el suelo. Ella la tiró hacia ellos, sin importar que ella también estaba en su camino.

Jianzhu no se molestó en girar la cabeza. Con un brazo, alcanzó la roca del tamaño de una habitación que se partió a la mitad, dejándolo pasar a través de la brecha. Las dos medias esferas seguían adelante y por poco fallaban al pasar a través de Kyoshi también. Ella forzó un grito mientras chocaban con el suelo detrás de ella.

Jianzhu la miró con la misma expresión reflexiva que una vez reservó para Yun.

—Tendré que enseñarte a hacer algo más que simplemente ir a lo grande —dijo.

Kyoshi intentó la única otra táctica básica que conocía, romper los cimientos del oponente. Siendo su objetivo la base de sus escaleras. Ella las derrumbaría junto con gran parte de la pendiente.

Pero después de ponerse en posición de nuevo y lanzar una cantidad de golpes directos a la montaña, el único resultado que obtuvo fue una nube de polvo. Las escaleras apenas temblaron. Lo intentó de nuevo. Y otra vez.

Jianzhu estaba tomando posturas más profundas ahora, en sintonía con sus brazos, y de repente ella sabía por qué. La estaba leyendo. Sofocando cada movimiento que intentaba. Anulándolos. Era una niña tirando de una puerta que un adulto tenía cerrada.

Jianzhu se detuvo frente a ella, su plataforma lo elevó para que estuviera a la altura de sus ojos. Ignorando el polvo en su ropa, podría haber salido de una reunión en su casa. No había podido tocarlo en lo más mínimo.

—Kyoshi —dijo con un calor que le enfermaba el estómago—. Tú eres el Avatar. ¿No sabes lo que eso significa? ¿La responsabilidad que ahora tienes?

Paso una mano por su cabello y mostró los dientes como si se arrepintiera del tipo de arbustos había plantado en su jardín.

—Kyoshi, yo no soy un tonto, y tú tampoco. No vamos a fingir que me perdonarás por lo que pasó aquí. Lo que te pido es sopesar nuestra pérdida contra el futuro del mundo. No dejes que el sacrificio de Yun sea en vano. Abraza tu deber y déjame enseñarte.

¿*El sacrificio de* Yun?

¿*Nuestra* pérdida?

Sus dientes aplastaron las heridas frescas en sus labios. Había pensado que había conocido el odio antes. El odio había sido un hueco dentro de ella, el dolor aburrido que se había visto obligada a acunar mientras tropezaba a través de los callejones de Yokoya, mareada por el hambre y la enfermedad. El odio había sido reservado para su propia carne y sangre.

Pero ahora lo entendió. El verdadero odio era afilado y certero. Una escala que suplicaba un equilibrio perfecto. Yun yacía a un lado de la balanza. Su única *responsabilidad* en esta vida, en lo que a ella respectaba, era igualar el peso.

Se juró a sí misma. De una forma u otra, ella iba a saber cómo sería Jianzhu cuando él *perdiera* todo lo que él apreciaba.

Kyoshi lanzó un Puño de Fuego, un movimiento del que no sabía nada. Pero cualquier incendio que tenía en ella había sido agotado. Salió como un golpe normal, deteniéndose por debajo de su cara.

Verla tan desesperada por hacerle daño rompió su máscara de serenidad. Frunció el ceño muy enojado y apretó los dedos. Dos pequeños discos de piedra se estrellaron contra las muñecas de Kyoshi desde la izquierda y la derecha.

Sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de estremecerse. Las piedras se formaron alrededor de sus manos y se unieron entre sí frente a su cuerpo, formando un conjunto de gruesos grilletes. Eran tan ceñidos como una férula de médico de huesos y tan irrompibles como el hierro.

Las bandas de roca se elevaron en el aire, elevándola a ella también. Sus hombros hicieron un clic doloroso bajo su propio peso, y se retorció como un insecto atrapado en papel pegajoso, pateando locamente sus pies sin apoyo.

Jianzhu la sostuvo así, un cadáver para la inspección, antes de golpearla de nuevo. Los grilletes de piedra se fusionaron con el suelo, y ella luchó a cuatro patas. La había forzado a arrodillarse por completo, la postura de sumisión de un estudiante a su maestro.

—Si tuvieras lo esencial de Tierra Control, podrías liberarte —dijo Jianzhu—. Te has descuidado lo suficiente, Kyoshi. Eres débil.

Sus palmas se hundieron más profundamente en el suelo cuanto más intentaba resistirse. No podía negar que tenía razón. Ella era débil, demasiado débil para luchar contra él como necesitaba. La distancia entre ellos era simplemente demasiado grande.

—Tanto tiempo perdido —dijo Jianzhu—. Podría haberte enseñado antes, si no me hubiera distraído por ese pequeño estafador.

Que no terminara de ser cruel con Yun fue una patada final para sus intestinos. Era incomprensible. No podía evitar que las lágrimas fluyeran por su cara.

—¿Cómo puedes decir eso? —gritó—. ¡Te adoraba, y tú lo usaste!

—¿Crees que lo *usé?* —la voz de Jianzhu se volvió peligrosamente silenciosa—. ¿Crees que me beneficié de él de alguna manera? Déjame darte tu primera lección. La misma que le di a Yun.

Golpeo con su pie el suelo y una gruesa capa de tierra se cerró sobre la boca de Kyoshi, un bozal sin agujeros para que no pudiera respirar. Ella comenzó a ahogarse en su propio elemento, sus pulmones estaban obstruidos con arena.

Jianzhu movió su brazo detrás de él en un arco ancho y envolvente.

—Afuera hay una nación entera llena de gente corrupta e incompetente que intentará usar el Avatar para sus propios propósitos. Los bufones que se llaman a sí mismos 'sabios' cuando todo lo que se necesita en el Reino Tierra es tener las conexiones correctas y pagar suficiente oro para colocar ese título en tu frente.

La visión de Kyoshi se enroscó sobre sí misma. Sus dedos haciendo surcos en la tierra, tratando de empujar su cuerpo hacia el aire. Los golpes en su cabeza amenazaban con reventar su cráneo.

—Sin mi influencia, te convertirías en nada más que una vendedora ambulante de favores, cayendo aquí y allá con tus decisiones, despilfarrando tu autoridad en pequeñas bendiciones y limosnas —dijo Jianzhu, despreocupado de que ella estaba perdiendo la conciencia ante sus ojos—. Terminarías siendo un truco de fiesta viviente, una maestra que puede disparar agua y respirar fuego y escupir consejos inútiles, una chica que pinta las paredes de un color bonito mientras la casa se pudre en sus cimientos.

Apenas distinguió a Jianzhu agachado junto a ella, acercando sus labios a su oreja.

—He dedicado mi vida a asegurarme de que el próximo Avatar no se use de esa manera —

susurró—. Y a pesar de cada intento de luchar contra mí, *te* dedicaré mi vida, Kyoshi.

De repente arrancó la mordaza de tierra. La avalancha de aire en sus pulmones se sentía como cuchillos.

Se derrumbó sobre su pecho, sus manos libres pero inútil.

Durante varios minutos se acostó allí, despreciando cada trago patético que tomaba, cada vez que intentaba estar de pie, pero no podía. Finalmente, se puso de pie, sólo para ver a Jianzhu retrocediendo de ella, mirando sobre su cabeza. Una tormenta de viento los lavó en polvo y hojas resecas.

Kelsang aterrizó su planeador en la ladera y se deslizó sobre sus pies el resto del camino. Aunque estaba aliviada de verlo, Kyoshi supo de inmediato que no debería haber venido. Sus heridas se habían reabierto, manchando sus vendas de rojo. Había viajado demasiado lejos por su cuenta sin su bisonte. El viaje en planeador habría sido arduo para un Maestro Aire con plena salud.

—¿Cómo nos encontraste? —Jianzhu dijo.

Kelsang cerró las alas en su bastón. Habían sido reparados tan apresuradamente que no se doblaban completamente en la madera, trozos de pegamento sobresalían de las costuras. Se recargo fuertemente en él en busca de apoyo, mirando fijamente a Jianzhu todo el tiempo.

EL ASCENSO DE Kyoshi

—Dejaste un mapa en tu escritorio.

—Pensé que había cerrado mi estudio.

—Lo hiciste.

La compostura de Jianzhu se rompió por primera vez hoy.

—¿En serio, Kel? —gritó—. ¿Piensas tan poco de mí estos días que entraste en pánico cuando tomé el Avatar en un viaje solo y entraste en mi habitación? ¡No puedo confiar más en la gente más cercana a mí!

Kyoshi quería correr a Kelsang, esconderse detrás de sus túnicas y sollozar como un niño. Pero el miedo había cerrado su garganta y pegado los pies. Sentía que la más mínima palabra de ella podía resultar ser una chispa lanzada sobre el aceite.

Pero no tenía que decir nada. Kelsang hecho un vistazo a su forma temblorosa y gruñó. Se interpuso cuidadosamente entre ella y Jianzhu, apuntando su bastón a su viejo amigo.

Se parecía mucho más a un arma que a una muleta ahora.

—Nadie en la casa podía decirme adónde fuiste, Rangi y Hei-Ran incluidas —dijo a Jianzhu—. ¿Estás diciendo que no tengo ninguna razón para sospechar? ¿Dónde está Yun?

—Kelsang —dijo Jianzhu, dirigiendo sus manos hacia Kyoshi, tratando de que su amigo viera el panorama general—. Esa chica es el *Avatar*. ¡La vi hacer fuego con mis propios ojos! ¡Tu corazonada era correcta! ¡Después de tantos años, hemos encontrado el Avatar!

Kelsang movió su cuerpo procesando la revelación. Pero si Jianzhu pensaba que podía distraer al monje a su favor, se equivocó.

—¿Dónde está Yun? —repitió.

—Muerto —dijo Jianzhu, renunciando a la treta—. Tratamos de comulgar con un espíritu, pero se volvió loco. Se lo llevó. Lo siento.

—¡No! —Kyoshi gritó. No podía dejarlo ir. Ella no podía dejar que retorciera lo que había pasado—. ¡Tú, nos *diste como alimento* a él! ¡Tiraste a Yun a ese espíritu como carne a un lobo! ¡Lo mataste!

—Tienes razón en estar molesta, Kyoshi —dijo Jianzhu en voz baja—. Me dejé llevar tanto por encontrar al Avatar que perdí a mi pupilo. La muerte de Yun es mi culpa. Nunca me perdonaré por este accidente.

No estaba llorando de pena. Eso habría sido un acto demasiado obvio. Mantuvo la cara que la mayoría de la gente conocía, el maestro estoico y de habla clara.

Esto fue un juego para él. Con Kelsang como la pieza en el centro. Kyoshi fue víctima de un nuevo ataque de desesperación. Si el monje le creía a su amigo —el adulto, el hombre de buena reputación— en vez de a ella, el crimen de Jianzhu sería enterrado junto con Yun.

Ella no debería de haberse preocupado.

—Kyoshi —dijo Kelsang, sin quitarle su bastón a Jianzhu—. Quédate detrás de mí.

Jianzhu rodó los ojos, su estratagema había fallado.

—No sé qué está pasando aquí —dijo Kelsang—. Pero me llevo a Kyoshi y nos vamos.

Se tambaleó, todavía débil por sus heridas. Ella lo atrapó por los hombros y trató de mantenerlo erguido. La única forma en que podían mantenerse estables era aferrándose el uno al otro.

—Mírense —dijo Jianzhu—. Lo que harán es volver a casa conmigo. Ninguno de ustedes está en posición para discutir.

Kelsang sintió que Kyoshi temblaba a través de la mano en su espalda. Sentía su miedo. Ignoró su propio dolor y se irguió por completo.

—¡Tu no tendrás nada que ver con Kyoshi por el resto de su vida! —dijo—. ¡Ya no estás en condiciones de servir al Avatar!

El golpe aterrizó en las profundidades de Jianzhu.

—*¿Adónde irás?* —rugió, frenético y con rabia—. *¿Adónde?* ¿Los Templos Del Aire? ¡Los sabios me la devolverán antes de que termines de contar tu historia! ¿Has olvidado lo bajo que has caído con ellos? ¿Tagaka no te refrescó la memoria?

Kelsang se congeló como una estatua. El planeador chirrió de lo apretado que lo sostuvo.

—¡Conozco a todos en las Cuatro Naciones que podrían ayudarle! —Jianzhu dijo—. ¡Yo pasé el mensaje, y cada policía, cada sabio, cada funcionario se tropezará con sus propios pies para cazarte en mi nombre! *¡Ser el Avatar no la protegerá de mí!*

—¡Kyoshi, corre!

Kelsang gritó. La empujó y saltó a Jianzhu, bajando su bastón para crear un vendaval de viento. Jianzhu trajo la tierra a su encuentro.

Pero no estaban peleando la misma pelea. Kelsang tenía la intención de hacer caer a su amigo, de noquearle la locura, de abrumarlo con la menor cantidad de daño, el camino de todos los Nómadas Aire.

Jianzhu cortó una navaja de piedra negra de no más de una pulgada, lo suficientemente afilada y delgada como para pasar a través del viento sin resistencia y cortar en el lugar donde su víctima estaba expuesta y vulnerable.

Un chorro de sangre provenía del lado del cuello de Kelsang, de un corte tan limpio y preciso que era casi elegante.

La expresión de Jianzhu parpadeó con una tristeza más profunda y verdadera que la que le había dado a Yun, mientras veía caer a su amigo.

Kelsang se derrumbó contra el suelo, con la cabeza rebotando sin vida de la tierra llena de tierra.

Esas fueron las últimas cosas que Kyoshi vio antes de que el resplandor blanco detrás de sus ojos se apoderara de todo su ser.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

LA HERENCIA

Una vez, cuando tenía diez años o menos, un vendedor viajero de fuegos artificiales vino a Yokoya. Los ancianos del pueblo, en un inusual ataque de decadencia, le pagaron para que los pusiera en un espectáculo celebrando el final de la primera cosecha. Las familias se aglomeraron en la plaza, contemplando las explosiones estruendosas y esplendorosas que iluminaban el cielo nocturno.

Kyoshi no vio el espectáculo. Se acostó en el suelo de las herramientas de alguien, retorcida por la fiebre.

A la mañana siguiente, el calor en su cráneo la obligó a despertar al amanecer. Se tambaleó por las afueras de la ciudad, buscando aire fresco, y encontró el campo donde el vendedor puso sus explosivos la noche anterior. El suelo estaba quemado y chamuscado, completamente devastado por un demonio sin naturaleza. Estaba cubierto de una capa de ceniza y rocas volteadas. El agua se arrastraba en lentos y negros riachuelos. El viento olía a huevos podridos y orina.

De repente se sintió aterrorizada de que le echaran la culpa de la destrucción. Ella había huido, pero no borrar las huellas del camino que había tomado.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Cuando Kyoshi recuperó su visión, pensó por un momento que había sido arrojada en el tiempo a ese paisaje irreal y violentado. Los árboles desaparecieron detrás de ella, se rompieron sus troncos y raíces para exponer grumos húmedos de tierra. Para ella, era como si alguna gran mano hubiera tratado de barrer la ladera de la montaña en una convulsión de miedo y vergüenza. Profundas rasgaduras entrecruzaban la piedra como garras. Las colinas habían sido empujadas, los deslaves de tierra caían de sus crestas.

Kyoshi tenía la vaga idea de que estaba demasiado arriba. Y no podía ver a Kelsang en ninguna parte. Ella había borrado su existencia.

Había un aullido animal flotando en el viento, el grito como cuerdas desafinadas de un violín.

Provenía de ella.

Kyoshi cayó al suelo y se quedó allí, con la cara húmeda por las lágrimas. Ella apretó la frente a la tierra, y sus gritos inútiles resonaron en su rostro. Sus dedos se cerraron alrededor del polvo, buscando lo que había perdido.

Era su culpa. Todo era culpa suya. Ella había empujado a Kelsang lejos en lugar de escucharlo, permitió que la cobardía gobernara sus pensamientos y acciones. Y ahora la fuente de luz en su vida había desaparecido.

No le quedaba nada. Ni siquiera el aire en sus pulmones. Los sollozos agitados que corrían a través de su cuerpo no le permitían respirar. Sentía que se iba a ahogar sobre el agua, un destino que habría aceptado con gusto. Un castigo justo para una chica no deseada que había despilfarrado su segunda oportunidad: Kelsang, un padre milagroso y amoroso conjurado desde el aire. Y ella lo había maldecido con la muerte y la ruina.

Hubo un temblor en la distancia. Los escombros alrededor de un lugar determinado se estaban hundiendo, separándose. Alguien había escapado de los estragos que había causado en el Estado Avatar enterrándolo en lo más profundo de la tierra. Ahora estaba haciendo un túnel de regreso a la superficie, listo para reclamar su propiedad.

Kyoshi se puso de pie en un pánico ciego y salvaje. Trató de correr en la dirección en la que habían venido, tropezando con los escombros de tierra que creo, de los cuales, rogo recordar. Las ruinas quemadas de las aldeas mineras eran tan similares en su aspecto desmoronado que, por un segundo, pensó que estaba atrapada en un bucle. Pero entonces, justo cuando sus piernas estaban a punto de ceder, encontró a Pengpeng esperando donde lo habían dejado.

El bisonte olfateo Kyoshi y bramo con tristeza, alzando sus cuatro patas sobre su espalda antes de estrellarse lo suficiente como para sacudir la tierra. Kyoshi lo entendió. Tal vez Pengpeng había sentido que su conexión espiritual con Kelsang se disipaba, o tal vez Kyoshi simplemente olía a su sangre.

—¡Se ha ido! —exclamó—. ¡Se ha ido y no va a volver! ¡Tenemos que irnos, ahora!

Pengpeng dejó de golpear, aunque parecía no menos molesto. Permitió que Kyoshi se subiera a su espalda, usando puños de piel como escalera, y se elevó en el aire en dirección a casa, sin que se lo dijeran.

Yokoya, Kyoshi se corrigió. *No a casa. Nunca más a casa. Yokoya.*

Se quedó en la silla de pasajeros. Ella no estaba dispuesta a sentarse en el tomo de Pengpeng, en el lugar de Kelsang, y el bisonte no necesitaba guía para el viaje de regreso. Desde lo alto del cielo, podía ver nubes oscuras llenas de lluvia que se acercaban sobre el océano en la dirección opuesta. Si volaban lo suficientemente rápido, podían llegar a Yokoya antes de encontrarse con la tormenta.

—¡Rápido, por favor!

Gritó, esperando Pengpeng pudiera entender su desesperación. Habían logrado encadenar a Jianzhu en las montañas, pero la presencia del hombre se sentía tan cerca. Como si todo lo que tuviera que hacer fuera extender su brazo para sujetar su hombro.

Ese mismo año que había caído enferma y sufrido por los fuegos artificiales, Kelsang había regresado a la aldea. Miró de reojo al granjero que juró que Kyoshi había sido bien atendida con el dinero que había dejado antes. El peso que había perdido y su piel pálida contaban una historia diferente. Después, Kelsang le prometió a Kyoshi que nunca la dejaría por tanto tiempo otra vez.

Pero Kyoshi había olvidado desde hace mucho tiempo cualquier noche que hubiera pasado enferma sin medicinas. Ella había estado más preocupada por la nueva locura voladora de cometas que se había apoderado de los niños del pueblo. Durante semanas, diamantes de papel de colores brillantes y dragones y alas de gaviota la habían hipnotizado desde el cielo, bailando en el viento. No era de extrañar que no tenía los suministros ni la guía para hacer uno propio.

Kelsang se dio cuenta de que estaba mirando con nostalgia a las cometas que salpican el cielo mientras compartían una comida afuera. Le susurró una idea al oído.

Juntos, hurgaron y juntaron suficiente cuerda para que le atara un extremo alrededor de su cintura. Esa tarde, se despegó en su planeador mientras Kyoshi sostenía el otro extremo desde abajo. Se reían tan fuerte que se oían a través de las grandes alturas. Para ella, él era el cometa más grande, rápido y el mejor del mundo.

Había juzgado mal el tiempo. Las primeras gotas de lluvia le acariciaron la mejilla, despertando de su sueño de agotamiento. Ella y Pengpeng todavía tenían mucho camino que recorrer la lluvia se convirtió rápidamente en un torrente que borró el sol. Consiguieron bajar a Yokoya a tiempo para evitar que el relámpago extendiera sus dedos por el cielo.

Llegaron a la mansión. Kyoshi saltó de Pengpeng cerca de los establos y aterrizó en el lodo. Ella vadeó a través de la lluvia cegadora a la casa. El personal y los huéspedes habían sido conducidos dentro de sus aposentos.

El viaje le había dado tiempo para pensar. Y había llegado a la conclusión de que cada decisión de aquí en adelante era fácil. Una inevitabilidad que seguiría a la oscuridad.

La única persona que pudo haberla hecho vacilar estaba esperando dentro de la entrada de los sirvientes por ella, bajo el arco de la pared. Rangi parecía que se había limitado a esta zona todo el día. Había hecho un surco en el suelo con su ritmo de ida y vuelta.

—Kyoshi, ¿dónde estabas? —Rangi dijo, con el ceño fruncido por haberse quedado en la oscuridad durante tanto tiempo—. ¿Qué pasó? ¿Dónde están los demás?

Kyoshi le contó todo. Sobre el espíritu poderoso y terrible que había identificado a Kyoshi como el Avatar. Sobre la forma en que Jianzhu había ofrecido a Yun como sacrificio y asesinó a Kelsang cuando vino a rescatarlos. Incluso incluyó cómo había entrado en el Estado Avatar.

Rangi tropezó hacia atrás hasta que golpeó la cabeza contra una viga de apoyo.

—¿Qué? —susurró—. Eso no es—*¡¿Qué!?*

—Eso es lo que pasó —dijo Kyoshi. Goteaba agua de lluvia en el suelo, cada *gota* era otro precioso segundo perdido—. Tengo que irme. No puedo quedarme aquí.

Rangi comenzó a caminar de nuevo, pasando sus dedos a través de las puntas de su cabello, que había caído suelto.

—Tiene que haber un malentendido. Una explicación. ¿Dijiste que había un espíritu? Debe haber jugado trucos en tu mente, eso debe de haber sido lo que pasó. O tal vez simplemente te confundiste. El maestro Jianzhu no puede tener… No lo haría…

Vio a Rangi intentar convertir todo en una realidad diferente. Era la misma trampa en la que Kyoshi había caído el día en que Kelsang le dijo que podría ser el Avatar.

—Tenemos que llegar al fondo de esto —dijo Rangi—. Cuando Jianzhu llegue a casa, le haremos explicarse. Averiguaremos lo que realmente le pasó a Yun y al Maestro Kelsang.

—¡RANGI! ¡ESTÁN MUERTOS! ¡TENGO QUE IRME!

A lo largo del viaje de regreso, Kyoshi había estado pensando sólo en los fragmentos de su vida enterrados en esa montaña. Ella había olvidado que todavía había una pieza más, y el silencio aturdido de Rangi le hizo saber que había perdido eso también. Kyoshi la empujo sin despedirse

y se dirigió a su habitación.

Era fácil llenar un saco con su ropa. Apenas tenía. Iba a dejar todo en su estante, pero la idea de Kelsang la hizo agarrar la tortuga de arcilla y tirarla. El objeto que le hizo hacer pausa era el hermoso traje de batalla verde que había usado en el iceberg y que ahora estaba colgado en su pared.

Por alguna razón Jianzhu la había dejado guardarlo en su habitación. La idea de tomar, de usar, un regalo de él hizo que sus entrañas se apretaran. Pero necesitaría una armadura así a donde iba. Un caparazón protector.

Ella lo tomo, se apresuró a enrollarlo, y lo metió en el saco. El diario de cuero iba hasta arriba. Estaba realmente agradecida de no haber sucumbido a su deseo de destruir el libro. En el pasado pudo haber sido una evidencia incriminatoria, pero ahora era un plan de guerra.

Metiendo el bulto bajo un brazo, se agachó, agarró el mango de su baúl con el otro y lo arrastró hacia el pasillo.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Las esquinas del baúl chillaron al abrir un sendero en los suelos de madera pulida. Ella suponía que la razón por la que nadie la detuvo era que estaban asustados. Vio los dobladillos de las túnicas desapareciendo alrededor de las esquinas, susurros asustados a puerta cerrada a su paso.

Los guardias, recordó, habían sido diezmados en el iceberg. Y siempre había habido un trasfondo de sospecha en la forma en que los otros sirvientes la miraban. Ahora su comportamiento aberrante debe haberlos empujado al borde del miedo. Parecía un fantasma pantanoso goteando con el agua en la que se había ahogado. Sólo podía imaginar el terror que tenía en su rostro.

Cada parte del pasillo traía otro destello de dolor crudo, aserrado a su corazón como si fuera uno de los maniquíes objetivo en el patio, recogiendo flechas irregulares con su cuerpo. Las rutas que había tomado en su vida diaria se desplegaron por los pasillos de la mansión, conduciendo inevitablemente, una y otra vez, a los muertos.

El camino a la habitación de Yun, el área que nunca la dejó limpiar, agitando su privacidad. El camino hacia el pequeño rincón donde Kelsang meditaba cuando el clima era demasiado duro. La hierba donde los tres habían escupido semillas de sandía, sólo para huir cuando la tía Mui les gritó por hacer un desastre.

Nunca volvería a pisar estas líneas. Ella nunca llegaría a ver las caras sonrientes de Yun y Kelsang al final de sus pasos.

A propósito, Kyoshi tomó el camino largo a través de la estación de corte de leña. El hacha con hoja curva estaba allí, la cuña enterrada en el bloque. Kyoshi colocó su bolsa entre los dientes y lo recogió con su mano libre. Todo el bloque vino con él, pegado a la hoja, por lo que destrozó toda la aglomeración contra la pared hasta que la herramienta pesada fue liberada de la madera. No

dejaba de caminar.

Afuera, la lluvia se había duplicado. El intervalo entre el rayo y el trueno era inexistente. Dejo caer su bolsa y arrojo el pesado baúl de madera frente a ella. Se deslizó en el barro antes de parar.

El baúl había sido un punto focal para su ira en el pasado, recogiendo los flujos de su odio como los barriles de agua colocados bajo las canaletas de la casa. Había sido dejado en Yokoya, como ella, por la gente que la había relegado a la vida de una criatura hambrienta, desesperada y no amada durante tantos años antes de que Kelsang entrara en su vida.

Sus padres tendrían que ocupar un lugar más bajo en el estante por ahora. Tenía a alguien nuevo en quien enfocarse.

Otro relámpago iluminó el lado donde estaba la cerradura de hierro. Levantando el hacha por encima de su cabeza con ambas manos, la derribó, apuntando al punto más débil.

La cuña del hacha rebotó en el metal. El baúl se hundió más profundamente en el barro. Ella lo golpeó de nuevo. Y una y otra vez.

El trueno y la lluvia ahogaron sus sentidos, dejándola con nada más que las dolorosas vibraciones que rebotaban a través del mango del hacha en sus manos. Golpeó de nuevo y sintió un crujido.

En lugar de la rotura de la cerradura, el baúl se había astillado donde el metal estaba fijado a la madera. Pero estaba abierto. Kyoshi tiró el hacha a un lado y levantó la tapa crujiente.

En el interior había dos abanicos de guerra de metal adornados de color oro y bronce. Las armas estaban ensambladas en un marco de madera más suave que las mantenía abiertas mientras las protegía de un tratamiento áspero como el que acababa de hacer.

Un tocado hecho del mismo material descansaba entre ellos. Complementando a los abanicos en versión más pequeña como una banda, formando una cresta semicircular en la frente.

Por último, había una bolsa de cuero liso con una caja que ella sabía que contenía maquillaje.

Mucho maquillaje.

Ella arrebató cada objeto de sus amarres. El tocado y los abanicos eran mucho más resistentes de lo que parecían—estaban destinados a ser usados y empuñados en combate, después de todo. Ellos y el maquillaje entraron en su bolsa. El baúl no sirvió para ningún propósito más y se quedó en el barro.

Con eso, Kyoshi había terminado. Ella se sorprendió por lo total y completamente derrotada que estaba. Lo poco que había sacado y lo mucho que había perdido, como el cielo negro de la noche alrededor del estallido de fuegos artificiales. Ella se había aferrado demasiado a un tesoro que podría haber sido moldeado como un hogar y una familia, sólo para descubrir que su toque lo había disuelto por completo. Se limpió los ojos con el antebrazo y corrió por el borde de la mansión, resbalándose y cayendo bajo la lluvia al menos dos veces, y llegó a los establos.

Hubo un shock esperándola.

Rangi estaba ocupada asegurando sabanas, tiendas de campaña y otras pacas de suministros en la silla de montar de Pengpeng. Miró a Kyoshi desde debajo de la capucha de su impermeable.

—Déjame adivinar —gritó sobre el aguacero, señalando varias cestas impermeables y sacos de grano—. No empacaste nada de comida, ¿verdad?

EL ASCENSO DE Kyoshi

Ella se agachó, agarró la mano de Kyoshi, y llevó sobre la espalda de Pengpeng. Luego se subió al asiento del conductor y tomó las riendas.

—Tendremos que volar bajo y dirigirnos al suroeste, fuera de la tormenta.

La garganta de Kyoshi era un bulto sólido.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—No tengo idea de lo que está pasando en este momento —dijo Rangi sobre su hombro. Ella se limpió la lluvia de su frente. Por su cara debajo parecía que se dirigía al combate—. Pero no voy a dejar que te vayas por tu cuenta y mueras en esta tormenta. No durarás ni una hora sin ayuda.

Kyoshi asintió atontada y agradecida, se quedó muda de gratitud hacia Rangi. *Por* Rangi. Ella suplicó a los espíritus que no fuera un truco cruel final, la forma de un amigo sentado delante de ella. Mantuvo una distancia segura para no disipar la preciosa visión.

La maestra fuego sacudió las riendas de Pengpeng con autoridad.

—¡Arriba, chica! —Rangi gritó—. ¡Yip yip!

EL ASCENSO DE
KYOSHI

LA DECISIÓN

El amanecer después de la tormenta no tenía idea de lo que Kyoshi había pasado. Brilló en sus tonos cálidos de naranja a través de las nubes como un fuerte aburrimiento de un amigo insistiendo en que todo saldría bien. Las olas de abajo fluían cuidadosamente bajo la brisa constante, haciendo parecer que estaban volando sobre la piel escamada de un pez gigante.

Luchar contra el clima durante toda la noche las había destrozado, mental y físicamente. La ruta de vuelo de Pengpeng estaba empezando a divagar. Pero ya no estaban en peligro por el viento y los rayos. Fue un buen momento para abordar la *otra* noticia que destrozó su vida.

Rangi se frotó en las sombras oscuras bajo sus ojos.

—Tú eres el Avatar —dijo. Ella extendió los dedos y miró a la parte posterior de sus manos, comprobando si estaba intoxicada. O soñando—. Después de todo esto, eres tú. ¿Realmente no tenías idea hasta ahora?

Kyoshi negó con la cabeza.

—No sé qué salió mal con la búsqueda cuando éramos más jóvenes, pero por lo que Kelsang me dijo, sonaba como un completo desastre. Nadie lo sabía. Ni siquiera… —. Era difícil escupir su nombre—. Ni siquiera Jianzhu.

—Nunca había oído hablar de que esto sucediera antes —dijo Rangi. Cerró y abrió los puños para asegurarse de que seguían trabajando—. Al menos no en la historia de la Nación del Fuego. Cuando los Sabios del Fuego revelan el Avatar, es un hecho.

Kyoshi luchó contra el impulso de rodar los ojos. Por supuesto, en la Nación del Fuego las caravanas llegaban a tiempo, y la identidad de la persona más importante del mundo nunca estuvo en duda.

—Y luego hay un festival —dijo Rangi, perdida en sus pensamientos—. Según la tradición, hay una celebración más grande que el Día del Sol Doble. Comemos alimentos especiales como fideos en forma de espiral. La escuela se cancelada. ¿Sabes lo raro que es que la escuela sea cancelada en la Nación del Fuego?

—Rangi, ¿Qué tiene que ver eso con algo?

La maestra fuego estiró los codos detrás de su espalda, su mente ya despierta.

—Mi punto es que hay maneras establecidas en que esto se supone que esto funcione —dijo—. Si eres el Avatar, necesitas las pruebas del Avatar. Encontrar maestros que sepan lo que están haciendo para reconocer tu legitimidad y darte la guía correcta.

Rangi saltó sobre el borde de la silla de hasta el cuello de Pengpeng y tomó las riendas. El bisonte se sumergió más abajo sobre el agua brillante. Arriba, un pequeño peñasco sobresalía de la superficie, un dedo de roca metido a través de la hoja del océano. Era demasiado empinado para que los barcos lo usaran como muelle, pero había algunas superficies de nivel cerca de la parte superior, cubiertas de musgo verde suave.

—Te voy a dejar aquí, donde puedes acampar a salvo —dijo Rangi—. Hay un protocolo en caso de que el complejo haya sido atacado y tuviera que huir con el Avatar. Esas bolsas estaban pre empaquetadas; hay todo lo que necesitas para una semana en ellos. Una vez que regrese al pueblo y descubra la situación, traeré a alguien que pueda ayudar.

—*¡No!*

No podía ir con otro maestro, especialmente no con uno conocido. Cualquier Maestro Tierra en posición de ayudarla era probable que fuera parte de la red de Jianzhu. Mirando hacia atrás, a su tiempo en la casa, había visto la evidencia de su alcance todos los días. Los regalos, las visitas ceremoniosas y las cartas dictadas eran simplemente fichas que marcaban el flujo de poder y control en el Reino Tierra. Y desde que ella recordaba, todo se filtraba hasta Jianzhu.

Kyoshi se acercó a Rangi y sacó las riendas de sus manos. Pengpeng se desvío hacia un lado y rugió quejándose.

—¡Basta! —Rangi gritó.

—¡Rangi, por favor! ¡Sólo me enviarías de vuelta a sus manos!

Kyoshi casi mordió su lengua mientras recordaba el horror que Jianzhu desató desde lo profundo de la montaña y lo insensible que fue mientras lo hacía. Rangi no podía haber sabido el alcance de su miedo. Kyoshi estaba segura de que el hombre no había mostrado ese lado de sí mismo a nadie más que a ella y a Yun.

Rangi luchó con ella por las riendas.

—¡Vamos! ¡Estás siendo ridícula!

—*¡Rangi, como tu Avatar, te lo ordeno!*

La Maestra Fuego retrocedió como si hubiera sido golpeada por un látigo. La orden no era una de las bromas de Yun. Era una explotación del juramento de Rangi para proteger y obedecer al Avatar. Un ataque a su honor.

Rangi se quitó un largo mechón de pelo negro de su cara. No fue muy lejos, el final este mismo se pegó a su boca.

—Supongo que tengo que acostumbrarme a que digas eso.

Había una distancia agonizante en su voz, y Kyoshi lo despreciaba. No quería que un guardaespaldas profesional obedeciera sus órdenes. Ella quería *a su* Rangi, que la regañaba sin dudarlo y nunca retrocedía.

Pasaron mucho tiempo en silencio, escuchando la brisa recoger.

—Yun se ha ido —dijo Rangi—. Realmente se ha ido.

Su voz parecía débil, dibujada por el viento que pasaba, como las notas de una flauta. Sonaba hueca por dentro.

Kyoshi no tenía consuelo para darle. Sus dos vidas se habían centrado en el deber. Kyoshi por el bien de la supervivencia, Rangi por orgullo y gloria. Pero Yun había logrado perforar sus dos escudos. Desde el punto de vista de Kyoshi, su amigo había sido hurtado, había un solo camino trazado ante ella que podía tomar en respuesta, iluminado por los fuegos limpios y brillantes del odio.

—No estoy lista para enfrentarme a Jianzhu —dijo Kyoshi—. Todavía no soy lo suficientemente fuerte. Tengo que encontrar maestros que me enseñen a luchar y que no estén en su bolsillo.

De hecho, era más que eso. Necesitaría maestros desconocidos para Jianzhu. Si sospechaba que ella estaba entrenando, la buscaría en escuelas alrededor de las Cuatro Naciones.

Y tendría que ocultar que era el Avatar. Esa noticia se extendería tan rápido que actuaría como un faro para Jianzhu, lo que le permitiría acercarse a ella antes de que estuviera preparada. No tenía una buena idea de cómo obtendría instrucción en los cuatro elementos sin renunciar al juego, pero haría que funcionara de alguna manera.

EL ASCENSO DE kyoshi

La idea sonaba ridícula en su cabeza. *Era* ridícula. Y sin embargo Kyoshi sabía que caminaría por ese acantilado sin dudarlo. Ella metería ambas manos en la boca de un dragón si eso significaba tener la más mínima posibilidad de que pudiera hacer que Jianzhu pagara lo que le debía.

Rangi se pasó la mano por la cara.

—Bien. Maestros Control. ¿Dónde quieres buscar primero? Estás hablando como si tuvieras un plan, así que vamos a escucharlo.

—No vendrás conmigo —dijo Kyoshi—. Tengo que hacer esto sola.

La Maestra Fuego le dio una mirada de tan absoluto desprecio por esa noción que podría haber sido motivo para un Agni Kai. Kyoshi temía que esto sucediera. La poderosa fe de Rangi, su necesidad de cumplir con su deber moviéndose en espiral sin un lugar en que aterrizar más que en ella.

Tenía que mantenerse firme. Ya había perdido tanto, y no iba a arriesgar su única conexión con este mundo en la búsqueda de un tonto.

—No vienes conmigo —repitió Kyoshi—. Como tú Avatar te ordeno que te quedes atrás. Rangi, hablo en serio.

Quería sonar enojada, pero el efecto se arruinó por la abrumadora ola de alivio que sentía por el rechazo de Rangi a su demanda. Una sirviente estrictamente profesional del Avatar no podía desobedecerla, pero un compañero podría.

—No tengo idea de cuánto tiempo tomará este viaje —dijo Kyoshi—. Y hay secretos sobre mí que no te he dicho.

—*Oh no, Kyoshi me guarda un secreto* —Rangi gimió una octava más baja de lo normal—. Creo que estaré bien con cualquier revelación que sea, dado la última era sólo la información más importante en EL PLANETA.

El risco las pasó, un espectador silencioso que no quería ser parte de la conversación. El último marcador de la razón en un océano de incertidumbre. A partir de este momento no había nada más que problemas por delante.

Pero al menos Kyoshi tenía de vuelta a su amiga.

—Necesitamos descansar, o perderemos efectividad —declaró Rangi, acurrucándose bajo la esquina de una lona que se había soltado—. Si tienes un destino en mente, entonces estoy tomando el primer turno de sueño. Me debes tanto.

—Rangi.

Kyoshi intentó una última vez gruñir amenazadoramente. En cambio, el nombre salió como una dedicación de agradecimiento a los espíritus de la voz de una niña por esta ardiente bendición. Era inútil tratar de enmascarar lo que Kyoshi sentía por ella.

—Donde tú vayas, yo voy—. La maestra fuego rodo a su lado y bostezó—. Además, sólo hay un bisonte, cerebro de roca. No podemos separarnos ahora.

A pesar de lo cansadas que estaban, Rangi sólo dormitaba a intervalos, temblando, aunque ya no hacía frío. Al verla desde la distancia, Kyoshi tuvo una respuesta con respecto a las pequeñas pausas de aliento que había escuchado durante tanto tiempo en su tienda compartida en el

iceberg. Era como Rangi lloraba mientras dormía. De vez en cuando, ella cavaba su rostro en sus hombros para limpiar sus lágrimas.

Con los ojos puestos la una en la otra, era fácil ser valientes. *Tal vez esa es la única manera de superar esto,* pensó Kyoshi. *Nunca mires hacia otro lado.*

Miró fijamente al agua hasta que el reflejo del sol se volvió demasiado, y luego alcanzó su única bolsa de pertenencias. Buscando alrededor, encontró la tortuga de arcilla. Estaba hecha de tierra. Era diminuta. Le vendría bien la práctica.

Pequeño, pensó mientras lo acunó con ambas manos. *Preciso. Silencioso. Pequeño…*

Apretó sus labios concentrándose. Era como torcer la punta del meñique mientras agitaba su oreja opuesta. Necesitaba un esfuerzo de todo el cuerpo para mantenerse lo suficientemente enfocada.

Había otra razón por la que no quería buscar instrucción de un famoso Maestro Tierra con una reputación de primera ley y sabiduría de sobra. Tal maestro nunca la dejaría matar a Jianzhu a sangre fría. Su hambre de aprender los cuatro elementos no tuvo nada que ver con convertirse en un Avatar completamente realizado. El fuego, el aire y el agua eran simplemente más armas que podía utilizar para un solo objetivo.

Y también tuvo que poner al día su Tierra Control.

Pequeño. Preciso.

La tortuga flotaba hacia arriba, temblando en el aire.

No era estable la forma en que la Tierra Control debería ser, más bien una parte superior tambaleante en sus últimos giros. Pero ella lo estaba logrando. El pedazo de tierra más pequeño que jamás haya logrado controlar.

Una victoria menor. Este era sólo el comienzo de su camino. Ella necesitaría mucha más práctica para ver a Jianzhu roto en pedazos delante de sus pies, para robarle su mundo de la forma en que él le había robado el suyo, para hacerle sufrir tanto como fuera posible antes de que ella acabara con su miserable vida sin valor—

Hubo una grieta afilada.

La tortuga se fracturó a lo largo de innumerables líneas que fallaron. Las partes más pequeñas, la pequeña cola contundente y las patas en cuclillas, se desmoronaron primero. La cabeza se cayó y rebotó sobre el borde de la silla de montar. Trató de concentrar el control alrededor del resto y sólo atrapó el polvo. La arcilla en polvo se deslizó entre sus dedos y fue tomada por la brisa.

Su único recuerdo de Kelsang voló sobre el viento.

EL ASCENSO DE KYOSHI

ADAPTACIÓN

Jianzhu abrió las puertas de su casa para encontrarla en un caos estático y silencioso.

Los siervos se alinearon en filas a la izquierda y a la derecha, inclinándose cuando el maestro entró, formando un pasillo humano de deferencia para que él caminara. Era demasiado formal, una práctica que había descartado hace mucho tiempo.

No se había molestado en limpiarse antes de entrar, así que dejó un rastro de polvo y escombros a su paso. Había un dolor en su pecho al pasar la puerta golpeada a su estudio, un testimonio de la gran fuerza y convicción personal de su amigo Maestro Aire.

No tuvo tiempo de llorar por lo que le había pasado a Kelsang. Fue directo a la habitación del Avatar en los cuartos del personal, siguió el camino de daño afuera a los corrales de bisontes vacíos y luego de vuelta a sus sirvientes acobardados en un medio circulo.

—¿Puede alguien decirme qué pasó aquí? —dijo en lo que pensaba que era un tono admirablemente neutral, tranquilo dadas las circunstancias.

En lugar de responder se encogieron más en sus hombros, temblando. Quien habló primero estaba seguro de asumir la culpa.

Me tienen miedo, pensó. *Hasta el punto de que no pueden hacer su trabajo correctamente.* Maldijo el hecho de que la chica no tenía un supervisor oficial mirándola, y señaló a su jefe de cocina, Mui. Había visto al Avatar haciendo favores a la mujer de la cocina.

—¿Dónde está Kyoshi? —dijo, chasqueando los dedos.

Mui se puso carmesí.

—No lo sé. Lo siento mucho, Maestro. Ninguno de nosotros la había visto actuar de esa manera antes. Ella… tenía un arma. Para cuando pudimos encontrar un guardia, ella se había ido.

—¿Alguno de los invitados la vio irse?

Mui negó con la cabeza.

—La mayoría de ellos se fueron temprano para tratar de evitar la tormenta, y los demás estaban en sus habitaciones en el ala lejana.

Supuso que no era culpa de la cocinera de mediana edad que ella no pudiera detener a una adolescente desenfrenada y con un arma, que podía romper una montaña cada que recordara que tenía la habilidad. Jianzhu despidió al personal sin decir una palabra más. Mejor tenerlos inciertos, temiendo su próxima orden.

Atravesó los pasillos de la casa hasta que llegó a un pasillo de la galería, mirando algunas de sus obras de arte, pero sin verlas. Fue ahí donde Hei-Ran lo encontró después de que ella regresara de una reunión en alta mar con la delegación de la Armada de la Nación del Fuego.

Ella frunció el ceño ante su apariencia, siempre disciplinaria.

—Parece que te escupió un tejón.

Era mejor arrancar el vendaje rápidamente. Le contó la versión de los acontecimientos que necesitaba escuchar. Kyoshi era el verdadero Avatar. La desaparición de Yun y Kelsang, causada por un espíritu traicionero. El Avatar le guardaba rencor por ello.

Ella lo abofeteó en la cara. Lo cual era un resultado que creía poder obtener.

—¿Cómo puedes quedarte parado así nada más? —Silbó, sus ojos de bronce oscureciendo de furia—. ¿Cómo puedes quedarte ahí?

Jianzhu movió su mandíbula, asegurándose de que no estuviera rota.

—¿Preferirías que me sentara?

Una persona menos controlada que Hei-Ran habría tenido la tentación de gritar su incredulidad a los cielos, dejando salir el secreto. *¿Te equivocaste de Avatar? ¿Presentaste a un chico al mundo como su salvador y luego hiciste que lo mataran? ¿Dejaste que el verdadero Avatar se fuera a quién sabe dónde? ¿Nuestro amigo más viejo y cercano está muerto por tu culpa?*

Estaba agradecido por el carácter de hierro de Hei-Ran. Pensó esas cosas de él en lugar de decirlas, enojándose estratégicamente.

—¿Cómo vas a dar la cara por esto? —Susurró—. ¿Toda tu credibilidad? ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

Se apoyó en la pared de la galería, tan sorprendido por su propia respuesta como ella. De los compañeros de Kuruk, él había sido el planificador. Normalmente Jianzhu estaba preparado para todas las contingencias, cada estrategia que trazaba hasta su lógico final. Encontró el cambio de ritmo bastante liberador.

Hei-Ran no podía creer que estuviera a la deriva así. Ella regreso a su semblante serio, cubriendo sus dientes con sus labios.

—Podemos minimizar el daño si la recuperamos rápidamente —dijo—. Ella no puede haber ido muy lejos por su cuenta, ella es una sirvienta, por el amor de Dios. Enviaré a Rangi a cazarla. Los dos son amigas; ella sabrá a dónde correría Kyoshi.

Hei-Ran encontró la cuerda para llamar al personal más cercana y le dio un tirón. Los cables amarillos suaves corrían por toda la casa, sostenidos por ojales a través de ciertas paredes. Las campanas en los otros extremos permitían al personal saber dónde se necesitaba ayuda.

Dado que sus empleados estaban ocupados evitándolo como la peste, fue un minuto o dos antes de que alguien respondiera. Rin o Lin o lo que sea. La chica se quedó sin aliento, y cojeaba un poco, como si se hubiera golpeado el dedo del pie por llegar rápidamente.

—Rin, por favor trae a mi hija —dijo Hei-Ran amablemente—. Dile que es muy importante.

—¡Lo siento mucho! —Rin gritó. Ella estaba tratando tan duro de no escupir sus palabras por el miedo que se equivocó del lado del volumen al que hablaba—. ¡La señorita Rangi ha desaparecido! ¡Uno de los sirvientes del establo dijo que la vio salir con Kyoshi anoche!

—Rin, por favor sal de mi vista inmediatamente

Dijo Hei-Ran con un calor de otro tipo esta vez.

La chica se inclinó y se apartó, los ojos bajaron, con los pies calcetín golpeando un patrón por el pasillo que era casi tan rápido y fuerte como sus latidos del corazón. Jianzhu esperó hasta que desapareció a la vuelta de la esquina.

—Antes de que me golpees de nuevo —le dijo a Hei-Ran—. Creo que cualquier cosa que Rangi haga es tu culpa, no mía.

El rostro de Hei-Ran se contorsionó como si estuviera viviendo mil vidas en ese momento y allí, en la mayoría de las cuales derritió sus globos oculares usando su cráneo como caldero.

—Esto es positivo —dijo Jianzhu—. Tu hija la mantendrá a salvo hasta que las encontremos.

—¿Hasta que los encontremos? —Hei-Ran dijo en susurro—. ¡*Mi hija* es una guerrera de élite entrenada en escape y evasión! ¡Ya podemos olvidarnos de una persecución fácil!

Ella golpeó en su lugar, las olas de malas noticias que le golpeaban alrededor, desafiando su equilibrio. Cuando se detuvo, su rostro estaba lleno de profundo dolor.

EL ASCENSO DE Kyoshi

—Jianzhu, Kelsang está muerto —dijo—. Nuestro amigo está muerto. Y en lugar de llorarlo, estamos aquí, tramando cómo mantener nuestro control sobre el Avatar. ¿Qué nos ha pasado? ¿En qué nos hemos convertido?

—Hemos envejecido y nos hemos vuelto responsables, es lo que es —dijo Jianzhu—. Kelsang hizo la misma promesa a Kuruk que nosotros. Podemos honrar su memoria, sus dos recuerdos, continuando con nuestro camino.

Encontró su energía habitual regresando, su deslumbramiento con la impotencia terminó. Había habido demasiados futuros para considerar antes. Los grados individuales de catástrofe eran abrumadores. Pero en realidad sólo necesitaba concentrarse en una solución. La pieza que era crítica para cada escenario.

—Recuperaremos al Avatar —dijo—. Encontrarla nosotros mismos sería ideal, obviamente, pero estaría bien si aparece en la puerta de otro sabio para buscar refugio. Voy a averiguarlo y voy a responder lo suficientemente rápido para evitar que las noticias viajen más allá.

Tampoco le preocupaba que el Avatar se escondiera en las otras naciones. Sus redes personales se extendieron más allá de la diplomacia del Rey Tierra. En todo caso, sus contactos extranjeros le informarían más rápido y con más discreción, con la esperanza de evitar un incidente internacional.

EL ASCENSO DE

—¿Y si ella cae con uno de los aliados de Hui? —Hei-Ran preguntó.

Jianzhu frunció el ceño por la mención del nombre del chambelán.

—Supongo que eso siempre es un riesgo. Pero estoy bastante seguro de que ella no sabría quién es o en qué maestros tiene puestas sus garras. *Ni* siquiera yo sé quién está de su lado todavía—. Jianzhu se levantó de la pared—. Mi reputación sin duda tendrá un impacto inevitable una vez que tengamos que revelar su identidad, pero eso no importará al final —dijo—. Mientras la chica esté de vuelta aquí cuando lo hagamos, bajo mi techo, siguiendo mis órdenes, todo saldrá bien. Tengo capital hasta para quemar dentro del Reino Tierra. Es hora de usarlo bien.

Hei-Ran apreciaba a regañadientes el regreso de su amigo a su yo habitual.

—No parece que la chica quiera estar aquí.

—Nos preocuparemos por eso más tarde. Además, sigue siendo una niña. Ella aprenderá lo que es mejor para ella.

Se desempolvó, el primer intento que hizo para deshacerse de la inmundicia de la ciudad minera hasta ahora. El plan se moldeaba mientras en su cabeza, como arcilla bajo la guía de una herramienta invisible.

—Necesito que escribas una carta por mí—. Hei-Ran lo miró de lado—. Lo sé, lo sé —dijo—. No eres mi secretaria. Pero tiene que haber un sello de la Nación del Fuego en este mensaje.

—Bien. ¿A quién va?

—Profesor Shaw, Jefe de Zoología de la Universidad Ba Sing Se. Dile que estás interesada en tomar prestados algunos especímenes que trajo de su última expedición. Quieres mostrarlos en la Nación del Fuego, porque son muy adorables y cariñosos, como parte de una gira de buena voluntad entre nuestros países.

Jianzhu miró la obra de arte detrás de él, una pintura de la aurora boreal en vitela de un maestro artista de la Tribu del Agua. Agarró su marco ancho con las manos extendidas y lo arrancó de sus amarres.

—Envíale esto también, para motivarlo un poco. Vale más que lo que gana en un año.

Hei-Ran parecía un poco disgustada por su dependencia al soborno, pero esa era una peculiaridad cultural del Reino Tierra a la que la gente de las otras tres naciones a menudo tenía problemas para acostumbrarse.

—¿De qué animales adorables y cariñosos estamos hablando? —dijo.

Jianzhu torció los labios y olió.

—Los shirshus.

EL ASCENSO DE KYOSHI

LA INTRODUCCIÓN

Kyoshi luchó para abrir la pequeña caja de metal. Había abierto el pestillo visible, sí, pero no importaba lo duro que se tomaba y torcía el contenedor, el falso fondo que ocultaba el verdadero contenido no se movía.

—No puedes forzarlo —dijo una voz suave—. Y, si usas demasiada fuerza es probable que se rompa. El contenido se derramaría por todas partes. No quieres dejar un rastro atrás, ¿verdad?

Kyoshi levantó la vista desde el suelo para ver a una mujer alta y hermosa con pecas salpicadas en la parte superior de sus mejillas y tatuajes de serpientes corriendo por sus brazos. A su lado había un hombre, rechoncho y fuerte, con la cara adornada con maquillaje rojo y blanco. Las rayas carmesíes se encontraron para formar un patrón salvaje y animalista, pero su expresión debajo era cálida y alegre.

La caja de metal de repente se calentó, hundiéndose en la carne de Kyoshi, y se le cayó. Trató de gritar y encontró sus dientes sueltos y nadando en su boca. El hombre pintado se limpió la cara, y en las rayas entre los colores, sus rasgos se habían convertido en los de Jianzhu.

Kyoshi se le abalanzó con rabia, pero no pudo acortar la distancia. La mujer encontró su impotencia divertida y la guiñó un ojo con un ojo verde brillante. Su globo ocular se hinchó y se hinchó, creciendo tan grande que estalló de su cavidad y siguió expandiéndose hasta que consumió su otro ojo y luego la totalidad de su rostro y luego los cuatro rincones del mundo. Kyoshi estaba aterrorizada dentro de la oscuridad cavernosa de su pupila, tratando de llegar a tierra firme.

—*Nunca te dejaremos* —susurró Jianzhu—. *Siempre nos tendrás, a lo lejos, detrás de ti, justo a tu lado, observándote. Los dos siempre estaremos ahí para ti.*

En el apogeo de su pánico una mano agarró a Kyoshi por el hombro. El calor y la solidez de esta le dijo que no temiera, que no se preocupara. Se sentó lentamente y parpadeó en la luz del día que se desvaneció.

—Despierta —dijo Rangi—. Estamos aquí.

Rangi insistió en hacer una pequeña pausa sobre la Bahía Camaleón antes de aterrizar. Se inclinó por el lado de Pengpeng, dibujando en el diseño de la ciudad portuaria destartalada con la vista de una avispa-buitre, como si cada callejón y techo manchado de basura fueran de vital importancia. Kyoshi dejó que Rangi se tomara su tiempo. Necesitaba un momento para asegurarse de que había salido completamente de las profundidades de su pesadilla.

Después de reorganizar sus pensamientos, se unió a la observación. Para Kyoshi la masa de edificios era indistinguible, una costa curva alrededor de la bahía que debería haber sido recogida hace mucho tiempo. Sólo había un lugar que le interesaba, el que coincidía con la descripción en su diario.

—Allí —dijo, señalando una de las pocas estructuras que se elevaron por encima de una sola

historia. El techo amarillo destacaba entre sus vecinos verdes como una hoja enferma—. Esa debe ser la casa de té de la Madame Qiji.

Se pararon, volviendo a su ruta por el cielo. No había lugar para aterrizar a Pengpeng dentro de los límites de la ciudad, y un bisonte celeste sin Maestro Aire en él era sin duda una de las primeras señales que Jianzhu ordenaría a su red buscar. El barrido de reconocimiento en sí tenía riesgos.

El pequeño bosquecito que encontraron en las afueras se sentía como una dosis de suerte. Tal vez sus reservas de buena fortuna se verían agotadas por el simple acto de esconder a Pengpeng en los árboles.

—Volveremos, chica —le dijo Kyoshi, acariciando la nariz de la bestia. Pengpeng la golpeó suavemente con su cabeza, diciéndole que más valía que lo hiciera.

Kyoshi y Rangi comenzaron a andar, la presión de terreno firme contra las suelas de sus pies eran una sensación de bienvenida después de tanto vuelo. Mientras seguían un camino de tierra hacia el puerto de Bahía Camaleón, tuvieron la oportunidad de obtener una vista a nivel del suelo de la ciudad en todo su esplendor.

Era una vista miserable.

Durante los últimos nueve años, Kyoshi nunca había puesto los ojos en tierras planas tan grandes desperdiciándose sin algún intento de cultivar alimentos en ella. Pero los campos polvorientos y llenos por los que pasaron dejaron claro que no valía la pena intentarlo. El suelo aquí era de piel cruda, impenetrable.

El puerto sostenía la vida, de cierta manera. Se encontraron con una banda circundante de barrios marginales, redes de madera y tiendas de campaña comidas por polilla. Los habitantes las miraban con ojos desenfocados, sin molestarse en moverse un centímetro de donde estaban desparramados. Los pocos que se levantaron, se mostraron cautelosos porque ellas podrían ser hostiles, pero estaban encorvados por la desnutrición y la enfermedad.

—La gente no debería vivir así —dijo Rangi.

Kyoshi sintió su estómago hacerse nudos.

—Pueden y lo hacen —dijo tan casualmente como pudo.

—No es a lo que me refería—. Rangi se frotó el codo, considerando los pros y los contras de lo que estaba a punto de decir—. Sé sobre el tiempo que pasaste en Yokoya por tu cuenta, antes de Jian… antes de que el Maestro Kelsang te acogiera. A pesar de que tratabas ocultarlo de mí.

La zancada de Kyoshi flaqueó, pero se recompuso y siguió adelante. No podían parar aquí simplemente porque su amiga quería tener un corazón a corazón sobre una de las cicatrices más antiguas y profundas que corrían a través de su alma.

—La tía Mui me lo dijo —dijo Rangi—. Kyoshi, nunca debiste de haber pasado por esa experiencia. Pensar en que los otros aldeanos te ignoran cuando los necesitabas, me enferma. Es por eso por lo que siempre te estaba presionando para que te defendieras.

Kyoshi se rio amargamente. Ella había culpado durante mucho tiempo a un grupo diferente que los Yokoyanos.

—¿Qué se suponía que debía hacer, dejar caer una montaña sobre ellos? ¿Dar una paliza a un montón de niños de la mitad de mi tamaño? Cualquier cosa que pudiera hacer habría sido completamente desproporcionada.

Ella negó con la cabeza, queriendo cambiar de tema.

—De todos modos, ¿es la Nación del Fuego tan perfecta que la prosperidad se comparte con todos los ciudadanos?

—No —dijo Rangi—. Torció sus labios—. Pero tal vez un día podría ser.

Entraron en la ciudad propiamente dicha, los bordes marcados por un cambio a las barracas de ladrillo y arcilla, algunas de ellas hechas con Tierra Control y otras a mano. Las calles giraban y se retorcían como si hubieran sido puestas sobre caminos para animales en lugar de seguir las necesidades humanas. Si no hubiera sido por el punto de referencia de la casa de té que sobresalía sobre la línea del techo, Kyoshi se habría perdido después de unos pocos pasos.

Los comerciantes que habían cerrado la tienda por la noche lo habían hecho con vigor, cubriendo sus escaparates en tantos candados y barras de hierro que se preguntó cómo algunos de ellos se costeaban los gastos. Varios perros ciervos, escondidos detrás de paredes y cercas, se quedaron ladrando a su paso.

Nadie las molestaba. Afortunadamente. Llegar a la casa de té se sentía como pasar a través de un campo de disparo. La Madame Qiji era una isla en el descuidado diseño de la ciudad, rodeada por la avenida más ancha de espacio abierto que habían visto hasta ahora. Era como si alguien hubiera reclamado agresivamente la plaza pública y derribado el edificio de madera en el centro.

La luz parpadeaba a través de las ventanas de papel. Pisaron el gran porche crujiente, acercándose con cautela. Había un anciano recostado a través de la puerta, envuelto en mantas de lona, bloqueando su entrada. Sus ronquidos fuertes hicieron que su esponjosa barba blanca revoloteara como telarañas en la brisa.

Kyoshi estaba debatiendo si empujarlo suavemente o tratar de saltar sobre él cuando se empezó a despertar, quejándose del impacto que su hombro hizo con el marco de la puerta. Parpadeó hacia ella y frunció el ceño.

—¿Quién eres? —murmuró.

Se dio cuenta de que sus manos temblaban mientras salían de sus bolsas. Del hambre, sin duda. No había pensado lo suficiente en dinero mientras se escapaba de la mansión, pero había unas cuantas monedas de cobre en los bolsillos que había guardado en su vestido hace mucho tiempo. Ella sacó las monedas y las colocó en el porche frente a él. Si las instrucciones de su diario eran correctas, ella y Rangi no tendrían ninguna necesidad de dinero una vez que estuvieran dentro.

—Consíguete algo de comer, abuelo —dijo.

El anciano le sonrió, sus arrugas arañando sobre rostro. Pero su expresión feliz resultó ser un choque total cuando Rangi añadió una pieza de plata a la pila.

Kyoshi la miró.

—¿Qué? —Rangi preguntó—. ¿No estábamos hablando justo de este tipo de cosas?

El interior de la Madame Qiji era solo la mitad del camino.

El nivel inferior se dedicaba a servir comida y bebida. Mesas para los visitantes fueron dispuestas sobre una capa de paja y arena. Pero donde debería haber habido un segundo piso con habitaciones para los huéspedes nocturnos y los viajeros cansados, no había nada. Las puertas

flotaban en las paredes a doce pies del suelo sin forma de llegar a ellas. Sin entresuelo, sin escaleras.

El puñado de figuras encapuchadas sentadas en las esquinas no parecían pensar que era inusual. Tampoco miraron hacia arriba cuando Kyoshi y Rangi entraron. Si acaso, se inclinaron más en sus tazas de té, tratando de permanecer discretos.

Kyoshi y Rangi tomaron asiento en el medio. Cerca de ellas había una exquisita mesa Pai Sho, fuertemente construida, por mucho el objeto más bonito de la habitación. Estaba dispuesta sobre cuatro patas robustas, rodeada de cojines de piso andrajosos, una joya anidada en los pétalos de una flor marchita.

Estaban en el lugar correcto. Y estaban en los asientos correctos. Se suponía que era sólo cuestión de tiempo antes de que alguien viniera y dijera la frase que estaba esperando.

Para Kyoshi fue una eternidad. La mesa de Pai Sho fue un recordatorio agónico de Yun. Y no necesitaba ayuda visual para sentir la herida cruda de perder a Kelsang. Ese dolor era un rastro sangrante que conducía de vuelta a Yokoya. Nunca se lavaría.

Rangi pateó su silla. Un hombre se dirigió a ellas. Un joven, en realidad. Un niño. Cada paso que tomaba al centro mejor iluminado de la habitación disminuya la edad que parecía. Sus mangas estaban atadas con finas hebras de cuero, y llevaba vendas envueltas en la cabeza al estilo de las tribus Si Wong. Colgaban sueltas alrededor de su cara y cuello, enmarcando su furia apenas contenida. Kyoshi podría sentir a Rangi preparándose para lo peor, reuniendo y almacenando la violencia para desatar si las cosas salían mal.

—¿Qué les gustaría beber? —preguntó el niño a través de sus dientes.

Aquí estaba. El momento de la verdad. Si las instrucciones del diario se equivocaban, entonces su camino único hacia adelante terminaría en el primer paso.

—Jasmine recogida en otoño, perfumado al mediodía, y empapado en un hervor —dijo Kyoshi. Tal combinación no existía. O si lo hubiera hecho, habría sido probado como un desastre líquido.

La respuesta salió de su boca como si necesitara ser arrastrada por rinocerontes komodo, pero era la respuesta que estaba buscando.

—Tenemos todas las flores de color conocidas por el hombre y los espíritus —dijo.

—El rojo y el blanco serán suficientes —respondió ella.

Claramente había estado esperando cualquier respuesta, menos esa.

—¡Lao Ge! —gritó el niño de repente hacia la puerta—. ¡Se suponía que ibas a vigilar, inútil pedazo de estiércol!

El anciano que había estado tirado al otro lado del porche se inclinó a medias hacia dentro. De repente estaba mucho menos enfermo que cuando se conocieron.

—Estaba de guardia, pero entonces esas dos encantadoras jovencitas me dieron suficiente dinero para comprar una bebida o diez —dijo con una gran sonrisa dentada—. Deben haberse deslizado sobre mí mientras salía a la tienda de vinos. Bastante embaucadoras, esos dos.

Inclinó una botella de licor en los labios y bebió profundamente, su manga desigual cayendo por su brazo para revelar gavillas de músculo con cordón bajo la piel de papel.

El niño apretó la palma de su mano contra uno de sus ojos. Se fue a la cocina, murmurando expletivos al viejo todo el camino. A Kyoshi le podría simpatizar.

Rangi se apoyó en la mesa. Aunque su pose estaba relajada, sus ojos revolotearon alrededor de la habitación, dimensionando a los ocupantes, incluyendo especialmente a Lao Ge, que estaba

ocupado encontrando el fondo de su segunda botella.

—Sabes —le susurró a Kyoshi—. Me dijiste que íbamos a un escondite *daofei;* me dijiste que ibas a tener acceso a ayuda a través del código *daofei;* aquí estamos, te oí hablarlo, y sin embargo todavía no puedo creer que esto esté sucediendo.

—Todavía no es demasiado tarde para que salgas de aquí y salves tu honor —dijo Kyoshi.

—No es *mi* honor el que me preocupa —silbó Rangi.

Antes de que pudieran adentrar más en el asunto, el niño regresó con una bandeja de tazas humeantes. Colocó uno frente a Kyoshi, Rangi y luego una para sí mismo, tomando asiento frente a ellas. Estaba mucho más tranquilo ahora. Puede que haya tenido menos que ver con el té que con el guardia de seguridad que poco a poco se presentó detrás de él.

Un hombre enorme de unos treinta años, tan alto como Kelsang y más de la mitad de grueso, borró la luz de la lámpara que venía de la cocina. Tenía una cara suave y limpia sobre un cuerpo que amenazaba con estallar a través de sus túnicas caras, habiendo elegido tal vez su ropa personalmente para que le ajustara correctamente. Kyoshi vio los ojos de Rangi clavándose en los pies del hombre en lugar de sus nudillos con cicatrices o venas sobresalientes, y se dio cuenta del por qué. Por grande que fuera, no había hecho crujir las tablas del suelo.

Una de las puertas suspendidas en la pared sobre el suelo se abrió. Una joven salió de la habitación, sin importarle la caída que le esperaba.

Estaba vestida con una túnica del Reino Tierra, pero con una falda de piel sobre sus pantalones. Kyoshi había visto pieles como la que usaba en los visitantes que venían de los polos. La indicación más fuerte de la herencia de la Tribu del Agua de la mujer eran sus ojos penetrantes, azul zafiro que ninguna cantidad de medicina de serpiente-araña podría ocultar.

Aterrizó en el suelo con los dedos de los pies como una bailarina. Kyoshi podría haber jurado que había caído más lento de lo normal, un descenso de plumas. Era la única manera de explicar cómo hizo el viaje desde la segunda planta sin romper un pedazo de madera o los huesos en su pie. Ella estaba detrás del otro hombro del niño, sus rasgos como lobos ilegibles mientras evaluaba a Kyoshi y Rangi.

No tengo miedo, Kyoshi se dijo a sí misma, encontrando para su sorpresa que era verdad. Se había peleado con la Señora del Mar del Este. Un solo equipo de *daofei* a nivel callejero no iba a intimidarla.

El chico del sombrero del desierto se tronó los dedos.

—Ustedes vienen aquí, extraños totales, sin previo aviso —dijo.

—Tengo derecho —dijo Kyoshi—. Te di las contraseñas. Estás obligado a proporcionarme a mí y a mi compañera socorro por el juramento de sangre que has hecho. Para que no sufras el castigo de muchos cuchillos.

—Veras, eso es todo—. El chico se agachó en su asiento—. Estás usando estas palabras grandes y anticuadas como si tuvieras gran idea de cómo se supone que esto funciona. Haces sonar un alto código que no hemos oído en años como si te burlaras de nosotros. Lo hiciste como si estuvieras leyendo un manual de instrucciones.

Kyoshi tragó involuntariamente. El niño se dio cuenta y sonrió.

Inclinó la cabeza hacia Rangi.

—Junto con el hecho de que esta belleza de aquí prácticamente grita 'ejército', me hace pensar que ustedes dos son policías.

—No lo somos —dijo Kyoshi, jurando en silencio dentro de su cabeza por lo mal que estaba saliendo esto—. No somos de por aquí.

Había tres hombres esparcidos por la casa de té que no eran parte de su pequeña confrontación. Todos se apresuraron a dejar caer monedas y salir de golpe por la puerta, con los ojos abiertos de miedo.

El niño colocó un objeto pequeño y duro sobre la mesa con un movimiento. Kyoshi pensó que era un azulejo Pai Sho al principio, pero retiró su mano para revelar una piedra oblonga, pulida lisa por un río o una trituradora.

—Soy bastante bueno para ver a un encubierto —dijo el muchacho—. Y creo que esta es tu historia. Tu papá te pagó de su comisión de oficial por su encargo a un gobernador corrupto, y lo primero que decidiste hacer con él es jugar al detective y venir a llamar a nuestra puerta—. Apunto con el pulgar a Rangi—. Ella fue asignada a cuidarte la espalda, pero no hizo un muy buen trabajo, porque estás aquí ahora, y vas a morir. La causa se registrará como una estupidez terminal aguda.

Kyoshi casi podía oír el proceso de pensamiento de Rangi, contando las extremidades de las tres personas frente a ellas, calculando la secuencia de daño que podría infligir.

—Te lo digo, no somos policías.

El niño, enojado, le dio un duro rodillazo en la parte inferior de la mesa, golpeando las tazas de té y derramando el líquido a través de la superficie.

Kyoshi actuó antes de pensar. Pero en retrospectiva, se trataba más de detener a Rangi que cualquier otra cosa. Ella pateó hacia arriba también. Todo el cimiento de la casa de té, el parche de tierra sobre el que fue construido, saltó media pulgada.

El chico casi se cae de su asiento. Sus dos guardaespaldas se tambalearon. Las miradas conmocionadas en sus rostros decían que eso no pasaba muy a menudo, no con la estabilidad del gran hombre y el equilibrio impecable de la chica de la Tribu del Agua.

Kyoshi habló sobre los gemidos de la madera que se reestablecia y el polvo a la deriva en las nubes a su alrededor.

—Tienes razón —dijo ella—. Yo no pertenezco aquí.

No la callaron de inmediato, decidiendo que necesitaba ser atacada con precaución. Eso le dio tiempo para hablar.

—La verdad es que desprecio a los *daofei* —dijo Kyoshi—. Odio a los de tu clase. Me enferma estar en su presencia. Son peor que animales.

—¿Uh, Kyoshi? —Rangi dijo mientras el tipo grande y la mujer tomaban sus mejores posiciones de pelea—. No estoy segura de a dónde vas con esto.

El niño se quedó dónde estaba. Kyoshi podía decir que quería poner un frente valiente. Ella también.

—Pero eso no importa en este momento —dijo Kyoshi, mirando a través de la capa de ira endureciéndose en sus ojos—. Me vas a dar todo lo que exijo, porque estás obligado por tu código. Harás lo que te digo debido a tus tradiciones idiotas, de payasos y creyentes.

Su sangre cantaba en sus oídos. Su mano se fue al cinturón. El hombre y la mujer sin duda interpretarían eso como la señal para atacar. Ella era consciente de que Rangi dejaba su asiento.

Sólo moviéndose más rápido Kyoshi impediría un desastre total. Ella golpeó a uno de los abanicos de guerra en la mesa, sus varillas se extendieron de par en par para revelar la hoja de

oro. La maestra agua y el grandulón se detuvieron en sus lugares. El niño parecía que alguien se había metido en el pecho y se apoderaba de su corazón.

—¡Por los espíritus! —Lao Ge dijo—. ¡Ese es el abanico de Jesa!

La repentina aparición del anciano en la mesa sorprendió a ambos lados por igual. Se las arregló para escabullirse entre Rangi y Kyoshi sin que se dieran cuenta, y se inclinó hacia adentro, examinando con descaro los detalles del arma.

El chico saltó de su asiento.

—¡¿De dónde obtuviste eso?! —gritó.

—*Lo heredé* —dijo Kyoshi, con el pulso latiendo rápidamente—. De mis padres.

La chica de la Tribu del Agua la miró con asombro.

— ¿Eres la hija de Jesa? —preguntó—. ¿Jesa y Hark eran tus padres?

Kyoshi no sabía por qué estaba más alterada por los hechos simples que por la perspectiva de una pelea antes.

—Así es —dijo ella. Se sentía como si su boca se había convertido en su estómago, difícil de manejar y agrio—. Mis padres fundaron este grupo. Son tus jefes.

—¡Nuestro bebé ha vuelto a casa! —Lao Ge cantaba—. Esto requiere un trago—. Dio un paso atrás para tener espacio para verter una tercera botella en su garganta.

El chico todavía estaba enojado, pero con un sabor diferente ahora.

—Tenemos que conferir por un minuto—. Recogió su roca de la mesa y señaló acusando a Kyoshi—. Mientras tanto, te sugiero que aclares tu historia, porque tienes mucho que explicar.

—Sí —dijo Rangi—. Lo tiene.

Lao Ge se posó en una mesa a un lado con sus recipientes de alcohol, como un extraño pájaro que organiza objetos brillantes en su nido. El resto de la banda volvió a la cocina sin él. Dado que parecían tratarlo como muebles de fondo, Kyoshi sólo podía hacer lo mismo. Se volvió hacia Rangi y encontró a la Maestra Fuego dándole una mirada crítica.

—¿Qué? —Kyoshi preguntó—. Esto sucedió exactamente de la manera que dije que lo haría. Estamos dentro. Este es el primer paso para tener acceso a este mundo.

Rangi permaneció impasible.

—Te lo dije todo antes de aterrizar —dijo Kyoshi—. La verdad de que mis padres eran contrabandistas *daofei* y que me abandonaron en Yokoya. Rangi, viniste aquí conmigo sabiendo eso.

Las palabras salieron de ella en una cascada agitada. Su rodilla se movía rápidamente arriba y abajo. La moción no escapó de la atención de Rangi.

—Por extraño que sea para mí decir esto, tu historia familiar secreta no es el problema —dijo Rangi—. ¿No crees que has manejado esta situación un poco…agresivamente?

Eso fue noticia para Kyoshi, viniendo de su amiga "quémalo primero y haz preguntas más tarde".

—Es el tipo de comportamiento que esta gente respeta —dijo—. Tagaka sabía que éramos tranquilos y racionales, y mira lo que trató de hacernos.

Los dientes de Rangi chaquearon.

—No te mediste. Era como si les rogaras atacarte. Una cosa es ser valiente, y luego está el deseo de morir.

Ella extendió la mano y la puso en la pierna de Kyoshi para detener el temblor.

—No estamos en nuestro elemento —dijo Rangi—. Tú puedes tener las llaves de ciertas puertas, pero esta no es nuestra casa. Debes tener más cuidado.

Y si retrocedo ante unos pocos daofei, *no tengo ninguna posibilidad de enfrentarme a Jianzhu*.

—Lo siento, ¿de acuerdo? —Kyoshi dijo. Este argumento no se iba a resolver pronto, y la banda iba a volver. Lo último que necesitaban era mostrar un frente fracturado a los criminales que intentaban obligar a ayudarlas.

Rangi lo dejó ir, viendo el mismo valor de su unidad. El niño Si Wong, la mujer de la Tribu del Agua y el hombre voluminoso se organizaron frente a Kyoshi con gran formalidad. A menudo se paraban de esa manera para saludar a los invitados importantes, siempre en la parte posterior del grupo debido a su altura. El hombre hizo un gesto con una palma abierta hacia abajo, y la otra mano apretada en un puño en la parte inferior. Era diferente a cualquier otro saludo que Kyoshi había presenciado e hizo que pareciera que su lado derecho estaba rompiendo al izquierdo por tratar de robar comida de una mesa.

—El Gorrión que revolotea Wong —dijo, inclinándose ligeramente.

Si parecía avergonzado por tener un apodo tan delicado, no lo mostró.

La Maestra Agua dio un paso adelante e hizo la misma pose, aunque de una manera más floja para que todos supieran que ella pensaba que el concepto de nombres profesionales era tonto.

—Kirima —dijo—. Sólo Kirima.

—Lek, La Bala—. El niño dijo con gran orgullo. Había reorganizado las vendas de su cabeza detrás de sus orejas a un estilo más simple y digno—. Aunque algunos me llaman Lek Aplasta Cráneos, o Lek de la Muerte Silbante.

Kyoshi se aseguró de no reflejar las caras que Wong y Kirima hicieron a espaldas de Lek, o el niño sin duda habría sido insultado.

—Kyoshi —dijo ella—. Esta es mi socia, Rangi.

Rangi hizo un pequeño resoplido de desaprobación que Kyoshi tomo como un: *Oh, ¿Así que les estamos dando nuestros nombres reales ahora?*

—¿Cómo has llegado a nosotros esta noche? —Preguntó Kirima—. Comienza tan atrás como puedas.

—*Tan lejos, ¿eh?* No recuerdo mucho de cuando era pequeña —dijo Kyoshi. Aunque sus piernas se habían asentado, la parte delantera de su cuello ahora dolía de tensión—. Sólo que mis padres y yo nunca nos quedamos en un solo lugar mucho tiempo, y nunca me dijeron dónde estábamos. Se podría decir que crecí en el Reino Tierra.

—Eso habría sido antes de que cualquiera de ustedes se uniera —dijo Lao Ge a los demás—. Jesa y Hark se desaceleraron considerablemente durante varios años y apenas hicieron trabajos. Nunca me dijeron por qué dejaron de reunir al viejo equipo durante tanto tiempo. Pensé que tal vez dejarían el juego.

La memoria del anciano ayudó a Kyoshi a encajar las piezas en un rompecabezas completo. El resultado fue más feo de lo que había imaginado.

—Bueno, debieron haber querido volver con ansias, porque me abandonaron en un pueblo

EL ASCENSO DE Kyoshi

agrícola cuando tenía cinco o seis años —dijo—. No puedo estar segura exactamente de cuándo. Nunca los vi después de eso—. *O perdone.*

—Eso no puede ser —dijo Lek—. Jesa y Hark nunca le harían eso a la familia. Eran los jefes más leales que cualquiera podía pedir. Debes estar equivocada.

Kyoshi se preguntó cómo sería tomarlo, como hizo a ese pirata, y sacudirlo hasta que viera manchas. Kirima intervino antes de que pudiera explorar la idea.

—¿Le estás diciendo a su propia hija lo que le pasó? —espeto la Maestra Agua a Lek—. Cállate y dejala terminar.

—No hay mucho más que contar —dijo Kyoshi—. Casi muero por negligencia en ese pueblo antes de ser acogida en la casa de un hombre rico y poderoso. Las únicas posesiones que tenía a mi nombre eran el equipo de mi madre y su diario, que tenía información sobre las costumbres *daofei* de mis padres, obligaciones que podía utilizar. Era un manual de instrucciones. Como dijiste—. Miró a Rangi—. Mantuve el pasado de mis padres en secreto del pueblo todo el tiempo. Teniendo en cuenta cómo me trataron como un extraño, no creo que me hubiera ido mejor si la gente del pueblo supiera que también era el engendro de unos criminales.

Rangi apretó la mandíbula. Kyoshi podía decir que estaba pensando en los qué hubiera pasado si hubiera sido así, como su relación podría haber sido diferente si hubiera sabido que Kyoshi era una niña contaminada desde el principio. ¿Habría mirado más allá de eso y se habría hecho amiga de Kyoshi de todos modos? ¿O la habría condenado al montón de basura como lo había hecho Aoma y Jae y los demás?

—¿Y un día decidiste irte y venir aquí? —Lek dijo. Todavía estaba incrédulo, como una secuencia de eventos que comenzó con los padres de Kyoshi siendo cualquier cosa menos perfecta no era posible.

—No sólo lo decidí —gruñó Kyoshi, volviendo su atención hacia él—. El hombre en cuya casa viví lo decidió, cuando mato a dos personas que me importaban. Juré por los espíritus que giran en el eje de este mundo que le haría pagar por ello. Por eso estoy aquí —dijo, golpeando su puño sobre la mesa para enfatizar—. Es demasiado poderoso e influyente para ser derribado por la ley. Así que necesito el lado opuesto de la moneda. Necesito los recursos de mis padres. Si me pueden dar un regalo en esta vida, entonces que sea venganza por aquellos que he perdido.

Su cara estaba roja. Kyoshi se sentía lista para explotar. No sabía lo que haría si se abría otra puerta en la pared y su madre y su padre salían. Habría sido tan volátil e inexplorado como su encuentro con el espíritu de la cueva.

Lek solemnemente se quitó las vendas de su cabeza y las retorcía entre sus manos. Su cabello era arenoso y recortado por debajo.

—Viniste hasta aquí para encontrar a Jesa y Hark —dijo en un murmullo triste—. Kyoshi, lo siento mucho. No sé cómo decirte esto, pero… pero…

El alivio llegó como un monzón. Ella no tenía que conocerlos. No tuvo que descubrir qué clase de persona era cuando el pasado se desenterró y tomó una forma sólida.

—¿Qué, están muertos o algo así? —Kyoshi dijo, agitando su mano hacia él ligeramente—. No me importa.

Mentira. Si hubieran aparecido delante de ella, ella podría haber tenido que salir corriendo gritando de la habitación.

El dolor de Lek fue reemplazado por la indignación, un invitado funerario que la atrapó robando las ofrendas del altar.

EL ASCENSO DE Kyoshi

—¡Estamos hablando de tus padres! ¡Fueron tomados por una fiebre hace tres años!

Le resultó tan fácil ser cruel ahora que sabía con certeza que no podían defenderse.

—Guau —dijo Kyoshi—. Supongo que hay algunas cosas de las que no se puede escapar, ¿Eh?

Los ojos de Lek casi se salen de sus orbitas.

—¿Cómo puedes ser tan vil? ¡Nadie en las Cuatro Naciones irrespeta a sus propios parientes de esa manera!

—Me dejaron atrás porque ocupaba demasiado espacio de carga —dijo Kyoshi—. Así que yo diría que es una tradición familiar.

Ella abrió el abanico de guerra que tenía cerrado, con la intención de puntuar su sentencia de una manera intimidante. En su lugar, los brazos cayeron fuera de alineación y la hoja se dobló de la manera equivocada, arruinando el efecto. Ella tendría que aprender a usarlo correctamente en algún momento.

—No estoy aquí para enfrentarme a mis padres, ni a sus fantasmas —dijo Kyoshi. La energía nerviosa cruda que corría a través de sus huesos se había ralentizado—. Estoy aquí para buscar lo que me deben los lazos de sangre.

Contaba con sus dedos.

—Quiero acceso a casas de seguridad en las ciudades más grandes donde puedo permanecer escondida por largos periodos de tiempo. Quiero presentaciones con el resto de la red, empezando por los maestros más fuertes. Y, sobre todo, quiero entrenamiento. Entrenar hasta que sea lo suficientemente fuerte como para acabar con mi enemigo personalmente.

Un silencio cayó sobre el grupo.

Kirima hizo un pequeño sonido estrangulado incómodo. Kyoshi pensó que tal vez había conseguido un poco de saliva en la tubería equivocada, pero luego la maestra agua estalló de risa.

—¡Otras ciudades! —gritó—. Déjame adivinar. ¿Tu diario mencionó bases secretas en Ba Sing Se, Omashu? ¿Tal vez Gaoling? ¿Lleno de una hermandad de bandidos que honran las viejas costumbres?

—Voy a sonar mi trompeta —dijo Wong—. Estoy seguro de que vendrán corriendo.

Kyoshi frunció el ceño.

—¿Qué es tan gracioso?

Kirima extendió su brazo.

—Esta es nuestra única base de operaciones. *Esta* es la red. Nosotros. Cualquier ayuda que pensaste que podías exigir personalmente fuera de la ley termina aquí, dentro de estas paredes.

Kyoshi recordó lo más cansada que había estado en su vida. No pasó mucho tiempo después de que la dejaron caer en Yokoya, cuando todavía vio el diario y el cofre como sus tesoros de primogenitura y no como evidencia incriminatoria que sus padres querían abandonar junto a ella.

Había sido ahuyentada de todas las puertas, obligada a arrastrar el baúl pesado con ella. Era mucho para que un niño lo llevara en ese entonces, incluso uno tan descomunal como ella. A medida que pasaba el día, el agotamiento se había filtrado en sus uñas y dientes. Sus pensamientos se habían vuelto grises. No había lugar en su cuerpo para el hambre y la sed. Todo

fue entregado a la fatiga.

Kyoshi sintió los mismos fragmentos de cansancio amenazando con deshacerla ahora. Conduciendo a sus articulaciones como clavos, haciéndole señas para que se rindiera. Mirando el *daofei* delante de ella, lo vio claramente ahora. No eran la vanguardia de algún ejército en la sombra que pudiera usar para marchar sobre Jianzhu. Eran demacrados, cazaban gente. Como ella.

—Hemos caído en tiempos difíciles —dijo Wong. Ella cayó en cuenta de que él no hablaba mucho, así que cuando lo hacía, probablemente era cierto y al grano—. Las crisis en el contrabando a través del Reino Tierra han sido bastante severas en los últimos años. Hemos sido separados de pandillas en otras ciudades sin muchas noticias ni trabajos de los que hablar.

—Tu diario debe tener al menos una década de edad, con entradas que van más allá —dijo Lek—. En aquellos días, grupos como el nuestro tenían una influencia real—. Miró sus manos como un rey depuesto anhelando el agarre de su cetro—. Teníamos territorio. Los gobernadores *nos* pedían permiso para hacer negocios.

—Lek, habrías tenido tres años durante nuestro apogeo —dijo Kirima—. Ni siquiera te había recogido todavía.

Giró hacia ella furiosamente.

—¡Eso significa que el resto de ustedes deben estar más molestos que yo!

—Entendemos —interrumpió Rangi—. Es doloroso saber lo que pudo haber sido.

Kyoshi detectó una racha de satisfacción en su voz por la forma en que las cosas habían resultado. El agujero no fue más profundo que una casa de té en ruinas y unos pocos captores. En lo que respectaba a Rangi, todavía podían salvarse a sí mismas.

—Kyoshi, lo intentamos —dijo—. Hiciste lo que pudiste. Pero esto no es lo que vinimos a buscar—. Miró las puertas de la habitación y su ubicación inusual—. Podríamos pasar la noche aquí, tal vez, pero no sería más seguro que acampar. Deberíamos volver a Pengpeng y volar a la más cercana—

Lek golpeó sus manos sobre la mesa.

—¿*Volar?* —. Su voz se quebró de emoción—. ¿Ustedes *volaron* hasta aquí?

El resto del grupo se animó.

—¿Me estás diciendo que tienes un bisonte volador? —Kirima dijo. Había un brillo de interés en sus ojos.

Rangi maldijo su desliz.

—¿Por qué? —preguntó Kyoshi—. ¿Qué diferencia haría?

—Porque ahora tienes algo que queremos —dijo Kirima mientras Lek rebotaba en las paredes—. Ser hija de Jesa y Hark significa que estamos obligados a mantenerte a salvo de los daños. No significa que sigamos tus órdenes o te ayudemos en alguna búsqueda personal de venganza. Quieres ese nivel de compromiso, entonces haznos una oferta.

—No —espeto Rangi—. Olvídalo. No te daremos nuestro bisonte. No te daremos nada de eso.

—Cálmate, Moño —dijo Kirima—. Sólo estoy sugiriendo una asociación. Tenemos que salir de esta ciudad seca a donde los prospectos sean mejores. Kyoshi quiere entrenamiento. Deberíamos viajar juntos por un tiempo. Es su mejor oportunidad para encontrar maestros de mala reputación.

Al escucharla, Kyoshi de repente se dio cuenta de que había cometido un error crítico. Ella había mostrado su Tierra Control. Aunque necesitaba mejoras en su elemento nativo, no había una manera directa de entrenar en los demás sin revelar que ella era el Avatar.

Rangi todavía se oponía a la idea.

—No vinimos aquí para revivir una pobre operación de contrabando —le dijo a Kyoshi—. Estaríamos asumiendo más riesgos de los que necesitamos.

—En primer lugar. ¡*Nuestra* operación es de primera clase! —dijo Lek, lleno de resentimiento—. Y segundo, ustedes dos son el equipaje aquí. No durarían ni un día moviéndose en nuestros círculos sin un guía. Por el amor de Dios, casi te matamos.

Rangi estrechaba los ojos.

—¿Es esa tu impresión de lo que pasó? —sonaba perfectamente dispuesta a probar su teoría.

Kyoshi enterró su cara en sus manos mientras discutían. Ideas que habían sido tan claras en su mente antes se estaban volviendo pisoteadas y embarradas. Su singular camino resultó estar lleno de zarzas y giros falsos.

Lao Ge interrumpió su revuelta golpeando una botella vacía en la mesa. Había sido olvidado hasta ahora, y su sonrisa habló por sí misma como si estuviera llena del mejor secreto del mundo.

—Sé que es una decisión difícil, querida niña —dijo, dirigiendo la oreja hacia la puerta—. Pero que no tome mucho tiempo. La policía viene.

EL ASCENSO DE KYOSHI

ESCAPE

El sonido de las botas marchando, golpeando la carretera llenó el aire.

—¡Estúpido viejo! —Lek gritó—. ¡Nunca te pondré de guardia otra vez!

—Finalmente —dijo Lao Ge. Hizo un guiño a Kyoshi.

Los oficiales vestidos de verde entraron en la casa de té. Se desplegaron a los lados para acomodar sus números, llegando a las esquinas. Veinte más o menos, con armadura acolchada con espaldas anchas y un solo par de espadas *dao* en sus espaldas.

En la cabeza de su formación, todavía en ropa de civil pero ahora con la misma diadema adornada con la insignia de la prefectura de la ley como los otros, estaban los mismos tres hombres que habían estado en la casa de té antes.

—¿Recuérdame de nuevo quién es bueno para ver encubiertos, Lek? —Kirima gruñó.

En un momento de pánico Kyoshi pensó que los oficiales habían venido por ella en nombre de Jianzhu, pero ese no pudo haber sido el caso. Si hubiera enviado mensajeros inmediatamente, aún no habrían vencido a un bisonte.

No, pensó con una mueca. Estaban aquí por la chica que había entrado en un escondite forajido y comenzó a hacer demandas con códigos de forajidos. Se había incriminado en público, como una tonta.

—¡En nombre del gobernador Deng, ustedes están bajo arresto! —dijo el capitán. En lugar de una espada, apuntó un bastón ceremonial rematado con el sello del Rey Tierra hacia ellos, pero parecía lo suficientemente pesado como para romper huesos sin esfuerzo—. ¡Bajen sus armas!

Deng. El nombre trajo más terror al corazón de Kyoshi que un león de alce dientes de sable. El gobernador de punta roja Deng era un visitante frecuente de la casa de Jianzhu y uno de sus aliados más cercanos. Kyoshi miró a Rangi. El movimiento de cabeza preocupado de la Maestra Fuego confirmó su miedo. Si las atrapaban aquí, esta noche, toda la operación había terminado. Volverían a las garras de Jianzhu antes de que su desayuno se enfriara.

Al capitán no le gustó el contacto visual entre ella y Rangi.

—*¡Dije bajen sus armas!* —gritó, preparado para una pelea.

El *daofei* miró sus manos vacías con confusión. Kyoshi se dio cuenta de que a menos que el hombre se sintiera particularmente amenazado por las botellas de Lao Ge, la única armada era ella. El abanico de guerra brillante todavía estaba en su mano, su compañero pegado en su cinturón. Se puso de pie para que pudiera tener espacio para sacar al otro abanico.

El capitán dio un paso atrás por el asombro. Había interpretado el desplegando de su altura como un acto hostil. No fue el primero.

—¡Arréstenlos! —gritó a sus hombres.

Había muchos de ellos. Abarrotados en los oscuros confines de la casa de té, la policía parecía más grande en número que los merodeadores de Tagaka. Cinco de los oficiales hicieron una línea de abejas con Kyoshi, el objetivo obvio.

Fueron derribados por una explosión de fuego. Kyoshi miró de nuevo a Rangi. Tenía el puño extendido, la piel fumando. Su rostro estaba molesto pero impenitente. Si estaban adentro, lo estaban por completo. Rangi no hacia las cosas a medias.

EL ASCENSO DE

Inspirado en su decisión, Wong recogió a Lao Ge y lanzó el cuerpo del borracho al capitán como una muñeca de trapo. El aullido de guerra de Lao Ge mientras volaba por el aire era la única señal de que había aceptado el acto. Los dos deben haberlo hecho antes. El elemento sorpresa funcionó fuertemente a su favor, ya que los brazos de Lao Ge se envolvieron alrededor del cuello del capitán y sus piernas como tijeras alrededor de la cintura de su subordinado, convirtiéndose en una red humana.

Otra explosión de Rangi chisporroteó más allá de la oreja de Kyoshi. Ella ya no sabía lo que estaba pasando. Los hombres se encerraron en ella con las espadas desenvainadas. Tomo el objeto más cercano y pesado, el tablero de Pai Sho, por una de sus patas y lo balanceó en un arco.

Los policías fueron lanzados como tallos de trigo por el denso golpe de madera. Los que trataron de bloquear sus ataques salvajes con sus *dao* tenían sus espadas torcidas y aplastadas contra sus torsos para su molestia.

Los oficiales frescos entraron por la puerta sólo para deslizarse sobre una capa de hielo que Kirima puso usando nada más que el vino restante del alijo de Lao Ge. Kyoshi se sorprendió en el giro reservado y minimalista de sus muñecas y dedos. Por un momento parecía que Tagaka de la Quinta Nación estaba luchando de su lado.

—¡Chica! —dijo Lao Ge, sujetando espadas dentro de sus vainas hasta donde sus dedos de sus manos y pies podían llegar—. ¡Golpea la mesa!

Ella no tenía la misma relación de trabajo con él que Wong, pero Kyoshi captó la idea. Ella levantó el pie alto y piso con fuerza el suelo.

La casa de té saltó en el aire de nuevo, esta vez más inclinada de atrás. Lao Ge y varios policías cayeron por la puerta. Los otros fueron golpeados, revolcándose en la madera y el vino congelado.

Los nuevos compatriotas de Kyoshi lograron mantenerse erguidos, después de haber visto el truco antes.

—¡Fuera por del otro lado! — Lek gritó.

—¿Qué hay de Lao Ge? — No tenía intención de dejarlo en manos del turbio enemigo.

—¡Puede manejarse el solo! ¡Muévete!

Arrojó el tablero de Pai Sho a los oficiales más cercanos y siguió a los demás a través de la cocina. Estaba vacío, sólo una pequeña habitación con una estufa de arcilla que ardía del único intento de Lek haciendo té. Otra puerta cedió, y estaban en la plaza de la ciudad detrás del edificio.

El pasaje había sido disfrazado, pintado sin marco, y no había ventanas, así que era el lado de la casa que estaba menos custodiado por la policía. Sólo dos hombres ocupaban cargos allí. Kyoshi oyó un ruido como un ''*zzip-zzip''* y cayeron al suelo antes de poder agitar sus espadas.

Lek le metió algo en el bolsillo.

—¿Dónde está tu medio de transporte?

Rangi respondió, lo cual fue bueno porque Kyoshi había perdido el rumbo y no tenía idea.

—Esquina suroeste de la ciudad —dijo—. Si todo el mundo me sigue, puedo llevarnos allí.

Hubo un gran trozo de tierra que caía desde arriba. Toda una sección de tejas se desprendió y se estrellaba en sus talones mientras corrían. Llegar a Pengpeng significaba correr a lo largo del borde de la plaza, buscando una salida de los muchos callejones estrechos ramificando y bifurcando en diferentes direcciones como las venas de una hoja.

Kyoshi comprendió la razón por la que no habían sido azotados por más policías. Lao Ge se enfrentaba con todo un pelotón justo en la entrada principal. Golpearon salvajemente en el aire

que ocupaba sólo para salir ileso cada vez. Dobló y enrolló su cuerpo como si el vino aún se empañara de su mente, esquivando y volteando, sus movimientos aparentemente diseñados para burlarse de ellos y frustrarlos. Kyoshi lo vio inclinarse en ángulos imposibles casi paralelos al suelo y se dio cuenta de que estaba sutilmente apoyado en la tierra debajo de su torso, cambiando su centro de gravedad para confundir a sus oponentes.

—¡No podemos dejarlo! — Gritó a los demás.

Aparentemente si podían, porque nadie más le dio un segundo vistazo a Lao Ge.

—¡Por aquí! —Rangi dijo, lanzándose por un pasaje hacia la oscuridad.

Pero antes de que alguien tuviera la oportunidad de seguirla, una gruesa pared de piedra se levantó desde el suelo, alcanzando la altura de los techos vecinos, cerrando la salida. La policía había traído a sus propios Maestros Tierra.

Lek siguió corriendo tras ella como si fuera ajeno al obstáculo en su camino. Kyoshi, pensó que iba a estamparse los sesos contra la pared. Y luego el hizo una de las cosas más increíbles que ella había visto.

Dio un paso en el aire.

Lek corría cada vez más alto en las escaleras invisibles. Fue sólo después de que él había pasado por encima del nivel de los ojos que ella vio cómo. Las columnas más delgadas de tierra que había visto a cualquiera controlar desde el suelo con cada uno de sus pasos, anticipando dónde aterrizaría su pie. Proporcionaron un momento de apoyo y luego se desmoronaron en polvo inmediatamente una vez que su peso se desplazó de ellos. Su camino ascendente no dejó rastro detrás de él.

Kyoshi había visto a los niños alrededor de la aldea jugar a desaparecer el suelo en el que estaban parados mientras se movían en el aire. A veces era una prueba de coraje, o de quien podía hacer que su pilar fuera el más alto, o un juego de coordinación, o turnarse con un compañero para ir de un lado a otro. Pero siempre fue muy destructivo para el suelo, dejando marcas irregulares de lo que había sucedido. Y los jugadores tenían que quedarse quietos, o se caían de sus plataformas.

Lek no tenía ninguna de esas preocupaciones. Flotaba, ingrávido, libre de la atracción de la tierra. Se acercó a la parte superior de la pared y se metió en un tejado antes de desaparecer.

La hazaña no se limitó a los Maestros Tierra. Kirima descorchó una pequeña bolsa de su cintura y se derramó agua, reuniéndose bajo sus pies. Ella subió más alto en la nada tanto como Lek, sólo que sus escaleras eran chorros poderosos y delgados que proporcionaban la misma resistencia que la tierra. Si el ritmo era más difícil para ella, o el agua menos estable, lo compensaba con gracia suprema.

Wong miró a Kyoshi como para comprobar lo que estaba pensando. *No puedes,* bueno adivina qué.

Se encogió de hombros contra su escepticismo y siguió a sus compañeros de equipo hacia el cielo, usando la tierra y el polvo como Lek, como si no fuera gran cosa. La visión del hombre gigantesco desafiando todas las nociones de gravedad hizo que su mandíbula cayera. Parecía menos como Tierra Control y más como una artimaña espiritual, un halcón invisible levantando el bulto de Wong sobre la línea del techo. Kyoshi lo vio a él y Kirima correr sobre aleros y alféizares y los espacios en blanco de los huecos del callejón con la misma facilidad.

Todo el espectáculo había ocurrido en menos de segundos. Fue un truco alucinante. Y muy desafortunado.

Porque nadie había tenido en cuenta que Kyoshi no podía hacer eso. Ella expresamente, con la máxima certeza, no podría hacer eso.

—¡Bloquéala! — Gritó un policía detrás de ella.

Una segunda losa de roca disparada a su derecha.

Izquierda, entonces.

Corrió hacia la otra avenida más cercana y salió de la plaza antes de que se bloqueara. Inmediatamente supo que había cometido un error. El callejón se desviaba bruscamente de la dirección que los demás habían tomado. Las bifurcaciones de la calle estrecha no tenían letreros, y cada suposición posterior hizo que se perdiera aún más. Las casas se apretaron sobre ella mientras corría, prometiendo estrangularla por las branquias como un pez en una red.

Una explosión de llama disparada contra el cielo oscuro. Y luego otra, la fuente estaba ligeramente a la derecha. Rangi le estaba señalando a dónde ir. Kyoshi sintió que su corazón saltaba en un latido por su amiga. Fue eso o por la histeria de correr a toda velocidad durante tanto tiempo.

Siguió la próxima curva en dirección al incendio, pero también lo hicieron los policías. De hecho, usaron su conocimiento del diseño de la ciudad para robarle una marcha, de repente apareciendo a la vista detrás de ella. No podía volver atrás. Y adelante, se avecinaba un callejón sin salida. El callejón había sido amurallado con ladrillos.

—¡No hay salida, chica! — Gritó un oficial con admirable capacidad pulmonar.

Paso, pensó para sí misma. Haz lo que hicieron. Su voz auto reprendida sonaba muy parecida a Rangi en su cabeza.

Debería ser más fácil con más velocidad, ¿verdad? Se arrojó hacia la pared, rezando para que su lado Avatar pudiera hacer una técnica que sólo había visto una vez. Su intento en la carrera de controlar los puntales necesarios sin destruir toda la ciudad resultó sólo golpes lamentables de tierra que aparecieron delante de ella. Se derrumbaron bajo su peso, tropezando con ella. Cayó de frente hacia adelante sin control. No pudo poner los brazos delante de ella antes del impacto.

Kyoshi cerró los ojos mientras se estrellaba contra la pared. Hubo un choque terrible, una explosión de ladrillos rotos y mortero desgarrado. Cuando los abrió de nuevo, estaba del otro lado, todavía corriendo.

Ella lo atravesó sin sentir nada. Debe haberlo controlado reflexivamente, estremecida y envuelta en su propio poder como una capa. Una mirada rápida hacia atrás mostró un agujero del tamaño de Kyoshi en la pared y sorprendió a los guardias tratando de decidir si saltar a través o ir por encima.

En su distracción chocó con la esquina de una casa. El miedo a los huesos rotos la hizo abrirse paso a través de la estructura de arcilla en el instante en que sintió el dolor de impacto en su hombro. El edificio se quedó de pie, un trozo limpio de ella arrancado como una hogaza de pan muestreado.

Delante de ella, los espacios entre las tiendas de comercio cerradas eran tan estrechos que una persona más pequeña que ella habría tenido que parar y cuñarse a través de los lados. Rangi envió otra baliza. La única manera de llegar allí era volando como un pájaro. Kyoshi envió una disculpa al cosmos por el daño que estaba a punto de causar y se lanzó directamente al grupo de edificios. Si no podía ser una criatura grácil, entonces sería un ariete.

Atravesó la primera pared como si fuera papel de arroz. En el interior, cruzó el suelo en unos

pocos pasos e irrumpió en la sección vecina, perforando un pasadizo a través del grupo de almacenes. Cada sección a la que se estampó ofrecía una visión momentánea de diferentes mercancías. Bienes secos, productos húmedos, armas, marfil que era sin duda ilegal, sombreros de lujo. Se alegró de que sólo estaba arruinando el inventario y no dañando a los ocupantes vivos con escombros voladores.

Su cara se sentía tensa y apretada, se preguntaba si se había lastimado, si se había desgarrado la piel. Pero no, ella lo determinó. Estaba sonriendo con una expresión enloquecida, exultante sin pensar en su propio poder y destrucción. Una vez que se dio cuenta, rápidamente volvió a trabajar la mandíbula en un ceño fruncido sombrío y atravesó la pared de al lado.

Una sensación desconocida la hizo agitarse después de golpear la última barrera. Era libertad. Estaba en una calle ancha, yendo por el camino correcto por primera vez. Por encima de ella en los tejados, toda la tripulación saltó hábilmente de superficie en superficie, fortaleciéndose con su elemento cuando era necesario.

—Veo que hiciste tu propio atajo —gritó Kirima. El agua que la levantaba brillaba bonitamente a la luz de la luna, haciéndola parecer un hada lunar.

Kyoshi revisó detrás de ella para ver si alguien había seguido el rastro de la devastación absoluta que había dejado a través de la ciudad.

—¿Dónde está Rangi?

—Todavía en la delantera. Es una gran compañera la que tienes.

Hubo otro resplandor de luz que se asemejaba a un cohete que trepaba a la noche. Rangi se había unido al *daofei* en su nivel. Corrió tan ágilmente como lo hicieron en las tejas del techo, y cuando hubo un salto demasiado grande para hacer naturalmente, pisó chorros de fuego que estallaron de sus pies, limitados en arcos propulsivos a través del cielo.

La vista hizo que el aliento de Kyoshi se parara en el mismo momento en que lo necesitaba fluyendo. Rangi era tan hermosa, iluminada por la luna y el fuego, que dolía. Ella era la fuerza, la habilidad y la determinación envueltas alrededor de un corazón inquebrantable.

Kyoshi siempre había admirado a Rangi. Pero en este momento, se sentía como si estuviera mirando a su amiga a través de un cristal recién limpiado. Un espíritu poderoso y amoroso había bajado de los cielos y había delineado a la Maestra Fuego en nuevos trazos de color y vitalidad.

Hubo una lucha en el pecho de Kyoshi que no tenía nada que ver con lo duro que corría, notas de nostalgia y miedo tocadas en un acorde. Ella reprimió el sentimiento, no quería confrontar lo que significaba en este momento. En cualquier caso, era un mal momento para distraerse.

Pronto agotaron su suministro de casas para saltar. Llegaron a las chabolas en las afueras, causando más confusión para los residentes que habían visto a Kyoshi y Rangi dirigirse hacia adentro por la noche, pero ahora huían por sus vidas en la dirección opuesta con otras tres personas a cuestas.

Lek corrió por la copa de los árboles sin que se le dijera, tal vez entendiendo que sólo había unos pocos lugares donde se podía esconder un bisonte de diez toneladas. Kyoshi llegó a la copa a tiempo para atrapar al niño mientras Pengpeng rugía y lo volaba hacia atrás con el viento.

—¡Tranquila, chica! —tosió, sus pulmones ardían por la carrera y había inhalado polvo de construcción—. Están con nosotros.

Caminar por el cielo debe haber sido una técnica muy eficiente, porque nadie más parecía tan cansado como ella. Rangi saltó sobre el cuello de Pengpeng y desenrolló las riendas del cuerno de la silla de montar. El *daofei* subió a la espalda del bisonte, agarrando su pelaje con extraña

familiaridad. Una vez que se establecieron, Rangi llevó Pengpeng por encima de la línea de los árboles.

Lek estaba extasiado.

—¡Un bisonte! — Gritó, tamborileando el suelo de la silla de montar—. ¡Un bisonte de verdad!

—¡Cálmate! —Rangi dijo—. No es como si no pudieras verlos cerca de cualquier Templo Aire.

—Está emocionado porque solíamos tener uno propio —dijo Wong—. Un chico lindo llamado Longyan.

A pesar de su necesidad de moverse rápidamente, Rangi se detuvo, dejando a Pengpeng girando alrededor en un círculo suave e inactivo.

—Espera, ¿Cómo? —dijo—. Sólo los Nómadas Aire pueden domar a los bisontes. Los animales no escucharían a extraños si son robados.

—No robamos a Longyan —dijo Kirima—. Era el bisonte de Jesa.

Rangi entrecerró los ojos por la confusión y se volvió hacia Kyoshi.

—¿Pero no era Jesa… *tu* madre?

Kyoshi hizo una mueca. Ella vio un indulto de la conversación incómoda, aunque sólo temporal. En el suelo debajo de ellos, agitando las manos, estaba Lao Ge. Se las arregló para escapar de las docenas de hombres que lo tenían rodeado y llegó al escondite en mejor tiempo que ellos.

El *daofei* no parecía sorprendido de verlo. Rangi hizo que Pengpeng descendiera y Wong se inclinó, tomando las manos de Lao Ge y balanceándolo sobre la silla de montar, de nuevo con la facilidad de la práctica.

—Pensé que finalmente podríamos librarnos de tu piel apestosa — Gritó Lek.

—No es tan fácil —dijo Lao Ge—. ¿Alguien más tiene sed? Me vendría bien—

—Cállate —espetó Rangi. Ella fijó su mirada en Kyoshi de nuevo—. ¿Significa eso lo que creo que significa? ¿Sobre tu madre?

Se veía herida por otro secreto que se le ocultaba. Pero Kyoshi se había olvidado honestamente de mencionarlo. No había sido relevante hasta ahora.

—Sí —dijo Kyoshi tímidamente—. Mi madre era un Nómada Aire. Soy mitad Nómada Aire.

Se sentía terriblemente culpable. Ella había obligado a Rangi a absorber mucho en el último día. Descubrir que Kyoshi no era la chica del Reino Tierra que Rangi había asumido todo este tiempo era otro pequeño peso añadido a la pila.

Pero escuchar que un criminal despreciable y jefe de pandillas era un Nómada Aire habría sido suficiente para sorprender y confundir a cualquiera. La gente de todo el mundo veía a los Nómadas Aire como pregoneros iluminados que estaban libres de preocupaciones mundanas. Pertenecían a una cultura monástica benigna, pacífica y tan pura espiritualmente que cada miembro tenía la capacidad de controlar el aire.

Rangi se parecía a una niña a la que le habían dicho que los dulces escondidos debajo de su almohada habían sido dejados por sus padres en lugar del Gran Espíritu de la Cosecha. Kirima y Wong detectaron la incomodidad entre ellas y permanecieron en silencio. Lek no era tan observador.

—¿Por qué todo el mundo que se ve agrio? — Dijo, abofeteándolas a ambas en sus espaldas—. ¡Por fin tenemos un bisonte de nuevo! ¡Nuestros mejores días están por delante! — Levantó los puños en el aire y soltó un grito—. ¡La Compañía de Opera Voladora está de vuelta en el negocio!

EL ASCENSO DE KYOSHI

Acamparon a lo largo de la orilla de un arroyo seco, escondiéndose en virtud de estar en medio de la nada. Si los oficiales de Bahía Camaleón supieran en qué dirección se habían dirigido, habría tardado al menos un día en caballo de avestruz para alcanzarlos. No se molestaron en esconder el fuego que Rangi hizo estallar en el suelo para ellos. Quemando un poco más de lo que necesitaban, chisporroteando y crujiendo de combustible sin sazonar. Se comieron el último alimento seco.

Kirima y Wong se durmieron primero, sin preguntar por los turnos. Lek vadeó en el arroyo seco, recogiendo algunas piedras pulidas que le llamaron la atención antes de acomodarse para pasar la noche.

Rangi guardaba rencor por lo mal que habían ido los acontecimientos del día —casi siendo arrestados por la policía local, los *daofei* metiéndose en su campamento, las revelaciones sobre la herencia de Kyoshi— por lo que las dos participaron en una disputa silenciosa y mezquina de voluntades para ver quién se quedaba dormido después. Kyoshi tenía la ventaja, sabiendo que probablemente había una pesadilla esperándola. Se aseguró de que Rangi estuviera realmente fría antes de poner la buena manta que habían escondido de los demás sobre los hombros de la Maestra Fuego.

Kyoshi caminó a lo largo del río, tambaleándose sobre rocas del tamaño de una lápida que una vez habían estado bajo el agua, hasta que encontró a Lao Ge sentado bajo un árbol retorcido. La mitad de sus raíces habían sido lavadas por una inundación repentina de hace mucho tiempo, mientras que el resto se aferraba firmemente a la orilla. Los esfuerzos del árbol eran en vano. Se estaba muriendo.

Los ojos de Lao Ge estaban cerrados en meditación.

—Eres muy ruidosa —dijo.

Ella frunció el ceño. Había practicado el paso ligero durante años como sirvienta, para moverse como un susurro para no distraer a los invitados.

—Quiero decir que tu espíritu es ruidoso —dijo el anciano—. Suena en el aire. A veces grita. Como ahora. Tu cuerpo puede estar hasta allá, pero tu espíritu me está agarrando por los hombros y aullando en mi cara. Si fueras al Mundo Espiritual en tu condición actual, causarías un tifón del tamaño de Ba Sing Se.

—Sé quién eres —dijo Kyoshi—. Me tomó un tiempo averiguarlo, pero después de verte pelear con tantos hombres a la vez, me quedó claro.

Abrió un ojo en una pequeña grieta. Kyoshi tenía la teoría de que las personas a las que les gustaba meditar practicaban ese gesto para parecer sabias y de buen humor.

—Eres Tieguai el Inmortal —dijo Kyoshi.

—¿Uh? —Lao Ge dijo, totalmente interesado ahora—. ¿Puedo suponer que había una descripción de mí en el diario de Jesa? ¿Pelo blanco largo, gran bailarín, devastadoramente guapo?

—No tenía tantos detalles. Decía que eras una leyenda del inframundo que se rumoreaba que tenía doscientos años, pero obviamente es una gran historia.

—Por supuesto. Soy un hombre, no un espíritu, después de todo.

—Sé que eres tú por una descripción diferente —dijo Kyoshi—. *Tieguai lucha con una muleta.*

Estaba buscando a alguien con una muleta de madera o una pierna mala. Entonces te vi apoyado en tu tierra mientras luchabas contra los policías de la plaza.

Lao Ge suspiró, como si la compadeciera por sumar dos más dos. Puso las manos en las rodillas y se levantó. Luego pasó de puntillas por la red de raíces hasta que quedó cara a cara con Kyoshi.

—¿Por qué alguien como tú buscaría al Inmortal Tieguai? —dijo, ya no un anciano sino un monstruo de cabeza humana pidiendo un acertijo a cambio de un pasaje seguro—. Después de todo, tu madre nunca lo hizo. Ella sólo me llamó Lao Ge.

La raíz en la que se posó no debería haber sido capaz de sostener a un pájaro y mucho menos a un ser humano. Kyoshi tragó duro. Tenía una sensación de caer cuesta abajo, sus oídos internos rugiendo como mares entrecortados. Una incapacidad para volver al puerto.

—Porque te tenía miedo —dijo Kyoshi—. Ella no supo cuándo te uniste al grupo por primera vez, pero sus sospechas de que eras Tieguai el Asesino crecieron con el tiempo. Tieguai que mató al cuadragésimo Rey Tierra. Se dio cuenta de que estabas usando su banda de contrabando como cobertura para viajar de un lugar a otro mientras eliminabas objetivos para tus propios propósitos. Ella estaba demasiado asustada para enfrentarte.

Las entradas hechas por la mano de su madre habían sido completamente intrépidas mientras describía trabajos de contrabando peligrosos, robos y escaramuzas con las milicias locales. Eran las reflexiones de alguien que se había emocionado con la vida de un *daofei.* Pero el diario también tenía parches que estaban plagados de superstición criminal, nada más que las historias dispersas sobre una sombra que se movía a través del Reino Tierra, aniquilando vidas exaltadas y humildes de acuerdo con algún patrón desconocido.

Jesa la contrabandista había reconstruido el patrón. Cada vez que el viejo tonto de su pandilla se escapaba solo, una muerte ocurriría cerca. A veces sería un noble prominente que debería haber estado a salvo detrás de gruesas paredes y numerosos guardias.

Lao Ge —el nombre se había pegado con fuerza— bajó la cabeza y oró rápidamente por los muertos.

—Esa mujer siempre fue muy observadora. Me sorprende no haberme dado cuenta. Entonces, ¿Qué es lo que quiere su hija? ¿Llevarme ante la justicia?

—No —dijo Kyoshi—. Quiero que me enseñes a matar a alguien.

Si Lao Ge se sorprendió por su respuesta, no lo mostró.

—Golpéalos en la cabeza muy duro con una roca.

—No —repitió Kyoshi—. Controlar los elementos y matar no es lo mismo.

La imagen corrió a través de su mente, la forma en que Jianzhu había hecho tan casualmente lo indescriptible, primero a Yun y luego a Kelsang. Tan fácil como respirar.

Tenía que ser tan fácil para ella. No podía permitirse ningún bloqueo mental, ninguna duda cuando se tratara de quitarle la vida. Tenía que estar lista en todos los aspectos para cuando viera a Jianzhu.

Una brisa en el aire de la noche le enchino la piel.

—Deberías irte a dormir, chica —dijo Lao Ge—. Porque ya has aprendido la lección uno.

—Eso significa que continuaremos después —decidió probar las aguas—. ¿Sifu?

—Si y cuando crea que sea el momento adecuado.

Ella se inclinó y lo dejó a sus meditaciones, retrocediendo tanto por la desconfianza como por el respeto. Su pie era inestable y amenazó con torcer sus tobillos. Justo antes de que ella estuviera

a punto de girar, Lao Ge habló de nuevo.

—Te agradecería que no contaras a los demás sobre mis aventuras independientes —dijo—. No quiero complicar las cosas con nuestra pequeña banda alegre.

La relación entre Lao Ge y el *daofei* no era su problema. Pero si esa fuera la única ventaja que tenía para que él le enseñara, la usaría.

—Yo no soñaría con ello, Sifu.

Lao Ge sonrió benignamente. Le recordaba a Jianzhu, pero más genuino. Llegó a sus ojos. No tenía necesidad de ocultarle lo que era.

—Y a cambio, guardaré *tu* secreto —dijo—. Kyoshi.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

EL ACUERDO

Kyoshi durmió mal, inquieta durante la noche por lo que el anciano había dicho. *Su secreto*. Primero Tagaka y ahora Lao Ge. Si cada anciano pudiera mirarle a los ojos y deducir que tenía un poder inusual, o era el Avatar, entonces estaría en problemas. Los únicos maestros de los que podría aprender serían bebés como Lek.

Un dedo que le dio en las costillas la despertó. Araño la superficie dura debajo de ella, la suciedad llenando sus dedos en lugar de sus sábanas. Se encontró extrañando su cama.

—Levántate —dijo Rangi. El sol no había salido todavía, y el fuego todavía tenía unas pocas brasas rojas brillando en él. Lao Ge no se vio por ningún lado, y los otros estaban absortos en un concurso de ronquidos de tres bandas. La luz gris antes del amanecer hizo que la orilla del rio polvoriento pareciera haber sido tratada con lejía, robándose el color y vitalidad.

Kyoshi se puso de pie tambaleándose. Después algún movimiento en la noche, la buena manta se había caído al suelo.

—¿Qu…qué?

Rangi la empujó a lo largo de la orilla, en la dirección opuesta que había tomado anoche.

—¿Querías entrenamiento? Bueno, vas a entrenar. A partir de hoy. Ahora.

Caminaron, Kyoshi se sintió como una prisionera mientras Rangi la empujaba bruscamente cada cierto tiempo por no moverse lo suficientemente rápido. Pusieron cierta distancia entre ellas y el campamento, pero mucho menos de la que Kyoshi pensaba en el momento en que Rangi le ordenó que se detuviera.

Una serie de montículos de hierba los protegía de la vista de los demás, pero las pequeñas colinas no eran muy altas.

—Vamos a ver tu postura de Montura —dijo Rangi—. No vamos a pasar por alto los conceptos básicos que el movimiento de Tierra Control tiene en común con el Fuego Control.

—¿Vamos a hacer Fuego Control? ¿Aquí? —cualquiera que viniera en busca de ellas sin duda comprobaría este lugar. Habían dejado a Pengpeng solo con criminales que la codiciaban.

—Estamos revisando lo básico, no haciendo llamas —dijo Rangi—. Dudo que necesites mucha instrucción matizada y de alto nivel en este momento. ¿Puedes incluso mantener una postura de Maestra Control durante diez minutos?

—*¡¿Diez minutos?!* —Kyoshi había oído que cinco era una meta admirable, una que nunca alcanzaría.

Había indicio de una sonrisa en los labios de Rangi.

—Postura de Montura. Ahora. No se lo repito a mis estudiantes dos veces.

Tres minutos, y Kyoshi sabía lo que era esto. Castigo. La quemadura en los muslos y la espalda, el dolor en sus rodillas era una retribución por no contarle todo a Rangi.

—Mira, lo siento —dijo.

Rangi descansó su codo en la otra mano y examinó sus uñas.

—Se te permite hablar una vez que tus caderas estén paralelas al suelo.

Kyoshi juró y reajustó sus huesos. Esto tenía que ser un ejercicio destinado a personas de menos altura.

—Debería haberte dicho que mi madre era un Nómada Aire. No pensé que fuera relevante.

Rangi parecía satisfecha con la disculpa. O por la cantidad de dolor que estaba infligiendo a Kyoshi.

—¡Es relevante! —dijo—. ¡Los Nómadas Aire no son forajidos! Esto es como descubrir que tenías una segunda cabeza escondida bajo tus túnicas todo el tiempo.

Tal vez satisfacer la curiosidad de Rangi la sacaría de la postura de Montura antes.

—Mi madre era una monja nacida en el Templo del Aire del Oeste —dijo Kyoshi—. No sé mucho de su vida temprana aparte de que se convirtió en maestra a tempranda edad y fue muy apreciada.

Hablar proporcionó una distracción útil del ácido que se comía sus músculos.

—Entonces, en un viaje a través del Reino Tierra, conoció a mi padre en un pequeño pueblo en alguna parte. *Él* era un *daofei.* Un Maestro Tierra y un ladrón de poca monta.

—Ugh, ya puedo ver a dónde va esto —dijo Rangi.

—Sí. La arrastró a un plan, y ella se enamoró tanto de él como de la vida de un forajido. Debe haber nacido en la existencia equivocada como un Nómada Aire, porque tatuó sus flechas con serpientes y se sumergió en el inframundo con todo su ser, buscando más 'aventura'.

Rangi negó con la cabeza, todavía no era capaz de superar que un Maestro Aire se volviera un forajido.

—Eso es sólo… tan extraño.

—Oíste a los demás hablar de ella. Se convirtió en una figura relativamente grande entre el *daofei,* más que mi padre. Pero su Aire Control sufría de una mancha espiritual. O eso dice su diario. Dejarse absorber por las preocupaciones mundanas y la codicia, hizo que su poder disminuyera. Así que ella lo compensó.

—Con un par de abanicos —dijo Rangi, chaqueando los dedos por un misterio resuelto—. Por mi vida no pude entender por qué tenías abanicos como Maestra Tierra. No pregunté porque pensé que podría haber sido un tema delicado.

—Lo es—. El dolor abrasador en sus piernas había sido reemplazado por una agonía más opaca y manejable—. ¿Por qué crees que nunca le dije a Kelsang? *¿Oh, por cierto, soy el producto de una de las peores desgracias para tu cultura en la memoria reciente?* En el momento en que tenía la edad suficiente para considerar mencionarlo, no tenía sentido. Tenía mi trabajo. Te había conocido.

—Cinco minutos —dijo Rangi—. No está mal.

Kyoshi empujó el dolor a la parte de atrás de su mente.

—Creo que puedo seguir adelante.

Rangi dio una vuelta a su alrededor, comprobando su postura desde todos los ángulos.

—Es mortificante. Un Maestro Aire abandonando su espiritualidad por una vida baja. Sin ofender.

—Para nada. Tampoco me sienta bien.

Rangi la empujo por la parte de atrás.

—Prométeme que nunca tirarás tu vida por la borda por un chico —dijo, con su voz recubierta de desdén.

Kyoshi se rio.

—No lo haré. Además, quién podría valer la pena…

Todo el peso de lo que estaba diciendo la golpeo en medio de la cara como una puerta pesada. Sus entrañas hirvieron de asco a su propia debilidad.

Se había permitido reír. Había pronunciado el nombre de Kelsang en voz alta sin maldecir el de Jianzhu en el mismo aliento. Y lo peor de todo, se había olvidado de Yun. No importaba cuánto tiempo durara el lapso. Liberar su control sobre él, incluso por un segundo, era imperdonable.

Rangi también lo sabía. Su rostro se contorsionó, y se dio la vuelta. Kyoshi recordó lo que Lao Ge había dicho acerca de que su espíritu hacía demasiado ruido. Ver a Rangi quieta con su cara marcada de pena, debido a aquella pequeña lección. Las dos tenían tormentas dentro.

Kyoshi tenía que ser más fuerte, en cuerpo y mente. Los momentos de felicidad fueron como pruebas útiles, líquidos probando las grietas en un frasco. Cuanto menos se produjeran, mayor era la posibilidad de que ella estuviera en el camino correcto para la venganza.

Todavía estaba en una postura baja. Recordó el ineficaz Puño de Fuego que había lanzado en la cara de Jianzhu. Tal vez si hubiera abrazado su habilidad de fuego antes, podría haberlo acabado en ese momento.

—Déjame intentar producir una llama —dijo Kyoshi.

Rangi levantó la vista y frunció el ceño.

La reeducación de Kyoshi a su causa se sentía caliente y amarga dentro de ella, como el vapor en una tetera taponada. Estaba segura de que, si lo dejaba salir, podía disparar.

—Puños de Fuego —dijo—. Creo que puedo hacerlos con llamas reales ahora. Siento que va a funcionar.

— No—. Dijo Rangi.

—¿No? —Kyoshi se sorprendió por su certeza. El Fuego Control se sentía tan real, tan cerca.

—¿Qué quieres decir, con 'no'?

—Quiero decir que no. Estas tan tensa como un león armadillo enrollado en este momento. Vas a producir el tipo equivocado de llama y desarrollar malos hábitos. Mira.

Rangi se puso a un lado. Sin previo aviso, cayó en su postura y golpeó el aire, rompiéndose las mangas con la fuerza de su movimiento. Kyoshi podía ver sus nudillos arder como la punta de un palo de incienso.

—Primero tienes que trabajar en la relajación y la coordinación mental —dijo Rangi—. Las primeras lecciones de fuego se tratan de suprimir la llama y mantenerla controlada. Para un principiante, hacer fuego visible significa fracaso.

Kyoshi se burló de sí misma. No producir llama había sido la causa de sus problemas desde el principio.

—Entonces déjame probar lo que hiciste—. Ella plantó sus pies en mimetismo de Rangi y cerró sus puños.

—Kyoshi. *No.*

Se imaginó la cara de Jianzhu, inhalo, y golpeó.

Su única experiencia en las llamas había sido como sacudir algo suelto, hizo que su respiración

saliera de sus pulmones y hacerlo encender en llamas. Demasiado fácil. La energía corrió por su brazo y se estrelló contra sus dedos. Lo que hizo que sus nervios se iluminaran visiblemente, como si hubiera agarrado un carbón al rojo vivo directamente de la estufa.

En lugar del brillo nítido que Rangi produjo, el calor que salió del puño de Kyoshi fue errático, alternando, como un estallido de agua añadido al aceite caliente. Continuó durante demasiado tiempo y causó demasiado dolor. Kyoshi cayó sobre su espalda y trató de alejarse de cualquier objetivo. Se las arregló para apuntar su mano al cielo a tiempo. Un pequeño, contorsionado pico de humo negro salió de sus dedos.

Kyoshi se sentó. Rangi vio la patética bola de vapor subir al aire. Luego le dio a Kyoshi una mirada que era lo suficientemente dura como para aplanar hierro.

Fueron salvados de una difícil conversación por Lek. Él llegó a la colina junto a ellas y rastreó el camino del humo con el dedo.

—¿Qué clase de miserable Fuego Control fue ese? —dijo burlándose. Dirigió la pregunta a Rangi, sin haber visto la fuente.

Rangi cruzó sus brazos.

—Tuve un colapso momentáneo de la disciplina —dijo, todavía mirando a Kyoshi—. No volverá a suceder. No si alguna vez quiero disparar correctamente.

Lek se encogió de hombros.

—Anímense; Sólo preguntaba. Si ustedes dos han terminado de colapsar, el desayuno está listo.

El desayuno era una especie de roedor, cazado, destripado, despellejado y quemado hasta el punto de la irreconocible. Kyoshi y Rangi comieron con mordeduras grandes y enojadas mientras se sentaban con el *daofei* alrededor del fuego reconstruido, cada una tratando de mostrar a la otra lo molestas que estaban a través de un roer agresivo.

Lek se olvidó de su porción mientras las miraba, asombrado.

—No pensé que una princesa del ejército y una sirvienta de una lujosa mansión se comieran una rata elefante.

—Entrenamiento de supervivencia en la academia —dijo Rangi, rompiendo un hueso con los dedos para llegar a la médula—. Aprendimos a aceptar cualquier alimento que pudiéramos encontrar en la naturaleza.

—Solía comer de la basura —dijo Kyoshi. Eso atrajo miradas del grupo.

—Pensé que Jesa y Hark te habían dejado en un pueblo agrícola —dijo Kirima.

—Eso no significa que los granjeros compartieran su comida conmigo—. Kyoshi trabajó su lengua alrededor de una fibra de carne atrapada en sus dientes—. Puede que no supieran que yo era hija de forajidos, pero yo seguía siendo una marginada allí. Me trataron como si fuera inmundicia. Y luego tuve que hacer cosas como estas para sobrevivir, así que ya saben. Profecía autocumplida.

—Razones como esa son por las que no soporto a la gente respetuosa de la ley, la sal de la tierra —dijo Wong—. Es la actitud de 'soy-mas-santo-que-tú'. La hipocresía—. Se limpió las manos en una hoja—. Si acaso, *merecen* ser noqueados y robados regularmente.

Se dio cuenta de que Kyoshi lo miraba fijamente.

—¿Qué? —dijo—. Practico lo que predico.

— Debes haber odiado sus agallas —dijo Kirima.

—¿De los aldeanos? En realidad, no—. Kyoshi descubrió que lo decía en serio—. No tanto como a la gente que me dejó con ellos.

Lek arrojó los restos de su comida al fuego y se fue, echando humo en silencio. Desapareció del otro lado de Pengpeng, el único miembro del equipo que parecía hacerlo feliz.

—Muy bien, ¿Cuál es su problema? —gruño Kyoshi—. Cada vez que digo un hecho o una opinión sobre mis padres, él tiene un ataque.

—Eso es porque los idolatraba —dijo Kirima—. Lo recogimos en una ciudad fuera del Oasis de las Palmeras. Acababa de perder a su hermano, la última familia que le quedaba. Hark y Jesa lo acogieron por unos días, y resultó útil en un trabajo, así que le enseñaron más y más del oficio hasta que se convirtió en un seguidor más estricto del código de la ley que el resto de nosotros. Adoraba el suelo por el que caminaban.

Tal vez Kirima tenía la intención de calmar a la bestia dentro de Kyoshi, pero en su lugar era como si hubiera manchado su nariz con sangre fresca.

—Oh, lo siento —dijo Kyoshi, el valor de toda una vida de ironía no utilizada—. Recordaré ser más amable con el niño que mi madre y mi padre decidieron criar en lugar de mí.

Kirima hizo un gesto con los pulgares para indicar lo poco que le importaba el tema.

—¿Qué hay de ti? —preguntó a Rangi—. ¿Qué hace una joven noble brillante como tú con una campesina de la Tierra?

El mero recordatorio de su deber hizo que Rangi se sentara más recta.

—Tengo el honor de seguir y proteger a Kyoshi—

—¡No! —Kirima dijo, arrepentida de haber preguntado—. Te voy a cortar justo ahí. La última vez que escuché a un Maestro Fuego hablar de 'honor' mis oídos casi se pudrieron de mi cráneo. Tuve que echarlo de mi cama con los dos pies.

Ella y Wong se levantaron. Los dos *daofei* mayores no sintieron la necesidad de corresponder con sus historias de vida. Wong apuntó dos dedos a la fogata y la hundió unos metros en el suelo antes de cubrirla. Su tamaño desmentía la destreza de su Tierra Control. De hecho, había confirmado anoche que todos los miembros de la banda de sus padres tenían finura de sobra. La calidad exacta que le faltaba.

—Tenemos que hablar —dijo Kyoshi, levantándose también—. Anoche nos interrumpieron antes de aceptar nada.

—Oh, vamos, ¿En serio? —Kirima dijo—. Después de lo que hemos pasado, ¿Quieres tomar tu bisonte y dejarnos en medio de la nada?

—Compartimos una comida —dijo Wong, luciendo realmente dolido—. Golpeamos a los policías juntos.

—Mis demandas no han cambiado —dijo Kyoshi—. Quiero entrenamiento control, y los únicos maestros alrededor son ustedes. *Me enseñarán.* Personalmente.

—¿Por qué me estás metiendo en esto, chica Tierra? —Kirima dijo—. ¿Quieres aprender técnicas de Agua Control para relajarte y mejorar tu circulación?

Kyoshi había preparado una respuesta de la noche a la mañana para este propósito.

EL ASCENSO DE KYOSHI

—La sabiduría puede ser obtenida de todas las naciones —dijo, usando una cita de Kelsang—. Si aprender sobre los otros elementos puede hacerme más fuerte, entonces lo haré.

—¿Estas desesperada por venganza, eh? —Kirima dijo—. ¿Quién es este hombre poderoso que te ha hecho daño? Nunca nos dijiste su nombre.

—Eso es porque no necesitan saberlo—. Kyoshi no quería hablar de Jianzhu. Era demasiado famoso en todo el Reino Tierra. Lo mismo hizo con su identidad como el Avatar. La información sobre su vínculo podría extenderse, dándole un rastro para cazarla antes de que ella estuviera lista para luchar contra él.

Cada ventaja contaría en esta batalla. Kyoshi recordó la forma en que la banda de sus padres había volado sobre los tejados anoche, sin obstáculos. Prácticamente habían alcanzado las mismas alturas que Jianzhu con sus puentes de piedra.

—Quiero aprender a correr por el cielo —dijo—. Como lo hicieron en la ciudad.

—¿El paso de polvo? —Wong preguntó. Su rostro generalmente impasible tomó un borde de seriedad.

—Es la técnica característica de nuestro grupo —dijo Kirima—. Aunque para mí es 'paso de niebla'. Y no es algo que se obtiene de forma gratuita.

La atmósfera había cambiado. Anteriormente el *daofei* había tratado las demandas de Kyoshi como divertidas, ladridos de un cachorro tratando de parecer feroz. Esta fue la primera vez que se habían vuelto realmente cautelosos y vigilantes, como si pudieran ser estafados en el comercio.

Rangi notó sus reservas.

—Están actuando muy en serios sobre una técnica que se podría repetir después de verla una vez —dijo.

Kirima la miró fijamente.

—Otros grupos probablemente te habrían matado por eso —dijo sin un toque de broma—. No duras mucho en nuestro mundo dejando que todos vean tus ventajas. Los secretos son nuestra forma de sobrevivir.

Volvió la vista a Kyoshi.

—Te enseñaremos, eso significa que estás dentro. De verdad, y de por vida. Tendrías que jurar y seguir nuestros códigos. A los ojos de aquellos que acatan la ley, serías un *daofei.*

Sería como Tagaka, pensó Kyoshi. *Sería como mis padres.* Ella mantuvo la repulsión dentro de ella y asintió

—Entiendo.

—¡Kyoshi, piensa en lo que estás haciendo! —Rangi gritó.

—Moño tiene razón, esta vez —dijo Wong—. No se toman estos votos a la ligera. Significa aceptarnos como hermanos y hermanas—. Levantó las cejas, mostrando los blancos de sus ojos—. Desde que nos conocimos nos has estado mirando por la nariz. ¿Puede su señoría asociarse con gente tan *inmunda?*

El gran hombre era más incisivo de lo que parecía. Kyoshi sabía lo que era estar en el extremo receptor del desdén.

Su respuesta fue sí. En lo que a ella respectaba, su honor personal y su reputación no tenían ningún valor. Operar con ellos por más poder era una elección fácil. Ella lo haría. Por Kelsang y Yun.

EL ASCENSO DE Kyoshi

Prácticamente podía sentir la decepción de Rangi vibrando a través del suelo.

—¿Cuáles son estos juramentos? —preguntó Kyoshi.

Según Kirima, la ceremonia de juramento debía tener lugar en una gran sala, con el iniciado de pie bajo un arco de espadas y lanzas. Tendrían que improvisar. Kyoshi tomó un lugar junto a la orilla del río mientras Wong estaba detrás de ella y sostenía una navaja sobre su cabeza.

Kirima hizo que Kyoshi hiciera el mismo saludo extraño que la banda había usado la noche anterior en la casa de té. La mano izquierda aplanada representaba a la gente cuadrada, la comunidad respetuosa de la ley, mientras que el puño derecho golpeándola hacia abajo representaba a los seguidores de los forajidos. Por si Kyoshi olvidaba que se unía a las fuerzas de la oscuridad.

Rangi permanencia alejada, pero asegurándose de permanecer dentro de su campo de visión para que todos pudieran ver lo enojada y desaprobadora que estaba todo el tiempo. Kirima la ignoró mientras dirigía la ceremonia. Según la Maestra Agua, normalmente había cincuenta y cuatro juramentos que tenían que ser tomados, recitados de memoria por el nuevo miembro de la banda. Ella había decidido dejar a Kyoshi ir por lo fácil con sólo los tres más importantes.

—Oh espíritus —exclamó Kirima— un perdido viene a nosotros, buscando el abrazo de la familia. Pero ¿Cómo sabremos que su corazón es verdadero? ¿Cómo sabremos que sigue el Código?

—Haré estos juramentos —dijo Kyoshi en respuesta—. Juro defender a mis hermanos y hermanas, y obedecer las órdenes de los sabios. Sus parientes serán mis parientes, su sangre mi sangre. Si no mantengo este voto, que me corten hasta la muerte con una variedad de cuchillos.

Las palabras eran fáciles de decir. No causaron conflicto en su espíritu. Yun y Kelsang habían sido su sangre. Debería haberlos defendido con cada pedazo de su ser. Podrían haber vivido, si hubiera abrazado su poder más plenamente.

—Siguiente —dijo Kyoshi—. Juro no seguir a ningún gobernante y estar en deuda con ninguna ley. En caso de que me convierta en el lacayo de cualquier corona o país, que me destrocen los rayos.

Como buena ciudadana del Reino Tierra, esta línea la puso un poco más nerviosa. Yun siempre había dicho que el Avatar tenía que actuar independientemente de las Cuatro Naciones. Pero ignorar la ley y el orden por completo se sentía como un extremo en aras de los extremos. ¿Sus padres caminaron por la calle tratando de hacer alarde de cada estatuto y costumbre que se les ocurrió?

—Deja de distraerte —dijo Kirima.

Kyoshi tosió y se enderezó.

—Por último, juro nunca ganarme la vida honestamente de aquellos que respetan la ley. No aceptaré ningún salario legítimo ni trabajaré por ningún hombre legítimo. Si alguna vez acepto monedas por mis labores, que me corten en pedazos con una variedad de cuchillos.

No vio la diferencia entre el primer y el tercer castigo. Y el último juramento fue quizás el más hostil para su ser. De vuelta en Yokoya, un trabajo estable había sido la única barrera entre ella y

la muerte.

Ya no soy esa persona, Kyoshi se recordó a sí misma. *Esa chica se ha ido y nunca volverá.*

Con su tercer voto, se acabó.

—No veo a ningún extraño delante de mí, sino una hermana —dijo Kirima. Los espíritus han dado testimonio. Que nuestra familia prospere en los días venideros—. Saludó a Kyoshi y dio un paso atrás.

Algo muy pesado golpeó los omoplatos de Kyoshi, y ella entró momentáneamente en pánico, temiendo un ataque por detrás. La sensación era demasiado similar a la roca que Jianzhu había encerrado alrededor de sus muñecas. Pero era sólo Wong que le dio una palmadita de felicitación en los hombros.

—Bienvenida al otro lado —dijo, sonriendo. Pasó junto a ella como si hubieran terminado de reorganizar los muebles y se unió a Kirima para volver al campamento.

Kyoshi parpadeó.

—¿Eso es todo? ¿Y ahora qué sigue?

—Lo que sigue es que dejaremos este lugar montados en tu bisonte—dijo Kirima sin volver su vista hacia ella—. Tan pronto como podamos.

La dejaron sola con Rangi. En lugar de regañar a Kyoshi, la Maestra Fuego simplemente se encogió de hombros diciendo: *Obtuviste lo que pagaste.*

Kirima y Wong ya estaban limpiando los restos del campamento cuando los alcanzaron. El gran hombre tuvo especial cuidado para cubrir sus huellas, barriendo el polvo sobre los signos de su presencia con pequeños pivotes de movimiento de tierra.

—El trato fue para lecciones —dijo Kyoshi.

—Y los conseguirás, una vez que tengamos algún botín —dijo Kirima. Revisó el nivel de su bolsa de agua e hizo una mueca—. Incluso los pequeños buscadores de venganza necesitan comida y dinero para sobrevivir. Por si no te has dado cuenta, estamos fuera de ambos. No voy a comer rata elefante durante dos días seguidos.

Kyoshi arrugo sus labios por la frustración. Habían promocionado tanto la seriedad de los juramentos que pensó que empezarían a tratarla como a igual después de que ella los tomó. En vez de eso, la trataban como a Lek.

Ella tenía que establecer una mejor posición en la jerarquía o de lo contrario esto continuaría para siempre.

Cuando Wong se acercó a recoger una manta, ella la pisó, clavándola en suelo.

Se puso de pie y le dio una mirada que probablemente había anunciado innumerables peleas en el pasado.

Kyoshi cruzó los brazos y se encontró con su mirada. No era más peligroso que Tagaka o Jianzhu.

Después de tratar de enfrentarse mutuamente sólo por el poder de su mente, Wong rompió el silencio.

—Sigue actuando como una mocosa, y nunca te enseñaré a usar tus abanicos —dijo.

Kyoshi iba a replicar por instinto, pero la implicación la hizo hacer una pausa y dar un paso atrás. Sacó a uno de sus abanicos.

—Tu… ¿Sabes cómo utilizar estos?

Habían sido un rompecabezas hasta ahora. Rangi había echado un vistazo a las armas antes,

probado su equilibrio, y llegó a la conclusión de que no podía enseñar mucho a Kyoshi acerca de ellos, aparte de usarlos como palos cortos y pesados en su estado plegado.

—*No son parte del currículum de la Academia de Fuego* —había dicho con un encogimiento de hombros—*. Tal vez puedas meterlos a escondidas en lugares en los que no podrías tomar una espada.*

Wong tomó el abanico de la mano de Kyoshi y lo abrió. Lo arrojó al aire y giró perfectamente a su alrededor, la hoja trazó círculos perfectos mientras volaba. Giró sobre sí mismo y atrapó el abanico a sus espaldas antes de levantarlo coquetamente a su cara.

La peonía derrama su belleza ante la luna,

Cantó con una voz profunda, hermosa y vibrante, utilizando la superficie del abanico para reflejar y amplificar el sonido.

Avergonzado por la luz de un espíritu tan puro
salto a coger sus pétalos
y llorar por lo que he dejado sin decir.

EL ASCENSO DE

Movió el abanico a su alrededor en una serie de gestos revoloteando, la hoja abriéndose y cerrándose rápidamente como el batir de alas de un insecto. Era un baile de actuación experta. Pero Kyoshi sabía que también podría haber sido una secuencia de ataques, defensa, evasión y represalias contra múltiples oponentes.

Con un florecimiento, Wong terminó la actuación en una pose heroica tradicional, una postura profunda con los brazos extendidos, con la cabeza tambaleante intencionalmente de lado a lado con la energía sobrante de sus movimientos. Era un escaparate de poesía clásica, más antigua que la vieja escuela. La tía Mui se habría desmayado de alegría.

Kyoshi aplaudió, la única respuesta apropiada a una muestra de habilidad tan grande.

—¿De dónde salió eso? —preguntó.

—Hark. Tenemos un linaje por el lado de tu padre que se remonta a una de las escuelas de Teatro Real en Ba Sing Se —dijo Kirima—. Y nuestra actuación es lo suficientemente aguda como para tener una cobertura plausible en las ciudades que visitamos. Somos la *Compañía de Opera Voladora,* después de todo.

Levantó una pierna detrás de ella, sobre su cabeza, y la mantuvo en marcha hasta que completó una rueda de carreta sin manos, un movimiento que los bailarines de élite guardaron para el clímax de sus actuaciones. Kirima parecía que podría haber hecho sus compras en el mercado, viajando de esa manera.

Kyoshi estaba asombrada. Eso explicaría cómo eran tan ligeros de pies. Los intérpretes del Teatro Real eran conocidos por ser algunas de las personas más capaces físicamente en el Reino Tierra, capaces de imitar docenas de estilos marciales en el escenario y realizar acrobacias peligrosas sin lastimarse. La hizo sentir mejor sobre el acuerdo que habían alcanzado. Podría obtener un poco de valor extra del grupo.

Wong cerro el abanico y se lo devolvió.

—Te enseñaré a usar esto —dijo—. Por una quinta parte de sus acciones en cualquier trabajo

futuro que hagamos.

—Trato hecho —dijo Kyoshi rápidamente. Ella no sabía cuáles eran las acciones, pero habría pagado casi cualquier precio para entender mejor sus armas.

Rangi y Kirima se golpearon las manos contra la frente, pero por diferentes razones.

—Podrías haber conseguido al menos la mitad —le dijo Kirima a Wong.

Lek asomó la cabeza alrededor del lado de Pengpeng.

—¿Quieren ponerse en marcha? ¿O quieren sentarse aquí para frotándose las espaldas todo el día? —dijo.

—Oye, Lek, adivina quién es el nuevo miembro de la banda —dijo Kirima—. Oficial y todo.

Lek frunció el ceño.

—¡No puede ser serio! —gritó. Agitó su brazo a Kyoshi como si fuera un jarrón falso que habían traído a casa—. ¡Ella no se preocupa por el Código! ¡Ella es débil como una paja! ¡Ella es más cuadrada que el agujero en una moneda del Reino Tierra!

—Y tiene bisontes —espetó Kyoshi—. Así que a menos que te guste caminar, te sugiero que me trates como parte de tu estúpida familia de forajidos—. Si Kirima o Wong se ofendieron por su despectiva actitud hacia el *daofei,* no lo mostraron.

—Nunca te llamaré mi pariente —escupió Lek. Volvió a hacer ajustes finales en las riendas de Pengpeng. Había ensillado el bisonte gigante por sí mismo, en un tiempo impresionante también. Ni Kyoshi ni Rangi pudieron encontrar ninguna falla con el trabajo que había hecho mientras montaban Pengpeng.

Lek se ofendió por cómo estaban examinando su trabajo.

—Sé lo que estoy haciendo —dijo—. Probablemente tengo más práctica que ustedes dos.

—Si estamos siendo completamente honestos, toda nuestra reputación se construyó sobre el bisonte de Jesa —dijo Kirima—. Podríamos hablar de nuestras buenas hazañas, pero Longyan hizo todo el trabajo. El contrabando es fácil cuando puedes volar sobre los puntos de control.

Ella y Wong terminaron de cargar y subieron a la espalda de Pengpeng. Rangi marcó su territorio en el asiento del conductor, retando a Lek a desafiarla por el puesto. Compensó su rebaja en el orden jerárquico sacando un mapa de su bolsillo. Los líderes *reales* navegaban y programaban la ruta.

—Vamos a un puesto de reunión en las montañas a las afueras de Ba Sing Se —dijo, señalando en algún punto del mapa con el dedo—. Recibiremos las últimas noticias de otros grupos y encontraremos algunos trabajos fáciles para volver a meter los pies en el agua.

Rangi despegó. El sol creciente de la mañana no se había vuelto opresivo. Y con el trabajo de preparación hecho por manos adicionales, la subida sin prisas de Pengpeng al aire fresco casi se sentía relajante.

—¿Cómo es que ustedes dos obtuvieron un bisonte?

La pregunta repentina de Lek estaba tejida de sospecha y celos.

—Ninguna de ustedes fue criada como Nómada Aire —dijo—. Y esta chica —le dijo a Kyoshi señalando a Rangi— nunca te dejaría volarla a menos que ya te hubiera conocido desde hace mucho tiempo. ¿Se la robaste a un amigo Maestro Aire?

En su cabeza, Kyoshi dio las gracias en silencio a Lek por recordarle su deber. Aquí era donde necesitaba quedarse. Abajo en el lodo, pintado en odio para ella y su enemigo, no volando en el viento con Kelsang.

—Sí —dijo Kyoshi—. Lo hice.

Rangi le dio una mirada de preocupación, sin entender por qué mentiría. Lek negó con la cabeza con disgusto.

—¿Separar a un monje de su bisonte? —dijo—. Eso es frío. Aunque debería haber esperado un comportamiento tan bajo de alguien que no respeta a sus padres.

Kyoshi no dijo nada y miró a la distancia, donde el horizonte se rompió en formaciones irregulares contra el cielo. La sensación vacía era buena. La absolvió de elección, le permitió pensar en sí misma como simplemente un recipiente, un agente del equilibrio.

Pero su tranquilidad se rompió cuando notó que faltaba algo.

—Esperen —dijo ella, dando la vuelta en la silla de montar—. ¿Dónde está Lao Ge?

EL ASCENSO DE
KYOSHI

OBLIGACIONES

—Siempre tuve la sensación de que una fiesta elegante me haría pedazos —murmuró Jianzhu.

Hei-Ran y él estaban en la biblioteca principal, rodeados por la colección de mapas. Las mejores y cómicas peores representaciones del mundo conocido fueron publicadas en las paredes detrás de paneles de cristal impecable. Las páginas irregulares y muy utilizadas de los libros náuticos colgaban junto a los mapas de telas se manchaban del color del té ahumado. A Jianzhu le gustó esta habitación. Retrató el avance de la comprensión humana.

Hei-Ran había insistido en que se reunieran dos veces al día desde el incidente, independientemente de si había habido actualizaciones. Esta tarde, había habido una actualización.

Terminó de leer la invitación estampada con la insignia del jabalí volador y la arrojó en el escritorio.

—*"La familia Beifong desea hacer una celebración para el Avatar, conmemorando su victoria sobre los piratas del Mar oriental frente a los sabios reunidos del Reino Tierra"* Jianzhu, este es un desastre más grande que esa 'victoria'. Pensé que Lu Beifong accedió a mantenerse fuera cuando se trataba del Avatar.

—Lo hizo. Es Hui quien está detrás de esto—. Jianzhu abrió la carta entre los dedos, anhelando un implemento más afilado y algo para marcar en el—. Ha estado en este juego durante el último año más o menos, susurrando al oído de Lu que entrenar al Avatar no debe dejarse a un hombre de orígenes tan humildes—. Bajó el cuchillo de metal—. Hui puede tener un punto. Mira cómo resultó Kuruk.

—Éramos niños en ese entonces, y también Kuruk —dijo Hei-Ran—. No era nuestra responsabilidad criarlo.

—Hui todavía lo presenta como una huelga contra nosotros —dijo Jianzhu—. ¿Respondió Shaw sobre los shirshus?

—No. E incluso si lo hiciera, no habría tiempo suficiente antes de esta *fiesta*—. Una cosa que Hei-Ran compartía con Jianzhu era el desdén por las frivolidades. Se tronó los nudillos—. Podríamos decir que el Avatar está enfermo.

—Podríamos, pero luego parecería un mal guardián que no puede mantener sano al niño más importante del mundo. Hui enviará médicos, herbolarios y curanderos espirituales, insistiendo en ver al Avatar en persona para recibir tratamiento. Cada vez que alejemos a sus agentes, sembrará más sospechas entre los otros sabios.

—No, la verdad saldrá —dijo Jianzhu, recostándose en su silla—. Es simplemente una cuestión de cuánto tiempo podemos retrasarlo.

La mente militar de Hei-Ran ya se estaba adaptando.

—Entonces tenemos que consolidar a sus aliados. Averigua qué sabios se quedarán a tu lado después de que esta debacle salga a la luz. Va a terminar con tu parte contra la suya, y ahora mismo no tenemos un conteo de esos números.

Jianzhu sonrió cuando esa posibilidad le rodó en su cabeza, esperando ser halada. Siempre podía contar con su amiga para sembrarle de ideas. Estas reuniones forzadas habían dado sus frutos.

EL ASCENSO DE KYOSHI

—Tenemos que hacer algo así —dijo. Puso las puntas de sus dedos juntos—. ¿Cómo está tu guardarropa en estos días?

Hei-Ran le dio una mirada que decía que debía alegrarse de que no tuviera el abrecartas en sus manos.

—Sólo quería asegurarme de que tienes un buen vestido listo —dijo inocentemente—. Tenemos una fiesta elegante a la que asistir.

Sin Pengpeng, hicieron el viaje a Gaoling a la antigua. Lentamente. En una caravana grande. Con muchos regalos a remolque.

Para cuando llegaron a la finca, Jianzhu había llegado a una nueva política que tendría que promulgar. Los Maestros Tierra, la élite más élite del reino, necesitaba aplanar cada centímetro de las carreteras. Ningún costo sería demasiado grande si significara no tener que sufrir nunca otro viaje que rebotara el cráneo y que retuerza los dientes por caminos accidentados.

Salió de su celda de prisión en un movimiento y entrecerró los ojos ante la brillante gloria de la mansión de Beifong. Si había algo que había aprendido cuando estaba construyendo su propia finca en Yokoya, era que las casas de los ricos eran esencialmente iguales. Paredes para mantener a la gente del pueblo fuera. Un jardín lo más grande posible para mostrar humildad ante la naturaleza. Un barrio residencial donde esa humildad fuese completamente olvidada, preferiblemente con la mayor incrustación de oro y plata posible.

El chambelán Hui los saludó a la cabeza de una columna de lacayos. El burócrata bajo y fornido se protegió del sol con una sombrilla.

—Maestro Jianzhu —dijo, elevando la sombra para revelar una cara canosa, como ladrillo. Siempre sorprendió a Jianzhu cómo se veía el hombre como si pasara sus días rompiendo rocas con un pico cuando el objeto más pesado que levantaba era el sello de marfil de su amo—. ¿Cómo estuvo su viaje?

Innecesario y rechinante, como tú.

—Muy agradable, Chambelán Hui, de lo más agradable de hecho. Siempre es el máximo placer examinar de cerca a nuestra magnífica nación.

El siguiente carruaje en el tren hizo un alto, caballos de avestruz estampando los pies hasta que el peso detrás de ellos se detuvo. Hui abrió la puerta él mismo, probablemente para que pudiera ser el primero en tomar la mano del ocupante.

—Directora —dijo, proporcionando ayuda innecesaria a Hei-Ran—. Se ve radiante. Le juro que ha salido de las páginas de la mejor poesía de amor de Yuan Zhen.

Inclino su sombrilla como si el sol fuera mortal en su piel. No era como si el calor y la luz del cielo fueran la fuente de sus increíbles poderes, no.

Hei-Ran apenas disfrazó su estremecimiento de que Hui fuera su primera vista fuera del carruaje.

—Exdirectora —corrigió.

—Ah, pero los educadores merecen el máximo respeto, de por vida—. Hui dijo, sus palabras y su sonrisa recubiertas de aceite—. O eso siempre he creído.

Jianzhu se sentía terrible por su amiga en estas situaciones. Siendo una viuda rica, hermosa y bien conectada sacó a una cierta raza de pretendientes carpinteros. Hombres como Hui podían interpretar a los desaires más hostiles como parte de un baile de cortejo en curso, negándose a considerar la posibilidad de que Hei-Ran no quisiera tener nada que ver con ellos.

—¿Y cuándo se unirá el Maestro Kelsang a nosotros? —Hui dijo, sus dedos permanecieron en Hei-Ran hasta que ella los aparto.—. Me di cuenta de que Avatar Yun no está contigo. ¿Asumo que van a llegar juntos en breve?

Los ojos del chambelán recorrieron sus rostros, revisando las esquinas de sus labios, la dilatación de sus iris en busca de espasmos involuntarios. Jianzhu sabía que Hui jugaba un juego de detalles. Inducción. Convirtió leves insinuaciones en amplias generalizaciones que vertía en los oídos de Lu Beifong y los otros sabios. En este momento, el Avatar que elegía viajar con Kelsang era obviamente el signo de una ligera grieta, una ruptura floreciente entre Yun y Jianzhu. ¿No es así?

Jianzhu pensó en cómo había amenazado al verdadero Avatar, ese día todo se había desmoronado. La red lanzada por su poder e influencia sobre el Reino Tierra era real, pero requería un esfuerzo constante y agotador para mantener. Los rivales que había eliminado desde la muerte de Kuruk eran demasiados para contar. Y ahora aquí estaba la última generación de parásitos, atrapándolo en su momento más vulnerable.

—Están juntos, sí —dijo Jianzhu. Se dio cuenta de la forma en que Hei-Ran se estremeció a su lado. Hui también lo vio. Con una sonrisa, el chambelán los llevó a la sala de recepción.

El interior de la finca Beifong sufría de la rara enfermedad de la monotonía inducida por la riqueza. Estaba cubierto de piso a techo en la misma pintura de color marrón-verde que en un momento dado había sido la sombra más cara en el Reino Tierra. Estaba destinado a mostrar lo rica que era la familia, pero en estos días el principal efecto que tenía era hacer que Jianzhu sintiera que estaba siendo digerido lentamente en las fauces ácidas de un carroñero.

En la garganta de la sala de columnas había un estrado de doble asiento donde, a lo largo de muchas generaciones, el líder del clan Beifong y su cónyuge habían celebrado la corte. Hoy en día sólo un lado permaneció ocupado. Lu Beifong, el viejo maestro de Jianzhu, se sentó en el trono de gran tamaño, con sus túnicas de color polvo haciendo una tienda alrededor de lo alto de su cabeza desalineada.

Puede que se haya visto como una momia unida por hilos de seda y rencor, pero su mente era agresiva como siempre.

—Directora, maravilloso verla, como siempre —se quejó, reconociendo a Hei-Ran lo más rápido que pudo antes de dirigirse a Jianzhu—. ¿Qué es esto de un préstamo para la Tribu del Agua del Sur?

No preguntó por el Avatar. Nada como una transacción de negocios para hacer que el viejo cuervo lagarto se hiciera un túnel. Jianzhu casi se había olvidado de la petición que había hecho a Beifong después de la batalla con los piratas. El trabajo no se había detenido simplemente porque la identidad del Avatar había estado en duda. Se inclinó profundamente antes de responder.

—Sifu, hice esa petición porque el encuentro con Tagaka planteó una cuestión de equilibrio entre las Cuatro Naciones —dijo—. La Tribu del Agua del Sur podría utilizar la ayuda para desarrollar una marina legítima. La presencia de Tagaka estaba sofocando cualquier movimiento en esa dirección. Con barcos de aguas profundas más lejanos, podrían prosperar en el comercio y protegerse de sus vecinos, al igual que sus primos del norte. El préstamo sería para la

construcción de tales buques.

—Somos sus vecinos, Maestro Jianzhu —dijo Hui, materializándose al lado de Lu—. ¿Por qué querríamos darles alguna posición de fuerza en relación con el Reino Tierra? ¡Por qué, podrían tratar de reclamar las disputadas Islas Chuje con una flota de este tipo!

Una rabia familiar erizo el pelo de la parte posterior del cuello de Jianzhu. Hui no tenía ninguna participación real en este asunto, ni siquiera la codicia personal. No había razón para que quisiera que la Tribu del Agua del Sur permaneciera pobre, poco desarrollada y vulnerable.

Fue simplemente oposición por el bien de la oposición. En algún lugar de la línea, Hui había decidido trabajar su nombre usando a Jianzhu como una escalera, y un hombre de paja, y cualquier otra analogía aplicada. Era más fácil para Hui ganar poder político y fama derribando el trabajo de Jianzhu que haciendo el suyo propio.

No importaba cuán lógicas y beneficiosas fueran las acciones de Jianzhu, Hui las socavaría. Empujó a poner fin a los tratados que habían tardado años en desarrollarse, tachándolos de innecesarios cuando en realidad no entendía cómo funcionaban y no le importaba. Avivó rivalidades mezquinas que no tenía que haber avivado, jugueteando con la paz que Jianzhu se había ganado. Si Hui hubiera existido durante el apogeo de las atrocidades de los Cuellos Amarillos, habría insistido en tratar a ese loco Xu Ping An como un héroe popular.

Fueron momentos como estos cuando Jianzhu extrañó la influencia de la esposa de Lu, Lady Wumei. Había sido una mujer inteligente y vivaz, amada en todo el reino, y una fuente de sabiduría en el oído de Lu. Después de su muerte, el anciano se había vuelto más obstinado, y la audaz destructividad de Hui se había acelerado.

—He hablado con los jefes del sur y están entusiasmados con la perspectiva —dijo Jianzhu—. Han propuesto un pacto de defensa mutua.

—Es una buena idea, Maestro Beifong —dijo Hei-Ran, añadiendo la perspectiva de un extraño—. En este momento, el grupo más capaz de proyectar fuerza sobre el Mar del Este es irónicamente la Armada de Fuego. Estoy segura de que el Reino Tierra y la Tribu Agua del Sur preferirían comandar sus propias aguas.

Lu no parecía convencido. Jianzhu no quería que esta oportunidad se escapara.

—Si se trata de las Islas Chuje, no valen nada —dijo—. No sirven más para nada más que el orgullo nacional…

Se dio cuenta de su error tan pronto como lo dijo. No era propio de su parte equivocarse así.

—¡Maestro Jianzhu! —Hui dijo con horror falso—. ¡Seguramente no hay nada más importante que el orgullo y el amor que tenemos por nuestro país! El Rey de la Tierra ha sido molestado por esas islas desde su coronación. ¡Seguramente usted no está cuestionando el juicio de Su Majestad!

A Jianzhu no le hubiera gustado nada más que aislar tanto al Rey Tierra como a Hui en uno de esos atolones desolados y ver como un idiota se comía primero al otro. Antes de que pudiera responder, Lu agitó su mano.

—Suficiente—. Se incorporo hasta ponerse de pie. Era apenas perceptible, dada su altura—. Estoy del lado del chambelán. No habrá ningún préstamo ni ninguna marina de la Tribu Agua del Sur a menos que escuche un argumento convincente del mismo Avatar. Veo que el chico llega tarde. Me puede encontrar en el salón de banquetes con los otros invitados cuando llegue.

Lu arrastro sus pies fuera de la sala de recepción, el único ruido era el roce de sus zapatillas contra el suelo. Jianzhu no podía creerlo.

Así, el futuro había cambiado para peor. La Tribu Agua del Sur permanecería empobrecida y superada por el resto del mundo porque Hui quería ganar un debate en un partido. Los caprichos estúpidos y engreídos de un hombre indigno habían dejado huellas dactilares en la historia que probablemente no se borraran.

El Avatar pudo haber hecho la diferencia, se recordó Jianzhu. El pensamiento le atravesó como una jabalina.

—Maestro Jianzhu, me disculpo por hacer un contraargumento —dijo Hui—. Pero como saben, es mi deber con el Maestro Beifong es asegurarme de que ambas partes sean consideradas en cualquier decisión importante.

"Ambas partes" era un arma retórica utilizada por los hipócritas y los ignorantes. En cuanto a Jianzhu, Hui no era mejor que un *daofei,* sólo quemaba campos de grano porque disfrutaba ver el humo elevarse sobre el horizonte.

Te mostraría lo que le hago a un daofei.

—Chambelán, está bien —dijo Jianzhu—. Siempre aprecio tu voz en tales asuntos—. Dudó, añadiendo un enganche de incertidumbre a su lenguaje corporal, el temblor de un hombre que estaba ocultando la tensión de una gran carga—. De hecho, necesito tu sabiduría más que nunca ahora. ¿Puedes unirte a mí y a la directora para hablar en privado?

EL ASCENSO DE KYOSHI

La ventaja de la repentina confesión fue ver a Hui casi colapsar por sorpresa. El hombre agarró el escritorio de su oficina en busca de apoyo y derribó una botella de tinta. El líquido negro goteaba por la manga del chambelán como sangre de una herida.

—¡¿PERDISTE AL AVATAR?! —gritó.

A Jianzhu no le preocupaba que lo escucharan. Sabía por una mirada a las paredes que Hui había construido su estudio personal llano, sin adornos para la insonorización. Era una sala segura de secretos para un hombre que traficaba con ellos.

El elemento más peligroso aquí era Hei-Ran. Jianzhu no le había dicho que se lo iba a decir a Hui, porque ella nunca lo habría aceptado. Se arriesgaba a alejarla, en este preciso momento.

—Es como le expliqué —dijo—. Yun y yo tuvimos una discusión sobre su progreso en el control de los elementos. Más que una discusión, en realidad. Le dije cosas que nunca debí haber dicho. Se me fue de las manos y huyó con la ayuda de Kelsang. En un bisonte, los dos podrían haber ido a cualquier parte del mundo.

La cara de Hei-Ran estaba notablemente quieta, pero el ligero aumento de la temperatura en la habitación traicionó sus emociones. Añadió un efecto de la estratagema de Jianzhu.

Hui todavía estaba sorprendido, pero las ruedas en su mente ya estaban empezando a girar, con el pecho agitando para un efecto dramático más que una necesidad de aire.

—Pensé que el monje era el equivalente a un ermitaño decorativo que vivía en tu finca —dijo, no era un actor lo suficientemente bueno como para mantener fuera a la burla con desdén.

Era un compañero de Kuruk y mi amigo, pequeño sapo.

—Lo era, o eso pensé. No sabía que habían estado conspirando, esperando aprovechar el momento adecuado. Nuestra relación había sufrido a lo largo de los años, pero nunca lo podría

haber esperado hasta este punto.

Jianzhu golpeó en el aire, dejando que sus verdaderas frustraciones salieran a la luz.

—Es Yun el que debería haberlo entendido mejor. No sé si el daño pueda ser reparado.

—No puede ser tan malo —dijo Hui, esperando que con todo su corazón fuera realmente tan malo—. Los niños son volátiles a esa edad.

—Juró sobre su propia Avataridad que nunca más me aceptaría como su amo—. Jianzhu pasó su pulgar y dedo índice sobre sus ojos—. Chambelán Hui, te ruego que pidas ayuda aquí. La estabilidad de nuestra nación es primordial. Si se corre la voz de que Yun se ha vuelto un desvergonzado, entonces habrá caos.

La grieta que Hui había estado esperando resultó ser un abismo del tamaño de la Gran División. No había estado preparado para ganar tanto oro.

—Maestro Jianzhu, hay varios sabios prominentes del Reino Tierra, incluyendo nuestro benefactor, esperando al Avatar en la gran sala —dijo, empujando sus manos contra las paredes.

Jianzhu se puso una máscara que nunca había usado antes. Impotencia. Dejó que su silencio respondiera por él.

Hui se recompuso a sí mismo, queriendo reflejar la nueva situación. Ahora era el hombre a cargo. Enderezó su cuello y junto sus talones en un movimiento. Desafortunadamente para él, también se olvidó de la tinta en su manga, arruinando el efecto de pulcritud.

—Maestro Jianzhu, no hay necesidad de preocuparse —dijo—. Yo me encargaré de esto.

Al final, Hui le dijo a Lu Beifong y a los sabios reunidos la línea exacta que Jianzhu había usado en su propia casa. Yun sintió que había estado descuidando sus estudios espirituales. Después de mucho suplicar, Jianzhu le había dado permiso para viajar solo con Kelsang en un viaje Nómada de autodescubrimiento, evitando destinos tan obvios como los Templos del Aire o el Oasis del Norte. Yun había estado en esos lugares. Necesitaba crecer a lo largo de su propio camino, sin trabas por las expectativas.

Significaba que no había contacto del Avatar por un tiempo. El mundo tendría que llevarse bien sin uno hasta nuevo aviso.

Jianzhu podría haber dicho tanto él mismo, pero viniendo de Hui, la historia fue mucho más efectiva. Era un secreto a voces entre los invitados del partido que el chambelán estaba librando una guerra política contra él. Lo único en lo que se alinearían eran hechos básicos e incontrovertibles. Como el Avatar yéndose de vacaciones.

El resto de la visita se gastó en trivialidades. Jianzhu resistió las severas molestias y comentarios mordaces de Lu Beifong, preguntándose cuántos años más tendría que soportar la humillación ante su antiguo *Sifu.* El anciano parecía que nunca patearía el cubo mientras los deudores le debían dinero, y casi todo el Reino Tierra depositaba en la Casa del Jabalí Volador.

Hei-Ran se quedó de ojos apagados en la esquina mientras los hombres se preocupaban por sus pensamientos sobre el nuevo matrimonio, en el lenguaje que pensaban que era sutil y halagador. Algunos de ellos, al oír su rechazo, inmediatamente volvían a preguntar acerca de su hija. Jianzhu nunca entendió cómo resistió la tentación de crear agujeros de fuego en el techo cuando su elemento siempre estaba disponible.

Se fueron cuando el grupo se convirtió en demasiado para soportar, entrando en un solo carruaje para el viaje de regreso. Los admiradores de Hei-Ran podrían haber interpretado eso de cierta manera. Pero los dos simplemente necesitaban hablar.

—Sé que estás enojada conmigo —dijo Jianzhu. Se desplomó contra su asiento.

—¿Porqué? —espetó Hei-Ran—. ¿Por el hecho de que hayas revelado tu mayor contratiempo a tu peor enemigo? ¿Qué estás acumulando mentiras sobre mentiras sin ninguna razón que pueda ver? ¿Por qué no contradecir a Hui por la excusa que le dio a la multitud?

—Porque la vulnerabilidad es igual a la verdad. La única declaración mía que Hui tomaría en valor nominal era una que me dejaba expuesto. Ahora mi historia está ambientada con la gran mayoría del Reino Tierra. Sólo tengo un solo oponente del cual preocuparme.

No parecía muy confiada en su táctica. Los Maestros Fuego pensaban en términos de *jing* positivo, siempre permaneciendo en la ofensiva.

—Se está volviendo un poco difícil hacer un seguimiento del viento que sale de tu boca a este punto.

Imagínate lo difícil que es para mí.

—Toda guerra se basa en el engaño —dijo—. ¿No es una cita de la Nación del Fuego?

Hei-Ran de repente sacó su horquilla de su estilo apretado y la arrojó contra la pared del carruaje. Se estrello contra suelo, cruzo los brazos.

Por primera vez hoy, Jianzhu estaba realmente alarmado. Para una nativa de la Nación del Fuego tratar su cabello, su moño, de esta manera significaba que sentía que estaba perdiendo su honor. Esperó pacientemente a que ella hablara.

—Jianzhu, empujé a ese chico al punto de quiebre —dijo, con la voz ronca—. Puede que no haya sido un Maestro Fuego, y puede que no haya sido el Avatar, pero Yun todavía era mi estudiante. Yo tenía una obligación con él, y fracasé.

Escuchar su nombre toda la noche debe haber estado volviéndola loca. El Avatar ausente seguía siendo el tema de la fiesta, su conquista de los piratas se convirtió en una leyenda de boca a boca.

—Todavía podemos hacer esto bien —dijo Jianzhu—. Simplemente necesitamos encontrar a Kyoshi. Todo estará bien después de eso.

—Si ese es el caso, y no creo que lo sea, incendiaste el tiempo cuando nos fuimos y esparciste las cenizas. Tan pronto como termine la fiesta, Hui irá directo a los otros sabios y les dirá lo que le dijiste. Puede que no espere. Será el tema de conversación en el postre.

—Será más largo que eso —dijo Jianzhu—. No va a desperdiciar una oportunidad de esta magnitud apresuradamente. De hecho, si toca la información demasiado rápido y descuidadamente, al final lo morderá. Es un hombre de auto preservación.

Hei-Ran se metió en la esquina del carruaje, con su vestido amontonado convirtiéndola en una masa sin forma.

—Me gustaría poder decir lo mismo de ti en estos días.

Para tener la última palabra, se durmió agresivamente. Jianzhu notó que las personas que eran exmilitares podían dormir en cualquier lugar, en cualquier momento a la gota de un sombrero. Después de una hora de silencio, comenzó a entrar y salir de la conciencia él mismo, sacudido por el ocasional bache de la carretera, sus pensamientos formando conexiones sueltas e ideas que no hizo ningún intento de preservar.

No serviría para planear demasiado lejos. A veces, la mejor opción era sentarse tranquilamente hasta que llegara el siguiente paso a su vez, como debería hacerlo un maestro tierra. *Jing* neutro.

Cuando llegaron a casa en Yokoya, había una entrega muy valiosa esperándolos. Jianzhu no se molestó en despertar a Hei-Ran y saltó del carruaje, vigorizado por la vista.

A lo lejos, junto a los establos, había dos cajas de madera extremadamente grandes, cada una del tamaño de una pequeña cabaña, salpicada de pequeños agujeros. Los lados de las cajas llevaban ¡*Peligro!* Y *Dar Amplio Espacio* pintado en ellos de una manera salpicada. Alrededor de ellos había un equipo de estudiantes universitarios mal pagados que blandieron largos aguijones. Apuntaron sus armas hacia adentro de las cajas. El robo de los contenidos no era la principal preocupación.

A la cabeza del grupo había un caballero mayor corpulento con túnicas finas, con un casco de corcho. Estaba preparado para la aventura por el hábito de los académicos que no tenían idea de lo sucia y sangrienta que podría llegar a ser la verdadera aventura.

—¡Profesor Shaw! —Jianzhu llamó.

El hombre saludó. Detrás de él, las cajas de repente comenzaron a estriar y saltar, asustando a los manejadores. Un largo látigo salió de un agujero perforado en el costado y azotó a dos de los estudiantes más cercanos a través de la cara y el cuello antes de que pudieran reaccionar. Gritaron y se derrumbaron en el suelo como muñecos de trapo.

El profesor Shaw miró a sus internos caídos y luego le dio a Jianzhu una gran sonrisa y un pulgar hacia arriba.

Eso debe haber significado que los shirshus estaban en buena salud después de su viaje. Excelente. Jianzhu los necesitaba en las mejores condiciones. El impecable sentido del olfato de las bestias les permitiría rastrear un objetivo a través de un continente. Océanos, si se creían los rumores.

Había enviado un mensaje a sus subordinados en todo el reino, a los magistrados y prefectos que había pasado años comprando, diciéndoles que estuvieran atentos a dos chicas que habían escapado de su patrimonio. Pero no estaba mal tener un plan de respaldo que no dependiera de la lealtad cambiante y la codicia de los hombres.

De una forma u otra, iba a cumplir su promesa al Avatar. No habría escondite para Kyoshi. No en este mundo.

LA CIUDAD

Las montañas Taihua al sur de Ba Sing Se eran traicioneras. Se decía que se habían tragado ejércitos en los días de la fundación de la ciudad. Las ventiscas aulladoras podrían congelar los pies de un viajero en el suelo, rompiéndoles los tobillos. Una vez cada década más o menos, los vientos cambiaban, llevando el polvo rojo de Si Wong a los picos de Taihua, contaminando la nieve de un temible color sangriento, convirtiendo las montañas en dagas sumergidas a través del corazón del mundo.

Pengpeng navegó sobre el terreno peligroso, sin sofocarse. Desde su punto de vista Kyoshi y los demás podían ver cualquier clima escabulléndose sobre ellos, y ahora mismo estaba claro que en todas direcciones.

—Esto es vida —dijo Lek. Se dio la vuelta sobre su lado, buscando fuera de la silla de montar, y dando unas palmaditas en la piel de Pengpeng—. ¿Quién es una buena chica?

Había estado tratando de agradarle más al bisonte que Kyoshi y Rangi en cada oportunidad disponible. A Kyoshi no le importaba tanto. Significaba que Lek se encargaba de buscar y dar agua a Pengpeng. Como si tuviera su propio mozo.

—Oh, me alegro de que recordaran volver por mí —dijo Lao Ge—. No había manera de que yo pudiera haber llegado aquí por mi cuenta—. El anciano bostezó y se estiró, atrapando la mayor parte de la brisa entre sus brazos como pudo—. Tengo que recordar no vagar por mí mismo durante demasiado tiempo.

Su comentario hizo que el estómago de Kyoshi se apretara. El diario dice que Lao Ge regresaba de sus paseos con sangre en sus manos. Se preguntó si su madre se había sentado tan cerca de él mientras viajaban, temerosa de que ella pudiera ser una de sus víctimas en el futuro.

—Estamos muy por encima de los últimos puestos de avanzada trazados —dijo Rangi desde el asiento del conductor—. Más allá de eso, las montañas no han sido mapeadas.

—Sí, una ciudad forajida no va a estar en un mapa —dijo Kirima—. Esta es la ruta de vuelo exacta que solíamos tomar con Jesa. Continúa.

Mientras volaban hacia una línea de picos grises, las montañas se separaban, ganando profundidad. La formación era menos una cresta y más de un anillo que oscureció un cráter desde todas direcciones. La depresión sostenía un pequeño lago poco profundo que Kyoshi pensaba que era marrón y contaminado al principio. Pero a medida que volaban más cerca, vio que el agua era tan clara y pura como podría ser. Había estado mirando directamente a través del lago hasta el fondo de la tierra.

Junto al lago, construido en la ladera como una terraza de arroz, era un campamento un poco más lindo que los barrios bajos de Bahía Camaleón. Casas comunales habían sido construidas a partir de madera de montaña arrastrada de los bosques por debajo. Varios de ellos se sentaron en pilas improvisadas, luchando una batalla perdida contra la erosión. Brillante con armas abiertamente llevadas, la gente se presentó entre los huecos y a lo largo de las calles.

—Bienvenidas a Hujiang —dijo Kirima—. Uno de los pocos lugares restantes en el mundo donde los seguidores del Código se reúnen libremente.

—¿Todo el mundo allí es un *daofei?* —Kyoshi preguntó.

—Sí —dijo Wong—. Frunció el ceño a las multitudes de abajo—. Aunque parece más ocupado de lo habitual.

Se habían acercado con el sol detrás de ellos por precaución. Lek apuntó a Rangi hacia una cueva más lejos donde la madre de Kyoshi solía esconder a Longyan. Aterrizaron allí, la camuflaron con ramas caídas y arbustos, y sufrieron la larga caminata a la ciudad.

Los miembros de toda la vida de la Compañía de Opera Voladora estaban preparados para el limo fino que se levantó del camino sinuoso y estrecho, agitado por sus pasos. Tiraron de pañuelos estrechos sobre sus nados y bocas y sonrieron debajo cuando Kyoshi y Rangi los miraron con los ojos enrojecidos. El grupo todavía estaba averiguando qué cortesías compartir. Aparentemente las máscaras de polvo de repuesto cayeron por el camino.

Redondeando la montaña, entraron en Hujiang desde arriba, escogiendo cuidadosamente su camino por escalones esculpidos crudamente que estaban sobredimensionados para reducir el número necesario. Kyoshi se preguntó por qué no parecían hechos de Tierra Control.

Llegaron a una de las grandes calles y bajaron sus bufandas.

—Probablemente deberías mantener la cabeza baja esta vez —le dijo Rangi a Kyoshi—. En lugar de irrumpir como si fueras la dueña del lugar—. La debacle en Bahía Camaleón todavía pesaba por su mente.

—¡No! —Kirima silbó—. ¡Actúa manso en esta ciudad, y todo el mundo pensará que eres débil! Hagan lo que hagamos.

A medida que se unían al flujo de tráfico, la Maestra Agua parecía crecer en estatura, expandiendo su presencia. Kirima normalmente conservaba cierta elegancia a sus movimientos, pero ahora atravesó la multitud con un propósito y delicadeza exagerados. Miró a través de los ojos tapados por la longitud de su barbilla mientras caminaba, una imagen de sofisticación, una espada-mujer moviéndose a través de su forma con una hoja viva. Interrumpir su flujo significaría cortarte a pedazos.

—Hay que parecer que estás listo para quitarle la cabeza a alguien en cualquier momento, por cualquier razón —dijo Wong—. O si no, te desafiarán—. Siguió a Kirima con pisadas furiosas, abandonando la agilidad que Kyoshi sabía que poseía. Sus pies enviaron golpes sísmicos a través del suelo.

—Moño lo tiene—dijo Lek, señalando a Rangi—. Mírala, hirviendo con la ira de un Maestro Fuego. A ver si puedes lograrlo.

—No estoy haciendo nada —protestó Rangi—. Esta es mi cara normal.

—¡También podrías tratar de ser como yo! —. Lao Ge dijo. Se encorvó dentro de su ropa de hilo, ocultando sus músculos, y mostró su sonrisa maníaca, sonrisa dentada. Parecía el vergonzoso abuelo del grupo que había escapado del ático.

—Elegir una pelea contigo sería una desgracia —dijo Lek.

—¡Exactamente!

Se dirigieron hacia el bazar en el centro de la ciudad. Fue lento ir, tratando de parecer duros. Y no sólo para ellos. Los otros forajidos se pavoneaban a lo largo de las avenidas, pechos hacia afuera,

codos anchos. Unos pocos favorecieron el enfoque de Kirima de refinamiento de filo de afeitar, llevando espadas de *jian* estrechas en lugar de espadas anchas para completar la imagen.

Prácticamente todo el mundo estaba armado hasta los dientes. La mayoría con espadas y lanzas, pero las armas más exóticas como bastones de tres secciones, cuchillas de cuerno de ciervo y martillos de meteoro también eran sorprendentemente comunes. Kyoshi vio a algunas personas empuñando armas que deberían haber sido imposibles de utilizar para luchar. Un hombre tenía una canasta con cuchillos forrando el borde y una correa que colgaba de ella.

—¿Ese tipo lleva un rastrillo de estiércol? —. Rangi susurró, inclinando la cabeza a un hombre de nariz respigada que pasaba caminando.

—Ese es Zhu El Que Se Apodera De la Luna, y no mires fijamente al rastrillo —dijo Lek—. Lo he visto perforar los cráneos de dos hombres a la vez con él.

La Compañía de Opera Voladora no tenía ni la menor cantidad de metal sobre ellos.

—La mayoría de estas personas no parecen Maestros Control —dijo Kyoshi.

—¿Qué, estás buscando cambiarnos por mejores maestros? —Kirima dijo—. Porque tienes razón, no son maestros. La mayoría de los forajidos viven y mueren por las armas en sus manos. Nuestra tripulación es una rareza.

—Honestamente, creo que deberías apreciarnos más —dijo Wong.

Kyoshi estaba distraída por un ruido de metal a un lado. Dos hombres, ambos portadores de espadas, se habían topado entre sí mientras rodeaban una esquina en direcciones opuestas. La calle se desaceleró a su alrededor. El estómago de Kyoshi se deslizó cuando anticipó una oleada de violencia, sangre corriendo a través de las canaletas.

Nunca llegó. Las espadas de quedaron envainadas mientras los hombres se disculpaban profundamente el uno con el otro, actuando tan amables como dos comerciantes que estaban planeando un matrimonio entre sus hijos. Había promesas de comprar tazas de té y vino el uno para el otro antes de que se separaran. Las sonrisas felices se quedaron en sus rostros mucho después del encuentro.

—Se reunirán en la plataforma de desafíos esta noche —dijo Lek—. Probablemente durante la parte de armas de la noche—. Hizo un ruido sangriento y estrangulado que hizo evidente cuál sería el resultado.

—¿Qué? —Kyoshi dijo—. ¡Eso no fue un gran problema!

—No lo entiendes —dijo—. En este mundo, la única moneda que tienes es tu nombre y tu voluntad de defenderla. Si alguno de esos hombres mostrara miedo o mal autocontrol, nunca volverían a ser llevados por un equipo. No tenían otras opciones.

—Podrían dejar de ser *daofei* —murmuró Rangi.

—¡Como si fuera tan fácil hacer lo que quieras! —La cara de Lek estaba llena de amargura—. ¿Crees que el trabajo honesto llueve desde el cielo? ¡Por eso ustedes dos son los peores! ¡Nadie toma esta vida a propósito!

—Lek —advirtió Kirima.

Sus gritos habían llamado la atención. Los ojos los observaban desde las ventanas y porches de las casas, anticipando un segundo acto a la actuación de esta noche.

Lek se calmó.

—Sigan caminando —dijo a Rangi y Kyoshi—. Muéstrenles que estamos juntos, y todo va a estar bien.

Kyoshi no tuvo ninguna objeción a seguir su ejemplo esta vez. Controlaba su postura con renovada seriedad. Reanudaron su camino a través de la ciudad.

—Hay una expresión en estos lugares —dijo Wong, su baja queja dando a la discusión un cierre—. Cuando la Ley no te da nada de comer, te vuelves al Código. Entonces al menos puedes deleitarte con tu orgullo.

El bazar Hujiang era… un bazar. No muy diferente al de la Villa de Qinchao, que colindaba con Yokoya. Los vendedores se sentaban con las piernas cruzadas junto a montones de sus mercancías en lonas colocadas sobre el suelo, frunciendo el ceño contra los transeúntes que levantaban demasiado polvo o permanecían sin comprar. Los sonidos de regateo sonaron en el aire. Aquí, era seguro dejar escapar la agresión. Parecía haber una distinción entre los guerreros y los contrabandistas que los suministraban.

Kyoshi notó que la mayoría de los vendedores ambulantes se especializaban en alimentos itinerantes: carnes secas y ahumadas, frijoles y lentejas. El arroz era caro: producirlo más. Las verduras "frescas" eran marrones y marchitas, y los raros trozos de fruta arrugada parecían más como antigüedades decorativas.

—¿Cómo viajaron estas cosas hasta aquí? —Preguntó—. Para el caso, ¿Cómo lo hizo la gente?

—Hay pasadizos sin letreros a través de las montañas —dijo Kirima—. Más secretos comerciales. Los topógrafos reales en Ba Sing Se no tienen ni idea.

Eso debe haber sido una gran parte del por qué *los daofei* eran tan difíciles de eliminar para siempre. Kyoshi reflexionó sobre lo que Jianzhu le había dicho sobre que el Reino Tierra era demasiado grande para la policía. Si redes subterráneas como esta podrían prosperar tan cerca de la capital, entonces la podredumbre debe ser peor en los confines del continente. Toda otra comunidad existía debajo de la superficie del Reino Tierra.

El apodo de la flota pirata de la Quinta Nación tomó repentinamente un significado desafiante. *Estamos aquí,* Kyoshi imaginó a su formidable líder diciendo con una mirada azul hielo. *Siempre hemos estado aquí. Ignóranos bajo tu riesgo*.

El pie de Wong quedo atrapado en una lámpara de aceite de latón. El vendedor al que pertenecía maldijo antes de mirar hacia arriba y silenciarse voluntariamente. Con su tamaño, el Gorrión que revoloteaba no necesitaba reconocimiento de nombres. Las primeras miradas fueron suficientes.

—Está lleno de gente —repitió Wong. Había estado obsesionado con eso desde que llegaron.

Kirima y Lek se tomaron su queja en serio. Levantaron la cabeza más alto, escaneando el bazar. Kyoshi trató de ayudar, pero no tenía idea de qué buscar.

—Al este por noreste —dijo Rangi—. Están escuchando a alguien hablar.

Por supuesto, la gente reunida en esa esquina del bazar tenía sus espadas, mostrando espadas anchas *dao* u otras armas atadas a sus torsos. Asentían con intención, absorbiendo cualquier mensaje que se les estaba predicando. Alguien le encontró al líder un taburete o una caja, porque se puso de pie para revelar una cara fea divida en dos por una correa de cuero.

Lek y Kirima juraron en voz alta.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Lek—. Ahora.

—¿Cuál es el problema? —Rangi dijo.

—El problema es que no deberíamos haber venido aquí —dijo Kirima—. Tenemos que salir de la ciudad. Tan rápido como sea posible.

—¡No hagas contacto visual! —Lek dijo que mientras Kyoshi trataba de echar un último vistazo al hombre. La correa parecía que estaba sosteniendo su nariz en su lugar. Su discurso había alcanzado un punto álgido, con las mandíbulas trabajando arriba y abajo como si tuviera un trozo de carne entre ellos. Extrañamente, tenía una flor de melocotón lunar metida en su cuello.

No tuvo tiempo de ver más detalles. Volvieron por donde vinieron. Sólo para encontrarse con alguien en el mismo lugar del encuentro anterior que habían presenciado. Ese punto ciego era una trampa mortal.

La cara de Lek cayó en la desesperación. Retrocedió unos pasos y se inclinó bruscamente usando el mismo saludo de puño sobre mano con el que había saludado a Kyoshi por primera vez. También Kirima y Wong.

—Tío Mok —dijeron en coro, manteniendo la cabeza baja.

El hombre del que esperaban una respuesta estaba vestido con túnicas de comerciante. Su impecabilidad destaco en la polvorienta suciedad de la ciudad. Era sorprendentemente guapo, con los ojos estrechos descansando sobre los pómulos finos. Y había una flor de melocotón lunar metida en su solapa.

No podría haber sido mayor que Kirima. Kyoshi no entendía por qué lo llamaban "Tío".

—Bala Lek —dijo el tío Mok—. Y amigos. Hicieron un largo viaje desde Bahía Camaleón.

—Hacía demasiado tiempo que no sentíamos el abrazo de nuestros hermanos —dijo Lek, temblando. En el poco tiempo que lo había conocido, Kyoshi nunca había oído al niño hablar con tanta deferencia. O miedo.

—¿Y trajeron nuevos compañeros? —Mok miró a los dos nuevos miembros del grupo.

Rangi ya había emparejado los arcos de los demás, calculando que a veces era mejor guardar silencio y jugar. Kyoshi trató de hacer lo mismo, pero no sin que Mok la atrapara usando las manos equivocadas al principio.

—Pescado fresco —explicó Kirima, levantando la cabeza sólo ligeramente—. Todavía estamos infundiendo respeto y tradición en ellas. Kyoshi, Rangi, este es nuestro sabio, Mok el Contador.

No se mencionó a un "sabio" Mok en el diario. Hasta donde Kyoshi sabía, sus padres eran los sabios del grupo.

—Asegúrense de hacerlo —dijo Mok con lo que él consideraba una sonrisa cálida—. Sin nuestros códigos, no somos más que animales, suplicando vallas. Es fortuito que estén aquí, porque tengo negocios que discutir con ustedes.

—Qué suerte tenemos —dijo Wong. Si le dolía, inclinarse ante un hombre más joven, se lo guardaba para sí mismo. Kyoshi notó que Lao Ge había logrado desaparecer una vez más. Se preguntó si era sólo para que no tuviera que llamar a Mok "Tío".

—Vamos a discutirlo esta noche —dijo Mok—. ¿Por qué no se unen a mí como invitados en la plataforma de desafíos? Cuando hay tanta gente en la ciudad, la sangre se agota. ¡Debería ser divertido!

—Sería nuestro distinguido honor, Tío —dijo Rangi, superando a los demás con el puñetazo—. Nuestra gratitud por la invitación.

Mok radiante.

—Nación de Fuego. Es maravilloso cómo el respeto les resulta tan natural—. Se acercó y tiró la envoltura de la cabeza de Lek al suelo para poder despeinar el pelo del niño.

—Recuerdo la primera vez que conocí a éste —dijo mientras miraba a Kyoshi con la mirada entrecerrada. Sus dedos agarraron el cuero cabelludo de Lek, tirando y girando su cabeza, asegurándose de que le doliera—. Era un mocoso tan bocado. Pero aprendió a actuar.

Lek soportó los malos tratos sin hacer ruido. Mok lo lanzó a un lado como un corazón de manzana.

—Espero que seas una estudiante igualmente rápida —le dijo a Kyoshi, haciendo un ruido con los dientes.

Después de que Mok se fue, nadie habló. Esperaron a que Lek tomara su sombrero del suelo y se alisara al pelo. Sus ojos estaban rojos por algo más que polvo.

Kyoshi tenía preguntas, pero tenía miedo de hacerlas en voz alta en la calle. Ella sabía exactamente qué clase de hombre era el Contador.

Jianzhu había implementado una vez una política de que cualquier miembro del personal, por muy humilde que fuera, pudiera hablarle personalmente sobre cualquier preocupación del hogar. Kyoshi vio el gesto de bondad recayendo en algunos de los sirvientes delatándose unos a otros por agravios menores, con la esperanza de algún favor. Ella sabía ahora que esa había sido su intención todo el tiempo.

Las largas calles bordeadas de Hujiang se sentían como las paredes de la mansión durante lo peor de la paranoia. No tenía ninguna duda de que una palabra descuidada podía llegar a los oídos de Mok. Siguió a su grupo a una posada carcomida por las termitas que no había sido pintada desde que Yangchen estaba viva. Muchos de los forajidos que pasaron a lo largo del camino tenían flores de melocotón lunar en varios estados de frescura colocados en algún lugar de su persona. No podía creer lo tonta que era al no haberse dado cuenta antes.

Pagaron por una habitación individual y subieron las escaleras, una procesión fúnebre. Dentro de sus alojamientos, los tablones desnudos del suelo habían sido engrasados por el contacto de la piel humana. No había suficientes camas si planeaban dormir aquí esta noche.

—Esta es una de las casas más estrechas —dijo Kirima después de cerrar la puerta y desplomarse contra una pared—. Será seguro hablar mientras no griten.

Wong sacó la cabeza por la ventana e hizo un barrido completo de la calle de abajo, levanto la cabeza para revisar el techo. Se detuvo y cerró las persianas.

—Supongo que quieren una explicación —dijo.

—Esos tiempos difíciles que mencionamos en Bahía Camaleón —dijo Kirima—. Fueron bastante duros. Después de que tus padres murieron, el bisonte de Jesa escapó, y nunca lo volvimos a ver.

Kyoshi lo entendía muy bien. El vínculo entre los Nómadas Aire y sus compañeros voladores era tan fuerte que los animales normalmente huían y se unirían a rebaños salvajes si perdían a su Maestro Aire. Fue un completo milagro que Pengpeng se hubiera quedado para ayudarla.

EL ASCENSO DE Kyoshi

—Estábamos atrapados en la ciudad equivocada con demasiadas deudas con la gente equivocada —continuó Kirima, ignorando la ironía de que, según la mayoría de los estándares *ellos* eran las personas *equivocadas*—. Estábamos desesperados. Así que aceptamos a la Sociedad de la Flor de Otoño como nuestros sabios a cambio de algunos favores y dinero en efectivo.

—Los tipos de las flores de melocotón —dijo Wong.

Los melocotones lunares normalmente florecían en primavera, pero de nuevo ellos eran *daofei,* no granjeros.

—¿Supongo que este grupo está ahora en deuda con la Flor de Otoño? —Rangi dijo.

—Parecía un movimiento seguro en ese momento —dijo Kirima—. Después de que los Cuellos Amarillos se dispersaron, había tantas sociedades más pequeñas arrancadas de los restos. Mok y la Flor de Otoño comenzaron como nada especial. Pero entonces empezaron a exprimir a los otros conjuntos.

—Y al exprimir nos referimos a aplastarlos hasta la pulpa y chupar las manchas de sangre —dijo Wong.

—Apenas y les preocupa obtener ganancias —dijo Kirima, sacudiendo la cabeza ante la mayor indignación de todas—. La ley aún no se ha enterado de ellos porque todavía tienen que hacer grandes jugadas en la superficie.

—Bueno, te garantizo que eso está a punto de cambiar —dijo Rangi—. Lo que vimos en el bazar fue una reunión de campaña. Una campaña de reclutamiento. Mok tiene grandes planes por delante.

—Y ahora estamos inscritos —dijo Kirima—. Si desobedecemos una llamada de nuestros sabios jurados, nuestro nombre valdrá menos que el barro. Estaremos peor que antes de conocer a la Flor de Otoño.

—Además, ya saben, nos matará —dijo Wong.

Lek golpeó la parte posterior de su cabeza contra la pared.

—Mok nos posee ahora —dijo. Sonaba como si estuviera hablando a través de una calabaza vacía—. Nuestra independencia era el orgullo de Jesa y Hark. Y lo tiramos. Por mi culpa.

—Lek —dijo Kirima bruscamente—. Estabas herido y habrías muerto sin tratamiento. Ya hemos hablado de esto.

—Picado por una avista buitre —Lek le dijo a Kyoshi y Rangi. Se echó a reír con una amargura que tenía que haber sido desarrollada durante muchas noches de reflexión—. ¿Pueden creerlo? Como si estuviera destinado a dejar caer este grupo.

—Jesa y Hark habrían tomado la misma decisión en un abrir y cerrar de ojos —dijo Kirima.

El aliento de Kyoshi entró y salió por la nariz. Lentamente al principio, y luego más y más rápido, hasta que sus pulmones sintieron que escaparían a través de los agujeros en su cráneo.

Recordó raspando su cabeza contra el suelo congelado cuando era pequeña, tratando de buscar alivio para la fiebre que ardía dentro de su cuerpo. Recordó tratar de volver a caminar después de que la enfermedad no tratada desplomó los músculos, sin estar segura de si el temblor alguna vez desaparecería.

¿Era posible entrar en el Estado Avatar a través de un desprecio? Ella miró al *daofei,* perdidos en sus propias historias. ¿Qué sabían ellos? *¿Qué sabían?* Se habían tenido el uno al otro. Familia dispuesta a hacer sacrificios. No tenía ninguna duda de que Jesa y Hark habrían hecho cualquier cosa por su pandilla. Pero no por su hija. Los lazos jurados superaron los lazos de sangre. ¿No era esa la lección que necesitaba ser grabada en sus huesos?

—Oh, *boo-hoo* —espetó Kyoshi—. Qué patético de su parte.

Volvieron la cabeza hacia ella. Ella se negó a mirar a alguno de ellos, en su lugar miró un punto en blanco en la pared donde un nudo se había caído de la madera, dejando una abolladura en el tablón.

—Así que sus decisiones tuvieron consecuencias —dijo Kyoshi—. Esa no es la definición de un trato crudo. Así es la vida. Hicieron su cama con la de Mok, y yo hice la mía con la de ustedes. *Yo* debería ser la que se queja.

Ella deseaba tener un hábito de escupir para poder añadir el color apropiado a lo que estaba diciendo.

—Si quiere que aparezcamos esta noche, entonces nos presentaremos esta noche. Haremos lo que él quiere que hagamos. Y entonces todos podemos *conseguir lo que vinimos a buscar*.

Terminó su declaración a un pelo de gritar. Un largo silencio siguió.

—Kyoshi tiene razón —dijo Kirima. La pared crujió mientras quitaba el hombro de ella—. No tenemos más remedio que dar un paso a la vez.

—No tenía que ser tan mala —murmuró Wong.

Después del arrebato de Kyoshi, Rangi preguntó a los demás por un momento a solas con ella. Salieron como niños resentidos. La habitación se transformó de demasiado pequeña a demasiado grande.

—No me grites —dijo Kyoshi de forma preventiva—. Ninguna de estas tonterías de Flor de Otoño estaba en el diario.

—Y, sin embargo, aquí estamos de todos modos —dijo Rangi. Parecía no saber que decir. Señaló en diferentes direcciones para enfatizar las peroratas que aún no había hecho.

Eventualmente se conformó con una pregunta.

—¿Sabes lo que es, ver que te hundes más profundamente en esta porquería?

—Estoy haciendo lo que es necesario —dijo Kyoshi—. Si quieres que avance más rápido, entonces vamos a buscar un lugar aislado y practicar más Fuego Control.

—Kyoshi, no me estás escuchando—. Rangi instintivamente bajó su voz para proteger su secreto—. Tú eres el Avatar.

—Lo recuerdo, Rangi.

—¿Lo haces? —dijo—. ¿De verdad? ¡Porque la última vez que lo comprobé, el Avatar se supone que estar dando forma al mundo para el bien de los seres humanos y los espíritus, no arriesgando su cuello para ayudar a un montón de ladrones de segundo piso a pagar sus deudas!

Ella se detuvo de golpear la pared más cercana.

—¿Sabías que el Avatar se supone que es capaz de comunicarse con sus vidas pasadas, obteniendo acceso a la sabiduría de siglos? —Dijo—. Con las lecciones correctas, podrías haber estado pidiendo orientación a Yangchen en este momento. ¡Pero no! ¡No tienes esa opción, porque creo que los maestros espirituales son un poco difíciles de encontrar en nuestro círculo social actual!

Rangi agito su mano alrededor de la habitación, en Hujiang, en las propias montañas Taihua.

—¿Y verte aquí? Me mata. El hecho de que estés atrapada aquí, donde nadie sabe quién eres realmente, me hace morir un poco por dentro con cada momento que pasa. Estás destinada a tener lo mejor de todo y en su lugar tienes *esto*.

Se frotó en los pliegues de la frente con los dedos.

—¡Una ciudad *daofei!* ¡Un Avatar normal habría sido responsable de limpiar este campamento de la faz de la tierra!

Así que estaba molesta por que Kyoshi descuidara sus deberes. Y nada más. Rangi quería un Avatar normal. No lo que fuera Kyoshi.

Ella es una verdadera creyente. Las palabras de Yun regresaron como si estuviera de pie a su lado, susurrándole al oído. Rangi no pudo manejar más desgracias en la oficina. Kyoshi era una materia prima pobre para que un Avatar comenzara, y sus decisiones egoístas sólo habían profanado aún más la posición.

—Rangi—. El corazón de Kyoshi se sentía más duro que nunca, metal opaco que pesaba su pecho hacia abajo—. El mundo esperó años por un Avatar. Puede esperar un poco más. Y tú también.

Pensó que había oído una bocanada de aire venir detrás de las manos de Rangi. Pero cuando la Maestra Fuego bajó los brazos, ella estaba tan tranquila y pedregosa como la montaña.

—Tienes razón —dijo Rangi—. Después de todo, sólo soy tu guardaespaldas. Tengo que hacer lo que dices.

El anochecer le hizo un favor a Hujiang en apariencia. A diferencia de la gente honesta que se fue a la cama poco después de que el sol se puso, el asentamiento *daofei* se iluminó con antorchas para continuar el negocio. La pendiente de la montaña se extendió por debajo de la posada, parecía que había atraído una nube de luciérnagas.

Una comida de gachas de arroz y batata frita hizo poco para ayudarles a relajarse. Antes de salir de la posada, Lek apretó las cintas que le cubrían las mangas con tal ferocidad que Kyoshi temía que sus manos se pusieran moradas.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy preocupado por Pengpeng, es todo —dijo desafiante—. No dejes que se te escape que la tengamos. Mok probablemente nos mataría y trataría de domarla el sí mismo.

Tenía más y más sentido, el grado en que los forajidos codiciaron un bisonte volador. El vuelo era normalmente una hazaña restringida a los puros de corazón. Como un Maestro Aire dispuesto a ensuciarse con el trabajo sucio, la madre de Kyoshi debe haber tenido una gran demanda.

Las calles estaban más vacías que durante el día. Los *daofei* se habían reunido dentro de las

cervecerías, y éstas parecían comprender la mitad de la ciudad. Kyoshi podía oír risas y argumentos y poesía mal compuesta que se derramaba por las ventanas por las que pasaban. Se imaginó que Lao Ge estaba en una de las tabernas, estafando por alcohol. O disfrutando de su otro pasatiempo.

Llegaron a una casa más grande que las otras. Un granero amplio y alto que estremecía por el ruido. Los gritos en el interior subían y bajaban en oleadas, salpicados de gritos de alegría o decepción. Otro hombre con una flor de melocotón en su sombrero los saludó en la puerta.

—El Tío Mok los está esperando en el balcón —dijo mientras se inclinaba.

Al entrar, fueron inmediatamente absorbidos por una multitud de espectadores. El centro del suelo sostenía una gran plataforma de madera cubierta con una capa de lienzo bien estirada sujeta con cuerdas, dando a la estructura la apariencia de un gran tambor. Dos hombres se rodearon con cautela en la parte superior, pasando por posiciones, negándose a parpadear mientras el sudor se acumulaba en sus rostros.

—*Lei-Tai* —dijo Kirima a Kyoshi—. ¿Alguna vez visto uno antes?

No lo había hecho. Ella sabía de torneos de Tierra Control con un concepto similar: sacar al oponente de la plataforma y tú ganas. Pero este escenario estaba hecho de material ineludible, y los dos hombres luchaban con los nudillos desnudos y con las manos vacías. Tirar al oponente hacia fuera requeriría cerrar la distancia y llegar a los agarres de maneras que los maestros normalmente ignoran.

Lek había mencionado la parte de las armas la noche anterior. Ahora deben haber sido las rondas de combate desarmadas, sirviendo como calentamiento. Los dos hombres se acercaron el uno al otro. Puños agrietados contra cráneos. Uno de ellos consiguió lo mejor del intercambio y siguió con una patada devastadora al costado de su oponente.

—Disparo de hígado —oyó Kyoshi murmurar a Rangi—. Se acabó.

Ella había visto el resultado antes que el perdedor. Intentó retomar su postura de lucha, pero no pudo levantar los brazos. En un arco lento y tambaleante que le recordó a Kyoshi a un árbol caído, cayó a la superficie de la plataforma, agarrándose el torso.

Kyoshi esperaba que el hombre de pie se pavonearía por la victoria, pasar algún tiempo disfrutando de la adulación de la multitud. En su lugar, se abalanzó sobre su oponente derribado, que claramente no podía continuar, y comenzó a golpearlo brutalmente en la cabeza.

—Aquí hay una lección para ustedes la gente cuadrada —dijo Wong—. Se acaba cuando el ganador dice que se acaba.

Kyoshi tuvo que alejarse. Oyó ruidos sordos y húmedos intercalados con los aplausos de la multitud y casi vomitó sobre sus pies. Estaba escuchando a un hombre ser golpeado hasta la muerte.

Hubo una ronda de abucheos, y ella miró hacia arriba. El hombre que se quedó en pie había decidido detener el asalto, aunque Kyoshi podía decir que la decisión era menos sobre la misericordia y más sobre el ahorro de energía. Volvió a una esquina de la plataforma donde los asistentes le habían colocado un taburete. Extendió la mano, y una taza de té apareció en ella. Ser el campeón venía con algunas ventajas.

Dos voluntarios llevaron a su oponente derrotado por los brazos y las piernas. Sólo una tos de rocío con sangre dio alguna indicación de que el hombre aún estaba vivo.

Kyoshi quería terminar con esto lo más rápido posible.

EL ASCENSO DE Kyoshi

—¿Dónde está Mok? —Dijo.

—Allí—. Kirima señaló el segundo nivel. Las sospechas de Kyoshi eran correctas; este lugar *era* un granero. El "balcón" era un pajar convertido. Mok se sentó en una silla gigante, como el trono que tenía que haber sido levantado con poleas. A su lado estaba el hombre de la nariz con correa del bazar, el que había estado reclutando forajidos con celo espiritual.

La Compañía de Opera Voladora subió a la antigua, y tenían que hacerlo uno a la vez. Los tres miembros más experimentados fueron primero. Kyoshi sintió ojos en ella al subir la escalera larga, vulnerable con cada rebote y balanceo de los peldaños de madera.

Mok no tenía guardias con él, aparte del predicador de la calle. Y los otros le habían dicho que ninguno de ellos era maestro. O los *daofei* eran tacaños cuando se trataba de protección personal, o preferían mostrar fuerza de esta manera:

—Este es mi teniente, el hermano Wai —dijo Mok, gestando al hombre de ojos salvajes—. Le pagarán con el mismo respeto que a mí.

Kyoshi se inclinó junto con los demás, pero Wai se quedó en silencio. Miró al grupo con desprecio, como si hubiera detectado la mancha del mal enterrada en lo profundo de sus huesos. Ella recordó su pierna desollada que tenía costras, de la pesadilla de vigilia que había empujado al fondo de su mente. Pero Wai no le prestó especial atención. Los despreciaba a todos por igual.

Mok, por otro lado, señaló a Kyoshi.

—Chica nueva —dijo—. Parecías un poco tímida ante la sangre hace unos momentos. No es un rasgo que me guste en mis subordinados.

Wong y Kirima se tensaron. Le habían advertido sobre la necesidad de poner una máscara determinada, y ella no los había tomado lo suficientemente en serio. Kyoshi trató de pensar en algo que decir que pudiera aplacar a Mok.

—Ella es dura cuando se necesita, Tío —intervino Lek—. Yo personalmente vi a Kyoshi limpiar el piso con todo un escuadrón de policías en Bahía Camaleón.

Mok hizo una señal con el dedo. En un movimiento tan suave que parecía ensayado, Wai sacó un cuchillo, agarró a Lek de la mano y lo cortó a través de la palma de la mano. Lek miró incrédulo a la herida roja fresca por un momento.

—Gracioso —dijo Mok—. No creo que estuviera hablando contigo.

Una salpicadura de sangre aterrizó en el suelo. Lek se dobló, se llevó la mano al estómago y ahogó un grito. Los rostros de Wong y Kirima eran blancos de ira, pero mantuvieron sus posiciones, hombros encorvados en señal de deferencia.

Kyoshi se obligó a mirar esta vez, a ver sufrir a Lek. Mok la estaba probando, se dio cuenta. Su debilidad había lastimado a su compañero, y este era el precio.

Sus extremidades se enfriaron cuando una visión del futuro la envolvió en su abrazo. Ella iba a ordenar a este Mok algún día. Cuidadosamente en un estante, justo debajo de Jianzhu. A él y a Wai, a ambos. Tendrían un lugar de honor en su corazón.

Pero por ahora, la cara que les dio estaba hecha de piedra. Vio a Lek enderezarse y tirar de su manga sobre la herida, apretando el puño y su mandíbula. Miró fijamente el espacio entre sus zapatos. Aparte de la mancha de sangre que florecía al final de su camisa, ella habría estado en apuros para decir que él estaba herido.

—Mejor esta vez —dijo Mok a Kyoshi—. A menos que por alguna razón no te guste el niño.

Ella hizo un encogimiento de hombros evasivo.

EL ASCENSO DE Kyoshi

—No hay mucha gente que odie, Tío—. La verdad hizo más fácil mantener la calma.

—¡Un aprendiz rápido de hecho! —Mok vislumbro algo interesante sucediendo por detrás. La multitud rugió, la mitad de ellos abucheando y la otra mitad expresando salvaje aprobación para lo que fuera. Sonrió y volvió toda su atención al centro del granero—. Sin embargo, no tan rápida como tu amiga Maestra Fuego.

Kyoshi siguió su mirada. Se necesitó toda su nueva fuerza de voluntad para no gritar con horror. Rangi estaba parada en la plataforma de combate.

—Lo hermoso del *Lei Tai* es que cualquiera puede emitir un desafío —dijo Mok—. Simplemente haciendo lo que ella está haciendo.

Kyoshi tuvo que mirar la escalera vacía de nuevo para asegurarse de que no estaba soñando, que Rangi no había seguido justo detrás de ella como de costumbre. Para confirmar que podría haber pasado tanto tiempo sin darse cuenta de la presencia de su amiga.

El campeón, todavía sentado en la esquina opuesta, ladeo su cabeza con interés. Rangi se encontró con su mirada mientras se despojaba de sus brazaletes y las piezas de su hombro, lanzando su armadura de reliquia al suelo como una cáscara de fruta. Ignorando los aullidos y silbidos de la multitud, se despojó de todo hasta que estaba en la túnica blanca sin mangas que llevaba debajo de sus capas externas.

Rangi estaba por encima de la altura media de una chica. Los músculos de sus brazos y espalda estaban bien formados y fuertes por sus de años de entrenamiento. Pero su oponente era más alto y la superó por un tercio, si no más. Se veía tan pequeña y vulnerable en el lienzo, una pequeña flor en la esquina de una pintura.

Kyoshi casi salta desde el pajar para lanzarse entre los combatientes. Pero Kirima y Wong le dieron la misma mirada y un imperceptible movimiento de cabeza de cuando Lek fue cortado. *No lo hagas. Lo empeorarás…*

El campeón pasó una mano por su cola trenzada y entrecerró los ojos hacia Rangi. Se secó con una toalla y lo arrojó detrás de él. Mientras se levantaba, su asistente sacó el taburete de la plataforma. Había descansado lo suficiente. El hombre levantó la barbilla y dijo unas palabras que Kyoshi no podía oír, pero adivinó su significado lo suficientemente bien.

Sin Fuego Control.

Rangi asintió con la cabeza.

Una lanza atravesó el corazón de Kyoshi cuando los dos se acercaron. El campeón no adoptó una postura de inmediato. Si se tomara demasiado en serio el desafío de una niña, perdería su reputación.

Rangi le hizo saber lo sabia que fue esa decisión al darle una patada en la rodilla en la que estaba a punto de poner su peso. Solo el puro reflejo lo salvó. Echó la pierna hacia atrás antes de que se partiera por la mitad, y tropezó torpemente alrededor de la plataforma, un borracho que había perdido el equilibrio. La multitud se burló.

—*Esta* chica —dijo Mok con un tono de apreciación que envió un nuevo odio por la garganta de Kyoshi.

El campeón se enderezó y tomó una postura profunda. El movimiento disciplinado en su cuerpo inferior estaba en desacuerdo con la ira que corría a través de su rostro.

Como para burlarse de él aún más, Rangi se deslizó hacia adelante sin miedo hasta que ella estaba dentro de su distancia de golpe. Su expresión era genial, impasible. No cambió cuando el hombre lanzó una ráfaga de golpes. Ella leyó sus extremidades como las líneas de un libro, dejando pasar su ímpetu junto a ella mientras hacía pivotes tan pequeños y afilados que sus pies chillaron contra el lienzo.

Después de que falló un puñetazo directo que colgó sobre su cuello como un yugo, ella lo golpeó en la axila con su hombro, sincronizándolo con su retracción. Volvió volando, peor que antes, con los pies haciendo un intento ridículo para apoyarlo. La esperanza de Kyoshi aumentó, obligándola a ponerse de puntillas mientras se acercaba al borde. Si se caía de la plataforma, este mal sueño terminaría.

Él se las arregló para sostenerse a sí mismo. Kyoshi oyó un juramento provenir de alguien que no era ella. Rangi siguió a su oponente hasta el límite, pero parecía despreocupada por empujarlo. Pudo haber terminado con un empujón.

El hombre vio esto y perdió su compostura. Arremetió con un puñetazo salvaje desprovisto de técnica. Estaba tan telegrafiado que Kyoshi podría haberse agachado debajo de él.

Pero en ese instante, Rangi miró hacia arriba y cerró los ojos hacia Kyoshi. El golpe le dio directamente en la cara. Ella dejó que pasara.

Se desplomó a través de la plataforma y aterrizó en el centro, un montón sin vida. La diferencia de peso había hecho su trabajo. El grito de Kyoshi fue ahogado por el rugido de la multitud.

El campeón se limpió la boca mientras se paseaba hacia el cuerpo de Rangi. La chica lo había humillado. Iba a tomarse su tiempo destruyéndola.

Kyoshi gritó a las vigas, invisible e inaudita por el frenesí. Ya no importaba nada más que Rangi. No podía perder el centro de su ser así. Ella habría borrado el mundo para deshacer lo que estaba sucediendo.

Sólo las manos de Wong sujetando los hombros de Kyoshi la sostenían en su lugar mientras el hombre levantaba el pie por encima del cráneo de Rangi. Había un desenfoque de movimiento y el sonido de chasquido amortiguado.

La mente de Kyoshi se encontró con sus ojos. Su comprensión se desarrolló como una serie de imágenes, cambiadas entre parpadeos.

Rangi había salido de debajo del pie del hombre, girando sobre sus hombros como un trompo, y envolvió su cuerpo alrededor de su pierna con el pie. Ella había hecho un giro sutil, y la extremidad se su oponente se rompió a lo largo de cada plano que pudo. El campeón estaba en la lona, retorciéndose de dolor, con la pierna reducida a una media sin relleno unida a su cuerpo. Rangi se paró sobre él, sangrando por la boca. Aparte del único golpe que había recibido, estaba bien. No había sudado ni una gota.

Los espectadores se callaron. Sus pasos rebotaron en la lona como golpes de tambor. Saltó ligeramente de la plataforma y recogió su armadura.

Una sola persona que aplaudió rompió el silencio. Era Mok, aplaudiendo furiosamente. Le dio permiso a la multitud para reaccionar. Gritaron y gritaron por su nueva campeona, surgiendo a su alrededor. Una sola mirada les hizo contenerse de darle una palmada en la espalda o levantarla sobre sus hombros, pero se acercaron lo más posible, formando un pequeño anillo de agradecimiento a su alrededor.

Rangi se dirigió a la escalera y subió con una mano, su equipo se agrupó bajo el otro brazo. Su cabeza se asomó por el borde del pajar, y luego el resto de su cuerpo. Arrojó la armadura a la esquina y se inclinó.

Nadie respondió. Todos esperaron su próximo movimiento, Mok y Wai incluidos.

Rangi se encogió de hombros ante la pregunta que no se hizo.

—Parecía divertido —dijo con calma.

Kyoshi sabía que eso era una gran mentira completa y absoluta. Kyoshi quería golpear a Rangi tan fuerte que aterrizaría en su trasero en Yokoya. Iba a estrangular a la Maestra Fuego hasta que la llama saliera de sus oídos.

Mok se golpeó los muslos y se echó a reír.

—Un futuro jefe en ciernes —dijo—. Cenen conmigo esta noche. Les diré los planes que tengo en la tienda.

—¿Cómo podríamos negarnos, Tío? —Rangi dijo con la sonrisa más grande, dulce y más falsa que Kyoshi haya visto.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Los asistentes llevaban sillas para todos en la escalera con gran dificultad, seguidas de una mesa, y luego comida y bebida. A diferencia de las grandes mansiones de la sociedad legítima, aquí no había una clase de sirvientes. Los duros juniors y los espadachines hicieron la tarea, sus armas sonando en sus vainas mientras hacían malabares con bandejas como criados novatos.

Nadie dijo que ya habían comido. La comida fue un intento de imitar la mesa de un sabio rico, con más de un plato. La pasta de harina en forma sustituyo los ingredientes que habrían sido imposibles de conseguir en las montañas, y las verduras amarillentas constituyeron el resto. Había un montón de vino, sin embargo.

Mok se sentó de espaldas al borde del balcón. Las peleas ya no le interesaban. A juzgar por el choque de metal que venía desde abajo, los desafíos habían pasado del combate desarmado a la sección de armas. El grito y el gorgoteo ocasionales dificultaban la concentración.

—¿Alguno de ustedes ha oído hablar de Te Sihung? —preguntó, dejando caer las interminables muestras de presunción y dominio. Por muy insensata que hubiera sido la pelea de Rangi, no se puede negar que había cambiado la energía de la reunión.

Te Sihung. Gobernador Te. Kyoshi nunca lo había visto en persona en la mansión, pero los últimos obsequios que recordaba que le había enviado a Yun fueron una copia original e íntegra de *Poemas de Laghima*, y una preciosa semilla de dragón blanco.

—Gobernador en las Provincias Orientales —dijo—. Le gusta leer y beber té. Ciertamente no le duele el dinero.

—Muy bien —dijo Mok, impresionado, a pesar de que podría haber estado describiendo a la mitad de los ancianos ricos en el Reino Tierra—. Te es un poco único entre los líderes de la prefectura. No es tan rápido con el hacha cuando se trata de condenar delitos—. Hizo un movimiento cortante con la parte superior de su cuello. Qué desenfadados estaban siendo.

Mok tomó un sorbo de vino y sonrió cuando Kyoshi relleno su taza sin que se lo dijeran.

—En cambio, tiene prisioneros —continuó—. Su familia heredó una antigua mansión que data

del treinta y tantos Rey Tierra, con un tribunal y una cárcel donde los criminales podían cumplir sus sentencias en lugar de enfrentar una justicia moderna y rápida. Creo que la noción romántica de la misericordia se le fue a la cabeza.

—Suena muy bien de su parte —dijo Rangi, un poco despreocupada. Su rostro había comenzado a hincharse, sus palabras se mezclaban a medida que su labio se hinchaba. Los otros miembros de su compañía se habían retirado voluntariamente a un segundo plano, dejando que ella y Kyoshi hablaran. Estaban jugando las fichas que les habían repartido.

—No vayas a poner estatuas todavía —dijo Mok—. Ha tenido a uno de los nuestros encerrado durante ocho años.

Detrás de él, el cuerpo de Wai vibraba de rabia.

—Necesitamos sacar a nuestro hombre de las celdas de Te —dijo Mok—. De eso se trata este trabajo. Una fuga de cárceles en una posición fortificada va a tomar un montón de cuerpos, más de lo que la Flor de Otoño ha jurado a los miembros. Así que estamos llamando a nuestros socios. Cada favor será pagado en una noche.

—Este prisionero… ¿es importante? —Rangi preguntó—. ¿Tiene información que no quieres filtrar?

Por primera vez esta noche Mok parecía disgustado con ella.

—Esta misión es sobre *hermandad* —dijo—. Primero y, ante todo. Mi hermano jurado se ha estado pudriendo en manos de la ley durante casi una década. La Flor de Otoño ha tardado tanto en hacerse lo suficientemente fuerte como para intentar una misión de rescate, pero Wai y yo nunca lo hemos olvidado.

Su pasión era real, tallada en su espíritu con profundos surcos. Se parecía a Lek cuando el niño hablaba de los padres de Kyoshi. Apoyado por una estructura de hierro más grande que él mismo. Kyoshi se preguntaba si luciría igual si alguna vez hablaba de Kelsang a fondo con alguien. Ella lo esperaba.

—Mis disculpas, Tío —dijo Rangi—. Pensé que conocer los hechos sería útil para nuestra causa.

—El único hecho en el que necesito que se concentren es en la preocupación de cómo su grupo va a ayudar a sacar a mi hombre de la prisión del gobernador Te —dijo Mok.

—¿Nuestro grupo? —Kyoshi se inclinó preventivamente en disculpas por no entender—. Parecía que íbamos a unirnos con la Flor de Otoño en esta misión.

—Originalmente, sí. Pero después de pensarlo un poco, eso sería un desperdicio de un equipo de élite como ustedes. Un asalto de dos puntas debería duplicar nuestras posibilidades. Tengo números a mi disposición, pero no son sigilosos ni Maestros Control. Mientras mis hombres golpean las puertas en un asalto frontal, quiero que la Compañía de Opera Voladora tome la ruta tranquila. Quien tenga éxito primero, no me importa.

Rangi todavía estaba en modo profesional de recolección de inteligencia.

—¿Hay planes para el palacio de Te? ¿Diseños? ¿Horarios del personal? ¿Hay gente dentro con la que podamos contar?

La cara de Mok se oscureció. Pateó la mesa, enviando platos retumbando al suelo.

—¿Qué crees que es esto, un robo? —espetó—. ¡Averigua eso por tu cuenta!

Kyoshi se dio cuenta de por qué estaba tan enojado. Las preguntas de Rangi lo habían expuesto como no un gran estratega. No sabía nada de liderazgo además de hacer demandas y hacer

crueldades cuando no eran satisfechas.

Control por berrinche, Kyoshi pensó. Tenía una etiqueta para la forma en que Mok ejercía el poder.

Se puso de pie y se desempolvó.

—Planeo estar en el palacio del gobernador Te dentro de treinta días con mis fuerzas. Sé lo rápida que tiende a ser la Compañía de Opera Voladora, así que, si llegan temprano, deberían tener todo el tiempo que necesitan para prepararse. ¡Pero! No quiero que actúen solos antes de que lleguemos. ¿Me oyen?

Oigo muchas cosas sobre ti.

—Por supuesto, Tío —dijo Kyoshi. El choque de acero y un grito llenó el aire mientras se inclinaba.

Los cinco se quedaron fuera de la posada, sin saber qué decirse. Una nueva distancia se había interpuesto entre ellos. La autoconciencia reinaba supremamente.

Kyoshi rompió el silencio.

—¿Podemos estar de acuerdo en dejar esta ciudad abandonada a primera hora de la mañana?

—Sí —dijo Wong—. Me voy a beber tontamente hasta entonces. Si me encuentro con alguno de ustedes, voy a fingir que no los conozco. Incluso si me desafían —frunció el ceño—. Especialmente si me desafían—. Wong se adentró en la oscuridad, desapareciendo más allá del resplandor de la linterna más cercana.

Lek no había dicho una palabra en el camino de regreso. Su manga estaba enyesada a su palma con sangre seca, una buena señal en lo que a su herida se refiere. Pero estaba poseído por una frialdad rígida que tenía a Kyoshi preocupada.

—Lek —dijo ella antes de que desapareciera también, dentro de su propia cabeza—. Gracias. Por defenderme.

Parpadeó y la miró, como si se hubieran conocido hace un minuto.

—¿Por qué no lo haría? —dijo, atrapado despertando de un sueño.

—Tengo que cuidar su mano —dijo Kirima. Miró a Rangi—. No soy la mejor sanadora, así que pasará un tiempo antes de que pueda llegar a ver tu cara.

—No lo necesito —dijo Rangi. Se dio la vuelta y se alejó en la dirección opuesta de Wong, por la ladera en la que se construyó la ciudad.

—¡Rangi! —Kyoshi la llamó. La Maestra Fuego no la escuchó. Era el guardaespaldas de Kyoshi. Estaba *obligada* a escucharla—. ¡Vuelve aquí! ¡Rangi!

—Después de la exhibición de esta noche, es la persona más segura de Hujiang —dijo Kirima. Tenía una pequeña sonrisa—. Pero sigo pensando que debes ir tras ella.

Después de haber crecido en Yokoya, Kyoshi había caminado suficientes colinas durante dos vidas. El bajar rápidamente amenazó con torcer sus tobillos, tensar sus rodillas. Encontró a Rangi sentada en el borde del lago poco profundo, menos por la luz y más por el calor. La Maestra Fuego era una silueta oscura acurrucada contra el agua. Kyoshi se entretuvo con la idea de empujarla

directamente.

—¡¿Quieres decirme que fue todo eso?! —gritó.

Rangi se burló de la pregunta.

—Mok nos estaba tratando como estiércol, y ahora, un poco menos. Impresione para un *daofei*. ¿No era ese nuestro objetivo?

—¡El grupo de mi madre pertenecía a mi *madre*! ¡Mok es un animal rabioso con el que no tenemos influencia! ¡Fue un riesgo estúpido!

Rangi se puso de pie. Había estado dejando que los dedos de los pies colgaran en el agua, y ahora estaba metida hasta los tobillos.

—¡Por supuesto que lo era! —dijo. Ella casi embistió su dedo en el pecho de Kyoshi por instinto, pero se detuvo a sí misma. Se retorció las manos y las obligó a permanecer a su lado—. ¡Hice exactamente lo que has estado haciendo todo este tiempo!

—Déjame decirte algo —dijo Rangi—. Me desmayé cuando me golpearon. Si no me hubiera despertado rápidamente, ese hombre me habría matado.

La mente de Kyoshi se puso blanca de furia. Después de que la pelea terminó, ella había asumido que Rangi había estado fingiendo inconsciencia para atraer a su oponente. Quería volver al granero y romperle el resto de sus extremidades.

—¿Sabes lo que sentiste, viéndome entrar en el lienzo? —Rangi dijo—. ¿Esa impotencia? ¿Esa sensación de que tu ancla se suelta? ¡Eso es lo que he estado sintiendo, observándote cada minuto desde que dejamos Yokoya! ¡Me subí a esa plataforma para que pudieras verla desde *mi* perspectiva! ¡No tenía idea de que más pondría llegar a ti!

Ella pateó a la superficie del lago, mandando una ola entre ellas. Por un instante parecía una Maestra Agua.

—Te veo lanzarte de cabeza al peligro, una y otra vez, y ¿Para qué? ¿Algún intento equivocado de llevar a Jianzhu 'a la justicia'? ¿Sigues sabiendo lo que eso significa?

—Significa que se habrá ido para siempre —espetó Kyoshi—. Ya no caminara por esta tierra. Eso es lo que tiene que significar.

—¿Por qué? —Rangi dijo, sus ojos suplicantes y combativos a la vez—. ¿Por qué necesitas hacer esto tanto?

—*¡Porque entonces ya no voy a tenerle miedo!* —Kyoshi gritó—. *Tengo miedo, ¿De acuerdo? ¡Tengo miedo de él, y no sé qué más va a hacer que desaparezca!*

Sus palabras fueron llevadas por la superficie del lago a cualquier hombre y espíritu que pudiera estar escuchando. La obsesión de Kyoshi no era la marca de un gran cazador en un tallo implacable de su cantera. Esa era la mentira que la había sostenido. La verdad era que era una niña asustada, corriendo en diferentes direcciones y esperando que todo funcionara para bien. No podía sentirse segura con Jianzhu suelto.

Lo oyó de nuevo. Esas suaves y repetidas respiraciones. Rangi estaba llorando.

Kyoshi lucho contra sus propias lágrimas. No habrían sido tan elegantes.

—Di algo —dijo—. Por favor.

—No se suponía que fuera así —dijo Rangi. Trató de asfixiarse con la palma de la mano—. No

debería de haber sido de esta manera.

Kyoshi comprendió la decepción de su amiga. La brillante nueva era que el mundo debía tener después de tantos años de lucha, el campeón que Rangi había entrenado para proteger, había sido robado de ellos y reemplazado con… con Kyoshi.

—Lo sé —dijo ella, con el corazón dolorido—. Yun habría sido mucho mejor…

—¡No! ¡Olvídate de Yun, por una vez! ¡Olvídate de ser el Avatar! —. Rangi perdió la batalla para contenerse y golpeó a Kyoshi con fuerza en su cuello—. ¡No se supone que sea de esta manera para *ti!*

Kyoshi se quedó en silencio. Sobre todo, porque Rangi la había golpeado demasiado fuerte, pero también de sorpresa.

—Crees que no mereces paz, felicidad y cosas buenas, ¡Pero las mereces! —Rangi gritó—. ¡Tú, Kyoshi! ¡No el Avatar, sino tú!

Cerró la distancia y envolvió sus brazos alrededor de la cintura de Kyoshi. El abrazo era una manera inteligente de ocultar su cara.

—¿Tienes idea de lo doloroso que ha sido para mí seguirte en este viaje en el que estás tan decidido a castigarte a ti misma? —dijo—. ¿Verte tratarte como un recipiente vacío para vengarte, cuando te conozco desde que eras una sirvienta que no podía hacer Tierra Control ni con un guijarro? El Avatar puede renacer. Pero tú no puedes, Kyoshi. No quiero entregarte a la próxima generación. No podría soportar perderte.

Kyoshi se dio cuenta de que se había equivocado. Rangi *era* una verdadera creyente. Pero su mayor fe había sido para sus amigos, no para su asignación. Ella acercó a Rangi. Pensó que había oído un ligero suspiro contento provenir de la otra chica.

—Ojalá pudiera darte lo que te corresponde —murmuró Rangi después de que había pasado algún tiempo—. Los maestros más sabios. Ejércitos para defenderte. Un palacio para vivir.

Kyoshi levantó una ceja.

—¿El Avatar consigue un palacio?

—No, pero te mereces uno.

—No lo necesito —dijo Kyoshi. Ella sonrió en el pelo de Rangi, las hebras suaves acariciando sus labios—. Y no necesito un ejército. Te tengo a ti.

—*Psh* —se burló Rangi—. Muchas cosas buenas que he sido hasta ahora. Si fuera mejor en mi trabajo nunca te sentirías asustada. Sólo amaba. Adorada por todos.

Kyoshi empujó suavemente la barbilla de Rangi hacia arriba. Ella no podía evitar hacer esto más de lo que podía evitar respirar, vivir, temer.

—Me *siento* amada —declaró.

La hermosa cara de Rangi brilló en un reflejo. Kyoshi se inclinó y la besó.

Un cálido resplandor trazó un mapa en las venas de Kyoshi. Eternidad destilada en un solo roce de piel. Pensó que nunca estaría más viva que ahora.

Y luego…

El impacto de las manos alejándola. Kyoshi salió de su trance, horrorizada. Rangi se estremeció

ante el contacto. La repelió. Visceralmente, reflexivamente.

Oh no. *Oh no*.

Esto no podía… no después de todo lo que habían pasado… esto no podía ser así…

Kyoshi cerró los ojos hasta que le dolieron. Quería encogerse hasta que desapareciera dentro de las grietas de la tierra. Quería convertirse en polvo y soplar en el viento.

Pero el sonido de la risa la hizo retroceder. Rangi estaba tosiendo, ahogándose con sus propias lágrimas y alegría. Cogió el aliento y retomó a Kyoshi por las caderas, girando hacia un lado, ofreciendo la piel lisa e intachable de su garganta.

—Ese lado de mi cara está destrozado, estúpida —susurró en la oscuridad—. Bésame donde no estoy herida.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

LA BESTIA

El amanecer de la mañana nunca había sido tan cálido. Kyoshi había dormido mejor en la costa llena del lago, sin un saco de dormir de cama, en el que había pasado alguna de las noches acampando entre Bahía Camaleón y Hujiang. Tal vez fue porque ella tenía su propio fuego ahora. No tenía que compartirlo con nadie más.

Rangi murmuró en la base de su cuello, una sensación suave de a través. Una sombra se cernía sobre ambas. Kyoshi parpadeó hasta que vio un par de botas de cuero junto a su cabeza. Kirima se agachó más cerca de su nivel, con las manos en las rodillas y la barbilla en las manos.

—¿Tuvieron una linda noche? —dijo la Maestra Agua, batiendo sus pestañas. Ella sonrió más ancho que el cielo abierto.

Kyoshi se levantó hasta los codos. Rangi se deslizó de su pecho y golpeó su cabeza en el suelo, despertándose de la sorpresa. La pierna que había arrojado a través del cuerpo de Kyoshi a regañadientes se desenrolló.

—Debe de haber sido agradable —dijo Kirima, apenas capaz de contener su risa—. Dormir bajo las estrellas. Sólo dos amigas. Tener un momento cercano y privado de amistad.

Kyoshi se frotó la somnolencia de la cara. Podía saltar a sus pies y negarlo todo. Ella no tenía idea de lo que pasaría si ella y Rangi seguían tirando de este hilo juntas. Pocas personas en el Reino Tierra reaccionarían bien, así como Kirima.

Pero desde ese día en Yokoya, cuando supo su destino mientras sus manos todavía estaban empolvadas en harina blanca, su vida había sido una negativa sin fin, llena de secretos descuidadamente guardados hasta sus fines destructivos. Estaba harta de negarse a sí misma.

No esta vez. Esta vez sería diferente. Un pensamiento constante. El ritmo de tambor en su cabeza y corazón le diría la verdad. Nunca se apartaría de lo que sentía por Rangi.

Rangi atrapó su mirada y sonrió, haciendo un ligero asentimiento. La señal *estoy lista si tú lo estas.*

Lo estaba. Y lo estaban.

—Es exactamente lo que parece —dijo Kyoshi—. ¿Tienes algún problema?

Kirima se encogió de hombros y movió los dedos, sumergiéndose en un momento de seriedad tranquila.

—No soy de los que se avergüenzan de a quien amar —dijo. Su alegría regresó inmediatamente—. Yo, sin embargo, voy a darles *enormes* cantidades de dolor por el romance dentro de su propia hermandad. Es como lavar la ropa en la letrina. Nunca termina limpia.

Kyoshi se levantó.

—En primer lugar, nos conocimos antes de conocerte. En segundo lugar, ¡Mis padres fundaron esta estúpida banda, y obviamente eran una pareja!

—Me alegro de verte continuar con la tradición familiar —dijo Kirima—. Jesa y Hark estaban locos el uno por el otro.

Nada podría afectar el momento a Kyoshi como un recordatorio de sus padres. Se preguntaba si todavía se besaron, hicieron ojos de amor, susurraron chistes después de que la hubieran dejado caer en Yokoya. Tal vez desahogarse a sí mismos había hecho su relación más dulce. No quería preguntar.

EL ASCENSO DE Kyoshi

La oscuridad de su abandono debe haberse hervido a su superficie mientras las tres caminaban cuesta arriba hacia la ciudad, porque Rangi corrió la parte posterior de sus uñas por la mano de Kyoshi, una distracción juguetona y burlona que tenía más significado ahora que cien volúmenes de historia. Kyoshi casi se tropieza y cae de bruces.

Si esto era que se sentía ser fiel a sí misma, nunca podría volver. Su corazón estaba enclavado en algún lugar por encima de ella en la nube más cercana. Ella quería tomar a Rangi en sus brazos y correr, caminando más y más alto usando esa técnica que todavía tenía que aprender, hasta que la encontraran.

Kyoshi estaba tan feliz que Hujiang se veía más bonita a la nueva luz del día. Manchas de color le llamaron la atención ya que no eran visibles en la luz de la antorcha de la noche anterior, azules y rojos de más allá del Reino Tierra. Las casas largas, que podía ver ahora, tenían toques individuales como alcobas talladas del santuario y alfombras de la Nación del Fuego colgadas sobre las puertas. Le recordaba la forma en que los barcos obtendrían personalidades impresas en ellos por sus marineros. El polvo aún no había sido levantado por el negocio del día, y el aire era más limpio, más fácil de respirar sin la neblina.

Caminaron por la ciudad, ¿Cuándo fue la última vez que Kyoshi tuvo un *paseo?* ¿Alguna vez había hecho alguno siquiera? Vio los cuerpos esparcidos de los hombres que dormían de las resacas, o palizas, o ambos. Kirima las llevó a uno de los establecimientos más grandes, donde se agachó a través de una puerta de uno de sus puestos destruidos, como si alguien hubiera sido expulsado, pero no con mucha precisión. Regresó momentos después, controlando una gran gota de agua que tenía que haber encontrado en su interior. Bajó los escalones como una babosa.

Wong flotaba dentro de la burbuja inversa, con la cabeza asomando por la parte superior. Roncaba cómodamente.

—¡Despierta! —Kirima gritó. Con un movimiento de sus brazos, el agua se congeló. El gran hombre se despertó del frío. Se parecía a un pequeño iceberg con la cara saliendo de la cumbre.

—Uf, déjame en esto por un rato —dijo, con la vista nublada.

Kirima lo volvió liquido de nuevo, dejándolo caer a sus pies, y lo alejó de su cuerpo, dejándolo seco como un hueso. Ella arrojó el agua de vuelta dentro del edificio, donde aterrizó con un chapoteo gigante. Alguien dentro gritó y escupió.

—Ya hemos tenido suficiente de esta ciudad —dijo. Luego sonrió a Kyoshi y Rangi, sin ningún intento de ocultar el significado en su mirada—. O al menos yo lo he tenido.

Wong no tuvo la oportunidad de interpretar sus gestos. Un fuerte ruido de choque de algún lugar cerca del bazar perforó el silencio de la mañana. Sonaba como si una casa se hubiera derrumbado. Las aves se elevaron al cielo, revoloteando en apuros.

Rangi frunció el ceño y se inclinó la oreja hacia la perturbación.

—¿Fue una avalancha?

—No lo sé —dijo Kirima con cautela—. Pero los pájaros tienen la idea correcta.

Ahora el clamor de los hombres gritando con horror se podía escuchar sobre las líneas del techo.

—Nunca esperes a descubrir cuál es el problema —dijo Wong, ya corriendo lejos de la fuente —. Para entonces, ya estás demasiado cerca.

Si eso no era sabiduría antigua, debería haber sido. Lo siguieron rápidamente hacia la posada. Con suerte Lek y Lao Ge estaban allí, listos para volar. A juzgar por lo rápido que el alboroto se

EL ASCENSO DE Kyoshi

estaba poniendo al día, no tendrían tiempo de registrar la ciudad en Pengpeng.

Un ronquido horrendo, un sonido de asfixia rodó por las calles. En sus días en la mansión, Kyoshi había visto una vez a un embajador traer un mono poodle mascota que era instintivo llamarlo ''lindura'' y tenía problemas para respirar a través de su hocico miniaturizado. Eso fue lo que oyó ahora, en una escala mil veces más grande. Las exhortaciones de una criatura que nunca sacaría de lleno de aire.

Dos hombres corrieron gritando de una casa larga, justo en sus talones. Un instante después, el frente del edificio explotó, tablones y vigas desgarrados por una masa oscura que se retorció de furia. Una cuerda o un látigo se arrojó hacia fuera con la velocidad de un cable bajo tensión y azotó a los hombres a través de la espalda. Cayeron al suelo, derrapando sobre sus rostros, haciendo que sus piernas se retorcieran sobre sus cabezas.

—¡Por las branquias de Tui! —Kirima gritó—. ¿Qué es esa cosa?

Detrás de ellos había una bestia que Kyoshi nunca había visto antes, una monstruosidad negra y marrón de cuatro patas que estaba más alta a los hombros que algunas de las cabañas. Se las arregló para ser pesado con músculos y al mismo tiempo ágil y flexible como una serpiente. Garras tan largas y afiladas como las hojas de hoz raspando el suelo, abriendo heridas húmedas bajo la superficie polvorienta.

Pero la parte más horrible de la criatura era el oscuro vacío de una cara. El cráneo peludo y alargado no tenía ojos, sólo un hocico rosa en flor que se retorcía con sus propias protuberancias carnosas. Era como si un parásito de otro mundo se hubiera unido a la nariz de una bestia terrenal y tomara el control de todo el animal. Dos grandes agujeros oscuros, fosas nasales, chuparon aire en todas direcciones hasta que apuntaron directamente a Kyoshi.

Ella se alejó lentamente, ineficazmente, sorprendida de que pudiera manejar eso. Las náuseas del terror la encadenaron, le robaron el instinto de supervivencia. Su piel se sentía húmeda y fría.

Una vez más, fue el único pensamiento corriendo a través de su mente. Una vez más, Jianzhu había soltado una pesadilla sobre ella, un espectro inhumano que la arrastraría a la oscuridad, gritando. Tenía que ser él. No había nadie más que pudiera haber raspado las profundidades de su miedo de esta manera. De alguna manera, ella sabía en sus huesos que era él quien se burlaba de ella con esta aberración viviente.

Una pared de tierra se disparó entre ella y el animal. Ella no había hecho Tierra Control.

—¡¿Qué estás haciendo?! —Wong rugió mientras seguía con su ataque—. ¡Ya sea luchar o correr! ¡No te quedes ahí donde no podamos ayudarte!

El monstruo trepaba por la pared que hizo con facilidad, sus garras lo dejaron subir tan rápido como corría. Kirima sacó más agua de un comedero cercano y se estrelló contra los hombros de la bestia, tratando de desequilibrarla. Rangi pateó láminas bajas de llamas en los lugares donde intentaba aterrizar sus uñas, razonando que era tan efectivo para romper la raíz de un animal como lo era a un oponente normal.

Así es, pensó Kyoshi. *Esta vez no estoy sola.*

La calle era lo suficientemente ancha como para compensar su debilidad de Tierra Control. Ella apuñalo el aire delante de ella, y toda la superficie de la carretera comenzó a vibrar y cambiar. Se abrió una fisura y cayó una de las patas del animal. Si pudiera cerrar la brecha lo suficientemente rápido, podría detenerlo por la—

El monstruo, en lugar de evitar las garras de su trampa, metió su cabeza a la grieta. Todo su

cuerpo desapareció bajo tierra, dejando un montón de rocas detrás.

—¡¿Esta cosa puede *cavar*!? —Kirima sonaba más agraviada que asustada, como un jugador experimentado descubriendo que la mesa a la que se habían unido estaba descaradamente amañada contra ellos. Kyoshi sintió vibraciones debajo de ella. Era imposible no hacerlo, con una criatura de ese tamaño, pero eran indistintas y sin rumbo. No era de ayuda en esta situación.

—Sepárense —dijo Rangi, mirando el suelo.

—¿No deberíamos permanecer cerca? —Kyoshi dijo.

—No —dijo Rangi—. Entonces tendría más que a uno de nosotros en un solo bocado.

Kyoshi puede haber estado confortada por el nuevo acercamiento con su banda, pero nadie se lo había dicho a Wong y Kirima. Después de escuchar a Rangi, inmediatamente saltaron al techo de la casa más cercana, elementos se arrastraban por debajo de las plantas de sus pies, dejándola a ella y a Kyoshi abajo.

El suelo se aflojó a su alrededor, un círculo perfecto cediendo. Rangi derribó a Kyoshi fuera del centro de la formación, impulsándose hacia los lados con chorros de llama desde sus pies. Aterrizaron con fuerza de costado, con los hombros mallugados. La criatura irrumpió en la superficie, elevándose hacia el cielo, el suelo dando a luz a una forma de muerte que oscureció el sol de arriba.

Había un sonido como de una cremallera, y luego un ruido. El animal gritó, y sus garras cayeron por debajo de los cuerpos de Kyoshi y Rangi. Sacudió la cabeza furiosamente.

Otro impacto, y esta vez Kyoshi lo vio. Una piedra lisa del tamaño de un puño había golpeado a la bestia con fuerza en la punta de su nariz sensible, haciendo que se tambaleara. Miró hacia arriba y vislumbro la silueta de Lek en el techo de su posada, el sol detrás de él envolvía su rostro.

—¿Muévanse, tal vez? —gritó.

Un granizo de piedras perfectamente dirigidas les dio cobertura, cada misil aterrizaba incansablemente en el único lugar en el que el animal parecía sentir dolor, sin importar cuanto se agitara. Se alejó, tratando de ocultar su nariz. Cuando Kyoshi y Rangi huyeron hacia Lek, varias flechas lo golpearon en la parte de atrás. Se volvió hacia la nueva amenaza.

El *daofei* había superado su sorpresa y ahora estaban acosando a la bestia, lanzando lanzas contra ella y pinchando su pelaje con arcos cortos. Buscaron la gloria de derribarla. El animal arremetió con su lengua, enviando una fila de hombres cayendo al suelo, pero más espadachines convertidos en cazadores pisaron sus cuerpos flojos para reemplazarlos.

A Kyoshi no le importaba entender la extraña escena que se estaba reproduciendo detrás. Ella y el resto del grupo corrieron hacia las colinas.

Llegaron a la cueva de Pengpeng en la ladera de la montaña sinuosa, sus piernas y pulmones ardiendo, para encontrar a Lao Ge alimentando al bisonte con una pila de coles. Los lanzaba uno a la vez en el aire para que Pengpeng los atrapara entre sus dientes anchos y planos. Probablemente no tenía sentido preguntarle cómo había adquirido el producto.

—¡Fuiste de mucha ayuda! —Lek gritó. Estaba asumiendo, como Kyoshi en este punto, que Lao Ge era completamente consciente de lo que había sucedido.

El viejo le dio una mirada lástima.

—¿Luchar contra un shirshu? Es sólo una mala inversión de esfuerzo. Me fui tan pronto como lo sentí venir.

—¿Sabías lo que era esa abominación? —Kirima dijo.

—Es una bestia subterránea legendaria que caza por olor —explicó con desprecio, como lo habrían sabido si hubieran prestado mejor atención a sus divagaciones—. Supuestamente puede rastrear tu cantera a través de piedra, agua, suciedad, aire fino. En los viejos tiempos, los Reyes Tierra los usaban para ejecutar a sus enemigos políticos. *Para los traidores, que sean perseguidos por el shirshu hasta que caigan donde están, lejos de sus hogares y de los huesos de sus antepasados.*

Lao Ge le dio a Pengpeng otra col.

—O al menos así era el dicho. El shirshu no ha sido visto en la naturaleza por al menos una generación, así que supongo que éste estaba siendo utilizado para cazar a un fugitivo también. Lo mismo que en los días de antaño.

Kyoshi sintió la mirada aburrida de Lek en ella.

—Iba por ti —dijo—. Yo podía verlo desde el techo de la posada. Estaba olfateando tu olor. *Tú* lo trajiste aquí.

Ella vaciló. Si hubiera sido tan fluida como Yun, podría haber llegado a una negación convincente en el acto.

Antes de que pudiera decir nada, fue interrumpida por el ruido metálico de las espadas que se agitaban en el aire. Se inclinó el borde de la cueva para ver a un grupo de espadachines abajo. En la parte posterior del grupo, exhortando a seguir adelante, estaba el Hermano Wai. El inquisidor de Mok parecía que quería hablar con quién estuviera buscando, con ansias.

—Puedo explicarlo —dijo Kyoshi rápidamente—. ¿Pero tal vez una vez que estamos en el aire?

Hubo un acuerdo silencioso y unánime mientras subían a Pengpeng. La verdad pasó a un segundo plano para sobrevivir.

EL ASCENSO DE KYOSHI

LOS MAESTROS DEL AVATAR

Pengpeng adornó los cielos sobre las llanuras de Ba Sing Se. La ciudad impenetrable los veía pasar como un centinela silencioso, las paredes de color marrón monolítico, una cara en blanco desprovista de rasgos.

Kyoshi vio pasar la capital. En algún lugar en el centro de esas fortificaciones titánicas estaba el Rey Tierra, nominalmente la persona más poderosa del continente, con ejércitos que mandar y la riqueza del mundo a su disposición. Aunque nunca había profundizado en las lecciones de historia, sabía que los registros estaban llenos de casos en los que Avatares y Reyes Tierra acudieron en ayuda del otro.

Y, sin embargo, ella no pudo ir a pedirle ayuda. No había medios para que un campesino se acercara al Rey Tierra que no resultara en una negativa inmediata, o captura, o muerte. Además, los tribunales y las ciudades eran el reino de Jianzhu. Había pasado décadas cultivando influencia entre los burócratas de Ba Sing Se. Entrar allí no sería mejor que rendirse al gobernador Deng de vuelta en Bahía Camaleón.

Miró a la pandilla de sus padres. Estas eran las únicas personas en las que podía confiar, tan triste como eso. Afuera había una ciudad que esencialmente pertenecía a su enemigo. Sus aliados podrían caber en la parte posterior de un solo bisonte.

Y no estaban contentos con ella en este momento.

—Muy bien, escúpelo —espetó Kirima—. ¿Quién es este hombre con el que estas peleando? Dijiste que era un sabio rico y poderoso. ¿Cuál, exactamente? ¡Dinos la verdad!

Kyoshi miró fijamente al suelo del sillín. Antes, ella se había sentido dentro de sus derechos, manteniendo su nombre en secreto. Pero la decisión parecía completamente tonta en retrospectiva.

—… Jianzhu —dijo Kyoshi débilmente—. Jianzhu, el compañero de Kuruk.

—¿El Arquitecto? —Lao Ge dijo, frotándose la barbilla—. Apuntas alto, querida. Estoy impresionado—. El resto de ellos no estaban tan divertidos. Sus mandíbulas cayeron en coro.

—¡¿Jianzhu el Sepulturero!? —Lek gritó—. ¡¿Elegiste pelear contra el *Sepulturero*!?

—¡Yo no elegí la pelea! —Kyoshi protestó—. ¡No estaba mintiendo cuando dije que mató a dos personas que amaba!

—Oh, no, ¡Lo creemos! —Kirima gritó—. ¡Podemos creerlo de verdad! ¡Ese hombre tiene un recuento de cuerpos más alto que la septaricela!

—Y lo hiciste enojar, tanto que envió a una bestia que era un mito para rastrearte hasta las montañas Taihua —dijo Wong con un suspiro—. Podríamos saltar de Pengpeng ahora mismo y ahorrarnos el problema.

—¡Muchas gracias, insensible! —Lek dijo—. ¡Tuvimos la oportunidad de sobrevivir a Mok, pero si el Carnicero del Paso Zhulu quiere que alimentes a los gusanos, entonces es sólo cuestión de tiempo antes de que él nos ponga a ti *y* a nosotros bajo tierra!

Así que Kyoshi no era la única aterrorizada por él. Fue un pequeño consuelo, pero un consuelo, sin embargo, que la hizo sentir como si estuviera de pie en una base más firme. Los forajidos eran quizás el único grupo que entendería lo brutal y peligroso que era realmente Jianzhu.

Cerró los ojos. No conocía a esta gente desde hacía mucho tiempo. Pero para su propia sorpresa más que la de nadie, se habría sentido intolerablemente culpable si los esfuerzos de Jianzhu para capturarla les causaron cualquier daño grave. Se merecían… no ser estafados, era la forma en que se lo decía a sí misma. Se les debía la historia completa.

—No está tratando de matarme —dijo Kyoshi—. No me quiere muerta.

—¡Bueno, eso sería nuevo para él! —Kirima dijo—. ¿Cómo *estás* tan al tanto de sus pensamientos y metas personales?

—Porque—. Ella respiró profundamente para estabilizarse—. Yo soy el Avatar.

Era la primera vez que decía la verdad a sabiendas. De alguna manera se las arregló para evitar hablar esas tres palabras específicas en ese orden específico a Rangi la noche en que huyeron de Yokoya bajo la lluvia. Rangi ya sabía que el Avatar era ella o Yun, por lo que el contexto había sido suficiente.

La confesión de Kyoshi colgaba en el aire, tan visible como el humo. Esperó a que el resto de ellos se recuperara del golpe que había escalonado a Rangi, Kelsang y a todos los demás que pertenecían al pequeño círculo de conocimiento en un momento u otro. Podrían haber necesitado un momento para recalibrar su visión del mundo...

—¡Ja! —Lek dijo—. *¡Ja!*

… ¿O tal vez se reirían en su cara?

Lek retrocedió en el suelo de la silla de montar, encontrando su momento de honestidad definitiva una buena broma, un alivio de sus nervios.

—¿Tu, el Avatar? Hombre, he oído mentiras, pero esta podría ser la mejor.

—Sé que te dejé pasar por alto un montón de los juramentos —le dijo Kirima—. Pero al menos cinco de ellos se trata de nunca mentir a su familia jurada.

—¡Ella *es* el Avatar! —Rangi dijo—. ¿Por qué crees que tiene un guardaespaldas de la Nación del Fuego?

—No sé —dijo Wong con un encogimiento de hombros. Apuntó con el pulgar a Kirima—. ¿Por qué crees que la tenemos?

La Maestra Agua le dio una mirada asesina antes de continuar.

—Mira, puedes creer en tu extraña secta de dos personas todo lo que quieras —le dijo a Kyoshi—. Sólo dinos lo que le robaste al Sepulturero. No serías el primer sirviente que realizó un robo y tuvo que huir de su jefe enojado.

Kyoshi no podía creerlo. Lo había entendido todo mal. Ella había pensado que su Avatariedad era el secreto final, un tesoro dorado que necesitaba ser guardado en una serie de cofres cerrados hasta el momento exacto. Resultó que, sin pruebas, la información valía menos que el papel en el que estaba escrita. Ella apretó uno los abanicos de su cinturón por la frustración.

—¿Siquiera controlas los cuatro elementos? —dijo Wong—. ¿Lo haces?

—Hice fuego control una vez —dijo, dándose cuenta de lo estúpida que sonaba mientras lo decía—. Bajo presión. Salió de mi boca. Como el aliento del dragón—. Pensó en tratar de hacer un Puño de Fuego, pero se sintió como una mala idea, dada la falta de espacio y lo mal que fue el

último.

—Sí, una vez tuve una intoxicación por escamas de fuego dudosas también —dijo Lek—. No significa que soy la reencarnación de Yangchen.

—Bueno, *yo* le creo —dijo Lao Ge con una barbilla orgullosa y levantada. A juzgar por las expresiones de los demás, su respaldo tuvo el efecto contrario.

—Está bien, está bien —dijo Kirima—. Todos cálmense. Tomemos un respiro. Consideremos esto racionalmente por un minuto. Suponiendo que ella es el—¡*KYOSHI, PIENSA RAPIDO!*

Había descorchado su bolsa de piel de agua con un movimiento de manos. Un perdigón de líquido voló en la cara de Kyoshi.

Kyoshi hizo un chillido indigno que debería haberla descalificado de ocupar cualquier cargo. Todavía no podía controlar ningún pedazo de tierra más pequeño que una casa, y el agua dirigida a sus ojos la hizo estremecerse como si una serpiente espinosa hubiera entrado en su saco de dormir. Arrojó sus brazos sobre su cara.

—Por los espíritus —susurró Lek.

Sus mejillas se quemaron de vergüenza. Claro, se veía mal, ¿Pero *tan* mal?

—Kyoshi —dijo Rangi, sin aliento y emocionada—. ¡Kyoshi!

El abanico que había estado sosteniendo había salido de su cinturón mientras se apretaba con sorpresa. Lo estaba agarrando de la manera equivocada, como una daga. La punta del arma apuntaba a la pequeña mancha de agua flotando en el aire.

—¿Eres tú? —Rangi le preguntó a Kirima. La aturdida Maestra Agua negó con la cabeza.

Rangi se acercó a Kyoshi. El agua cayó sobre su espalda, salpicando a los dos. Ella apretó a Kyoshi en un abrazo feroz.

—¡Lo hiciste! —Gritó—. ¡Controlaste otro elemento!

Mientras Kyoshi luchaba por respirar con una Maestra Fuego extática envuelta alrededor de su cuello, ella miró al abanico en su mano. El arma de su madre había hecho la diferencia de alguna manera, tanto en el elemento como en la cantidad. Estaba segura de ello.

Miró las caras del *daofei*. Lao Ge tuvo una expresión fresca y consciente, pero el resto se sorprendió por la sumisión. Habían estado traficando carga valiosa todo el tiempo.

Se establecieron en una de las innumerables canteras abandonadas que abastecían a los anillos central y superior de Ba Sing Se. El marcador de riqueza para la mayoría de los ciudadanos del Reino Tierra era si su casa era construida con piedra del suelo debajo de ella. Cuanto más lejos tenía que viajar la roca, más fina era.

Esta cantera siguió una costura de mármol. El pequeño cañón había sido extraído en bloques perfectamente cuadrados, dejando los bordes sobresaliendo con ángulos rectos. Aterrizaron en una superficie plana de gris y blanco arremolinados, que se asemejaban a pequeñas figuras en una cuenca de fuente gigante. La regularidad de las fracturas de piedra colocadas en la parte superior de las formaciones rocosas naturales hizo que la visión de Kyoshi se difuminase.

La primera señal de que algo andaba mal fue Wong. Primero desmontó y luego se acercó para ayudar a Kyoshi a bajar. Ella frunció el ceño, suponiendo que era más probable que él tomara su

bolsillo que actuar como un lacayo. Ella saltó del otro lado de la silla de montar.

Una vez que estaban todos en tierra firme, los miembros originales de la Compañía de Opera Voladora se alejaron de ella.

—Necesitamos un momento para conferir —dijo Kirima.

Kyoshi y Rangi compartían miradas inciertas entre sí mientras el *daofei* se acurrucaba en el otro lado del cubo de mármol, murmurando y susurrando. Ocasionalmente uno de ellos metía la cabeza como una marmota cantando y le daba a Kyoshi una mirada dura y evaluadora antes de regresar a su debate.

—Si se vuelven contra nosotros —susurró Rangi de lado a través de una sonrisa forzada—. Quiero que tomes Pengpeng y te vayas. Te daré tiempo para escapar.

Kyoshi encontró ese escenario demasiado angustioso para pensarlo. El súbito final de la discusión de la banda obligó a su columna vertebral estar más recta. Se presentaron a Kyoshi y Rangi, tan sombríos, cautelosos y decididos como la primera noche que se conocieron. Kyoshi succionó su aliento a través de sus dientes mientras Lek se adelantaba, un espejo de esa noche que casi llegaban a los golpes.

—Ha sido un honor haber viajado con el Avatar —dijo—. Lamentamos tener que separarnos—. Se inclinaron al unísono. No usando el *saludo daofei,* sino con las manos formalmente a sus lados.

Kyoshi parpadeó.

—¿Huh?

—No tiene que ser ahora, si esos no son sus deseos —dijo Kirima—. Supongo que usted podría querer la noche para planificar su próximo movimiento y dejarnos en la mañana.

Fue la cortesía más que cualquier cosa lo que la confundió.

—*¿Huh?*

Parecían tan confundidos como ella.

—Tú eres el Avatar —dijo Wong—. No puedes quedarte con gente como nosotros. Sería una ofensa a los espíritus o algo así.

—Por no hablar de demasiado peligroso —dijo Lek. Paso sus dedos sobre su palma donde quedaba una línea roja manchada, el artefacto de la curación imperfecta de Kirima—. Todavía estamos obligados a unirnos al ataque contra el gobernador Te. Si nos vamos, Mok nos encontraría eventualmente. Cuando lo haga, bueno… ser asesinado por un shirshu sería más amable.

—Estarás más segura cuanto más lejos estés de nosotros —dijo Kirima.

La mente de Kyoshi se tambaleó. ¿La estaban *protegiendo?* Estaba tan segura de que las primeras personas que descubrieran su identidad la tomarían como rehén o la delatarían a Jianzhu. El Avatar era una herramienta. El Avatar era un apalancamiento. El maestro de los cuatro elementos estaba en algún lugar entre un punto de negociación para conseguir lo que querías y un martillo de fuerza contundente para ser girado en las muchas imperfecciones que se libran del mundo.

No. Tu solo pensabas de esa manera debido a cómo Jianzhu trató a Yun.

—Kyoshi, tienen razón —dijo Rangi—. Si caes más profundamente en las garras de Mok, te manchará para siempre.

Eso era cierto. Si le importaba en absoluto *ser* el Avatar, algún día tener el cargo y realizar sus

EL ASCENSO DE KYOSHI

deberes como Yun ya había comenzado a hacer, entonces ella tenía que separarse de la Compañía de Opera Voladora y sus deudas. De lo contrario, la asociación con los criminales la marcaría indeleblemente.

Estaría sucia.

La historia de los Avatares contenía rebeldes, enemigos de tiranos, aquellos que se mantuvieron solos contra los ejércitos de las Cuatro Naciones cuando fuera necesario. Pero por lo que Kyoshi sabía, ninguno había sido un forajido egoísta. El tiempo siempre había demostrado a sus predecesores a la derecha y los mostró como campeones de la justicia.

Yun le había dicho que la mayoría de los *daofei* respetaban al Avatar. Miró a la pandilla de sus padres y vio cómo su presunción se había ido, su capa de audacia y confianza se abrió de par en par. Se habían puesto al descubierto en presencia del puente viviente entre la humanidad y los espíritus.

No podía explicar lo que era tan familiar acerca de esta situación, ni por qué se sentía tan obligada. La Compañía de Opera Voladora no era un grupo de víctimas inocentes como los rehenes secuestrados por Tagaka, que necesitaban un poder más alto para llegar y cambiar su futuro. Deberían haber sido lo suficientemente capaces sin ella, al igual que—

Yun. Le recordaron a Yun, cuando necesitaba a Kyoshi a su lado en el iceberg. Eran sus amigos, y estaban en un aprieto.

Kyoshi no les dio la espalda a sus amigos. Se tragó sus propios recelos y tomó una decisión.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo—. Me quedo. Y si puedo ayudar con la Flor de Otoño, lo haré. No he conseguido mi parte del trato todavía.

La banda se animó. Lógicamente, su promesa no debería haberles hecho ninguna diferencia. Había sido un peso muerto desde el principio, sólo útil debido a Pengpeng. Pero la miraron con asombro en sus ojos cambiantes, el mismo nerviosismo que ella sabía que sentía cuando Kelsang la localizó por primera vez y la levantó del suelo. *¿Te ensuciarías conmigo?*

—Kyoshi —dijo Rangi—. Piensa en esto hasta su fin. El Avatar no puede ser visto atacando la residencia de un funcionario del Reino Tierra.

—En lo que a los moradores se refiere, todavía no soy el Avatar —dijo Kyoshi—. Tomé los juramentos de este grupo. No abandonaré a mis hermanos y hermanas jurados.

Su elección de palabras no pasó desapercibida para ellos. O Rangi. La Maestra Fuego estaba dividida entre ser crítica con el juicio de Kyoshi y estar orgullosa de haber traído honor personal en el asunto.

—No estás lista para nada parecido a una verdadera pelea —dijo Rangi—. Actualmente, *tú* eres la mayor debilidad de este grupo. Eres demasiado valiosa para perder, y no tienes las habilidades para defenderte.

—Eso es un poco duro —dijo Lek. De todos ellos.

—Horquillas tiene razón —dijo Kirima a Kyoshi—. *Actualmente*. Tenemos hasta la próxima luna llena para conectar con las fuerzas de Mok para el asalto. Finalmente podemos darte el entrenamiento que esperabas. Eso es lo que te prometimos, ¿no?

—¡El Avatar tarda años en dominar los cuatro elementos! —espetó Rangi—. ¡Y eso es con maestros de clase mundial! No tengo la impresión de que alguno de ustedes tenga un linaje de Maestros Control del que hablar.

Kirima sonrió.

—No, pero siempre he querido empezar uno. No voy a dejar pasar la oportunidad de pasar a la historia como el Maestro de Agua control del Avatar.

Kyoshi prácticamente podía oír el hervor de sangre de Rangi. Por el lado de su madre, su familia pertenecía a una línea ininterrumpida de Maestros Control y que eran considerados algunos de los mejores de la Nación del Fuego. Habían enseñado a miembros de la familia real. Este plan le exigía que aceptara la vergüenza que habían pasado por tanto tiempo. El maestro más importante del mundo tendría que inclinarse ante la chusma.

El *daofei* vio la agonía jugar en la cara de Rangi. Ellos se estaban divirtiendo.

—Relájate —dijo Lek—. Estaríamos enseñando a Kyoshi a sobrevivir, no convirtiéndola en Yangchen. Considera la incursión en Te como un examen práctico.

Cualquier adoración que Kyoshi detectó anteriormente había desaparecido por completo de su actitud. Kyoshi suponía que sólo tenía la culpa, diciéndoles que pensaran en ella como su hermana en lugar del Avatar.

—Hablando de Yangchen, no tenemos suerte para el Aire Control de todos modos —agregó Kirima—. O ustedes dos aceptan algunas improvisaciones, o Kyoshi sigue siendo como es. Débil. Indefensa. Impotente. Un bebe desamparado en el bosque que no puede—

Kyoshi apuntó más allá del hombro de Kirima y sacó un enorme cubo de piedra del otro lado del cañón. Se estrelló por la cara del acantilado, sus esquinas cortando, un dado lanzado por un espíritu del tamaño de una ciudad. La roca golpeó el suelo del cañón y se fracturó en un ejército de losas y fragmentos que se tambalearon en sus extremos antes de caerse sobre el plano.

A pesar del ruido, Kirima no le dio una sola mirada al deslizamiento de tierra. Miró a Kyoshi, impasible, sin impresionarse.

—Esto es exactamente de lo que estoy hablando —dijo—. Necesitas más de un truco en tu bolsillo.

Kyoshi sintió pasar la noche como el viento que pasaba a través de las ramas de un árbol. El grupo se contentó con dejarla en paz, por ahora. Charlaban con entusiasmo entre ellos alrededor del fuego. El Avatar se había ofrecido para permanecer a su lado. Cada movimiento llevaba un matiz de rectitud espiritual.

Kyoshi les daba un día antes de que la emoción desapareciera.

Rangi estaba de su propio humor. Una vez terminadas las tareas del campamento, saltó por completo a una piedra diferente. Para sí misma, se dejó bastante claro. Habían hablado de la angustia de ver a los demás tomar riesgos, pero ninguno de ellos había hecho ninguna promesa de detenerse.

No podían. No ahora.

Kyoshi vio que las estrellas aparecían y desaparecían del cielo, ocultas y descubiertas por las nubes que eran tan invisibles en la oscuridad como los tramoyistas vestidos de negro moviendo el escenario de una obra. Estaba esperando a que los demás se durmieran. Esperó una hora en particular que no pertenecía ni a este día ni al siguiente, cuando el tiempo se sentía gelatinoso y espeso.

Kyoshi se levantó y se trasladó a la siguiente plataforma cúbica de la cantera, y luego a la siguiente. Sin pisar el polvo, iba lento. Tuvo que subir y bajar los cambios de altura. No quería despertar a los demás con ruidos de Tierra Control ortodoxos.

El anciano estaba en la boca de la veta de mármol de espaldas a ella. A veces se preguntaba si Lao Ge no era una alucinación compartida. O un amigo imaginario exclusivo para ella. Los otros podrían haberla estado complaciendo, asintiendo y sonriendo cada vez que hablaba a un espacio vacío.

—Pensé que vendrías a mí en Hujiang —dijo—. Supongo que tenías otras prioridades en su mente.

Kyoshi hizo una reverencia, sabiendo que podía decir con seguridad si ella lo haría.

—Disculpas, Sifu—. Pero en sus pensamientos, la inquietud se disparó. Si tenía un problema con Rangi, entonces…

Lao Ge se dio la vuelta. Había una sonrisa en sus ojos.

—No tienes que abandonar el amor —dijo—. Matar no es una forma de arte sagrado que requiera abstinencia mundana. En todo caso, esa es la lección dos.

Tragó a través del bloque en su garganta. Ella había estado llena de presunción la primera noche que fue a él en secreto. Pero ella había estado tan acostumbrada a los falsos comienzos y progresos obstaculizados que continuar su conversación se sentía como un territorio extranjero. Más duda se metió en sus grietas.

—La lección dos debería asustarte hasta los huesos —dijo Lao Ge—. Puedes tomar una vida antes de que salga el sol, desayunar y pasar el día. ¿Cuántas personas podrías ver pasar por la calle que son capaces de ser tan insensibles? Muchas más de lo que crees.

Jianzhu ciertamente lo era. La había llevado sola a salvo, dejando a Yun atrás en las garras de ese espíritu profano. Ese fue el momento en que marcó a su alumno que alguna vez tuvo más uso, la forma en que un estibador podría pintar una X en una caja de carga ensuciada por el agua de mar. Pérdida total, no vale la pena el esfuerzo de recuperación.

Y luego estaba lo que le había hecho a Kelsang.

—¿Te parece que puede ser diferente? —Lao Ge dijo, notando su quietud.

Todavía podía sentir las manos de Jianzhu agarrándola.

—No lo sabré hasta que lo intente —dijo.

El anciano se rio, un solo ladrido que atravesó la noche.

—Supongo que pronto tendrás la oportunidad. En el fragor de la batalla, puedes disculpar el acto lo suficientemente bien. Lanzando una flecha aquí, corta con una espada allí. Tú y tu víctima son sólo dos de muchos, actuando en la auto preservación. ¿Así es como quieres tratar con tu hombre? ¿Con el caos como tu sudario? ¿Quieres cerrar los ojos, arrojar una cantidad abrumadora de muerte en su dirección, y esperar que se haya deshecho cuando los abras?

—No —dijo ella. Recordando lo que le habían robado, lo que nunca recuperaría por culpa de Jianzhu, trajo una oleada de convicción—. Quiero mirarlo a los ojos mientras lo termino.

Lao Ge reaccionó como si hubiera hecho una broma descarada, frunciendo sus labios en la diversión.

—¡Bueno, entonces! —dijo—. En ese caso, durante la redada, tú y yo vamos a separarnos de los otros. Iremos más lejos en el palacio que nadie. Y vamos a asesinar al gobernador Te.

—Espera, ¿Qué? —. La certeza que tenía con respecto a Jianzhu hizo que tropezara

mentalmente con la mención de otro objetivo. Era como si fuera el luchador de *Lei Tai* lanzando un golpe de todo o nada a Rangi, que había vuelto hábilmente su impulso en su contra—. ¿Por qué haríamos eso?

—Para ti, es práctica —dijo Lao Ge—. Para mí, es porque es mi hombre. El gobernador Te es brutalmente incompetente y corrupto. Su gente pasa hambre, extrae los impuestos del Rey Tierra para enriquecer sus propias arcas, y en caso de que no te hayas dado cuenta, no tiene una buena política para manejar a los *daofei.*

—¡Esas no son excusas para asesinarlo!

—Tienes razón. No son excusas, son una amplia justificación. Te garantizo que muchos ciudadanos han sufrido inconmensurablemente por su codicia y negligencia, y muchos más morirán si se le permite seguir respirando.

Lao Ge extendió sus manos como para abrazar el mundo.

—Él y los de su calaña son parásitos que le quitan fuerza y vitalidad al reino. Imagínate a ti misma como el depredador que mantiene la tierra saludable eliminando las fuentes de su debilidad. Se dijo de Kuruk que era el mayor cazador que jamás caminó por las Cuatro Naciones, pero por lo que sé, nunca hizo del hombre su presa. Espero que puedas ser diferente.

La idea de convertirse en una bestia libre de pensamiento y culpabilidad se suponía que ayudaría, pero la hizo estremecerse en su lugar.

—¿Qué te da el derecho a decidir? —preguntó—. ¿Eres parte de otra hermandad? ¿Hay más gente como tú? ¿Alguien te está pagando?

Negó con la cabeza, esquivando sus preguntas.

—¿No todo el mundo tiene derecho a decidir? —dijo—. ¿No es el Avatar una persona como yo? ¿Alguien que da forma al mundo con sus elecciones?

Iba a protestar que no, el Avatar tenía el reconocimiento de los espíritus y las Cuatro Naciones, pero encontró su lengua atada a raíz de su argumento.

Él se apoderó de sus antebrazos a sus espaldas y miró a través del cañón.

—Declararía que el campesino más humilde es como el Avatar en este sentido. Todas nuestras acciones tienen un impacto. Cada decisión que tomamos se extiende hacia el futuro. Y alteramos nuestros paisajes de acuerdo con nuestras necesidades. Para mantener vivas sus cosechas, un agricultor desarraiga las hierbas que la naturaleza ha puesto en sus campos, ¿No?

—La gente no es hierba —dijo Kyoshi. Era lo mejor que podía manejar.

Se volvió hacia ella.

—Creo que es un poco tarde para reclamar el terreno moral alto, dado tus objetivos.

Se sonrojo ardientemente.

—Jianzhu asesinó a dos de mis amigos con sus propias manos —espetó—. No merece salirse con la suya. Si lo eliminas por mí, en lugar de apuntar a algún gobernador al azar, podría revelarme como el Avatar—. *Estaría a salvo…*

Su determinación fue vacilante de izquierda y derecha. No hace ni un minuto estaba gritando por hacer la escritura ella misma, fingir un alma dura, y ahora estaba rogando al abuelo para hacer que el hombre malo se fuera.

Lao Ge sonrió.

—Nadie en este mundo es aleatorio. No me importa matar a Jianzhu. Es competente y se rodea de gente competente. Ojalá el Reino Tierra tuviera cien Jianzhus. Entraríamos en una nueva era

dorada.

—Y, sin embargo, usted no está tratando de impedir que termine con él.

—Para este caso, no voy a intervenir de una manera u otra. Además, ¿Qué clase de profesor sería si tomara el examen de mi estudiante por ella?

—Uno rico —murmuró Kyoshi. Los tutores que intercambiaban identidades con los hijos de familias adineradas para que pudieran pasar las pruebas gubernamentales necesarias para trabajos administrativos de prestigio era una práctica común en todo el Reino Tierra. Lograr la estafa pagó muy bien.

Lao Ge estalló de risa.

—Oh, me gustan nuestras pequeñas charlas. Aquí hay una tarea para ti mientras tanto.

Saltó a un nivel más alto sin la ayuda de algún elemento control y sin mucho esfuerzo en absoluto. El salto fue tan alto que quedó sobre la cabeza de Kyoshi.

—Muchos de los guardias personales del gobernador Te morirán en la incursión de Mok —dijo, desapareciendo más allá del borde de la piedra, su voz ya comenzaba a desvanecerse—. Soldados que simplemente están haciendo su trabajo. Sus sirvientes también serán atrapados en la violencia. ¿Qué harás entonces, Avatar?

Kyoshi dio un salto en su lugar, con el ojo que se asomaba por encima de la superficie del cubo en el que había aterrizado, tratando de echar un último vistazo. Estaba vacío. Lao Ge ya se había ido.

Se desplomó contra la pared de mármol. El concepto de daño colateral había perdurado en la parte posterior de su mente, pero Lao Ge lo había rodeado de tinta, lo hizo doloroso, de la misma manera que Rangi señaló defectos en su postura de Montura. Ella no tenía idea de cómo iba a participar en esta acción, cumplir su promesa a su nueva hermandad, sin ensuciarse las manos.

La promesa había sido tan fácil de hacer en ese momento. Ella miró miserablemente en el lado opuesto del abismo minado, el sueño se apodero de ella antes de que pudiera encontrar una solución.

Se despertó, tendida sobre la superficie de mármol duro. Debe haber cambiado durante la noche.

Cuatro figuras se cernían sobre ella, haciendo un arco de sus caras al revés.

—Oh, mira —dijo Kirima—. Nuestra pequeña y preciosa estudiante está tratando de escapar y eludir su entrenamiento.

Wong pisoteó el suelo. El mármol bajo Kyoshi se inclinó como una sartén, haciéndola ponerse de pie. Le ofreció los abanicos, se dirigió hacia ella.

—Te atrapo primero —rugió—. Un calentamiento antes de empezar a controlar elementos.

—Moño nos contó todo sobre tu pequeña debilidad —dijo Lek, retrocediendo con una mirada de superioridad en su rostro—. Que no se puedes controlar pequeños pedazos de tierra.

—Creo que mis palabras fueron 'completa y absolutamente carentes de precisión' —dijo Rangi, resoplando con desprecio. Ignorando la mirada de Kyoshi.

—No te preocupes —dijo Lek—. Para cuando terminemos contigo, podrás sacarte la basura de tu propio ojo. ¡Atrapalo!

Batió la piedra que apareció en su mano en la cara de Kyoshi. Sólo el hecho de que Wong tuviera a los abanicos en sus manos, justo allí, la dejó arrebatarle uno a tiempo para protegerse. A medida que los brazos se abrieron y ella atravesó el arma, la piedra se detuvo en el aire. Invirtió el curso a toda velocidad y golpeó a Lek en la frente.

Se dobló del dolor.

—¡Oh! —gritó—. ¡Yo estaba apuntando por encima de ti!

—Espera, ¿Entonces *si puedes* controlar cosas pequeñas? —Kirima dijo, molesta por la revelación—. ¿Nos estabas mintiendo otra vez? Tengo que decirte, estoy harta de los secretos.

—¡Estoy sangrando! ¡Esto es peor que Hujiang! —se quejó Lek

—¡Así no es como se abre el abanico! —Wong rugió indignado—. ¡Pudiste haber dañado la hoja!

En medio de los gritos, Rangi enterró su rostro en sus manos. Parecía tener un dolor de cabeza que rivalizaba con el de Lek.

Kyoshi estuvo de acuerdo con ella. El entrenamiento oficial del Avatar fue un gran comienzo.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

PREPARATIVOS

El viaje al palacio de Te fue un desenfoque doloroso. Cada momento dedicado a la formación. Los *daofei* adoptaron sus nuevos papeles como sus maestros con gusto. A los criminales les gustaban sus jerarquías, y la Compañía de Opera Voladora acababa de establecer una nueva, con Kyoshi en la parte inferior.

—¡No! —Wong gritó—. ¡Es abanico abierto, abanico cerrado, bloqueo alto, pasos delicados hacia atrás, gran estocada hacia adelante, barrido de piernas! ¡El abanico no es un arma! ¡Es una extensión de tu brazo!

El hombre nunca había sido mucho para las palabras antes, pero cuando se trataba de luchar con el abanico, se transformó en un director de escena tiránico, con el ego y el perfeccionismo a juego.

—¡Podría recordar los movimientos mejor si no me hicieras cantar todas las obras de Yuan Zhen mientras hacemos esto! —Kyoshi dijo, jadeando y resoplando en el campo abierto que habían aterrizado. El resto del grupo se sentó a la sombra de un árbol de caqui con vistas a un campo vacío, comiendo la fruta astringente y disfrutando de la brisa mientras Kyoshi estaba a la sombra bajo el sol.

Wong estaba muy ofendido.

—¡El canto es una práctica de control de la respiración! ¡El poder y la voz vienen del centro! ¡Otra vez! ¡Con contenido emocional esta vez!

No importa lo difícil que fuera la práctica de los abanicos, ella resistió. Las recompensas fueron enormes saltos en su progreso con su Tierra Control. Con sus abanicos en la mano, podía reducir su enfoque para patear rocas a objetivos y levantar paredes de piedra como un Maestro Tierra normal, aunque uno con una técnica descuidada e informal. Aun así, después de tantos años de temor de destruir el campo con el más pequeño acto de Tierra Control, usar las armas de su madre fue liberador. Era tan eficaz, que se sentía como una trampa.

—*Es* una trampa —dijo Lek mientras se tiraban guijarros el uno al otro en la boca de una cueva mientras los demás montaban un campamento—. Claro, algunos Maestros Tierra amplifican su poder con armas como martillos y mazas, pero ¿Qué vas a hacer si no tienes tus abanicos? ¿Pedir un cambio de reglas?

—¿Cómo van a robar mis abanicos? —Kyoshi dijo. El vuelo de los guijarros tomó velocidad, sus arcos cada vez más afilados—. Siempre los tengo conmigo.

—Puede que no sea un robo —dijo Lek—. Podrías voluntariamente dejarlos atrás. La primera regla de contrabando es; *No ser atrapado con la mercancía.* Tus padres lo sabían. Probablemente por eso escondieron los abanicos contigo en esa rustica ciudad.

El temperamento de Kyoshi ardía. Una, se encontró anhelando a Yokoya estos días, para su sorpresa. No la gente, sino el paisaje áspero y salvaje donde las montañas boscosas se encontraron con el mar y el aire salado. El Reino Tierra interior a menudo se sentía como un monótono marrón, una extensión plana que cambiaba poco de un lugar de aterrizaje a otro. Decidió que no apreciaba que la gente despreciara la pequeña parte única en la que había conocido a Kelsang.

Y dos, ella nunca había superado el resentimiento que sentía hacia Lek, cada momento que sus padres habían pasado con él en lugar de ella. No importaba si era simplemente un pandillero para ellos. Lo habían encontrado útil, decidieron que tenía un propósito. ¿Ella? No tanto.

Podría haberle explicado sus sentimientos. En su lugar, cortó los guijarros voladores con sus abanicos, agrietándolos limpiamente en los hemisferios, y envió el doble de proyectiles de vuelta a Lek. *¿Puedes hacer* eso, *con o sin un arma?*

Gritó y se arrojó al suelo. La explosión de piedra se metió en la pared de la cueva por encima de él, bañándolo de polvo. El juego se había vuelto demasiado duro.

—¡Lo siento! —Kyoshi gritó, cubriéndose la boca horrorizada con el abanico. Podría haberle sacado el ojo, o peor.

Se levantó con un azote en la cara. Pero entonces recordó algo. Su resplandor se convirtió en una sonrisa tan engreída que podría haber iluminado el resto de la cueva.

—Está bien —dijo, sacudiendo la suciedad de sus pantalones—. Aunque tendré que decirle a Rangi sobre tu falta de control.

Cualquier remordimiento que Kyoshi sintió había desaparecido.

—Tu pequeño mocoso—

Levantó un dedo pacientemente como un gurú iluminado.

—*Bup-bup*. Es *Sifu* Mocoso para ti.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Kyoshi podía hacer Fuego Control sin sus abanicos.

Ese mal intento después de su huida de Bahía Camaleón era un recuerdo lejano. Desde entonces, algún tipo de bloqueo se había despejado. La llama se sentía directa, un poder que simplemente necesitaba ser liberado en lugar de ser empujado o manipulado como la tierra.

No tenía sentido para ella cómo tenía una debilidad crítica con su elemento nativo, pero podía producir fuego decentemente para un principiante. La razón podría haber sido que Rangi era una gran maestra, como cabría esperar del vástago de grandes maestros.

—No —dijo Rangi—. Es tu estado emocional.

La pequeña área de entrenamiento que habían construido estaba al final del camino de pastor aislado que se alejaba de un pequeño pueblo en un valle por debajo. Rangi la enfrentó en un haz de tierra largo y estrecho que le había ordenado a Kyoshi que levantara del suelo. Equilibrarlo era bastante difícil, pero luego empezaron a correr a través de las formas de fuego y el combate ligero. El ejercicio lineal significaba que tendría que concentrarse en resistir y vencer con *jing* positivo en lugar de permanecer quieta o evadir.

—De todas las disciplinas de control de los elementos, el fuego es el más afectado por la

agitación interna —dijo Rangi, golpeando una llama hacia abajo en el pie delantero de Kyoshi, obligándola a tirar de ella hacia atrás—. El hecho de que ahora sea más fácil para ti significa que te sientes más relajada y natural.

Kyoshi pateó su nueva pierna principal. Una media luna de fuego cortada en rodajas hacia arriba, y Rangi tuvo que reconsiderar cuánta presión quería aplicar.

—¿No es eso algo bueno? —preguntó Kyoshi.

—¡No! ¿Por qué iba a serlo? ¡Te sientes floja y voluble cuando estás rodeada del *daofei,* al punto de arriesgar tu vida por ellos en lo que es esencialmente un acto de traición contra el Reino Tierra! —Rangi giró sobre los círculos de sus pies, perfectamente centrados, con más belleza bailable de la que Kyoshi podría reunir. Una falda horizontal de llama ondulada de su cintura, exactamente a una altura demasiado incómoda para Kyoshi para saltar o agacharse fácilmente.

Rangi no había notado la completa falta de vergüenza de su oponente. Kyoshi cayó sobre su vientre como un gusano, abrazando los lados de la viga para la estabilidad, y dejó pasar la ola de fuego sobre ella. Ella volvió a aparecer para ver a Rangi mirándola con desaprobación en sus ojos. Y fue por más que su humilde escape.

—Ahora estás haciendo Fuego Control —dijo Rangi—. Me atrevo a decir, que incluso podrías ser buena en ello. No hay razón para continuar en este camino. Podríamos ir con los sabios y probar que eres el Avatar.

Kyoshi pensó que este asunto había sido resuelto, pero aparentemente no.

—¿Cuáles, exactamente? —dijo—. ¡Porque los únicos sabios que conozco son los nombres de las listas de invitados de Jianzhu! ¿Deberíamos probar Lu Beifong? ¿El hombre que piensa en Jianzhu como su propio hijo? ¡O tal vez alguien en la corte de Omashu! ¡Omashu es prácticamente su hogar de verano!

—Podríamos ir con mi madre —dijo Rangi, su voz apenas audible.

Kyoshi dejó caer su postura de lucha. Si cogía una bola de fuego en la cara, se lo merecía. Básicamente había separado a Rangi de su única familia. Era una culpa inquietante que Kyoshi había sido capaz de ignorar, sólo debido a la fuerza de su amiga. Esta fue la primera vez que Rangi se agrietó a lo largo de ese escenario.

—¿Realmente crees que ella tomaría nuestro lado sobre el de él? —preguntó Kyoshi. No quería que la pregunta fuera desafiante. La amistad entre los compañeros del Avatar en épocas pasadas era cosa de leyenda. Se dijo que dos de los amigos cercanos de Yangchen y los maestros control habían muerto protegiéndola de sus enemigos. La perspectiva de que Hei-Ran eligiera a Jianzhu por encima de su propia hija tenía que ser considerada.

La cara de Rangi se marchitaba aún más.

—No lo sé —dijo después de un tiempo—. Sus hombros estaban pesados por el abatimiento—. Yo no podría estar segura. Supongo que, si no podemos confiar en mi propia madre, entonces no podemos confiar en nadie.

No se sintió bien ganar este argumento. Kyoshi pisó la viga con cuidado hasta que pudo poner sus brazos alrededor de Rangi.

—Lo siento —dijo ella—. He tomado mucho de ti. No sé cómo hacerlo bien.

Rangi se limpió la nariz y empujó a Kyoshi.

—Puedes empezar prometiéndome que serás un gran Avatar. Un líder que es virtuoso y justo.

El comentario desequilibraba a Kyoshi mejor que una patada en la rodilla. No podía reconciliar

los deseos justos de su amiga con las oscuras conclusiones de Lao Ge. Entretener la sabiduría de un asesino ya era una traición a la confianza de Rangi. ¿Qué pasaría si Kyoshi hiciera la prueba del viejo y pasara?

Rangi hizo un gran ataque para derribarla de la viga, exagerando deliberadamente sus propios movimientos y aberturas para que su estudiante la contraatacara. Pero Kyoshi no pudo capitalizarlos. Se alejó hasta que se quedó sin espacio, agitando descaradamente sus manos en una burla de fuego, caliente salpicando de sus dedos.

La suerte intervino antes de que ella se humillara aún más.

—Ustedes dos han estado aquí toda la mañana —gritó Kirima mientras se acercaba a lo largo del sendero—. Es mi turno con Kyoshi.

—¡Fuera de aquí! —Rangi gritó. Tomó el fuego que había estado enrollando entre sus manos y lo redirija en lo alto de la cabeza de Kirima.

Desde la noche que pasaron en la cantera de mármol, la actitud personal de Rangi hacia Kirima había ido abruptamente cuesta abajo. Kyoshi no tenía idea del por qué. Ambas eran maestras talentosas que casaban inteligencia con precisión. Confiaría en cualquiera de sus juicios en un abrir y cerrar de ojos.

Kirima no se estremeció por la explosión del fuego. Las olas de calor revolotearon su cabello e iluminaron su rostro afilado en tonos dorados, un efecto que era bastante bonito.

—No estás dando un buen ejemplo para el bebé Avatar, Moño. Demasiada rabia atrofiará su crecimiento.

—¡Deja de llamarme así! —dijo Rangi furiosa.

Tal vez eso era todo, las constantes burlas. Kyoshi se preguntó cómo Rangi aguantó el apodo durante tanto tiempo. En la Nación del Fuego, el cabello estaba fuertemente ligado con el honor. Ella había oído que a veces los perdedores de un importante Agni Kai tendrían partes calvas en su cabeza, poniendo parches de su cuero cabelludo desnudos para simbolizar un nivel extra de humildad de su derrota, pero el moño siempre fue sagrado. Nunca fue tocado excepto en circunstancias similares a la muerte.

Kirima se inclinó en la burla.

—Como desees, mi buena Mujer Calor. Volveré en cinco minutos.

Después de desaparecer, Kyoshi puso su mano en el hombro de Rangi.

—¿Pasó algo entre ustedes?

Rangi respondió con su nueva forma favorita de evitar el tema.

—Entrenamiento de posturas —dijo.

—¡Ya entrenamos la postura!

—Lek dijo que te volviste loca en la cueva. Nos mudamos a dos al día. Montura. Ahora.

Kyoshi gimió y apretó los pies juntos. Los barajó a los lados, alternando entre los talones y pies, hasta que fueron más anchos que sus hombros. Ella guardó silencio mientras bajaba la cintura, o de lo contrario Rangi la haría sostener un tronco o algún otro objeto pesado que pudieran encontrar por ahí.

Rangi la rodeó, buscando cualquier debilidad donde pudiera atacar.

—No te muevas —dijo ella justo antes de sentarse cuidadosamente en la rodilla doblada de Kyoshi.

—¡Te odio tanto! —Kyoshi gritó mientras Rangi ponía su peso corporal sobre sus hombros.

—¡El ejercicio es mantener la compostura frente a la distracción! ¡Ahora mantenla!

Kyoshi aguantó la agonía asimétrica hasta que Rangi cayó de nuevo al suelo.

—No quiero que te enseñe Agua Control —dijo Rangi mientras se movía amenazantemente al punto ciego de Kyoshi.

—¿Por qué? —Kyoshi sintió que Rangi saltaba sobre su espalda, aferrándose a ella como una mochila—. *¡Agh! ¡¿Por qué?!*

—Hay un orden adecuado para entrenar al Avatar —dijo Rangi—. El ciclo de las estaciones. Tierra, fuego, aire, agua. No es bueno desviarse de ese patrón. Tienes que dominar los otros elementos antes que el agua.

—Una vez más, ¿Por qué? —sólo había cuatro templos que se dirigían en el mundo. Si ella intentaba buscar un maestro allí, Jianzhu la encontraría más fácilmente que en cualquier otro lugar.

—¡Por qué! —espetó Rangi—. Dicen que las cosas malas suceden cuando un Avatar intenta desafiar el orden natural del control de los elementos. La mala fortuna les sobreviene.

Kyoshi nunca había conocido que Rangi se apoyara en la superstición. La tradición, sin embargo, era otro asunto. Ella podía decir que cada vez que ignoraban una práctica establecida con respecto al Avatar, el cuchillo se retorcía en el corazón de Rangi un poco más.

Pero Kyoshi se lo debía para no hacer una promesa que no podía cumplir.

—Voy a usar todas las armas que tengo a mi disposición —dijo. Esa era la verdad.

Rangi la dejó ir.

—Lo sé. No puedo impedir que entrenes con Kirima. Es sólo que tan pronto como empieces a hacer Agua Control en serio, nuestra oportunidad de hacer las cosas de la manera correcta muere. Para siempre. No habrá marcha atrás.

Escucharlo así expresado hizo que Kyoshi se sintiera más triste de lo que esperaba. Miró fijamente al suelo frente a ella. Los pies de Rangi salieron a la vista.

—Vamos —dijo ella—. Animate. No quise enviarte a un abismo.

—No puedo animarme. Estoy en la postura de Montura.

—Me gusta tu concentración —dijo Rangi—. Pero a ver si se puedes soportar esto.

Se deslizó entre los brazos de Kyoshi y le dio un beso que hizo que inclinara la cabeza, y le doblara las rodillas, tan poderoso y profundo como el océano después de una tormenta.

Los ojos de Kyoshi se volvieron anchos antes de que se cerraran para siempre. Se hundió en la oscuridad celestial. Su columna vertebral se volvió líquida.

—*Mantenla* —Rangi murmuró, sus labios como una pluma en Kyoshi antes de atacar de nuevo, con ferocidad añadida esta vez.

Kyoshi nunca quiso que el tormento terminara. Rangi la apretó como un metal brillando en un yunque, abrasándola donde su piel se encontró. Los dedos corrieron a través del cabello de Kyoshi, torciendo y tirando para recordarle lo deliciosamente a merced que estaba de la Maestra Fuego.

Después de cien años, Rangi rompió el contacto, respirando suave y deliberadamente un poco de vapor por el cuello de Kyoshi, un regalo de despedida de calor que se desplomó debajo de su ropa.

Ella se inclinó para un último susurro seductor.

—Aún te quedan siete minutos para ir —dijo Rangi.

Kyoshi guardó sus quejas para sí misma. Era un trato decente, considerando todo.

—Sus chakras de agua y aire están desbordados —dijo Lao Ge.

Parecía una vergüenza, como si Kyoshi hubiera vagado fuera de su casa sin estar completamente vestida. Ella se había enfrentado a venir a él mientras los otros aún estaban despiertos, acostados por las brasas de la fogata. Rangi probablemente estaba mirando el cielo, vigilante de sus últimos momentos de conciencia.

Lao Ge yacía de costado en la hierba, con la cabeza apoyada en la mano para que pudiera ver un par de luciérnagas circular entre sí, trazando patrones erráticos a través del aire. Kyoshi había aprendido desde hace mucho tiempo que el hombre tenía muy poca necesidad de mirarla.

—No sé qué son los chakras —dijo.

—Lo que son es abierto o cerrado. En aras de la previsibilidad, prefiero trabajar con personas que tengan las siete abiertas o las siete cerradas. Un cómplice con sólo algunos de sus chakras desbloqueados puede ser fácilmente influenciado por su emoción más fuerte, más retorcida.

Kyoshi asumió que el término tenía algo que ver con el movimiento de energía dentro del cuerpo.

No es mucho, ya que controlar el *chi* interno era la base de todo control de elementos.

—Tus sentimientos de placer y amor se están enfrentando a una pared de dolor —dijo—. Y la culpa. El dolor es algo con lo que puedo trabajar, pero la culpa es un pobre asesino. ¿Tienes dudas acerca de tu hombre?

—No —dijo ella—. Nunca.

Lao Ge rodó hacia su otro lado. Ella esperó, dejando que la examinara para ver que no estaba mintiendo. Jianzhu ya era parte de su sangre. Él era el dorso de sus manos.

Pero esta persona Te no lo era.

—No sé si puedo ayudarte a matar al gobernador —dijo—. Ayudar a Mok a liberar a un prisionero es una cosa, pero un asesinato a sangre fría es otra—. Kyoshi se preguntó por qué no rechazó a Lao Ge inmediatamente la otra noche. Hablar la acción en voz alta lo hizo ridículo—. No hay razón para que te ayude.

El anciano sonó su nariz en la manga.

—¿Has oído hablar de Guru Shoken? —preguntó. Kyoshi negó con la cabeza.

—Era un antiguo filósofo, contemporáneo de Laghima. Pero no tan popular. Tenía un proverbio: *'Si te encuentras con el espíritu de la iluminación en el camino,* ¡Matalo*!'* —arrugó la frente—. Puedo ver por qué no es popular. Sí, fue considerado herético por algunos. Pero sabio por otros. Una interpretación de ese dicho en particular es que no puedes estar obligado por pequeñas preocupaciones en tu viaje personal. Debes caminar con un propósito singular. El juicio de los demás, no importa cuán horribles o criminales etiqueten tus acciones, no debe tener ningún significado para ti.

—No puedo hacer eso —dijo Kyoshi—. Me importa lo que piense de mí. No sé si podría manejar decepcionarla.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Lao Ge sabía de quién hablaba Kyoshi.

—Tu vacilación parece ser menos acerca de su propia moral que la de ella. De hecho, sin que tu Maestra Fuego te ate a este mundo, podrías no sentir ningún reparo en absoluto. Quizá por eso te sientes culpable. Estás a un paso del ideal de Guru Shoken, y te molesta.

Este era el lamentable estado del Avatar Kyoshi. La falta de corazón por la nueva iluminación. Asesinar los medios para el autodescubrimiento. Si alguna vez resurgiera en el mundo legítimo, crearía una mancha tan oscura como la marga en los libros de historia.

—No te veas tan comprometida —dijo Lao Ge—. Yangchen era un devoto lector de Shoken.

Kyoshi lo miró.

—También estudió a sus oponentes —él dijo—. Pero no tengo ganas de darte sus argumentos filosóficos. No sirve a mis propósitos.

Recordó las notas en el diario de su madre sobre la longevidad rumoreada de Tieguai el Inmortal.

—¿Eres él? —dijo—. ¿Eres Shoken? —. Si su acusación salvaje era correcta, habría hecho que el hombre ante ella fuera más viejo que las Cuatro Naciones.

Lao Ge resopló y rodó sobre su espalda, cerrando los ojos.

—Por supuesto que no—. Se acomodó a dormir—. Siempre fui mucho más guapo ese tonto.

EL ASCENSO DE KYOSHI

CONCLUSIONES

Jianzhu había aprendido la lección. Nada de caravanas. Nada de carreteras. Tan pronto como recibió el mensaje del equipo de seguimiento del shirshu, entregado por halcón, había pasado por el enorme y absurdo gasto de comprar sabuesos raros. Los que cruzaban el país además de un bisonte volador. Toda una manada de ellos.

En los anales del Reino Tierra, antiguos bárbaros nómadas habían recorrido grandes distancias, sorprendiendo a los grandes ejércitos con tales tácticas. Un solo piloto traería múltiples monturas en un viaje, cambiando entre ellas sobre la marcha para mantener a los animales lo más frescos y rápidos posible. De las filas de sus guardias recién reabastecidos, había elegido dos en base a su habilidad de conducción y partió con ocho sabuesos de caza entre ellos. Se les había dicho lo menos posible, pero por su urgencia era fácil adivinar que su búsqueda era importante.

Llegaron a las montañas de Ba Sing Se en un tiempo asombroso, sin apenas un testigo que marcara su paso. Al principio, un sabueso se había roto la pierna en un agujero de una marmota cantora y necesitaba ser sacrificado. Otro murió de agotamiento en la orilla del lago del Oeste.

Pero aparte de eso, la conducción constante y sin sentido, el viento en su cabello había sido bueno para el espíritu de Jianzhu. Por mucho que extrañara la compañía de Hei-Ran, necesitaba la libertad ocasional de su mirada vigilante. El grupo había traído más halcones mensajeros con su equipaje, cuidadosamente enjaulados y encapuchados. Jianzhu había prometido enviarle un mensaje lo antes posible.

El lugar donde estaba listo para encontrarse con los rastreadores era un pequeño sendero que conduce a las estribaciones de la cordillera sur de Taihua. La suave pendiente de colinas verdes cubiertas de hierva estaba perforada por hileras de peñascos de piedra roja que sobresalían hacia arriba, siguiendo uniformemente el mismo ángulo y veta. Las rocas eran tan altas y numerosas como los árboles de un bosque.

Jianzhu vio una figura solitaria en medio de las piedras que las agitaba y frunció el ceño. El mensaje que lo había traído aquí con tanta prisa había explicado, con desbordantes disculpas, que el shirshu había seguido el rastro de olor a estas montañas. Justo antes de que perdieran el control del animal. Se había escapado y había subido corriendo por los picos en busca de su presa. Por lo que sabía, podría haberse comido al Avatar.

Los manejadores debieron de haber sorteado para ver cuál se enfrentaría a su ira en persona mientras el resto buscaba al shirshu. Espoleó a su sabueso hacia el representante desafortunado. El saludo del hombre era rígido y forzado, como el movimiento de una rueda de agua.

—Puedes parar —gritó Jianzhu—. Vi tu—

Un silbido y luego un golpe. El rastreador solitario se desplomo con dos flechas en su espalda.

Jianzhu maldijo y saltó de su montura, más flechas cruzando el aire por encima de su silla de montar.

Coloco losas de tierra a su alrededor y se acurrucó en su cubierta, escuchando golpes de proyectiles aterrizando a su alrededor.

Estoy demasiado viejo para esto. Nunca habría caído en una trampa tan obvia en sus días de juventud.

Hubo una pausa en el disparo. Alejó los puños y golpeó hacia afuera. Las losas que lo habían protegido ahora se astillaron y volaron hacia afuera en todas direcciones como metralla de un bombardeo. Oyó gritos desde las rocas de arriba.

Tomando nota de su entorno lo más rápido posible, vio a algunos arqueros que habían caído de sus posiciones en la base de los riscos. Pero, más vale prevenir que lamentar. Bajó la postura, negó con la cintura, y giró los brazos. De base a arriba, cada piedra que podía ver brotaba violentamente picos delgados del tamaño de *jians,* como si se hubieran transformado instantáneamente en la misma especie de cactus Si Wong.

Oyó más gritos de los arqueros que permanecieron ocultos en su cubierta detrás de las rocas. Debieron ser para oponentes elevados. Los combatientes que se imaginaban a sí mismos profesionales, pero no lo eran, a menudo cometieron el error de tomar el terreno alto sin planear una salida.

Su sabueso se había escapado. Pero dos de ellos todavía estaban cerca, atados por sus riendas a un peso pesado. El cadáver de uno de los guardias, lleno de flechas. Las riendas se habían enganchado en su muñeca.

Buen trabajo, como sea que te llamaras, Jianzhu pensó.

El otro guardia estaba ocupado limpiando la sangre de su *dao* con una rama de hierba. Tres atacantes yacían a sus pies. Lo habían acosado con armas cuerpo a cuerpo, y otras cosas extrañas. Jianzhu pensó haber visto un ábaco hecho de hierro en el suelo.

Todavía estaba impresionado.

—¿Cómo te llaman, hijo?

El guardia se puso firme y miró por encima de la cabeza de Jianzhu con ojos jóvenes y brillantes. Tenía la frente fuerte de ascendencia de la Península Oriental.

—Saiful, señor.

Probablemente Saiful no entendiera lo cerca que estaba de la llamada. Solo el talento te permitiría sobrevivir a tantos encuentros. Después de eso, las probabilidades tendieron a ponerse al día con una venganza.

—Excelente trabajo, Saiful. Siempre hay oportunidad para una hoja rápida en mi personal. Voy a recordar esto.

El joven guardia mantuvo su emoción contenida lo mejor que pudo.

—Gracias, señor.

Jianzhu empujó un cuerpo sobre su espalda. El hombre muerto estaba vestido con el atuendo estándar de un bandido, en el sentido de que llevaba cualquier ropa campesina que se hubiera llevado de su última ocupación legítima. Este tenía los pantalones de un marinero o un velero, reparado repetidamente con fina habilidad de costura.

Pero había un detalle extraño en su camisa. Se había metido una flor en la solapa. Estaba demasiado arruinada para ver de qué tipo.

Jianzhu revisó otro cuerpo. No tenía decoración en su persona, pero dio marcha atrás a lo largo del camino que el hombre había cargado y encontró lo que estaba buscando en el suelo. Una flor de melocotón lunar seca.

Una placa, pensó Jianzhu con algo de vehemencia.

Se enderezó y miró a su alrededor. Las montañas se alzaban cerca. Se decía que estaban deshabitados. Prácticamente intransitable. Sin embargo, estos hombres no estaban vestidos para

EL ASCENSO DE

una expedición.

Con un repentino estallido de energía golpeó su palma contra el suelo. Los temblores sonaron a través de la tierra, extendiéndose como ondas en un estanque.

—Señor, ¿Usted esta…buscando algo bajo tierra? —Saiful preguntó.

—Tal vez —dijo Jianzhu, con su atención deslizándose sobre la hierba—. Aunque lo que estoy haciendo en este momento es preservar sus huellas.

Continuó por el sendero dejado por los oponentes de Saiful, observando las hendiduras que hicieron con sus talones y dedos en la tierra, examinando dónde dejaron barro en la hierba. Hace mucho tiempo, había rastreado a los criminales de tal manera, escuchando la tierra y leyendo sus marcas.

Las impresiones, al revés, condujeron a un claro con una roca gris visible del tamaño de una silla.

Jianzhu lo agitó con un pincel de su mano. Debajo había una trampilla de madera.

—¿Un pasaje oculto? —Saiful preguntó.

Jianzhu asintió con la cabeza.

—Pasaje oculto. A través de las montañas.

EL ASCENSO DE

—Señor… ¿Se supone que esta ciudad debe estar aquí? —Saiful dijo.

—No —dijo Jianzhu, con los dientes rechinando juntos.

Aunque no podía ver bajo tierra, saber que el túnel estaba allí permitió a Jianzhu hacer varias conjeturas fundamentadas con la Tierra Control y el conocimiento de la cantería para determinar un camino. Habían seguido la red hasta la montaña en sus sabuesos, forzando a un lado los pasajes bloqueados y confiando en la agilidad de sus inusuales monturas para atravesarlos. Eventualmente los obstáculos se separaron para revelar un gran cráter enclavado en las alturas, y en ese cuenco, esperándolos, había un pueblo del que ninguno de ellos había oído hablar antes.

Todo un asentamiento que no estaba en ningún mapa, fuera del alcance de la ley. La rabia de Jianzhu era casi demasiado grande para tragar. Era un tendero que nunca se libraría de las alimañas, un sirviente que nunca sería capaz de pulir la plata.

La ciudad parecía estar abandonada. Cabalgaban por calles vacías, entre casas largas que se burlaban de las Cuatro Naciones con adornos saqueados o imitados crudamente de sus lugares de origen. En particular una pancarta de chatarra se había unido para que los caracteres de múltiples signos torpemente formaran las sílabas *Hu* y *Jiang*.

Hujiang. Así que ese era el nombre de este estercolero.

—Ahí está nuestro shirshu, señor —dijo Saiful. Señaló por la calle donde un montículo oscuro y con olor fétido bloqueaba el camino.

La bestia yacía en reposo relativamente digno. Aparte de las moscas zumbando alrededor de su cara, o la falta de ella, todavía estaba entera. Cualquier cazador de trofeos habría encontrado muy rápidamente que las toxinas todavía se pasaban por su cuerpo muerto.

El profesor Shaw se enfadaría. Jianzhu tendría que llegar a una historia de portada y una cantidad convincente de dinero silencioso para evitar que la ira del hombre desfijara sospechas.

Un breve chirrido vino de la casa a su derecha. Había alguien dentro.

Jianzhu desmontó y se acercó al edificio oscurecido.

—¿Señor? —Saiful susurró—. Ir solo es una mala idea.

Jianzhu lo despidió con la mano

—Patrulla la calle.

Se deslizó por dentro, contorneando contra el marco de la puerta en lugar de pararse completamente en la entrada, donde sería esbozado por la luz del sol. A juzgar por las largas mesas y taburetes bajos sin espalda, el edificio era una especie de posada o taberna. Lo puso furioso de nuevo, que estos forajidos habían disfrutado de suficiente paz en estas montañas para construir lugares de reunión y venderse vino el uno al otro.

Jianzhu caminó por el mostrador de la taberna. Encontró a la persona que había hecho el ruido. Era un hombre sentado en un montón de almohadas. Estaba musculoso y marcado como un luchador, aunque parece que le fue mal en su última salida. Una de sus piernas estaba envuelta en tela y astillada hasta la cadera.

El hombre herido miró a Jianzhu con la expresión vacía y cautelosa de haber sido sorprendido. Jianzhu notó botellas vacías al alcance de sus brazos, frascos de comida medio comida. Armo el rompecabezas. Los habitantes del asentamiento habían sido evacuados hace unos días, probablemente asustados por el shirshu. La emboscada en la base de la montaña había sido una retaguardia, o un montón de oportunistas codiciosos que se habían quedado atrás. Este hombre con la pierna rota no pudo hacer el viaje en absoluto, así que sus compañeros lo habían dejado aquí para recuperarse.

Los ojos de Jianzhu fueron hacia jarrón pequeño y fuera de lugar. Tenía una flor de melocotón lunar.

—Estoy buscando una chica —le dijo a su amigo en recuperación—. Ella estuvo aquí en algún momento. Una chica muy alta, más alta que tú o yo. Cara bonita, pecas, no habla mucho. ¿La has visto?

Las cejas del hombre se movieron. Pudo haber sido un intento de ocultar la verdad, o podría haber sido su memoria chispeando, pero no a la luz.

—Ella habría estado acompañada por una Maestra Fuego. Otra chica, pelo negro, porte militar…

Jianzhu atrapó el golpe de la lanza dirigido a su garganta y lo redirigió al estante más cercano, rompiendo los montantes. El hombre podría añadir una muñeca rota a sus problemas. Jianzhu lo vio hervir de dolor.

El luchador herido metió su mano mala bajo su buen brazo.

—Yo soy Guan Cuatro Sombras —gruñó de orgullo—. Y no te diré nada. Conozco a un hombre de la ley cuando veo uno.

Jianzhu le creyó. Una vez que estos tipos le decían su nombre profesional, no había más conversación racional. Intentaría una táctica más, una jugada con las emociones del *daofei.*

Sacó la flor de melocotón de su jarrón y giró el tallo entre su pulgar y el dedo índice.

—Los tiempos han cambiado —dijo—. En mis días de juventud recuerdo el seguimiento de este pequeño grupo alrededor de los bordes del desierto, de abrevadero en abrevadero. Se llamaban a sí mismos La Banda del Escorpión. No podría haber más de una docena de miembros.

Jianzhu captó lo que estaba buscando, el hombre resoplando burlonamente por una hermandad tan pequeña. Lo que significaba que su grupo era mucho más grande.

—Lo curioso fue que cuando los encontré, descubrí por qué se movían tan lentamente —continuó—. Dos de sus miembros habían cogido pudrición de los pies y no podían caminar. Los otros formaron camadas y los llevaron a través del desierto, todo el tiempo. El grupo habría escapado de mí si hubieran dejado atrás a sus enfermos, pero optaron por permanecer juntos. Eligieron la hermandad.

Aplastó la flor.

—Así eran los seguidores del Código. Cuando te miro, abandonado por tus hermanos jurados, no veo esa tradición. No veo honor.

Jianzhu dejó que una gota voladora de saliva le golpeara en la cara.

—Los hermanos de la Flor de Otoño están dispuestos a morir el uno por el otro —dijo el hombre, limpiándose los labios—. Nunca lo entendería. Nuestra causa nos hace…

Hizo una pausa, dándose cuenta de que Jianzhu lo estaba manipulando. Cuatro Sombras Guan era más inteligente de lo que parecía. Apretó la mandíbula y volvió a su improvisado reposo.

Jianzhu hizo una mueca y se arremangó. Demasiado para hacer esto de la manera fácil.

EL ASCENSO DE

Se metió en la luz del sol y se limpió las manos en una manta cercana que había sido colgada para secarse y olvidada.

La Flor de Otoño pensó para sí mismo. *La Flor de Otoño*.

¿Quién en nombre de los hijos bastardos de Oma eran la Flor de Otoño?

Jianzhu realmente se estaba haciendo demasiado viejo. Nunca había oído hablar de esta pandilla. El hombre que una vez había impedido que la mitad del continente cayera en la anarquía, había dejado que un nuevo grupo criminal lo suficientemente grande como para poblar un pueblo de buen tamaño operara a una distancia de la capital. La Flor de Otoño, quienquiera que fueran y cualesquiera que fueran sus objetivos, tenía un nivel de organización lo suficientemente alto como para evacuar el asentamiento en el momento en que sospecharon de una intrusión.

Y lo que es más importante, lo *más* importante, lo *único* que era importante. La chica había estado aquí en algún momento, eso era cierto. Debe haber planeado esconderse en las remotas montañas y caer en una emboscada, como el casi lo hizo. Había sido capturada y llevada a este cuartel general. El shirshu seguía los olores vivos, y el animal no habría venido aquí si estuviera muerta.

Jianzhu maldijo a los espíritus y a la humanidad por igual, maldijo los hilos del destino que habían formado este nudo. El Avatar había sido secuestrado por el *daofei*.

Arrojó la cabeza hacia atrás y miró al cielo en busca de respuestas. Desde la esquina de su ojo vio a un pájaro volar lejos, su largo plumaje de cola que se arrastraba detrás de él como una serpentina. Algunas culturas oscuras leen el futuro a través de los patrones de criaturas aladas. Jianzhu se preguntó si eso habría funcionado, si las aves podrían haber encontrado a la niña al nacer y les ahorraría este problema. Lanzó un gran suspiro.

Saiful redondeó la esquina y volvió a la calle, trotando de nuevo hacia su jefe.

—¿Encontró algo dentro, señor?

—Sólo un cadáver —miró al joven espadachín. Saiful, junto con un puñado de otros hombres,

había respondido al llamado de Jianzhu de más combatientes después de que el encuentro con Tagaka dejó las filas de su guardia agotadas. Tal vez un poco demasiado rápido y convenientemente, ahora que lo pensó.

—Saiful, no te dije que enviaras un mensaje con uno de nuestros halcones —dijo Jianzhu.

El joven parecía sorprendido.

—Estaba, uh, adelantándome en busca de suministros —dijo. Su mano se desvió hacia su arma. Era un guerrero capaz, sin miedo a matar por una paga. Un mercenario que juró lealtad siempre y cuando los salarios fueran buenos. Cuando fue directo al grano, realmente no había diferencia entre él y un *daofei*.

Pero mentir era algo en lo que necesitaba más práctica.

—Eres de la Península Oriental, ¿No? —Jianzhu dijo. Se agarró las manos detrás de la espalda—. Tengo un buen amigo que hace muchos negocios en la Península Oriental. Se llama Hui. ¿Lo conociste antes, por casualidad? ¿Tal vez él fue al que le pediste suministros en este momento?

Sólo había sido una punzada de sospecha por parte de Jianzhu, un destello en realidad, pero mencionar el nombre de Hui soltó una avalancha de indicios en el rostro y el lenguaje corporal de Saiful.

—Déjame adivinar —dijo Jianzhu, cavando más profundamente a lo largo de esta productiva veta de mineral—. Hui te envió a infiltrarte en mi casa, ¿No? Con órdenes de averiguar qué le pasó al Avatar.

El ligero paso atrás que dio Saiful le permitió a Jianzhu saber que había dado con la verdad.

—Y siendo el joven inteligente que eres, te diste cuenta de la implicación de que el sendero shirshu terminaba aquí. El Avatar—y, seamos claros, hemos estado siguiendo al Avatar—se ha perdido con los forajidos. Ese fue el mensaje que le enviaste a Hui.

Saiful se sorprendió de que Jianzhu hubiera realizado la hazaña sobrenatural de leer su mente. En realidad, todo lo que Jianzhu había hecho era seguir líneas de información a medida que se desarrollaban, como cualquier buen jugador de Pai Sho.

El espadachín decidió seguir su propio juego. Lo habían descubierto, pero estaban en las montañas aisladas, y tenía su arma y sus reflejos juveniles de su lado. Con cautela, dibujó su *dao* de nuevo.

Jianzhu giró su cuello, sus articulaciones crujieron más que en años pasados. Lo que pasaba con el Pai Sho era que la mayoría de los juegos no necesitaban ser jugados hasta su finalización. Los maestros generalmente reconocían cuando eran golpeados y dimitidos mientras la acción todavía estaba técnicamente en curso. Si este baile entre él y Hui hubiera tenido lugar en la cuadricula, entonces aquí sería donde Jianzhu debía inclinarse y recoger sus azulejos por la derrota.

No había manera de detener el mensaje de llegar a Hui ahora que el pájaro estaba en el aire. El chambelán se daría cuenta de lo grande que era un desastre que estaba escondiendo y armaría un caso en su contra con el resto de los sabios del Reino Tierra. Si la chica era encontrada viva y su identidad probada, sería entregada directamente a las manos de Hui, a quien al final no le importaría qué versión del Avatar obtuviera, siempre y cuando él lo tomara de Jianzhu.

Por todo razonamiento lógico, estaba arruinado. Había perdido.

Pero lo que sólo sus socios cercanos de Pai Sho sabían de él era que Jianzhu nunca había

renunciado a un juego al principio de su vida. En las raras ocasiones en que un oponente se llevó lo mejor de él, los obligó a jugar las líneas hasta el final amargo. Los hizo saltar obstáculos por cada pedazo suyo que capturaron, y encendió las velas nocturnas hasta sus últimos centímetros de mecha solo por despecho.

Jianzhu sonrió sombríamente mientras se acercaba al joven espadachín. Vencerlo siempre requería un precio en sangre. No iba a dejar el hábito ahora.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

PREGUNTAS Y MEDITACIONES

Kyoshi mantuvo el ritmo detrás de Lao Ge a través de las calles del mercado. Los dos estaban solos, una chica y su tío anciano dando un relajante paseo. Nada fuera de lo común.

Excepto que Lao Ge, cuando no estaba en presencia del resto de la Compañía de Opera Voladora, caminaba con el porte de un dragón envuelto en la ropa de un mendigo. Y Kyoshi era… Kyoshi. Los vendedores en sus puestos estiraban el cuello para mirarla mientras pasaba.

—¿No estamos aquí para comprar arroz? —murmuró, sintiendo la presión de tantas miradas—. Ya pasamos dos vendedores ambulantes diferentes.

—Cualquiera de nosotros podría haberlo hecho solo —dijo Lao Ge. Hizo un guiño a una matrona barriendo su piso. Ella frunció el ceño y empujó un montón de polvo en él—. Tú estás aquí para observar.

La villa de Zigan era la ciudad principal que suministró comida y mano de obra al palacio del gobernador Te. Kyoshi había quedado impresionada por su tamaño al entrar desde las afueras, pero rápidamente se dio cuenta de que las casas sólidamente construidas y las trampas tradicionales del Reino Tierra eran algo así como un frente. No habían encontrado a una persona real hasta que estaban bien en el corazón del pueblo. A Kyoshi le resultó difícil creer que los distritos exteriores estaban completamente vacíos, pero no había visto nada diferente.

Sus oídos se animaron hacia el sonido de una discusión. Un vendedor ambulante y el granjero que lo abastecía estaban a punto pelear a golpes.

—¡No puedes engañarme! —gritó el vendedor ambulante—. ¡Sé que la cosecha fue buena este año! ¡Lo que me estás cobrando es un ultraje!

El granjero hizo un gesto salvaje con el sombrero de paja en la mano.

—¡Y te digo, la mayor parte de ella es confiscada para los silos del gobernador! ¡Tengo que establecer el precio basado en el grano que tengo de sobra!

—¿Cómo puedes seguir subiendo los precios cuando hay un océano de arroz sentado detrás de sus paredes? —. El vendedor ambulante estaba fuera de sí—. ¡Por el amor de Yangchen, puedo ver el techo del almacén desde aquí!

—¡Te no ha abierto los silos durante más de cinco años! ¡Es mejor que consideres esa comida que comen los espíritus!

Lao Ge empujó a Kyoshi. Aparentemente, no estaban aquí para ofrecer soluciones a las personas que las necesitaban.

Ella sabía lo que intentaba probar; que la muerte inminente de Te estaba justificada.

—Reservar comida para una emergencia no es tonto ni corrupto —dijo.

—No, pero en secreto vender sus reservas para obtener ganancias fuera de los libros lo es. Para enriquecerse, Te ha cambiado el grano que ha recolectado cada año desde que fue nombrado gobernador. Ha persistido durante las malas cosechas, cuando sus ciudadanos han pasado hambre suficiente para abandonar sus hogares. La mayoría de las hambrunas son hechas por el hombre, y él está a punto de hacer una—. Lao Ge pateó un guijarro en una ventana cerrada. No hubo respuesta al ruido—. Dime, ¿ha fallado Jianzhu alguna vez a su pueblo de esta manera?

Kyoshi se vio obligada a admitir que Yokoya sólo había crecido y prosperado desde que Jianzhu plantó su bandera allí. La gente del pueblo que había visto en Zigan tenía la mirada hundida y acosada de hombres y mujeres que se quedaban sin tiempo. Aún no se morían de hambre, pero lo estarían pronto. Reconoció el peso del hambre sobre sus hombros, el mismo que sentía en los suyos cuando iba de puerta en puerta en Yokoya después de ser vertida allí, rechazada a su vez por cada familia, sus opciones disminuían.

Ella sabía íntimamente lo que pasaría a los aldeanos. Cómo su humanidad se rompería a medida que la inanición y la impotencia se apoderara de ellos. Cómo se sentía al ver la muerte invadir un poco más cerca cada semana. Había sido una intervención de Kelsang lo que la salvó de ese destino.

Ahora Lao Ge decía ser esa misericordia para Zigan, para cientos de personas en lugar de una sola chica. No tenía razón para contradecirlo.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Fue una larga caminata sinuosa por la ladera hasta su campamento. Se dio cuenta de que la Compañía de Opera Voladora prefería posiciones elevadas—tal vez la influencia de su madre se filtraba. Tenía sentido en este contexto. El terreno rocoso los escondía de la vista, y desde lo alto podían ver el diseño del palacio de Te tan claramente como un mapa bien dibujado.

El gobernador es tácticamente incompetente para no tener exploradores monitoreando estos pases, pensó Kyoshi, antes de darse cuenta de la extraña mezcla de Rangi y Lao Ge que se le había pegado.

Lek levantó la vista de la fogata.

—¿Consiguieron el arroz?

—Tenemos batata—. Arrojó el saco de arpillera al suelo—. El arroz es… un problema.

—Estoy harto de la batata— se quejó.

Kyoshi lo ignoró y subió más alto al afloramiento plano donde Kirima y Rangi yacían boca abajo, examinando el palacio. Llegarían a una tregua temporal sobre su aprecio mutuo por la recolección de inteligencia. Cubrir una articulación era más o menos lo mismo que planear un asalto.

Se sentó detrás de ellas, pasando desapercibida.

—Estamos viendo un diseño tradicional de *siheyuan* que data de la línea Hao del Reino Tierra —dijo Rangi a Kirima, obsesionada con el complejo de abajo. Era antiguo en comparación con la mansión en Yokoya. Había cuatro patios en lugar de dos. Y en lugar de estar amurallada por habitaciones en construcción continua y lisa, parecía como si más de una docena de casas de diferentes tamaños y alturas se hubieran colocado de extremo a extremo a lo largo de patrones cuadrados dibujados en el suelo. Los antiguos propietarios deben haber crecido en riqueza con el tiempo, añadiendo más y más extensiones de forma azarosa, muy lejos de la visión singular que Jianzhu tenía al construir su propia casa.

Todavía era obscenamente extravagante, especialmente en comparación con la aldea en declive de Zigan. Uno de los patios tenía un estanque de pato de tortuga llamativo que era demasiado grande para sus alrededores. Kyoshi sabía que era una nueva tendencia en la imitación del palacio real de la Nación del Fuego.

—Hay campos de visión superpuestos para los guardias en cada uno de los puntos altos —dijo Rangi. Señaló tres bultos de techo en el borde más cercano—. Tenemos que asumir que estarán completamente tripulados. Por lo tanto, viniendo en el mejor ángulo, esos son tres centinelas con los que tendremos que lidiar en el enfoque.

—Lek puede tirar a dos de ellos desde la distancia, pero el tercero tendría tiempo para hacer sonar la alarma —dijo Kirima—. ¿Cómo sabes tanto sobre la arquitectura antigua del Reino Tierra?

—En la academia estudiamos cómo atacar cualquier tipo de fortificación —dijo Rangi—. Templos de Fuego amurallado, las reservas del Reino Tierra…

Kirima la miró con cuidado.

—¿Paredes de hielo polares?

—Sí —dijo Rangi sin dudarlo—. La preparación prevalece. Incluso había un plan para Ba Sing Se, aunque me compadezco de las tropas que lo llevaron a cabo.

La Maestra Agua dejó a un lado los comentarios hechos hacia las otras naciones.

—Mok querrá atacar la puerta sur directamente —dijo Kirima. Si cronometramos nuestro acercamiento con el suyo, podríamos suponer que los centinelas colocados en los otros muros se desviarán hacia él.

Rangi frunció el ceño.

—Eso es un campo de exterminio—. El suelo al sur del complejo estaba lleno de piedras de campo del tamaño de la cabeza de un hombre—. Algunos Maestros Tierra de la guardia de Te podrían causar bajas masivas.

—No creo que a Mok le importe —dijo Kirima—. No sé qué veneno ha estado vertiendo Wai en las orejas de sus hombres, pero se han convertido en fanáticos. Va a romper las paredes con números totales.

Kyoshi se estremeció al pensar en la matanza que seguiría si el *daofei* lo lograba.

Nunca había oído hablar de un asedio donde los atacantes no pagaran el costo de la victoria con la sangre.

—Tenemos una última opción —dijo Kirima—. Todavía no sabemos en qué edificio se encuentran las celdas de la prisión, o debajo. Capturar todo el palacio podría ser la única manera de tener suficiente tiempo para buscar a la persona que estamos tratando de liberar. Así que, en lugar de tratar de penetrar en el complejo, simplemente sacamos a los vigilantes de la pared sur, abrimos la puerta desde el interior y dejamos que Mok pasee por el frente.

—Eso no va a pasar —dijo Kyoshi.

—¡Gah! —Kirima se puso de rodillas y casi se cae del afloramiento—. ¿Cómo eres tan sigilosa en esas pezuñas gigantes tuyas?

—Los sirvientes tienen que ser silenciosos—. Kyoshi evaluó al par de Maestras Control, que probablemente eran más parecidas de lo que les importaba admitir. Necesitaba algo de sabiduría a toda prisa. El tipo convencional, no los juegos mentales de Lao Ge. En este momento, estas dos mujeres eran sus mejores fuentes—. Tenemos que hablar —les dijo.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Las últimas horas de luz del día se dedicaron a más entrenamiento. El entrenamiento nunca terminó. El entrenamiento invadiría sus sueños. Estaba segura de que el próximo Avatar de Fuego nacería con su memoria muscular impresa en sus pequeñas extremidades de bebé de fuego.

—¡Vamos ya! —Wong gritó—. Tú eras la que quería aprender a caminar sobre el polvo.

—¿Estás seguro de esto? —Kyoshi dijo, justificadamente nerviosa—. Cuando vi al resto de ustedes hacerlo, empezaron en tierra firme y subieron más y más alto. Eso parece mucho más seguro.

Se encaramo a una columna de roca, uno de muchas que salpicaban el barranco. La distancia entre cada pilar era de al menos doce pies. En el otro lado del barranco, Wong la esperó.

—La práctica debería ser más difícil que la realidad —dijo—. El objetivo es alcanzarme sin disminuir la velocidad. Si tropiezas tienes que volver a donde empezaste e intentarlo de nuevo. Lo llevas haciendo tres veces.

Kyoshi miró hacia abajo en el suelo. No había nada que pudiera detener su caída sobre el suelo de piedra dura.

—¿Puedo al menos usar mis abanicos?

—No lo sé —dijo Wong—. ¿Puedes?

Sacó sus armas de su cinturón. El peso en sus manos era reconfortante a medida que los abría. Ella tenía la idea de que tal vez si agitaba lo suficientemente fuerte, podría volar como un pájaro.

—O lo haces o pasas hambre —gritó Lek.

Debería haber ido a por ello sin dudarlo. Ahora había atraído una audiencia. Todo el grupo, incluyendo Lao Ge, observaban desde varios asientos alrededor del campamento.

Precisión, pensó para sí misma. *Sincronización. Precisión. Sincronización.*

Saltó en el aire. En el mismo instante, los guijarros y el polvo se elevaron desde el fondo del barranco, apilándose unos sobre otros, solidificándose en una estructura rígida que sólo necesitaba soportar su peso el tiempo suficiente para que ella tomara su siguiente paso. Sintió que la planta de su pie aterrizaba con gracia sobre la estalagmita temporal, la frágil torre de la tierra.

Luego se estrelló a través de ella. Se cayó como… bueno, una piedra.

En su pánico Kyoshi soltó sus abanicos y alcanzó la columna con sus manos, una víctima ahogada lista para tirar de todo el bote salvavidas bajo la superficie con ella. Golpeó el costado y rebotó, luchando por la parte superior de la columna con los dedos, pero no pudo encontrar ningún apoyo. Su espalda chocó con la formación detrás de ella, enviándola, dando vueltas al fondo del barranco.

Ella yacía allí, una mancha a lo largo del suelo. Dos ruidos sonaron, sus abanicos aterrizando después de ella. Tenía una sensación distinta, sobre todo porque aún estaba viva, de que alguien había hecho Tierra Control debajo de ella para tener una caída más suave, cubriendo la roca con una capa de arena. Su conjetura fue Lao Ge.

—Cero —escucho gritar a Wong—. Comienza de nuevo.

Todos los intentos de dar un paso de polvo fracasaron. Dolorosamente. Fue tan malo que Rangi cedió y dejó que Kirima tratara de enseñarle a usar agua como apoyo en lugar de tierra. Eso

significaba que Kyoshi todavía terminaría esparcida en el suelo, sólo que más húmedo.

—Tal vez deberías quedar fuera de la misión —dijo Lek después de una caída particularmente brutal. Por una vez estaba hablando por preocupación genuina en lugar de burlarse de ella.

—No creo que pueda —dijo Kirima—. Los únicos planes decentes que se nos ocurrieron requieren que todos trabajemos juntos.

—Creo que hay maneras en que podemos hacer uso de la potencia bruta de Kyoshi —dijo Lao Ge. No había ofrecido ninguna opinión sobre el asunto hasta ahora—. Puede ser un martillo en un equipo de bisturíes, pero a veces es necesario un enfoque de fuerza bruta. Voy a cuidar de ella en la redada.

Kyoshi casi tuvo que admirar la forma en que el anciano giró los acontecimientos en los patrones que deseaba, un tejedor mirando el lino crudo y viendo la tela en la que se convertiría.

—Tal vez eso sería lo mejor —dijo—. Podemos mantenernos fuera de problemas.

EL ASCENSO DE

Cada noche, Kyoshi miraba la luna cada vez más llena, como si estuviera engullendo su miedo. La fecha de la incursión se acercó cada vez más, y el estado de ánimo alrededor del campamento se volvió sombrío. Se habían determinado los roles, los ensayos se llevaban a cabo utilizando accesorios de cáscaras de nueces y monedas sueltas colocadas en diagramas trazados en el suelo. El roer en el estómago de Kyoshi tenía poco que ver con el hambre, y el sudor frío la mantuvo despierta sin importar su distancia de la fogata o lo cerca que Rangi durmió de ella.

En el lado positivo, los dos miembros más inútiles del grupo que se estaban emparejando dieron a Kyoshi y Lao Ge mucho tiempo para hablar en privado.

—¿No te has preguntado por qué el objetivo de Mok no es matar al gobernador Te? —Lao Ge le preguntó, momentos después de que él le ordenó que se sentara y meditara con él.

La idea se había cruzado por la mente de Kyoshi.

—¿Por qué sabe que tú lo vas a hacer?

Lao Ge se rio.

—Y yo solía creer que no tenías sentido del humor. No, la razón es que tiene la misma información que yo. Los palacios construidos en el período Hao a menudo tenían un cuarto de hierro escondido en sus profundidades. En caso de ataque, el señor de la mansión huía allí y se encerraba detrás de puertas metálicas impenetrables. Las bóvedas tenían suministros para durar un mes, lo que era más que suficiente tiempo para que llegaran refuerzos. Mok sabe que tratar de matar al gobernador sería una pérdida de esfuerzo.

Cuanto más se enteró Kyoshi de esta persona Te, más lo despreciaba. Abrió los ojos.

—¿Va a abandonar su casa a un ejército de *daofei?*

—¿Qué esperabas de un funcionario rico? —Lao Ge dijo—. Suenas decepcionada. ¿Quizás asumiste que Te pisaría el campo de batalla con gran riesgo para sí mismo y lucharía contra las fuerzas de Mok con una sola mano con una increíble exhibición de movimiento de Tierra Control, protegiendo a decenas de vidas inocentes? No sé de dónde conseguiste esa imagen.

Se le erizo el pelo. Parecía que el viejo nunca dejaba pasar la oportunidad de cantar las alabanzas de Jianzhu. Trató de calmarse volviendo a su meditación.

A Kyoshi se le había negado el acceso a este tipo de entrenamiento en Yokoya, pero Rangi había encontrado momentos para enseñarle los conceptos básicos en su viaje. Con la maldita tarea que se cernía sobre su cabeza, encontró que la práctica la tranquilizaba, centrándola. Ella era como piedra fresca en lo profundo de la…

—¿Así que me estás diciendo que nunca te has preguntado acerca de mi edad?

Ahora él estaba tratando de incitarla a propósito. Era asombrosa la facilidad con la que se apartó de la hipnótica y aterradora visión que ella sabía que podía ser y se convirtió en un niño patán con arrugas y pelo blanco. Se equivocó pensar que llamarlo S*ifu* unas cuantas veces le habría dado acceso constante e ininterrumpido a un gurú de la muerte.

—No puedo decir que lo haya hecho —murmuró Kyoshi a través de sus dientes.

Sonaba ligeramente herido por su falta de interés en sus secretos.

—Es sólo que… las personas que me han enfrentado abiertamente en el pasado con el nombre de 'Tieguai el Inmortal'… a un hombre, todos me suplicaron por los secretos de la longevidad. Los únicos que no fueron tú y tu madre.

En primer lugar, ella no creía que fuera tan viejo como él decía. Y, en segundo lugar, aferrarse desesperadamente a más poder y control sobre la vida era lo que hacían personas como Jianzhu. Te también, probablemente.

—Sifu —dijo arrastrando las palabras—. Oh, por favor, imparte sobre mí los misterios de la inmortalidad, porque deseo ver las épocas pasar ante mis ojos como los granos de un reloj de arena.

—¡Por supuesto! —Lao Ge dijo brillantemente—. Cualquier cosa para mi querida estudiante. Verás, todo se reduce a mantener el orden. Mantener las cosas pulcras, limpias y ordenadas.

—¿Disculpe? —esto fue genuinamente ofensivo para Kyoshi, como un antiguo sirviente de limpieza. Ella dejó de lado sus estándares de limpieza la primera mañana fuera de Yokoya, después de despertar cubierta de pelo de Pengpeng. Pero con su bebida y aversión al cambio de ropa, Lao Ge torció la línea de la rancidez. ¿Qué sabía él sobre ordenar?

—El envejecimiento es realmente sólo tu cuerpo desmoronándose, en los niveles más pequeños e invisibles, y descuidando volver a armarse —dijo—. Con el enfoque mental adecuado, podrías hacer un inventario de tu propio cuerpo y colocar cada pequeña pieza que no esté donde debería estar de vuelta en el orden correcto.

Kyoshi tuvo que asumir que estaba adaptando sus lecciones a sus antecedentes y que el proceso real era mucho más complicado.

—Por la forma en que lo describes, tendrías que decidir en qué versión de ti mismo estarías atascado como, para siempre.

—¡Exactamente! *Los que crecen, viven y mueren. La piscina estancada es inmortal, mientras que el río claro que fluye muere en un número incontable de muertes.*

—¿Es ese otro proverbio de Shoken? Porque no suena como ninguna lección espiritual que haya oído.

—Es *mi* proverbio —se quejó Lao Ge, sus sentimientos heridos de nuevo—. Toda esta preocupación por los espíritus. Estoy tratando de enseñarte sobre la *mente*. Un mundo infinito que ha sido descuidado por demasiados exploradores.

La mente. La mente de Kyoshi se desvió a otra existencia, una en la que ella estaba sentada feliz frente a Kelsang en un campo verde mientras él le hablaba de las maravillas del Mundo de

los Espíritus. Su voz cálida y suave guiando su conciencia hasta que cruzaron el límite, de la mano, a una tierra donde las preocupaciones humanas no podían abrumarlos.

Ella había perdido eso. Ella lo había perdido, y la enfermedad que siguió nunca sanaría completamente. La ausencia de Kelsang la había puesto en éxtasis. Si Lao Ge quería que estuviera estancada y atrapada para siempre, ya había dominado la lección.

Kyoshi miró a este sustituto que se sentó delante de ella, el extraño chiste que recibió en lugar de su verdadero maestro. Fue un intercambio lo suficientemente pobre como para hacerla llorar.

—Las criaturas espirituales son más interesantes que los acertijos mentales —dijo.

—Querida —dijo Lao Ge en voz baja—. Como descubrirás un día, la mente tiene sus propios espectros.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

EL ROSTRO DE LA TRADICIÓN

Había llegado el momento. La luna estaba llena a reventar. Derramaba su luz sobre los campos que rodeaban el palacio de Te, afilando las esquinas y alterando los colores con detalles fantasmales. Mok sabía lo suficiente como para programar su incursión cuando sus hombres pudieran ver lo que estaban haciendo.

La Compañía de Opera Voladora se abrió camino por la ladera rocosa.

—¿Todo el mundo conoce el plan? —Rangi dijo.

Ella preguntaba como una formalidad. Rangi había perforado cada paso en sus cráneos. Había sido satisfactorio ver a los otros obtener una medida de la disciplina de la Nación del Fuego como venganza por lo que habían hecho pasar a Kyoshi.

Ir a ver a Mok antes del asalto era parte de la operación. Si él les dejaba moverse como quisieran, y no dejaba que su temperamento y vanidad reinaran, entonces, con la suerte de su lado, le entregarían exactamente lo que quería. Un prisionero, ileso.

La insensatez de Te estaba en plena exhibición cuando se acercaban al campamento de Mok al sur del palacio. Kyoshi contó al menos quinientos *daofei* preparándose para la batalla, afilando sus espadas y perfeccionando sus lanzas. ¿Ninguno de los guardias de la casa de Te se había dado cuenta de tantos hombres armados que convergían en su ubicación? Jianzhu habría sofocado este levantamiento en miniatura antes de que—

Ella negó con la cabeza. Por una noche, y sólo una noche, Jianzhu fue irrelevante.

Pasaron de puntillas por un gran grupo de hombres con el torso desnudo dispuestos en filas ordenadas, profundamente en la postura de Montura, cantando galimatías al unísono. Su capitán caminó entre ellos sosteniendo un manojo de palos de incienso iluminados en la mano. Ritualmente barrió las puntas humeantes sobre sus torsos, dejando rastros de ceniza en su piel. Kyoshi miró más de cerca y vio que cada hombre tenía los caracteres de "impermeable" en la frente.

—¿Quiénes son? —susurró a sus compañeros.

—Esos son miembros de la secta Kang Shen —dijo Kirima—. Son no maestros que creen que realizar ceremonias secretas de purificación los hará inmunes a los elementos. Mok debe haber reclutado a un grupo para servir como su primera línea.

—¡Eso es una locura! —Kyoshi dijo—. ¡Si cargan directamente contra una formación de Maestros Tierra, van a ser masacrados! —. Los hombres que vio no tenían armadura, ni escudos. Muchos de ellos parecían ser luchadores con las manos vacías, carentes de un arma por completo.

—Es increíble lo que se le puede hacer creer a la mente —dijo Lao Ge.

—Especialmente si estás desesperado —murmuró Lek—. Dicen que la gente recurre a la secta Kang Shen después de ver a un amigo o ser querido asesinado por un Maestro Control. Siéntete impotente de esa manera, y harás cualquier cosa que te dé valor.

Se acercaron al centro del campamento. Mok era fácil de detectar. Había puesto un elegante escritorio de madera en medio del aire libre que no servía más que para mostrar que podía. Se sentó detrás de él con los dedos en carpa, como si fuera el gobernador de estas partes y no Te. Wai estaba junto a él, una imitación de pesadilla de una secretaria.

—Mis queridos asociados —dijo Mok después de que se inclinaron—. Acérquense.

Se miraron nerviosamente y se dirigieron hacia el escritorio.

—Aún más cerca —dijo Mok. Se aglomeraron a su alrededor. Kyoshi notó que Lek estaba en el flanco, en el mayor peligro. Tenía la cabeza baja y quieta. Se arrepintió de no interponerse entre él y el líder *daofei.*

—No tuve la oportunidad de despedirme de ustedes en Hujiang —dijo Mok—. Se perdieron la emoción—. Miró fijamente a Rangi y Kyoshi. No había pruebas que las vincularan con el ataque shirshu, pero un hombre como él no las necesitaría. Eran las piezas que no encajaban, y eso era suficiente.

—Una gran bestia vino en la mañana en que se fueron —continuó—. Mató a varios de mis mejores hombres. ¿Qué tienen que decir ustedes dos al respecto?

Wai sacó su cuchillo antes de que Kyoshi pudiera responder. Fue Lek, valiente y estúpido Lek, quien nunca aprendió o fue demasiado desinteresado para su propio bien, quien volvió a hablar por ella.

—No sabemos nada de eso, Tío. Kyoshi y Rangi no son las culpables.

Wai arremetió.

La certeza le dio a Kyoshi una velocidad que nunca supo que tenía. En un movimiento rápido atrapó la mano del cuchillo de Wai antes de que llegara a Lek, la sujetó al escritorio con su muñeca y sacó su abanico con la otra mano. Mantuvo el arma pesada cerrada mientras la aplastaba como un martillo en los dedos de Wai, rompiéndolos en un solo golpe.

El cuchillo se estremeció hasta el suelo. Los ojos de la Compañía de Opera Voladora eran tan grandes y anchos como la luna por encima. Todo el mundo se sorprendió en el silencio, incluyendo a Wai, que parecía adormecido por la incredulidad del dolor que corría por su brazo.

—Perdónenme, Tíos —dijo Kyoshi, encontrando que era extremadamente fácil hablar—. Vi un insecto venenoso y pensé en salvar sus vidas.

Wai agarró su mano rota y desnudó los dientes en Kyoshi, una cobra venenosa a punto de escupir.

Todavía estaba tranquila.

—Pero si el Tío Wai cree que mis acciones son inapropiadas, siempre puede enseñarme el significado de la disciplina en el *Lei Tai*, después de que nuestra misión haya terminado.

Mok se inclinó hacia en su silla y soltó una carcajada.

—¡Tanto progreso en sólo unas pocas semanas! Esta es la influencia que tengo en la gente. Ven, Kyoshi. Ya que un espíritu les ha robado la lengua a tus hermanos y hermanas, dime qué planes se te han ocurrido desde la última vez que nos vimos.

Ella continuó como si nada hubiera pasado, ignorando la sorpresa de sus amigos y la furia de Wai. Había oído la estrategia entre Rangi y Kirima lo suficiente como para ser convincente.

—Creemos que la prisión donde su—*nuestro*—hermano jurado está detenido está debajo del patio noreste. Suponiendo que fue construido al mismo tiempo que la parte más antigua del palacio, deberíamos ser capaces de derrotar a la seguridad.

Se dio cuenta de su pausa.

—¿Pero?

—Siempre que tengamos suficiente tiempo. Si los guardias de Te deciden defender la prisión, nuestro grupo por sí solo nunca podrá sacar a nuestro hombre. También existe la posibilidad de que, si mostramos nuestra mano demasiado pronto, se den cuenta de lo que estamos haciendo y

maten preventivamente al rehén.

—Entonces es como lo esperaba —dijo Mok, acariciando su barbilla como un sabio—. Necesitaremos un ataque directo en concierto con sus esfuerzos clandestinos—. Kyoshi tuvo que darle un poco de crédito. Previó este resultado en Hujiang.

Mok se acercó al interior del escritorio y sacó dos palos de incienso de cronometraje. Kyoshi lo vio arrancar el cuchillo de Wai del suelo y cuidadosamente cortarlos a la misma longitud antes de entregárselos a Rangi.

—Si lo hicieras, mi amor.

Encendió ambas puntas con un dedo y le devolvió una a Mok.

—Vayan a sus posiciones —dijo—. Atacamos en una hora.

La Compañía de Opera Voladora se inclinó y salió de allí tan rápido como pudieron. El primer paso había sido cumplido. Rangi acunó el incienso de cronometraje al salir del campamento, tratando de protegerlo de las brisas que podrían acelerar la quema y echarlos fuera de horario.

Una hora, pensó Kyoshi. A lo lejos se podían ver algunas luces brillantes del palacio, los fuegos encendidos por sirvientes como ella para cocinar y calentar, linternas llevadas por guardias como los vigilantes que siempre la saludaban amablemente a las puertas de la mansión de Jianzhu. Miró a los acólitos de Kang Shen trabajando en un frenesí, vulnerables y desnudos, excepto por su fe. Una hora hasta que se derramara sangre.

—Tranquilízate —le susurró Lao Ge.

Sus palabras, destinadas a ser consuelo, sólo le recordó. Una hora hasta que se convirtiera en el asesino que intentaba ser.

Lek, Kirima y Wong los llevaron de regreso al campamento.

—¿Cuál es la prisa? —Rangi dijo, cubriendo el menguante palo de incienso—. No hay razón para apresurarse en este momento—. Ella y Kyoshi ya llevaban su armadura.

—Tenemos que ponernos nuestra máscara —dijo Kirima. Ella retumbó alrededor de sus pertenencias limitadas—. Es tradición antes de un trabajo.

Lek no encontró lo que estaba buscando y gruñó.

—Olvidé que salimos de Bahía Camaleón a toda prisa —dijo—. Estoy fuera. ¿Alguien más tiene algo de maquillaje del que puedan prescindir?

Kyoshi parpadeó, teniendo dificultades para comprender.

—Yo… ¿Tengo? ¿Creo que había algo en el baúl de mi madre, junto con los abanicos?

Wong busco en la mochila de Kyoshi hasta que encontró el gran kit de maquillaje que había sido completamente descuidado hasta ahora.

—Sería una desgracia para una compañía de ópera actuar sin pintura. Y estúpido para que los ladrones no escondan sus identidades.

Kyoshi lo recordó. La ópera clásica fue interpretada por actores que llevaban ciertos patrones de maquillaje que correspondían con personajes comunes. El espíritu de tigre-mono, un popular héroe embaucador, siempre hubo una hendidura negra de pintura corriendo por su rostro naranja. El púrpura significaba sofisticación y cultura, y a menudo aparecía en tipos de sabios mentores. El diario de su madre había mencionado el maquillaje, pero lo había pasado por alto en

EL ASCENSO DE KYOSHI

favor de los abanicos que eran más prácticos. Y el tocado. ¿No tenía tocado también?

Wong le trajo el kit y lo abrió.

—Parece del bueno, de Ba Sing Se, así que no se ha secado —dijo—. Voy a hacer el tuyo primero. Se necesita práctica para poner en tu propia cara correctamente.

Kyoshi se estremeció ante la idea de la pasta grasa en su piel, pero decidió no quejarse.

—Espera un segundo —dijo ella—. Aquí no hay nada más que rojo y blanco—. Las hendiduras que deberían haber mantenido una variedad de colores se habían llenado varias veces con carmesí profundo y un pigmento de color cáscara de huevo. Había una pequeña cantidad de kohl negro también, pero no lo suficiente para cubrir toda la cara.

—Esos son nuestros colores —dijo Wong mientras mojaba su pulgar y comenzaba a aplicar suavemente la pintura a sus mejillas—. El blanco simboliza la traición, la naturaleza siniestra, la sospecha de los demás y la voluntad de cometer malas acciones.

Kyoshi podía oír a Rangi resoplar tan fuerte que Te podría haberla escuchado en su palacio.

—Pero —dijo Wong, recogiendo en el otro lado del caso con su dedo índice—. El rojo simboliza el honor. Lealtad. Heroísmo. Este es el rostro que mostramos a nuestros hermanos y hermanas jurados. El rojo es la confianza que tenemos el uno con el otro, enterrados en el campo blanco, pero siempre mostrándolo a través de nuestra mirada.

Kyoshi cerró los ojos y le dejó poner más pintura.

—Listo —dijo Wong. Alisó el último delineador de ojos negro en su frente y dio un paso atrás para examinar su obra—. No puedo prometer que detendrá una roca afilada o una flecha, pero puedo garantizar que te sentirás más valiente. Siempre hace eso por mí.

—Inclínate —dijo Kirima. Había tomado el tocado de la bolsa de Kyoshi mientras sus ojos estaban cerrados—. Estás usando la máscara de tu madre, así que deberías usar su corona también. Kyoshi bajó la cabeza para que Kirima pudiera colocar la banda alrededor de ella. Nunca se había probado el tocado. Encajaba como si se hubiera hecho para ella.

Ella se puso de pie.

—¿Cómo me veo? —preguntó.

Wong sostuvo un pequeño espejo que estaba en la tapa del kit de maquillaje mientras Rangi inclinaba el resplandor del incienso para que pudiera ver. El vidrio no era lo suficientemente ancho como para mostrar toda su cara, sólo una línea de reflejo que recorría el arco de oro sobre su frente, a través de su ojo llameante, y sobre la esquina de su boca enrojecida. El espejo estrecho se asemejaba a una lágrima en el velo del universo, y desde la tierra que estaba más allá del otro lado, un ser poderoso, imperturbable y eterno miraba de nuevo a Kyoshi. Un ser que podría pasar como Avatar algún día.

—No estoy emocionada de que estés usando colores *daofei* —dijo Rangi, mordiéndose el labio mientras sonreía—. Pero te ves hermosa.

—Te ves aterradora —agregó Lek.

Hace toda una vida, Kyoshi nunca había pensado que sería cualquiera de esas cosas.

—Entonces es perfecto.

LA INCURSIÓN

Se deslizaron hasta el punto de puesta en escena, un pequeño promontorio a unos cientos de pies de las paredes del palacio. Se acurrucaron alrededor de Rangi y vieron cómo el incienso de tiempo se extinguió en sus dedos, las últimas brasas iluminando sus caras pintadas. Kyoshi miró al grupo, sus rasgos silenciados o exagerados por trazos de rojo sobre blanco. Incluso Rangi y Lao Ge se habían puesto los colores. Las marcas los unieron.

El incienso se desmoronó hasta donde Rangi ya no podía sostenerlo.

—Vamos —susurró ella.

Lek dio unos pasos de polvo hasta la cima de la roca en la que se escondían. Agarró su manga y la puso por encima de su hombro, exponiendo un brazo largo y enjuto envuelto en correas de cuero más delgadas de lo que Kyoshi había pensado anteriormente.

Sacudió su codo hacia adelante, y las ataduras se soltaron, revelando el bolsillo de una honda.

Rangi, Kirima y Wong salieron corriendo hacia el palacio.

Sin ralentizar su movimiento, Lek lanzó una bala de piedra del tamaño de un puño al aire y la recogió en el bolsillo de la honda. El proyectil aulló con velocidad mientras lo giraba alrededor de su cabeza, acelerado con Tierra Control. Mientras estaba de pie a horcajadas en la roca, las piernas apoyándose contra el poderoso impulso de la bala, su rostro tranquilo con la concentración parecía mucho más viejo para Kyoshi. Menos un niño, y más un joven en su elemento.

Dejó volar la piedra. Kyoshi apenas podía ver al guardia en el techo al que apuntaba y habría adivinado que tal objetivo era demasiado poco práctico para golpear, pero los talentos de Lek, físicos, o de Tierra Control, o ambos, crearon un pequeño sonido *plink* en la distancia. La forma borrosa que era el guardia se perdió de la vista.

Lek ya estaba terminando su siguiente disparo antes de que el primero aterrizara. Rangi y los demás cerraron la brecha. Estaban a poca distancia de los guardias. Soltó la segunda piedra.

Pero justo cuando soltó el extremo de la honda, un cuerno resonó a través del silencio de la noche. Venía del sur. Las fuerzas *daofei* habían decidido anunciar su presencia.

El ruido repentino ensució el lanzamiento de Lek. Juró e inmediatamente extendió sus manos en una postura de Tierra Control. Kyoshi observó con incredulidad mientras aplicaba algún tipo de presión invisible a la piedra voladora. Ella no pudo ver ninguno de los resultados, pero por la forma en que soltó un aliento aliviado cuando otro *plink* se disparó, el disparo aterrizó. Había sucedido en un instante. Su control de distancia tenía que estar a la par con el de Yun. Tal vez mejor.

—¡Vamos! —Lek le gritó a Kyoshi, no interesado en su admiración—. ¡Mok y esos idiotas han hecho que se descubriera nuestra cubierta! ¡Vamos!

Kyoshi y Lao Ge comenzaron a llevar a cabo su parte del plan. Corrieron por la ladera hacia los campos del sur del palacio. Desde el rabillo del ojo, vio tres figuras trepando al aire para saltar en lo alto de la pared oriental, una de ellas con los pies centelleantes como si estuviera pisando la luz de las estrellas.

La llanura frente a la puerta principal se llenó de espadachines que atacaban el complejo. Como Rangi había predicho, las primeras filas no eran más que forraje para los Maestros Tierra

LLAS CLNSO DE

invisibles de Te, que carecían de la precisión de Lek pero no la necesitaban. Las primeras piedras se arquearon a través del aire desde la dirección del palacio, pulverizando a los acólitos de Kang Shen sin protección. Los misiles rebotaron más, tallando franjas a través del *daofei* detrás de ellos. Gritos de dolor y enojo llenaron el aire.

Los forajidos ignoraron sus bajas y aceleraron. Kyoshi y Lao Ge se dirigían directamente al campo de exterminio entre ellos y el palacio.

Lao Ge se puso detrás de Kyoshi y la golpeó dos veces en el hombro.

—¡Vamos! —gritó. Ella respiró profundamente, todavía huyendo, y abrazó la tierra por completo.

—No podemos dejar que Mok se acerque al palacio —dijo Kyoshi—. Matará a todos los que están dentro.

Rangi y Kirima la miraron desde sus posiciones en el mirador. Se necesitaba un descanso de la inspección del complejo de todos modos.

—No hay manera de que podamos evitar que lo tome a largo plazo —dijo Rangi—. ¿Quieres ponerte del lado de Te y tratar de luchar contra ellos?

Kyoshi negó con la cabeza.

—No creo que matar a las fuerzas de Mok sea la respuesta.

—Pero si Mok no lanza su asalto, entonces nuestro equipo estará sentado con patos tortuga —dijo Kirima—. ¿Nos estás diciendo que tenemos que pensar en una manera de atacar el palacio con un ejército, salvar las vidas de todos dentro del palacio, evitar que el ejército se mate *y* rescatar a un prisionero del interior de las paredes?

Lao Ge nunca dijo que no se le permitía buscar ayuda para responder a sus acertijos. Era la tradición del Reino Tierra. Hacer trampa en una prueba con la ayuda de tus amigos.

—Eso es exactamente lo que te estoy diciendo.

—No podemos hacer todo tipo de planes extravagantes cuando sólo tenemos un puñado de Maestros Tierra —dijo Rangi.

Kyoshi gruñó. Ella tenía que acostumbrarse a ejercitar su prerrogativa, y ella también podría empezar ahora.

—¿Qué tipo de planes harías si tuvieras al Avatar? —preguntó.

Kyoshi corrió por el suelo, descendiendo en una rampa de cincuenta pies de ancho de su propia fabricación. La tierra bostezó para aceptarla, separándose para crear un surco titánico que apiló la tierra sobrante por izquierda y derecha. Aoma y Suzu podrían saltar de un muelle. Kyoshi había crecido en Yokoya tanto como lo habían hecho. Ella *sabía* de asuntos agrícolas. Y ahora estaba arando el suelo con más fuerza que la totalidad de los Maestros Tierra del pueblo.

Flechas y piedras pasaron inofensivamente por encima. Ella se niveló una vez que alcanzó una profundidad de cincuenta pies— ¿Por qué no mantener las cosas cuadradas y ordenadas? —y siguió corriendo a través del campo sur con Lao Ge manteniendo el ritmo, creando una zanja

infranqueable detrás de ella.

Durante su vigilancia había quedado claro que el palacio de Te tenía una debilidad crítica en la seguridad. Le faltaba un foso. Kyoshi le estaba proporcionando uno, de forma gratuita.

—¿Serías capaz de manejar el ir más rápido? —Lao Ge gritó por encima del ruido desgarrador.

Ella asintió. No había fatiga. Sin tensión. Su Tierra Control había cambiado. Soltarse así con todo su poder en lugar de tratar exprimirlo a través de pequeños agujeros era energizante. Era la diferencia entre comer un tazón de arroz de un grano a la vez en lugar de tomar enormes y satisfactorios bocados.

Lao Ge hizo Tierra Control en una sección del suelo a su alrededor, y de repente los dos estaban surfeando en una plataforma de tierra mientras Kyoshi seguía apartando la tierra fuera de su camino.

—No tiene sentido viajar a pie cuando no tenemos que hacerlo —dijo él.

De esta manera no tardaron en rodear las esquinas del palacio de Te y encapsularlo en la trinchera. Ella no podía ver sobre la superficie, pero se imaginó sorpresa en los rostros de los guardias y el *daofei,* de las ganas de matarlos de Mok y Wai. Tenía que esperar que la segunda fase del plan los apaciguaría. La Compañía de Opera Voladora todavía tenía una promesa que cumplir.

—Ahora ten cuidado —dijo Lao Ge—. Sé que no se puedes dar un paso de polvo todavía.

Levantó las manos y la plataforma se levantó de la trinchera. Se elevó más allá del nivel del suelo y sobre el techo oriental del palacio, donde se desmoronó bajo sus pies, dejándolos de pie sobre las tejas en el lugar exacto donde Kirima, Wong y Rangi los esperaban, bañados a la luz de la luna.

—Justo a tiempo —dijo Kirima.

—¿Están los guardias apiñados en el muro sur? —preguntó Kyoshi. Había creado un enfrentamiento entre ellos y el *daofei,* y necesitaba que se quedaran en su lugar.

—Suficientes de ellos —dijo Rangi—. Sin embargo, tienes que moverte rápido.

Este punto de reunión los dejó expuestos temporalmente, pero había sido elegido por una razón. Se encontraba justo encima del estanque de los patos tortuga. Y tenían una visión clara de la brillante luna llena arriba.

Kyoshi bebió su luz, sintiendo su empuje y tirón como Kirima le había enseñado, sus músculos se aflojaban de la rigidez de la Tierra Control al estado relajado y fluido del agua. Ella tomó una postura e hizo señas en el estanque.

Ella sabía poco de técnicas avanzadas de Agua Control, pero eso no era necesario en este momento. Tampoco requirió sus abanicos todavía. Para esta hazaña, Kyoshi proporcionaría el poder, como una bestia de tiro, y Kirima aplicaría el control. Como Maestras Agua, la luna llena mejoraría su control enormemente, como las mareas que suben en una bahía.

Los patos tortuga dormidos se despertaron graznando presas del pánico y huyeron mientras la superficie del agua se abultaba hacia arriba. Kyoshi levantó la mancha de líquido cada vez más alto. Donde amenazó con sobresalir demasiado lejos y derramarse, Kirima la empujó suavemente hacia su lugar con la habilidad de un cirujano. La masa de agua parecía una jalea, pulsando y flotando a lo largo de la corriente.

Kyoshi sintió un impacto contra sus costillas y casi deja que el agua se salga de su agarre. Miró hacia abajo para ver un desgarro en la tela de su chaqueta y un pequeño punto de metal roto en los eslabones de la cota de malla debajo. Había recibido un golpe indirecto de una flecha.

Unos pocos guardias salieron del extremo opuesto del patio.

—¡Las cubriremos! —Rangi dijo—. ¡Vamos!

Todos los que no podían hacer Agua Control saltaron del techo.

—¡Muy bien, Kyoshi! —Kirima gritó—. ¡Suelta el martillo!

Kyoshi se relajó y bajó su centro de gravedad con tal vigor que sentía que su esqueleto superaba a sus músculos. La pesada formación de agua atravesó la pared interior de la parte sur del recinto, entrando a través de la brecha. Había tanto que inundaría todos los pasillos de pared a pared, de piso a techo. Pequeñas ventanas y rejillas de ventilación que salpican las paredes interiores les dieron la línea de visión que necesitaban, aunque con esta cantidad de agua, era difícil no sentir la presencia del elemento intuitivamente.

La ubicación de los gritos les dijo que estaba funcionando. Los guardias que se habían centrado en el asalto *daofei,* concentrado en las fortificaciones del sur, estaban siendo violentamente expulsados de sus puestos.

Kyoshi y Kirima barrieron la marea de izquierda a derecha, luego a la vuelta de la esquina hacia el oeste por si acaso, antes de liberar la presión. Querían noquear a los soldados, no ahogarlos. Con un tirón sincronizado, reventaron una parte de la pared oeste, dejando que el agua fluyera hacia el otro patio. Pilas de gemidos y toses de cuerpos derramados a través de la brecha.

En el breve momento que Kyoshi pasó comprobando que los hombres estaban vivos, un grito de batalla la tomó desprevenida. Se volvió y vio a un soldado solitario que había entrado en el techo desde algún puerto de salida que habían pasado por alto y atacaba con una lanza, con los pies retumbando sobre las baldosas. Sus manos fueron hacia sus abanicos, pero ella busco a tientas.

Justo antes de ser empalada, oyó un ruido familiar de cremallera. El lancero recibió una bala de piedra en la cadera y se cayó del techo con un grito. Kyoshi miró hacia atrás en la noche. En algún lugar en la distancia, Lek estaba sonriendo engreído hacia ella.

—¿Qué estás haciendo? —espetó Kirima—. ¡Muévete! —A la última fase, la que Kyoshi realmente temía.

Kirima y Kyoshi se apresuraron a bajar por las escaleras de los túneles de servicio. Su objetivo era subterráneo. Llegaron a una bifurcación donde Lao Ge las estaba esperando.

—Necesitan que botes la cerradura de la puerta de la celda —le dijo a Kirima, bajando por la rama derecha—. Kyoshi y yo revisaremos el otro lado en busca de guardias al acecho.

Los otros le habían explicado a Kyoshi que "rebotar un candado" significaba disparar agua en el ojo de la cerradura con suficiente presión para forzar los pasadores más alto, liberando el mecanismo de bloqueo. Se consideraba más rápido y elegante que tratar de congelar el metal a su punto de destrozo. También estaba más allá de la habilidad de Kyoshi, con o sin abanicos.

Kyoshi se mordió el labio mientras Kirima bajaba por el túnel correcto sin dudarlo, dejándola sola con Lao Ge. El anciano vio a la Maestra Agua partir con interés casual. Había tomado una posición encorvado contra la pared como si no le importara el mundo.

—Ven —le dijo a Kyoshi, cualquier sentido de urgencia que se apartó de su voz.

Ella lo siguió por el pasillo. Tenía mejor pinta que los túneles bajo la mansión de Jianzhu, iluminados con cristal brillante y pintados de blanco limpio. Aunque su tocado se sumó a su estatura, no tuvo que agacharse.

El mareo que a veces sentía en presencia de Lao Ge cuando estaban solos volvió con una venganza. Cada una de sus pisadas parecía llevarla millas sobre el tramo interminable del túnel. Perdió la sensación de arriba y abajo.

No tenía idea de la distancia que habían recorrido cuando llegaron al final del pasillo. Al principio Kyoshi pensó que estaba lleno de cuerpos, que la violencia los había saltado de alguna manera. Pero la docena de personas que yacían en el suelo o presionadas contra las paredes estaban vivas y temblando. No eran guardias. Llevaban los patrones decorativos de las damas de compañía, o las túnicas lisas y ordenadas de los mayordomos. Más allá de ellos había una puerta de hierro maciza, barrada por un perno grueso que no tenía ningún mecanismo de apertura visible.

Lao Ge dio un paso adelante. Toda la asamblea se acobardaba y escondía sus rostros.

—Su amo se salvó y los encerró —dijo con mal humor. Los pasillos estrechos hicieron que su voz resonara en un timbre más bajo, o tal vez siempre había sido tan profundo—. Los han dejado a su suerte.

La criada más cercana a él sollozó. Lao Ge se había pintado la cara con la lectura de un bufón retorcido y horrible. Y mucha gente consideraba a Kyoshi una torre de amenaza en sus mejores días. Recordó el efecto que tuvo en el personal de la mansión de Jianzhu ese día lluvioso que los dejó, y la conocían durante años. Para los sirvientes de Te, que habían oído la batalla afuera, ella y Lao Ge deben haber parecido encarnaciones andantes de la muerte.

Un olor acre arrugaba su nariz. Miró hacia abajo para ver a un chambelán, balanceándose y murmurando para sí mismo con sus ojos en blanco por el terror.

—Yangchen me protege. Los espíritus y Yangchen me protegen. Los espíritus…

Lao Ge se rio, y los sirvientes gritaron.

—Fuera —dijo—. Hoy viven.

Los miembros del personal se apresuraron a pasar junto a ellos sobre sus manos y rodillas, tomando el giro que los llevaría a la superficie del palacio. Kyoshi vio a los desafortunados hombres y mujeres irse. No dijo nada que aliviara su miedo o les permitiera dormir mejor esa noche.

—La cerradura —le recordó Lao Ge.

La mayor parte de ella estaba al otro lado de la puerta, como había explicado antes. Pero había un defecto en el diseño que dejaba expuesta parte de la gruesa barra de hierro. Derrotaría eso, y podrían entrar.

Ella agarró el cerrojo con ambas manos. Empezó a brillar debajo de su Fuego Control. Ella tiró de un lado a otro rítmicamente a medida que el metal se hacía más caliente y caliente. Entre ella y Lao Ge, se les ocurrió las tres partes necesarias para que esto funcionara. Suficiente calor para arruinar el temple del hierro. Movimientos oscilantes para crear fatiga en la estructura, debilitándola. Y, por último, fuerza bruta. Su especialidad.

Con cada tirón sucesivo, el metal cedía un poco más. Una vez, Rangi le había advertido que

EL ASCENSO DE KYOSHI

calentar un objeto como este sin lesiones requería mucha, mucha más habilidad que evitar que tus propias manos chamuscaran tu piel, que era un acto tan instintivo para los Maestros Fuego que no necesitaba ser enseñado. Este truco con el hierro fue prolongado, contacto peligroso con una superficie caliente. Kyoshi sintió que sus manos empezaban a arder.

—Ya casi lo tienes —dijo Lao Ge con un toque de admiración—. Honestamente, no estaba completamente seguro de que esto fuera posible.

El metal se inclinaba cada vez más lejos de su orientación hasta que, justo antes de que el dolor se convirtiera en demasiado para soportar, se rompió. Los extremos cortados del cerrojo sobresalieron como pinchados al rojo vivo. La pesada puerta gimió en sus bisagras.

Kyoshi retorció el calor de sus dedos y abrió la bóveda con el hombro. Era más brillante por dentro que el pasillo. Ella parpadeó mientras observaba su entorno.

El interior de la habitación grande no era lo que esperaba. Lao Ge lo había descrito como una medida de supervivencia de emergencia. Esperaba tiendas de agua, comida conservada, armas.

Había sido redecorado. Alguien había eliminado las necesidades para durar un asedio y los reemplazó con alfombras de lujo, almohadas de seda. Una pared estaba llena de jarras de vino, no de agua. Cualquier tonto que se encerrara dentro habría muerto en pocos días.

Había una sola figura de pie contra la pared más lejana. Un chico en su ropa de noche. Kyoshi hizo la deducción de que el hijo de Te había convertido esta habitación, hecha para la guerra, en una casa club.

—¿Dónde está tu padre? —dijo, las palabras que salieron con un gruñido duro—. ¿Dónde está el gobernador Te?

El niño la miró con una cara redonda y suave llena de desafío.

—Soy Te Sihung —dijo—. Yo soy el Gobernador.

Kyoshi miró a Lao Ge. Le sonrió a sabiendas. *Esta* era la prueba. Si ella era lo suficientemente sangre fría como para ayudarlo a matar a un chico que no parecía lo suficientemente mayor para afeitarse. Maldijo al anciano, maldijo a la estúpida juventud frente a ella, maldijo la corrupción y la incompetencia de su nación que permitió que se produjera tal error de autoridad.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó a Te.

—No le debo una respuesta a un *daofei* —se burló.

Ella corrió hacia adelante, lo agarró por la parte posterior del cuello y lo arrojó por la puerta de la bóveda. Rebotó en el suelo y se deslizó por el pasillo. Kyoshi caminó hacia su cabeza y volteo su mandíbula con su bota.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó de nuevo.

—Quince, pronto —se quejó. Su actitud había cambiado dramáticamente en pleno vuelo, y el aterrizaje doloroso selló el trato—. ¡Por favor, no me mates!

—Tiene la edad de Lek —le dijo Lao Ge a Kyoshi—. Lo suficientemente mayor como para saber el bien y el mal. Lo suficientemente mayor como para eludir sus responsabilidades, para desajustar, para robar. Viste el estado de Zigan. Todavía puedo garantizar que vas a salvar muchas vidas tomando la suya—. Se dio cuenta de que Te intentaba arrastrarse y puso su pie en el tobillo del niño, no lo suficientemente duro como para romperlo, pero lo suficiente para dejar claro que podía.

Te abandonó el intento de moverse.

—Por favor —dijo—. Mi padre era gobernador antes que yo. Sólo actué de acuerdo con lo que

me enseñó. ¡Por favor!

Eso era lo que todos en este mundo hacían. Lo que vieron hacer a sus predecesores y maestros. El Avatar no era el único ser que era parte de una cadena ininterrumpida.

—*No eres* mucho mayor que él —oyó decir a Lao Ge—. ¿Eres inmune a las consecuencias?

No. No lo era. Recogió a Te por sus solapas. Éste lloro incoherentemente, lagrimas fluyendo por su rostro.

—Lo siento —dijo ella—. Pero esto es algo que decidí, mucho antes de que te viera.

Kyoshi puso su brazo detrás de ella y lanzó a Lao Ge por el túnel con una bola de viento.

—Rangi, no puedo hacer Aire Control. No eres una Maestra Aire…

Fue el día antes de que Kyoshi empezara a entrenar con Kirima, para ver si podían levantar el agua de un estanque entero de agua juntas. Rangi y Kyoshi estaban solas en un pequeño claro bajo un solitario y retorcido árbol de montaña que había rociado sus hojas secas sobre el suelo. Las dos caminaban en círculos, con los brazos extendidos, casi se reunían en el centro. No había manera de que lo estuvieran haciendo bien.

—No estoy tratando de enseñarte Aire Control —dijo Rangi. Sólo quiero que crees viento, una vez, antes de que empieces a hacer Agua Control en serio. No tiene que ser perfecto—. Ella giró alrededor y cambió la posición de sus manos—. Creo que se supone que debes… ¿Espiral? ¿Sientes tu energía en espiral?

Kyoshi tuvo que girar torpemente para ir por el otro lado antes de que Rangi chocara con ella.

—¿Cómo te sientes bien con el Aire Control autodidacta y amateur?

—No lo estoy… yo sólo tengo el miedo irracional de que, si te vuelves demasiado buena en el Agua Control antes de hacer Aire Control una vez, dañarás el ciclo elemental. Cuando usaste tus abanicos para hacer Agua Control, al principio estaba extasiada, pero luego me asuste. Empecé a tener pesadillas de que bloqueaste permanentemente tu fuego y tu aire. Temía que te convirtieras en un Avatar roto.

Rangi se acostó en el suelo y puso su cabeza en sus manos.

—Sé que no tiene sentido —dijo—. Ya nada tiene sentido. Estamos haciendo todo mal. Arriba está abajo, izquierda es derecha.

Kyoshi se arrodilló y envolvió sus brazos alrededor de Rangi por detrás.

—Pero el centro no cambia.

Rangi hizo un pequeño bufido.

—¿Sabes que yo también lo extraño? —murmuró—. Al maestro Kelsang. Era tan amable y divertido. A veces, cuando me encuentro extrañándolo, me siento culpable de no pensar en mi padre en su lugar. Ojalá estuvieran los dos aquí. Ojalá todos los que perdimos pudieran estar aquí con nosotros, una última vez.

Kyoshi la apretó fuerte. Ella imaginó la energía de Rangi uniéndose con la suya, formando un hilo más fuerte de dos hebras.

Había un cosquilleo contra su frente. Ella y Rangi miraron hacia arriba para ver un baile arremolinado de hojas, dando vueltas en un círculo, las dos pudieron atrapar el momento. Kelsang

solía hacerla reír en el jardín así, arremolinando el aire, dejándola tocar las corrientes y sentir el viento correr entre sus dedos.

Kyoshi dejó que la brisa jugara contra su piel antes de darle un suave empujón con la mano. El viento giró más rápido a petición de ella. Podía sentir a Kelsang sonriendo cálidamente a ella, un último regalo de amor.

—Siempre estarán con nosotros —le dijo a Rangi—. Siempre.

Lao Ge aterrizó en la bóveda, que pasó a estar llena de cojines. Lo que significaba que Kyoshi tenía menos ventaja de la que había contado. Arrojó a Te sobre su hombro y corrió por el pasillo.

—¡Niña! —oyó a Lao Ge gritar detrás de ella, resonando a través del túnel. Ella tenía la clara sensación de que él podía alcanzarla en un momento sin importar lo lejos que hubiera ido.

El miedo le prestó más velocidad. Tomó las escaleras cinco a la vez hasta que llegó a la superficie.

Te jadeó por su agarre alrededor de su cintura.

—¿Qué estas—

—Cállate —estaban rodeados por las paredes del patio. Los establos estaban en el extremo opuesto del complejo. Un asesino inmortal estaba seguramente a unos pocos pasos detrás.

Kyoshi corrió a la pared. Y luego corrió más alto. Y más alto. La tierra se movió a las plantas de sus pies, impulsándola hacia arriba. Continuó dando pasos de polvo hasta que aterrizó en la parte superior del techo.

Echo una mirada hacia atrás. Lao Ge estaba junto a las escaleras, eligiendo no seguirla en el aire, por el momento.

—¡Oye! —gritó—. Estás llena de engaños, ¿No? Pensar que estabas fingiendo tantos intentos fallidos de pasos de polvo.

—¡No todos eran fingidos! —Kyoshi gritó mientras se alejaba.

Corrió a través del palacio, azulejos crujiendo bajo sus pies. Se fue al norte hasta que encontró los establos que colindaban con la pared. Cayendo al suelo con Te todavía en la mano, encontró un caballo avestruz somnoliento y lo despertó.

Lao Ge todavía estaba jugando con ella, o tal vez no podía dar un paso de polvo. Ella nunca lo había visto hacerlo. De cualquier manera, no tenían mucho tiempo. Dejó al chico en la montura que había robado.

—Gracias —dijo Te, tambaleante por la falta de una silla de montar—. Te daré lo que quieras. Dinero, oficinas—

Kyoshi lo dio un fuerte golpe con el revés de su mano en la boca.

—Deberías haber muerto esta noche —silbó—. Te daré una oportunidad para que te anudes a ti mismo como gobernador de estas tierras. Abrirás las puertas de tus almacenes y te asegurarás de que tu gente sea alimentada. Devolverás lo que robaste, aunque signifique vender las

EL ASCENSO DE Kyoshi

posesiones de tu familia. Si no lo haces para cuando regrese, te haré desear que hayas sido capturado por esos *daofei* ahí afuera.

Dejó un final abierto en esa línea de tiempo, sin tener idea de cuándo estaría libre para cumplir con su amenaza. Pero sabía que lo haría, si se le daba la oportunidad. Le estaba haciendo saber a Te que habría consecuencias. *Jianzhu estaría orgulloso,* pensó oscuramente.

Te tenía la cara llena de confusión.

—Tú… tú hiciste Tierra Control y Aire Control. Lo vi. ¿Cómo es posible? Salvo... no puedes serlo. ¿Tú eres el Avatar?

Vio las imágenes luchando en su cabeza. Debe haber sabido de Yun, tal vez lo conoció en persona. Revelar su identidad siempre había sido un riesgo en esta misión. Pero Te era un cabo suelto, uno que corría en los mismos círculos que Jianzhu.

Kyoshi se mordió el labio. Ella había elegido desde el principio salvar la miserable vida de este chico en lugar de guardar el secreto del que dependía su propia seguridad. No tenía sentido lamentarlo ahora.

—Con más razón para que hagas lo que te digo—. Abofeteó el flanco del caballo de avestruz, enviándolo a la zanja. Te gritó mientras con Tierra Control hacia un puente en su lugar en el último minuto. Se fue a la oscuridad, aferrándose al cuello de su montura para salvar su vida.

Una vez que se fue, Kyoshi bajó el puente de nuevo. No quería que los hombres de Mok se infiltraran en el complejo desde atrás mientras tanta gente indefensa todavía estaba dentro. Ella desempolvó el vacío y se tomó su tiempo caminando más al norte, hasta el punto de encuentro donde los demás estarían esperando.

En algún momento durante la caminata, Lao Ge cayó a su lado.

—No eres un buen aprendiz —dijo casi sin voz.

Hubo una docena de respuestas que ella podría haberle dado. Te era demasiado joven para morir y todavía tenía tiempo para redimirse. Todo el ejercicio era defectuoso y no tuvo nada que ver con su deseo de poner fin a Jianzhu.

—No he dejado de llevarme a mi hombre en mucho tiempo —continuó Lao Ge—. Mi orgullo está en ruinas.

Kyoshi hizo una mueca. Nunca había visto a Lao Ge realmente enojado, y era una apuesta que tipo se persona surgiría cuando las cosas no salieran como él quería.

—Te es tu responsabilidad ahora —dijo—. A partir de este momento, sus crímenes serán sus crímenes. Más que nada, estoy molesto porque te has atorado de tal manera. Es como si no hubieras prestado atención a mis lecciones.

Supuso que ser tratada como una niña desobediente que había adoptado un animal callejero era el mejor resultado que podía haber esperado.

—Lo siento, Sifu —dijo Kyoshi—. Estoy dispuesta a aceptar los resultados de mis acciones.

—Fácil para ti decir eso ahora—. El labio superior de Lao Ge estaba rizado con desdén—. La misericordia tiene un precio más alto de lo que la mayoría de la gente piensa.

Ella se quedó en silencio. No había necesidad de provocar aún más a un hombre que probablemente podría comenzar el ciclo de Avatar de nuevo en la Nación del Fuego en este momento sin romper el paso. Cualquier esperanza que hubiera tenido de que salvar a Te era el verdadero objetivo todo el tiempo, o que Lao Ge, a través de la lente de la edad, interpretara su traición como una gran broma en el esquema mayor de la vida, se vio sofocada por su molestia

comprimida y tangible con ella. No había un entendimiento de nivel más profundo.

El enfrentamiento entre ellos continuó hasta que llegaron a los demás. La Compañía de Opera Voladora estaba llena de éxito. Wong y Kirima tenían a un hombre unido entre ellos, vestido con una túnica llana y desigual. Tenía el saco de batata atado sobre su cabeza.

—¡Lo hicimos! —Rangi dijo. Corrió hacia adelante y abrazó a Kyoshi—. ¡No puedo creer que lo hicimos! Lo hiciste como un— ella se impidió decir "Avatar" en presencia de un extraño—. ¡Como un maestro de antaño!

—Vamos a hacer nuestra entrega —dijo Wong. Recogió al prisionero y lo arrojó sobre sus hombros, como Kyoshi había hecho con Te—. Lo siento por el trato duro, hermano. No pasará mucho tiempo antes de que estés respirando aire libre.

—No es ningún problema —dijo cortésmente el hombre encapuchado.

El *daofei* casi los llena de flechas cuando se acercaban al campamento del sur.

—¡Tenemos a su hombre! —Kirima gritó. Wong dejó al prisionero en pie. Con la capucha puesta, no podía ver cómo sus rescatadores se apiñaban detrás de él como un escudo humano.

Mok se acercó a ellos, apoplético.

—¡¿Qué creen que están haciendo?! ¡No discutimos tal plan!

Kirima levantó las manos.

—Lo sacamos de la prisión —dijo, recordándole de nuevo que la misión había sido cumplida técnicamente—. La trinchera era una improvisación de última hora necesaria.

Eso no era verdad. Averiguar cómo mantener el *daofei* fuera del palacio había sido el principal desafío que Kyoshi había establecido para Rangi y Kirima. Ver a la Maestra Agua mentir por ella hizo que Kyoshi se sintiera peor acerca de ocultar la misión secundaria adicional con Lao Ge y Te de los demás. Le había causado a sus amigos un riesgo indebido.

—¡Debería despellejar sus pieles y ponerlas bajo mi silla! —Mok gritó. Wai se paró detrás de él, aunque Kyoshi notó que no estaba tan listo para blandir la hoja esta vez. El hombre la miró con cautela, frotándose la mano vendada.

—Mok, eres tú —dijo el prisionero, inclinando la oreja hacia el ruido—. Si es así, deja de arengar a mis salvadores y quítame esta bolsa de la cabeza.

Wong desató su capucha mientras Kirima le cortaba las cuerdas de las muñecas con una pequeña hoja de agua.

Rangi había recomendado las fijaciones como precaución ya que no querían un cautivo confundido que se resistiera a sus propios rescatistas. La máscara de arpillera se cayó de su cabeza para revelar una cara pálida y hermosa bajo el pelo oscuro peludo.

—Hermano mayor —dijo Mok. Los gestos del líder *daofei* de repente adoptaron una cualidad reverencial y sumisa—. No puedo creer que seas tú. ¡Después de tanto tiempo!

—Ven aquí —dijo el prisionero abriendo los brazos de par en par. Los dos hombres se abrazaron y golpearon las espaldas.

—Ocho años —dijo el recién liberado—. Ocho años.

—Lo sé, hermano —sollozó Mok.

EL ASCENSO DE KYOSHI

—Ocho años —repitió el hombre, apretándolo más fuerte—. ¡Ocho años! *¿Te tomó ocho años apestosos rescatarme?*

Mok jadeó, incapaz de respirar.

—¡Lo siento, hermano! —se ahogó con el aire que había dejado—. ¡Hicimos todo lo posible!

—¡Lo posible! —gritó su hermano mayor al oído—. ¡Lo posible tomó casi una década! ¿Cuál era la segunda mejor opción? ¿Esperar a que mi prisión se derrumbara por la oxidación?

A juzgar por los gritos de dolor de Mok, la prisión no había debilitado físicamente al hombre. El dejó a un lado a Mok e inspeccionó al *daofei.* Wai no había hecho un solo movimiento. Los seguidores supervivientes de Kang Shen se arrodillaron y bajaron la cabeza, mientras la base se mantenía firme. Los ojos de Kyoshi cayeron sobre las flores de melocotón lunar, todavía colocadas con cuidado en las camisas de los hombres. Aunque ahora era obvio que no habían sacado a ningún forajido ordinario de la custodia de Te, había algo peor colgando en el aire, una advertencia oscura en su imaginación.

—Tíos —habló Kyoshi de repente—. Si se ha pagado la deuda de la Compañía de Opera Voladora deberíamos estar en camino—. Sus instintos gritaban que necesitaban salir de aquí. Inmediatamente.

—¿Pagado? —dijo el hombre que habían rescatado. Les sonrió, no con las sonrisas falsas de Mok, sino con un calor genuino en su corazón—. Mis amigos, han hecho más que pagar una deuda. Han hecho posible un nuevo futuro. Para siempre, tendrán la amistad y la hermandad jurada de Xu Ping An. ¡Deben quedarse y celebrar con nosotros!

Las alarmas sonaron en la cabeza de Kyoshi, el espeluznante indicio de reconocimiento se arrastraba fuera de su vista. Antes de que ella y los demás pudieran declinar, él se volvió para dirigirse a sus tropas. Los hombres de Mok se habían convertido en sus hombres, y no hubo protesta.

—¡Hermanos! —dijo, su voz agradable sonando a través del campamento—. Durante muchos años han mantenido la fe. ¡Ustedes son verdaderos seguidores del Código! ¡Moriría felizmente en este mismo instante, sabiendo que todavía hay honor y lealtad en este mundo!

El *daofei* reunido rugió y sacudió sus armas. El sol comenzó a salir dramáticamente detrás de Xu, como si fuera favorecido por los propios espíritus.

—Pero creo que hemos sufrido suficientes pérdidas, ¿No? —Xu dijo—. Cinco mil. Cinco mil de nuestros compatriotas aniquilados como alimañas. No los he olvidado, no durante los ocho años que pasé pudriéndome en una prisión. ¡No los he olvidado! ¿Y ustedes?

Sobre los gritos frenéticos del *daofei,* Xu levantó los brazos para saludar la luz de la mañana.

—¡Yo digo que hay un precio que pagar! ¡Una deuda que se debe! ¡Y la recaudación comienza *hoy*!

La cabeza de Kyoshi dio vueltas. Habían sido engañados. Distraídos por asuntos pequeños cuando el peligro real que amenazaba el reino se avecinaba al alcance de su mano. Era tan estúpida.

—¡Ahora! —Xu dijo con teatral naturalidad—. ¿Dónde están mis colores? Me siento terriblemente desnudo sin ellos.

Mok se apresuró y le entregó un pedazo de tela. Al unísono, el *daofei* metió sus manos en los bolsillos y las carteras o levantaron sus camisas para revelar longitudes de tela atadas alrededor de sus cinturas. Liberaron los envoltorios de donde los escondían y los sujetaron alrededor de sus

cuellos.

El sol se levantó por completo, dejando que Kyoshi viera los tonos que adornan los cuerpos de todos los forajidos presentes. Las flores de melocotón lunar habían sido una treta, una historia de portada para evitar ser detectados. La Flor de Otoño era un nombre temporal para una antigua organización. Un gigante había resucitado de las profundidades de la tierra para alimentarse una vez más.

—Mucho mejor —dijo Xu mientras le daba una palmada en el cuello a la bufanda amarilla brillante—. Me estaba poniendo un poco frío allí.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

EL RETO

—¡Tenemos que hacer algo! —Rangi dijo—. ¡Esto es nuestra culpa!

—Puede que sea culpa nuestra, pero definitivamente no es nuestro problema —murmuró Kirima mientras empacaba apresuradamente su parte de su campamento—. No es nuestro problema—. Lo repitió como un mantra que podría mantenerlos a salvo del daño.

—No lo entiendo —dijo Lek—. ¿Quién es este tipo Xu Ping? ¿Quiénes son los Cuellos Amarillos? Pensé que estábamos tratando con la Flor de Otoño.

—Los Cuellos Amarillos son un negocio en el que no queremos participar —dijo Wong. Enrolló las mantas para dormir con movimientos apretados y nerviosos con las manos—. No están en esta vida por dinero o libertad. Se regocijan en el saqueo y la destrucción. Son asesinos sin sentido. Y Xu Ping An es su cerebro, corazón y alma.

—Era un loco sediento de sangre *antes* de pasar los últimos ocho años encerrado y soñando con la venganza —dijo Kirima—. Escuchamos las historias. Solía llamarse a sí mismo el General de Pandimu y afirmaba que sus residentes estaban en deuda con él por la protección que proporcionaba.

Lek se rascó la cabeza.

—¿Dónde está Pandimu?

—¡En ninguna parte! —Kirima dijo—. ¡Es el nombre para el mundo que el mismo inventó! ¡Mi punto es que está desquiciado!

Antes, mientras murmuraban excusas sobre la necesidad de dejar la compañía de los Cuellos Amarillos, Xu parecía tolerante, sin la mezquindad de Mok o los estallidos de violencia de Wai. Les había asegurado que, aunque deseaba organizar un festín en su honor, un pequeño espectáculo de agradecimiento, cualquier cosa en realidad, eran libres de irse con todas las deudas de la Flor de Otoño y Cuellos Amarillos pagadas.

Kyoshi sabía que la chapa de civilidad no significaba nada. Hombres como Xu simplemente esperaban el momento adecuado para soltar y revelar la bestia detrás de la cortina.

—No sé cómo está vivo —dijo Rangi. Ella caminaba en círculos alrededor de los restos de la fogata—. He leído copias de los informes enviados al Rey Tierra por el propio Jianzhu. Xu fue incluido entre los muertos en la batalla del Paso de Zhulu. ¡Esto no tiene sentido!

Kirima mantuvo su discusión dirigida a Kyoshi.

—Mira, son… ¿Qué? ¿Un par de cientos de personas ahora, como mucho? ¿Menos, desde que los Kang Shen decidieron cenar en las rocas? No son un ejército como lo eran en el pasado. Podemos esperar a que los gobernadores convoquen a una fuerza de la milicia para que se ocupe de ellos. Apuesto a que Te es el que sale a su encuentro.

El gobernador Te estaba actualmente a la cabeza de una columna de un solo hombre en nada más que su pijama. No estaba claro si Kirima y los otros sabían cuántos años tenía. Pero podría tener cien años, y aún no sabría cómo tratar con un hombre que le había dado ataques a Jianzhu.

—Eso suena perfecto para mí —dijo Lek. Su rostro era irreconociblemente oscuro—. Cuantos más hombres de la ley muertos, mejor—. Dejó el campamento para preparar a Pengpeng para su partida, satisfecho con su contribución al debate.

EL ASCENSO DE KYOSHI

—Xu comenzó con números más pequeños que ahora —dijo Rangi—. Si más Cuellos Amarillos salen de su escondite y se reúnen a su estandarte, volvemos a los días oscuros después de la muerte de Kuruk.

—¡No *hemos* vuelto a nada! —Kirima gritó—. ¡Xu es el problema de los moradores! Hasta donde *nos* concierne, ¡Es un trabajo terminado! ¡No vuelves a un trabajo que ya has terminado!

—Hace años, pasé por un pueblo atrapado a raíz de los Cuellos Amarillos —dijo Lao Ge, recordando tranquilamente como si hubieran sido unas vacaciones mediocres que una vez había tomado—. Vi lo que les pasó a los residentes. Habían sido… —Torció la boca, tratando de decidir qué palabra usar antes de decidirse por una—. Apilados —dijo. Hizo un movimiento de capas con las manos, alternando uno encima del otro.

Kirima no se dejó influir todavía.

—Nos escapamos de los problemas —dijo—. No vamos hacia ellos. Esa es nuestra política. Nos sirvió bien en Bahía Camaleón, nos ayudó a sobrevivir en Hujiang, y dará frutos aquí.

—¿Qué crees que debemos hacer, Kyoshi? —Lao Ge dijo—. Dado tu nuevo gusto por tomar decisiones de vida o muerte.

Su pregunta estaba llena de petulancia. Pero el resto de la banda no sabía lo del asesinato fallido. Todavía estaban pensando en su orden de preservar las vidas de la casa de Te mientras hacían la redada. Nadie había discutido contra ella en ese entonces.

Tampoco parecía que lo harían ahora. El grupo se quedó en silencio mientras esperaban la respuesta de Kyoshi, ofreciéndole la oportunidad de inclinar la balanza de manera concluyente.

Su cabeza dio vueltas. Hace una sola luna, ella era el eslabón débil, no la que tomaba decisiones. Los otros estaban poniendo demasiada atención en ella por ser el Avatar. Confundiendo versatilidad de elementos control con liderazgo. Se había vuelto más capaz en los días desde Hujiang, pero no más sabia.

Kyoshi volvió a caer en la única filosofía en la que estaba bien versada como Maestra Tierra. *Jing* neutro.

—Esperamos a ver qué pasa —dijo—. Pero podemos esperar desde una elevación más alta. Sobre Pengpeng.

Rangi y Kirima, las dos voces opuestas en su oído se unieron para compartir una mirada preocupada entre sí.

Vagaban en el aire, un sello físico de la indecisión de Kyoshi en el paño azul y blanco del cielo. Pengpeng flotaba dentro de una nube que Kirima había formado a su alrededor. La Maestra Agua se puso de pie en la silla de montar, girando los brazos para evitar que los mechones de vapor se separaran y revelaran su posición.

Lek los llevó lentamente sobre los Cuellos Cmarillos para que pudieran monitorear los movimientos de la fuerza de Xu. Kyoshi era muy consciente de que ocupaban un punto intermedio literal entre huir y quedarse, tal vez arruinando sus posibilidades para cualquiera de las dos opciones. Ella sacudió la duda molesta de su cabeza y miró hacia abajo.

La columna de hombres se alejó lentamente del palacio de Te como hormigas en marcha.

Formaron una masa sólida, Xu sin duda en el frente, con el explorador ocasional corriendo hacia adelante y regresando de nuevo para reportar. Una colonia sondeando.

—Espero que se dirijan hacia un puesto de avanzada de la milicia —dijo Lek, todavía aferrado a una brasa de odio por la ley—. Entonces podemos ver una buena pelea desde aquí.

—Han pasado por un campo de arroz —dijo Rangi—. ¿Tal vez están tratando de elegirlo? Sin embargo, la segunda cosecha no estaría lista—. El conocimiento de la agricultura de Yokoya se había frotado sobre ella.

Kyoshi observó como las cosechas provocaron algún tipo de respuesta en el *daofei.* Hace años, cuando todavía vivía sin un techo sobre su cabeza, a veces miraba a sus compañeros insectos arrastrarse por la tierra en busca de comida. Los movimientos de los insectos siempre comenzaron lentos, indistinguibles por la aleatoriedad, llenos de vacilantes pasos hacia atrás, hasta que dentro del lapso de un chasquido se convertía en un enjambre concentrado. El ejército se quedó junto al grano verde y floreciente como si el colectivo hubiera olfateado un objetivo de interés.

Las líneas oscuras comenzaron a crecer a través del campo. Ella se desconcertó por su significado hasta que se dio cuenta de que eran los exploradores de Xu infiltrándose a través de los altos tallos de arroz, partiendo y pisoteando las plantas. Sus ojos se dirigieron hacia el extremo opuesto del campo donde se encontraba una pequeña casa y un granero. El humo del agua hirviendo de la mañana salió suavemente la chimenea.

Kyoshi había estado tan preocupada por la seguridad del personal doméstico del palacio que se había olvidado de la gente fuera del foso. Las grandes fincas a menudo tenían a los agricultores inquilinos administrando sus tierras privadas. En esa casita había una familia. Un objetivo durante ocho años de la ira acumulada de Xu.

Tratar de dividir la diferencia con *jing* neutro había sido una decisión equivocada.

—Cometí un error —dijo Kyoshi—. Tenemos que bajar allí. Ahora.

Kirima hizo un ruido ahogado e indignado.

—¿Qué vamos a hacer, exactamente?

Las líneas casi habían cruzado el campo de arroz.

—¡No lo sé! —dijo Kyoshi—. ¡Pero no puedo quedarme aquí y ver más! ¡Déjenme y vuelen si tienen que hacerlo!

Un grito provino de la casa. Los ocupantes habían visto al *daofei* acercándose a ellos. El recuerdo de los espadachines vestidos de amarillo alrededor de sus cuellos probablemente todavía atormentaba esta región del Reino Tierra.

Kirima juró y golpeo su puño contra el suelo de la silla de montar.

—No —dijo ella—. Si tú vas, nosotros vamos—. Ella abrió la tapa de su piel de agua y tiró del vapor de la nube dentro, condensándolo en munición.

—Una vez que lleguemos al suelo, seguiremos tu ejemplo —dijo Wong a Kyoshi.

Lek gimió, pero hizo girar a Pengpeng en un giro cerrado, descendiendo tan rápido como era seguro. Los otros se apoderaron de los bordes de la silla de montar y se aferraron a la vida.

—Gracias —le dijo Rangi a Kirima, el viento azotando sus palabras, obligándola a gritar. Fue lo más agradable que había sido con la Maestra Agua—. *Ustedes son verdaderos compañeros del Avatar.*

—*¿De qué sirve eso si estaremos muertos?* —Kirima gritó de nuevo. Aunque se sonrojó, sólo un

poco.

Por favor, no nos dejes llegar demasiado tarde, Kyoshi oró mientras corrían hacia el granero.

Ella había elegido ese edificio sobre la casa, recordando la configuración en Hujiang. La pequeña cabaña no habría tenido una audiencia lo suficientemente grande para Xu y los grandes gustos de Mok.

El contingente de *daofei* fuera de las puertas se puso de pie alarmado, pero se relajó a medida que se acercaban. La pintura todavía apelmazada en sus rostros hizo que la Compañía de Opera Voladora fuera instantáneamente reconocible. Los fantasmas de rojo y blanco eran invitados de honor de su jefe. Kyoshi miró más al fondo. Podía ver sobre las cabezas de la multitud a un espacio vacío en la parte de atrás donde probablemente estaba Xu y se abrió paso hasta que lo encontró.

El líder de los Cuellos Amarillos estaba sentado en un banco, leyendo tranquilamente un libro. Debe haber echado de menos la literatura en prisión y la sacó de la casa. Contra la pared detrás de él, Mok y Wai se pusieron de guardia sobre una mujer y sus hijos, que no podían haber sido mayores de siete u ocho años, acobardados y sollozando para sí mismos, vestidos con ropa de granjero simple.

Habían sido golpeados, con los rostros magullados y ensangrentados. Su ira contra Xu poniendo las manos sobre un niño palideciendo antes de ver lo que le había hecho al padre del niño.

El *daofei* había atado al agricultor inquilino y lo colgó por las muñecas sobre las vigas con una cuerda larga, varios hombres aferrándose al otro extremo para que pudieran subirlo y bajarlo a las órdenes de Xu. Debajo, habían puesto un fuego y un caldero lleno de agua hirviendo. Era lo suficientemente grande como para que, si lo dejaban caer, estuviera completamente sumergido. Los dedos grandes del granjero colgaban en el líquido, y gritó a través de su mordaza.

Kyoshi corrió hacia arriba y pateó el caldero pesado, derramando agua en la dirección del *daofei* que sostenía la cuerda. Lo soltaron, y ella atrapó al granjero en sus brazos. Escucho el silbido de las espadas que se desenvainaban mientras colocaba al hombre en tierra seca, temblando de dolor, pero aún vivo.

Xu no levantó la vista de su libro.

—Derramaste mi té —dijo. Se lamió el dedo y paso a otra página.

Ella había llegado a la conclusión de que la indiferencia afectada de Mok era una pálida imitación de la de su hermano mayor. Xu probablemente lo había aprendido de otra persona. Al igual que Te, todos estaban copiando a sus predecesores, en un ciclo que seguía y seguía. Kyoshi sacó fuerzas del hecho de que sus propios vínculos retrocedieron más, entre los más justos de la historia.

—¡Xu! —gritó—. ¡Para esto! ¡Déjalos ir! —escucho el arrastrar de los pies detrás de ella y una calidez familiar y tranquilizadora. Rangi y la Compañía de Opera Voladora estaban a su lado.

Xu cerro su libro con una palmada y miró a Kyoshi. Se había peinado el pelo largo y se había recortado la barba lo mejor que podía.

—En primer lugar, es Tío Xu para ti —dijo—. Y segundo, este hombre es un morador.

EL ASCENSO DE Kyoshi

Trabajaba para los que me encarcelaron. Cultivo su grano y tomó su moneda, por lo que lo convierte en otro peso en la balanza que debo equilibrar. Si no puedes manejar esto, no te va a gustar lo que le hago a la ciudad de Zigan.

Los puños de Kyoshi se apretaron. Si estuvieran interpretando papeles, entonces ella imitaría a los más fuertes, a los más valientes, a los mejores.

—No tienes a Zigan —gruñó—. No conseguirás ninguna ciudad en el Reino Tierra, ni esta granja para el caso. Obtienes el aire libre que puede caber en tus pulmones, y nada más.

Oyó a sus amigos tensarse a su lado. Xu despidió preventivamente al *daofei* que estaba listos para cortarla en pedazos.

—Kyoshi, ¿Verdad? —dijo—. Kyoshi, estoy eternamente agradecido contigo y tus compatriotas por rescatarme. Pero eres joven, y por eso no lo entiendes. Ocho años de mi vida me fueron robados. Miles de mis seguidores. A tu tierna edad, ¿Qué podrías saber de ese tipo de injusticia?

Son todos iguales, pensó Kyoshi. Todos y cada uno. No importa si se visten de negocios, de hermandad o de una vocación superior que sólo ellos pueden ver, no importa. Son uno y el mismo.

—Un hombre menor podría renunciar ante un contratiempo tan grande —dijo Xu—. Pero yo no. Me encanta el trabajo, no la recompensa. Voy a obtener lo que se me debe.

Se ven a sí mismos como fuerzas de la naturaleza, como fines inevitables, pero no lo son. Su profundidad es tan falsa como los bajíos durante la marea baja. Torcer el significado de la justicia para absolverse de conciencia.

Xu sonrió benevolentemente y trató de encontrar su lugar en el libro de nuevo.

—El mundo está a punto de olvidar mi nombre. Lo que significa que no hice las cicatrices lo suficiente profundas la última vez. Voy a hacerlo mejor con la segunda oportunidad que me has dado, Kyoshi.

Hizo un movimiento a Wai, que todavía se cernía sobre la madre y el hijo. Wai empujó a la mujer sobre sus manos y rodillas y tiró su cabeza hacia atrás por su cabello, exponiendo su garganta. Ella gritó.

Son humanos como nosotros, hechos de piel, agallas y dolor. Necesitan que se les recuerde eso.

—¡DIJE PARA! —Kyoshi gritó. Hubo un respaldo a su voz que golpeó a través del aire. Wai vaciló, recordando la última vez que había sacado su cuchillo en su presencia.

Kyoshi señaló a Xu.

—¡Xu Ping An! ¡Te reto a enfrentarme en un *Lei Tai,* inmediatamente!

Fue la única idea que pudo haber impedido que tanto él como su ejército explotaran en un frenesí de violencia. Tal vez Xu no pensaba mucho de Kyoshi, pero tuvo que respetar el desafío. El Código que lo empoderó a los ojos de sus seguidores lo exigía.

Hubo silencio de la multitud cuando sus palabras se hundieron, pero Xu respondió como si fuera la petición más normal del mundo.

—Los desafíos están destinados a resolver quejas —dijo, deslizando la yema de su dedo índice con la lengua de nuevo—. ¿Qué insulto te he dado?

—Tu existencia —escupió Kyoshi.

Ella no sabía que era posible que un grupo de asesinos endurecidos jadeara colectivamente. Ahora Xu le prestó atención. Dejó el libro y se puso de pie. Sus hombres se separaron para formar un pasillo entre él y la puerta del granero. Sólo Kyoshi y la Compañía de Opera Voladora estaban

en el medio, bloqueando el camino.

—¿Con o sin control de elementos? —Xu preguntó, perfectamente a gusto.

—Con control de elementos —dijo Kyoshi. Era la única forma en que tendría una oportunidad. Recordaba sus abanicos en su cinturón—. Armas. Todo vale—. Sintió la llamarada y la agitación de las emociones de Rangi a su lado, pero no prestó atención a ninguna protesta.

—Muy bien, entonces—. La perspectiva de un duelo registró en Xu tanto como un aterrizaje de una mosca en su nariz. Tal vez ya había evaluado sus habilidades y esa era la cantidad de amenaza que representaba—. Vamos a terminar con esto.

Era un arreglo descuidado. Seis en un lado del campo de arroz, cientos en el otro. En el medio, un equipo de cuellos amarillos usaba palas del granero para apilar tierra en una plataforma elevada. Con un *Lei Tai* de Tierra Control, la superficie de combate tuvo que ser formada a partir del elemento, no hecho de madera como la de Hujiang.

Kyoshi se había negado a ayudar con la construcción con la esperanza de que el estancamiento crearía más tiempo para que llegara la milicia del gobernador, un ejército del Reino Tierra, para que llegara cualquier ayuda. En este punto, ella tomaría a Te y a un par de sirvientes enojados armados por escobas.

—¿Este era tu plan? —Kirima dijo que mientras veían la tierra arrojándose al aire.

—No era tanto un plan como algo que podría haber sucedido y sucedió —dijo—. Me di cuenta de que ninguno de ustedes trató de detenerme.

—Hay poco más que puedas hacer —dijo Wong—. Especialmente si quieres evitar que arrase Zigan hasta el suelo. Está justo al lado, y el puesto de avanzada del ejército del Reino Tierra más cercano está a cinco días de distancia.

Kyoshi se puso detrás de Rangi y la abrazó, sintiendo su calidez. Ninguno de los otros dijo algo sobre su cercanía.

—Siento seguir haciéndote esto —murmuró, con los labios cerca de la oreja de la Maestra Fuego.

Rangi se inclinó hacia ella.

—Hoy tienes un pase. Como el Avatar te habrías enredado con horrores como Xu de forma regular. Esta podría ser la primera vez que haces tú deber desde que dejamos Yokoya.

Se sentía bien tomar una decisión correcta, aunque no sabía cuánto tiempo viviría para disfrutarla.

—Kyoshi, ¿Puedo hablar contigo un momento? —Lao Ge dijo—. ¿En privado?

Los otros fruncieron el ceño, un poco confundidos. Hasta donde sabían, no había ninguna relación particular entre Kyoshi y el anciano que justificara una conversación antes de su muerte inminente. Lao Ge era más probable que le diera unos cuantos tragos de vino para el coraje que una charla.

Kyoshi lo siguió detrás de una cortina de tallos de arroz.

—¿Qué crees que estás haciendo? —espetó una vez que estaban solos. Nunca había tomado

un tono así con ella, ni siquiera después de que ella hubiera salvado la vida de Te.

—¿Crees que está mal luchar contra Xu? —dijo. Si Lao Ge iba a argumentar que los Cuellos Amarillos eran buenos para la salud del Reino Tierra, entonces realmente era tan loco como su personaje externo.

—¡No, tonta! ¡Lo que quiero decir es que, si querías a Xu muerto, deberías haberlo golpeado sin previo aviso! ¡Sorprendiéndolo! ¡*Ese* es el camino del depredador!

Parecía muy disgustado por la noción de un duelo honorable.

—Enfrentarlo en el *Lei Tai* y esperar lo mejor es la mentalidad de un herbívoro rebuznado que agita sus astas para verse bien frente al resto de la manada —dijo—. Quería que bebieras sangre, no que masticaras hierba.

Kyoshi dio un paso atrás. Ella se inclinó profundamente ante él, completa y formalmente, manteniendo su ángulo largamente. No fue la deferencia de un estudiante hacia su maestro, sino más bien el arco de disculpas raramente utilizado, se presentaba en el Reino Tierra en momentos de verdadera sinceridad, y ella lo mantuvo en marcha hasta que escuchó un resoplido de sorpresa de Lao Ge.

—Lo siento, Sifu —dijo—. Pero no estoy haciendo esto como una asesina. Hago esto como el Avatar. Incluso si el mundo no lo sabe.

Lao Ge suspiró.

—Deja eso. Nos estas avergonzado a los dos—. Ella se enderezó para ver su rostro arrugado dispuesto en una expresión de desprecio. Fue arruinado sólo por la preocupación genuina en sus ojos—. Imagina que la única vez que encuentro una alumna que me gusta, trata de ser lo más mortal posible —se quejó.

—Bueno… ¿Tal vez Xu podría fallecer de repente donde se encuentra en los próximos cinco minutos? —. Kyoshi dijo a cualquier espíritu o criatura legendaria de la muerte cerca que podría escuchar y tener piedad de ella.

—La muerte no funciona así —dijo Lao Ge. Se acercó y le dio unas palmaditas en el hombro—. Estás sola.

El *daofei* terminó de aplastar el piso de la plataforma. Era más pequeño que el de Hujiang. Habría menos espacio para correr.

Xu saltó sobre el *Lei Tai* primero, balanceando sus brazos para aflojar sus hombros. Se había cambiado a un chaleco y un par de pantalones a los tobillos. Mok y Wai estaban en su esquina, la elevación de la plataforma escondiéndolos del pecho hacia abajo.

—Si pasa algo, tomen a Pengpeng y váyanse de aquí —dijo Kyoshi en un eco irónico de lo que Rangi le había dicho una vez—. Encuentren a alguien con el poder de intervenir antes de que los Cuellos Amarillos vuelvan a crecer en número.

—¿Y si es el Sepulturero? —preguntó Kirima.

Kyoshi hizo una pausa. Se preguntaba si su odio la seguiría hacia el más allá, si la pureza de su venganza era tan importante que rechazaría su ayuda para salvar vidas.

Ella no respondió a la pregunta. En su lugar, le dio a Rangi un último apretón y saltó a la plataforma. Ella estaba preparada por la batalla de anoche. La pintura facial había comenzado a

desprenderse.

Kyoshi mantuvo sus dedos temblorosos contra las manijas de sus abanicos. La naturaleza escénica del *Lei Tai* añadió la tensión de una actuación a lo que estaba en juego en un duelo. ¿Rangi había estado tan asustada, elevándose para pelear? Frente a Tagaka había sido menos estresante que esto. La batalla en el hielo había ocurrido demasiado rápido para que ella pensara en cada paso.

No tenías tanto miedo en ese entonces porque Jianzhu estaba allí, de tu lado. El pensamiento tenía demasiada verdad para que ella pudiera tragar. Ella sacó sus armas.

Xu gruñó y suspiró mientras abrazaba una rodilla en el pecho y luego la otra.

—Por última vez, Kyoshi —dijo—. ¿Estás segura de esto?

Tú y tu amabilidad pueden irse directamente al fondo del océano.

—Deberías hacerte esa pregunta —dijo—. Creo que los de tu tipo tienen demasiada certeza.

Un *joven daofei* sin nombre, en lugar de Mok o Wai, se quedó nervioso entre ellos con la mano levantada. Kyoshi extendió sus abanicos y adoptó una postura de sesenta y cuarenta como Wong le había enseñado, igual de buena para golpear o hacer Tierra Control. Xu rebotó ligeramente en las puntas de sus pies, prefiriendo no señalar su posición de Tierra Control.

—¡Listos! —grito el árbitro.

Kyoshi lamió una gota de sudor en el labio. Sabía a grasa. Ella puso un poco más de peso en su pie delantero. Xu comenzó a inhalar a través de su nariz.

—¡Comiencen! —gritó el joven, antes de sumergirse en la plataforma a salvo.

Kyoshi convocó su energía, comenzando con su conexión con el suelo y extendiéndola a través de sus armas. Abrumaría a su oponente con un aluvión de tierra.

Pero fue demasiado lenta. Y estaba jugando el juego equivocado por completo. Xu empujó sus brazos hacia adelante, dos dedos extendidos desde cada mano, y golpeó a sus abanicos con un rayo.

EL ASCENSO DE KYOSHI

DEUDAS

Su columna vertebral casi se rompe en dos. Cada gota de su sangre había sido picada por un murciélago víbora. Sus manos se sentían entumecidas y pegajosas. La piel se le había quemado.

Hubo un golpe y una sacudida a través de su cuerpo. Una eternidad más tarde se dio cuenta de que eran sus rodillas golpeando el suelo cuando se derrumbó. El resto de su torso siguió. Su tocado se desplomó mientras su mandíbula impactó contra la plataforma.

Con el lado de su rostro presionado contra la suciedad, los sonidos se amplificaron. Oyó a más de una persona gritando. Rangi, seguro. ¿Los otros estarían tan entristecidos? Era difícil de decir. Ella los vio fugazmente y sólo vio el horror desconcertado en sus rostros, la incapacidad de comprender qué tipo de elemento le había golpeado.

Xu caminó hacia el lado que apuntaba su rostro, bloqueando su vista. Nunca había oído hablar del relámpago control, nunca había sido golpeada por él, pero esa fue la única explicación de lo que había visto, zigzags crepitantes de color azul frío que corrían de sus dedos hacia su cuerpo. Intentó ponerse de manos y rodillas, pero se derrumbó, con el pecho plano contra el suelo.

—*Recuerda* —dijo Wong desde el pasado lejano, un borrón de recuerdo brumoso—. *Se acaba cuando el ganador dice que se acaba.*

Xu plantó sus pies y disparó otro rayo directamente en su espalda.

—¡No tenía que ser así! —gritó. Apuntó su sentencia enviando una tercera y una cuarta explosión de relámpagos en su cuerpo. Tenía la intención de cocinar su cadáver sin reconocimiento—. Tenías el mejor regalo del mundo. Mi respeto. Y lo tiraste. ¿Para qué?

La pateó en el hombro, un acto sin sentido que no fuera mostrar su desdén.

—No creas que no me di cuenta de cómo me has mirado desde anoche —dijo—. Mirándome con la condena en tus ojos. ¡Lo que no entiendes es que hombres como yo están más allá del juicio! ¡Hago lo que quiero, y el mundo debe llevar mis discreciones con sumisión y gratitud! —Un quinto rayo, para enfatizar.

Lo que Xu no parecía saber era que ninguno de los rayos más allá del primero había dolido en el mismo grado. Kyoshi se hizo la muerta mientras recobraba el sentido. Todavía había un calor abrasador que envolvió su mitad superior, separada por una capa de tela. Su supervivencia podría haber tenido algo que ver con la cota de malla en su chaqueta, expuesto por las lágrimas y rasguños de la incursión de anoche. Mejor permanecer presionada contra el suelo hasta que viera una oportunidad.

Xu respiró de nuevo y disparó una corriente continua de relámpagos contra un objetivo que pensaba que estaba muerto. Kyoshi olía su ropa humeando mientras cubría su cuerpo. La estaba profanando.

—¡Para! —Oyó llorar a Rangi desde lejos—. ¡Por favor, para!

Fue la desesperanza en su voz lo que puso a Kyoshi al límite, la rendición completa de una chica que habría sido invencible si no fuera por su amor. Kyoshi había puesto esa debilidad en Rangi, y Xu la había abierto. Estaba torturando a la persona que Kyoshi más le importaba en el mundo.

EL ASCENSO DE

Y por cada espíritu de cada estrella en el cielo nocturno, pagaría por eso.

Ella tendió la mano y agarró el tobillo de Xu. El repentino curso de relámpagos en su propio cuerpo lo hizo chillar, un ruido indigno y agudo que era música para sus oídos. Detuvo el flujo a tiempo para ser arrojado sobre su espalda, Kyoshi lo derribó por completo.

Sus ojos se sentían como si estuvieran goteando. No con lágrimas, sino con luz. Pensó brevemente en balancear a Xu por encima de su cabeza y golpearlo contra el suelo o torcerlo como un trapo húmedo entre sus manos desnudas. Seguramente era más frágil que una barra de hierro sólida.

No. Necesitaba que le mostrara cómo era una verdadera fuerza de la naturaleza. Sus hombres tuvieron que verlo golpeado no por la fuerza, sino por la retribución de los propios elementos. Ella cambió su agarre sobre él de su pie a su cuello.

Ella se levantó en el aire, no con el polvo, sino con un vórtice giratorio que la succionó más alto en el cielo. Xu gritó y se colgó de su agarre. El tornado que montó hizo retroceder al *daofei*. Desde esta distancia eran tan pequeños, patéticos y humanos.

Kyoshi extendió su mano libre, palma hacia arriba, y los tallos de arroz alrededor de los hombres de Xu se incendiaron. Ella enroscó los dedos más juntos, y las llamas, aceleradas por sus vientos, los rodearon. Muchos de los forajidos gritaban y se lanzaban al suelo, rodando para apagar los fuegos que habían prendido su ropa.

Kyoshi miró a Xu a lo largo de su brazo. Él se protegió sus ojos de los de ella, su luz interior demasiado dura para asimilarla. Su boca se abrió y cerró como un pez. El aire se movía demasiado rápido para que respirara.

—Te olvidas, Xu —dijo, y una legión de voces sincronizadas en el ojo de la tormenta—. **Siempre hay alguien que está por encima de ti en el juicio.**

Era posible que otras personas más poderosas hablaran a través de ella en este momento. Había una posibilidad de que ella fuera simplemente una marioneta contemplada en su voluntad colectiva. Pero un sentimiento inexpugnable de control le dijo que eso no era cierto. Las voces podían prestarle perspicacia, elocuencia, pero no podían hacerse cargo. Muchos de ellos parecían desaprobar lo que estaba haciendo.

Déjalos, pensó Kyoshi. Ella estaba al mando. Ella acercó la cara de Xu a la suya.

—¿Qué vas a hacer ahora? —ella dijo—. **¿Sabiendo que cada uno de tus pasos tendrá consecuencias?**

No tenía que haber preguntado. Detrás del terror en los ojos de Xu había una indignación más fuerte y profunda. Su alma carecía de porosidad, y la oportunidad que tan generosamente le había dado se esfumo rápidamente. *¿Cómo se atreve ella?* era el único pensamiento corriendo a través de su cabeza. *¿Cómo se atreve ella?* ¡Las consecuencias eran para sus víctimas! *¡Él era* un hombre que hizo lo que su poder le dejó!

Xu confundió su ceño fruncido pensativo con una baja de guardia y escupió una llamarada en su rostro.

Así que él es un Maestro Fuego, pensó mientras desviaba las llamas hacia un lado con una inclinación de su cabeza. Es una pena para él que hubiera dejado sus intenciones tan claramente y que el aliento del dragón fuera el primer acto de fuego que Kyoshi había realizado. No estaba tan sorprendida como él esperaba que estuviera.

Sin embargo, la generación de rayos era única. ¿Un refinamiento del arte? ¿Un talento

singular? Tenía tantas preguntas para Xu sobre eso. Lástima que nunca tendría la oportunidad de hacerlas.

Tanto Lao Ge como Jianzhu tenían razón en cierta medida. Hombres miopes como Te y Xu eran parásitos que roían las mismas estructuras que explotaban para el poder y la supervivencia. No veían el hecho de que no existían por sus propios méritos, sino por la forma deformada de caridad que el mundo había decidido darles.

Y Xu había agotado la suya. Kyoshi era lo único que lo sostenía. Ella abrió la mano y lo vio caer.

Para cuando ella tocó de nuevo a la tierra, el muro de fuego que rodeaba al *daofei* se había quemado. La mayoría de los espadachines habían aprovechado la oportunidad para dispersarse. A juzgar por los senderos pisoteados a través de las cosechas, habían huido en todas direcciones, un ejército encaminado sin un líder. Mok se había ido. El y algunos otros habían arrastrado el cuerpo de Xu antes de desaparecer en los tallos de arroz.

Sorprendentemente, Wai todavía se quedó. Miró a Kyoshi, paralizado, con la mandíbula abierta. Reverente. Kyoshi no sabía qué hacer con el cruel e inusual hombre. Parecía necesitar constantemente una figura poderosa para decirle qué hacer.

—Vete —dijo con el último de los ecos en la garganta.

Wai hizo el gesto del puño sobre la mano y se inclinó profundamente hacia ella. El y el *daofei* restante, en su mayoría sobrevivientes de los Kang Shens masacrados, desaparecieron en los campos.

Kyoshi miró a su alrededor en busca de sus amigos y no podía verlos.

—¿Aún estás poseída? —Oyó a Lek decir, con su voz ahogada como si hablara a través de una portilla—. ¿O eres tú otra vez?

—¿Podrían simplemente mostrarse? —chasqueó.

Hubo un ruido de tierra moliéndose mientras salían a la vista. Wong había hecho un refugio de Tierra Control para esconderse debajo de la superficie, de la misma manera que Jianzhu había sobrevivido cuando había perdido el control por primera vez y entró en el Estado Avatar. Quería decirles que esta vez, no se había vuelto loca. Ella había sido plenamente consciente de sus poderes acentuándose con cualquier gran reserva de energía a la que el Avatar tuviera acceso.

Había sido plenamente consciente de matar a Xu.

Si Rangi quería abrazarla, se contuvo bien. Ella y los demás se pusieron delante de Kyoshi, rígidos y vacilantes. La habían conocido, se habían acostumbrado a la idea de que su amiga inexperta podía controlar los cuatro elementos, pero realmente no habían visto el Avatar antes, hasta ahora.

—No hagan esto —dijo Kyoshi—. Por favor. Si actúan así, no podré… —sus rodillas cedieron.

Esta vez no, pensó para sí misma. *Mantente despierta. Mantente presente por lo que has hecho. Mira tus acciones en lugar de apartarte*.

—Kyoshi, tus manos —dijo Rangi, horrorizada.

Ella los sostuvo delante de su cara. Estaban llenas de quemaduras desde donde el rayo había golpeado sus abanicos.

EL ASCENSO DE KYOSHI

—¡Tenemos que llevarla a un sanador! —Kirima gritó, su cara afilada perdía sus bordes mientras la visión de Kyoshi se difuminaba.

—¡Kyoshi! —Lek dijo, de repente cerca de ella, apoyándola lo mejor que pudo por debajo de su brazo, la última persona entre ellos que debería haber tratado de sostenerla físicamente—. ¡Kyoshi!

Duró menos de dos minutos antes de sucumbir al dolor.

EL ASCENSO DE
KYOSHI

RECUERDOS

La trajeron de vuelta a Zigan. Los otros detalles eran menos claros.

Al principio Kyoshi había tratado de rechazar la medicación que habían impuesto mientras se retorcía en una cama de madera en algún edificio oscuro. Recordó el dulce y embriagado estado en el que Jianzhu la había puesto antes de convocar un horror desde lo profundo, antes de asesinar a Yun, y se resistió a cualquier intento de nublar su conciencia.

Pero entonces sus manos la traicionaron enviando oleadas de dolor, envolviendo la agonía en el resto de su cuerpo. Su determinación se rompió, y ella tragó brebajes amargos de cuencos de madera sin cuestionar su fuente. La medicina partió su mente del dolor como si hubiera cortado el palacio de Te del *daofei.* La lesión todavía estaba allí, royendo sus dientes, pero ella podía verlo desde la distancia.

Las imágenes después de eso vinieron como los actos de una obra de teatro. Wong quejándose sobre la luz del sol y los muebles en su habitación, incapaz de hacer nada más. Rangi se acurrucó en una bola miserable. Muchas veces había una vieja mujer del Reino Tierra que Kyoshi no reconocía, su cabeza arrugada flotaba sobre una nube de faldas voluminosas. Guio a Kirima en su sanación de agua de aficionada refiriéndose a los registros médicos, señalando hacia dónde se debía dirigir el agua de enfriamiento sobre las manos acaloradas de Kyoshi. La falta de confianza, la preocupación en la cara de Kirima, durante estas sesiones fue entrañable.

Después de que pasó algún tiempo, sintió que la dosis más reciente de la medicina se desvaneció sin sentir la necesidad de gritar más. La claridad se infiltró en su cráneo de nuevo. Sus pensamientos fueron capaces de centrarse en la única persona en la habitación ahora, el resto del grupo tomando un turno de descanso. La rueda había girado y aterrizó en Lek.

—¿Estás aquí? —Dijo. Su lengua estaba pesada en su boca.

—Me alegro de verte también, idiota gigante—. Se sentó en una bonita silla a la que no pertenecía. Para su mejor suposición, esta habitación estaba en la parte abandonada de la ciudad y había sido establecida como un hospital improvisado. Un herbolario con muchos cajones pequeños, dejando huellas de polvo en el suelo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Sólo tres días más o menos—. Lek hojeo un libro de texto de puntos de acupuntura. Kyoshi tenía la sospecha de que estaba buscando ilustraciones anatómicas—. Te estás recuperando rápido. Tuvimos suerte. La señora Song es uno de los mejores médicos de quemaduras del Reino Tierra. Ella vive calle abajo a un par de cuadras.

Debe haber sido la anciana que entró y salió de los sueños de Kyoshi.

—Entonces, ¿Qué está haciendo en un lugar como Zigan? —los médicos calificados tenían una gran demanda, más propensos a ser mantenidos dentro de las paredes de las mansiones como la de Te.

Parecía que Kyoshi nunca sería capaz de obtener más de un puñado de frases sin hacer enojar a Lek.

—Tratando de hacer un hogar —dijo, malinterpretando su sorpresa como desdén—. Quedar atrapada en su lugar mientras su pueblo cambia y se descompone a su alrededor—. Se levantó en un suspiro—. Voy a buscar a Rangi. Puedes tener a alguien con quien valga la pena hablar.

—Lek, espera—. Habían pasado demasiado tiempo como rivales equivocados. Ella había decidido no dejar que sus padres tuvieran más control sobre su vida, y eso comenzó por ser civilizada con el chico con el que habían elegido pasar sus últimos años en lugar de ella.

De hecho, escuchó esta vez, cruzando los brazos y esperando.

No esperaba eso. Kyoshi se encontró a sí misma sin palabras. No tenían nada por lo que disculparse formalmente el uno con el otro. Repaso una lista de cosas que decir.

—Eres… muy bueno lanzando piedras —ella soltó.

Qué articulado. Si sus manos no estuvieran envueltas con vendas, se habría mordido las uñas. No tuvo más remedio que invertir más.

—Lo que quiero decir es que me salvaste en el palacio de Te, y nunca tuve la oportunidad de agradecerte. Estuviste increíble ahí. ¿Cómo aprendiste a disparar así?

Esperaba que la adulación, que era completamente genuina y merecida en lo que a ella respecta, lo hiciera sonreír. En cambio, su rostro envejeció ante sus ojos. Hizo el libro a un lado.

—¿Sabes lo que es un patíbulo? —dijo después de una pausa considerable.

Kyoshi negó con la cabeza.

—Es una forma de castigo que los policías usan en el desierto de Si Wong —dijo—. Te cuelgan en una jaula, en lo alto de la exhibición como una advertencia a otros criminales. Durante la estación seca, es una sentencia de muerte. No puedes durar más de un par de días hasta que la sed te lleve.

—Lek, no quise desenterrar—

—No —dijo suavemente, levantando la mano. Por una vez no se enojó con ella—. Debes saber.

Se hundió de nuevo en la silla, lanzando sus piernas sobre el reposapiés, y miró por la ventana.

—Estaba viviendo en las calles de Date Grove, un asentamiento cerca del Oasis de las Palmeras Brumosas. Mi hermano… no era mi familia de sangre. Era mi amigo. Nos habíamos jurado el uno al otro. Estábamos copiando a los tipos y espadachines duros que entraban y salían de la ciudad en busca de trabajo. Una banda regular de dos, estábamos, gobernando nuestra parcela de cuneta.

No era de extrañar que ella y Lek no se llevaban bien. Habían compartido demasiado, tenían el mismo hedor.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó.

—Chen —dijo Lek. Rebotaba el pie, la silla chillando con el movimiento—. Un día a Chen lo atraparon robando unas nueces de lichi podrida. Lo habíamos hecho cientos de veces antes. A veces a plena luz del día. A la gente del pueblo nunca le importó. Hasta que un día no fue así. Suficiente para poner a Chen en un patíbulo.

El temblor de su pie se hizo más rápido.

—Podría haber sido un nuevo gobernador tratando de arrojar su peso. O tal vez los aldeanos se hartaron de nosotros. Lo pusieron en esos barrotes antes de que supiera lo que estaba pasando.

—Lek —dijo Kyoshi. Ella no podía ofrecerle nada más que el sonido de su propio nombre.

—¡Yo mantuve la esperanza sin embargo! —Dijo con un poco de hipo—. Veras, el patíbulo era viejo y oxidado. Tenía una bisagra débil, o eso vi. Reuní todas las rocas que pude encontrar, y las tiré tan fuerte como pude en ese punto débil, tratando de derribar la jaula.

—Los aldeanos, los moradores, se rieron de mí todo el tiempo. Especialmente cuando fallaba. Podría haberles sacado algunos de sus dientes, pero nunca se me ocurrió. No podía desperdiciar ni una piedra. Después de unos días, Jesa y Hark me encontraron desmayado bajo ese patíbulo.

EL ASCENSO DE KYOSHI

Chen debe haber muerto antes de que llegaran, porque me desperté en la espalda de Longyan mientras nos fuimos volando. No pude usar mi brazo durante las dos semanas siguientes, mi hombro y mi codo estaban tan hinchados.

Lek quitó las piernas de la silla, sin poder permanecer en la misma posición para que la memoria no lo alcanzara.

—Lo curioso es que Date Grove ya no existe. Se estaba quedando sin agua, estaba en sus últimos momentos mientras yo estaba allí. Ha sido tragado por el desierto. La gente del pueblo mató a mi hermano para defender la ley, y eso no significó nada al final. Si la ley estaba allí para proteger el pueblo, y el pueblo no sobrevivió, ¿Entonces qué ganaron?

—Siempre me pregunté si esas personas se sentían satisfechas por condenar a ese niño, esa vez, mientras huían de la tormenta de arena que enterraba sus casas —dijo Lek—. Siempre esperé que la muerte de Chen valiera la pena para alguien.

Kyoshi le mordió el interior de la mejilla hasta que sintió el sabor de la sangre.

—Así que, bueno, Jesa y Hark me salvaron, aprendí Tierra Control, y juré que nunca volvería a fallar un objetivo —dijo Lek—. Es por eso por lo que soy tan bueno lanzando piedras.

No hubo una respuesta correcta. La respuesta correcta era deshacer, retroceder, volver a tejer el destino para llegar a un resultado diferente al de él y al de ella en esta habitación.

Lek sonrió a medias de su silencio.

—¿Alguna vez has considerado que tus padres podrían haberte dejado donde lo hicieron para que no tuvieras que vivir ese tipo de vida? —Preguntó—. ¿Que tal vez te estaban protegiendo?

La idea se le había pasado por la cabeza, pero nunca le había dado crédito hasta ahora.

—De la forma en que lo imagino, Jesa y Hark asumieron que los moradores podían tratarte mejor que ellos —dijo Lek mientras se limpiaba la nariz—. Tú eras su sangre. Invaluable. Yo fui útil. Tan bueno como el próximo chico con manos rápidas, e igual de reemplazable. Suficiente.

—Lek—. Pensó en la verdad que podría decirle a cambio—. Creo, como de costumbre, que estás equivocado—. Kyoshi vio el tic en la esquina de su boca—. Y me alegro de que, si mis padres no pudieron estar conmigo, estuvieran contigo —agregó.

Pasó mucho tiempo antes de que Lek suspirara y se pusiera de pie.

—Le diré a Rangi que estás despierta y coherente—. Hizo una pausa junto a la puerta. Su expresión se volvió vacilante—. ¿Crees que… una vez que las cosas se calmen, podría tener una oportunidad con ella?

Kyoshi lo miró con asombro.

Lek sostuvo su mirada todo el tiempo que pudo. Luego estalló de risa.

—¡Tu cara! —Gritó—. Deberías ver tu… ¡Oh, esa tiene que ser la cara que hagas en tu retrato de Avatar! ¡Ojos saltones y furiosos!

Y pensar que habían compartido un momento.

—Ve a remojar tu cabeza, Lek —espetó.

—Claro, hermana. ¿O lo harás por mí? —Agitó las manos en forma de burla de Agua Control e hizo un ruido de ahogamiento al salir de la habitación.

Las mejillas de Kyoshi se calentaron en frustración. Y luego, como un glaciar que se agrieta, lentamente se fundieron en una sonrisa. Se dio cuenta de cómo la había llamado por primera vez.

EL ASCENSO DE Kyoshi

LA EMBOSCADA

En opinión de Jianzhu, era bueno estar en casa en Yokoya. No importa cuántas preguntas incómodas tenía el personal sobre el equipo con el que se había ido. ¿Dónde estaban Saiful y los demás? ¿Qué les pasó? ¿Estaban bien?

Muertos en el cumplimiento de su deber. Emboscada *daofei.* Y no. Por definición, no.

Sin embargo, le debía mejores respuestas a Hei-Ran. No sólo la mentira llegó un nivel más profundo con ella, él necesitaba su opinión. Después de cerrar las puertas de su estudio sobre los rostros de sus atribulados sirvientes, tiró su correspondencia perdida en su escritorio mientras ella se sentaba en el sofá.

—El sendero se enfrió en Taihua, y perdimos un shirshu —dijo. Cortó un sello de cera de un cilindro de correo—. Pero es por eso por lo que tenemos el par apareado, ¿No? La redundancia, la clave del éxito.

—Jianzhu —dijo Hei-Ran. Parecía un poco fría y retraída, sentada en su sofá.

—Ba Sing Se está cerca de Taihua—. La carta era de ese mocoso Te—. Apuesto a que están en algún lugar seguro detrás de las paredes. Tendré que reunir a mis contactos en los tres anillos.

—*¡Jianzhu!*

Miró hacia arriba desde el pergamino.

—Detente —dijo ella—. Se acabó.

La miró con cuidado. Había varias maneras en las que podría terminar. Dependía de lo que supiera. Esperó a que ella continuara.

—Mantuve un ojo en los movimientos de Hui mientras tú no estabas —dijo Hei-Ran—. Hace poco más de una semana hubo una explosión de actividad proveniente de sus oficinas. Cartas, mensajeros, oro y plata que se transferían.

Hace poco más de una semana. Ese habría sido el mensaje de Saiful llegando en las manos de Hui. La comprensión de Hui sería la verdad parcial, que el Avatar podría haber sido tomado por el *daofei*. Pero él todavía pensaba que Yun era el verdadero negocio. Hei-Ran sabía que la chica era el verdadero Avatar, pero no los resultados de la misión de rastreo y el asentamiento forajido en las montañas.

Uno tenía las últimas noticias, la otra más precisa. Tenía que cuidar la asimetría.

—Hui está actuando en base a la información que le *diste* en la fiesta —dijo Hei-Ran—. Está construyendo un caso con los otros sabios para alejarte del Avatar. Si ha hecho tanto progreso basado únicamente en Yun teniendo una pelea contigo, ¿Cómo crees que la gente reaccionará al enterarse de Kyoshi?

Hasta ahora, esa revelación no había ido bien a nadie que la hubiera oído.

—¿Cómo crees que debemos responder?

Hei-Ran se acurrucó en el sofá, abrazando sus rodillas. Se veía tan joven al hacer eso.

—No quiero responder —dijo—. Quiero decirles a Hui y a los sabios la verdad para que nos ayuden a extender la búsqueda. Jianzhu, ya no me importa el Avatar. Quiero a mi hija de vuelta.

EL ASCENSO DE Kyoshi

Se sorprendió por su falta de resistencia. Hasta donde ella sabía, su hija y el Avatar no estaban en ningún peligro en particular. Por supuesto, la realidad era que lo estaban absolutamente, si estuvieran en manos de forajidos. Pero Hei-Ran no lo sabía.

Jianzhu suspiró. Su hija nunca volvería sin el Avatar, el Avatar nunca volvería sin… ¿Exactamente qué? Las ruedas giraban en su cabeza. Eso era agotador.

—Tal vez tengas razón —dijo Jianzhu—. Tal vez se acabó. Esta farsa ha durado demasiado tiempo.

Hei-Ran levantó la vista esperanzada.

—Dijiste que Hui comenzó sus movimientos hace una semana—. Jianzhu se rascó la parte inferior de la barbilla. Había una costra allí desde donde la espada de Saiful lo había cortado—. Le tomará al menos otras dos semanas enviar misivas y obtener respuestas de todos los sabios que importan en el Reino Tierra. Se reunirán en Gaoling u Omashu y luego me convocarán para responder por mis errores; eso es otra semana. Eso es mucho tiempo para preparar una declaración de la verdad.

Se encogió de hombros.

—Incluso podemos encontrar a Kyoshi antes de eso. Los hechos saldrán inmediatamente en ese caso. Perdería al Avatar, pero tú te reunirías con tu hija.

Hei-Ran estaba alentada. Se levantó y colocó una mano en la mejilla sin afeitar de Jianzhu, acariciándolo suavemente con su pulgar.

—Gracias —susurró ella—. Sé lo que estás sacrificando. Gracias.

Se inclinó en su mano, presionándola brevemente contra su rostro, y le sonrió.

—Tengo un montón de correo sin abrir del que me debo encargar.

La sonrisa desapareció cuando se cerró la puerta de su estudio. Solo, recogió la carta de Te otra vez. Tenía razón al no darle a Hei-Ran la historia completa. Siempre había estado solo en este juego.

El mensaje del niño gobernador fue escrito en una mano descuidada y apresurada, desprovista de las florituras que normalmente venían con correspondencia de alto nivel. La única autenticación era el sello personal, que los funcionarios mantenían en su persona en todo momento. Era como si Te lo hubiera escrito desde otro lugar que no fuera su palacio y mientras estaba muy angustiado.

Al principio, Jianzhu había estado en contra de instalar a un joven gobernador de una familia con antecedentes de corrupción, pero finalmente lo había encontrado útil, la forma en que el niño impresionablemente lo admiraba. Podría hacer que Te hiciera cualquier cosa, incluyendo reportarle amenazas del Reino Tierra primero antes de advertir a los otros sabios. Como ahora.

El pergamino se arrugó en las manos de Jianzhu mientras leía sobre la fuga de la cárcel de Xu Ping An. Sus venas amenazaban con estallar de su carne y deslizarse.

Contra toda inclinación, Jianzhu había mantenido vivo al líder de los Cuellos Amarillos como un favor a sus aliados de la Nación del Fuego para que pudieran estudiar cómo el hombre era capaz de hacer el relámpago. Era una habilidad tan rara que algunos pensaban que era un cuento popular o un secreto que se había perdido con los siglos. De cualquier manera, hizo de Xu un

espécimen valioso y peligroso. Y Te, que poseía una de las prisiones más defendibles de la región, había logrado dejarlo escapar.

Jianzhu escaneó furiosamente el relato de Te de los acontecimientos, esperando completamente desmayarse y morir de ira. En cambio, más abajo en la página, encontró la salvación.

También había habido un atentado contra la vida de Te, la carta continuó, como si Te no fuera eminentemente reemplazable. Dos asesinos casi lo habían matado, pero en el último minuto decidieron mostrar piedad. Un anciano, cuya descripción Jianzhu no reconoció, y una chica.

La chica más alta que Te hubiera visto.

Y a menos que el pánico le hubiera confundido su mente, la había visto controlar la tierra y el aire.

Jianzhu se inclinó hacia atrás en su silla. Ignoró los detalles superfluos que terminaron la carta, algo sobre caras pintadas y cómo Te necesitaba terminar el ciclo de estafa en el que su familia había estado tan profundamente encerrada y que el Maestro Jianzhu podía dedicar algunas lecciones de gobierno sabio y bla bla bla.

El Avatar estaba vivo. El alivio lo inundó como agua helada.

Pero ¿Qué diablos estaba *haciendo?* Había dejado Taihua y había llegado al palacio de Te antes de la luna llena, lo que significaba moverse a un ritmo razonable. Sus acciones no sonaban como las de un cautivo.

Jianzhu dejó que la pregunta pasara sin respuesta mientras abría otra carta. Este era de un capitán de la prefectura en Yousheng, un territorio que limitaba con el de Te. El policía había capturado un puñado de *daofei,* asustados, con una historia increíble. Su líder, Xu Ping An, había sido asesinado por un espíritu con ojos brillantes, empapado de sangre y cenizas blancas, que había llevado a Xu al cielo antes de succionar la llama que daba vida de su cuerpo y consumirla para sí misma. El capitán pensó que el temido Xu Ping An había muerto hace años en el Paso Zhulu. Como el estimado sabio que había derrotado al repugnante líder *daofei,* ¿Tenía Jianzhu alguna información que pudiera arrojar luz sobre la situación?

Ojos brillantes, pensó Jianzhu. Había visto esos ojos de cerca antes, y casi pierde la vida. Hizo un mapa mental rápido de Yousheng y descubrió que los bandidos que huían bien podrían haber visto al Avatar entre el palacio de Te y la aldea de Zigan.

Muy bien, entonces. Las cosas estaban mejorando. Con algunos pequeños ajustes, tendría al Avatar de vuelta bajo su techo. No entendía lo que ella estaba haciendo o por qué, pero no le importaba. Tenía su ubicación, y tenía tiempo.

No fue hasta la mañana siguiente que se dio cuenta que se le acababa lo último.

Una cosa en la que él y Hei-Ran se habían vuelto buenos en sus días más jóvenes era hablar entre ellos a través de sonrisas y risas falsas. Fue útil cuando tuvieron que mantener un frente durante las reuniones de funcionarios de alto rango mientras Kuruk dormía por las juergas de la noche anterior o hacía ojos bonitos a los delegados. Jianzhu se paró frente a su puerta, con los pies mojados con el rocío de la mañana, y saludó felizmente ante la caravana que se acercaba con el jabalí volador Beifong.

—¿Sabías de esto? —dijo a Hei-Ran. Pensó que sus dientes podrían romperse por la frustración.

—Juro que no—. Hei-Ran estaba tan enojada con él como él con ella—. Pensé que habías dicho que teníamos semanas.

Debería haber pasado ese tiempo. La forma en que se enseñó al Avatar de la Tierra dependía únicamente de su maestro. Revocar ese vínculo requería un cónclave de sabios del Reino Tierra. Reunir un número suficiente de ellos de todo el continente debería haber tomado el tiempo que habían discutido el día anterior, si no más. Y, sin embargo, a juzgar por el tamaño de la caravana y las banderas que volaban desde la parte superior de los vagones, Hui había reunido suficientes cabezas aparentemente de la noche a la mañana. Tenía que haber estado preparando este acaparamiento de energía desde antes del incidente en Taihua.

Había subestimado el chambelán. Tomando al hombre al pie de la letra en lugar de considerar qué profundidades había debajo.

El vagón principal llegó hasta la puerta de la mansión y se detuvo. El jabalí se abrió en las puertas para revelar a Hui, que había viajado solo.

—¡Chambelán! —Jianzhu dijo con una sonrisa bulliciosa—. ¡Qué sorpresa tan agradable!

Jianzhu quería tenderle la mano y estrangularlo a la vista del resto de la caravana. Podría haber sido perdonado. Avatar negocio o no, aparecer sin previo aviso era tan grosero como lo era en cualquier otra circunstancia.

—¿Está Lu Beifong contigo?

—Maestro Jianzhu —dijo Hui sombríamente—. Directora. Desearía poder decir que estoy aquí en circunstancias más agradables. Lu Beifong no se unirá a nosotros.

Jianzhu notó que Hui no dijo si tenía o no la aprobación del anciano para esta acción. Vio a los otros sabios salir de sus vagones y observo quienes habían venido. El herbalista Pan, de Taku, llevando a su gato mascota en sus brazos. El general Saiyuk, el señor comandante de la fortaleza de Do Hwan, otro designado político como Te, que estaba muy sub calificado para dirigir esa fortaleza. El sabio Ryong de Pohuai—

Por los espíritus, pensó Jianzhu. ¿Hui simplemente había buscado aliados en la costa noroeste del Reino Tierra?

Pudo haber sido el caso. No había nadie de Omashu o Gaoling o Ba Sing Se, donde el apoyo de Jianzhu era el más fuerte. Hui había elegido a los asistentes de este cónclave sorpresa, sabios a los que podía influir. Las promesas y las grandes sumas de dinero deben haber fluido como el agua que conducía hasta el día de hoy.

Zhang Dakou también estaba ahí, notó Jianzhu secamente. Ningún Zhang que se precie dejaría pasar la oportunidad de humillar a un Gan Jin.

Sus números eran sorprendentes. No se había dado cuenta de que estos tantos sabios caían fuera de su esfera de influencia. Tal vez alrededor de una quinta parte de las personas más importantes en el Reino Tierra habían llegado a su puerta con intenciones hostiles.

—¡Bueno! —Dijo alegremente, golpeando las manos juntas—. Vamos a llevarlos a todos adentro y refrescarnos.

El personal estaba agitado. No habían tenido ninguna advertencia de que los invitados venían.

La naturaleza terrible de su corto aviso se hizo más evidente por Jianzhu entrando en la cocina y supervisando personalmente los preparativos. No, *ayudando* con ellos.

—Todos cálmense —dijo tranquilizador mientras colocaba una enorme tetera en la estufa—. No tienen que sacar su mejor trabajo. No es su culpa; simplemente no hay tiempo.

—Pero, Maestro, ¿Muchos de sus compañeros a la vez? —. La tía Mui dijo, cerca de las lágrimas—. ¡Sería vergonzoso dar menos servicio! Tenemos que… que preparar una comida al mediodía, y la cena, y, ¡Oh, no hay suficiente leña!

Jianzhu abrió la tapa de la tetera y miró dentro para comprobar el nivel del agua antes de dar la vuelta y poner sus manos sobre los hombros de la mujer.

—Querida —dijo, mirándole a los ojos—. Están aquí por negocios. Dudo que tengas que alimentar a muchos, o a cualquiera de ellos. Concéntrate en preparar el té. Eso es todo.

Mui se puso más roja.

—Claro, Maestro —tartamudeó—. Sería imposible discutir asuntos importantes sin té.

Ella se apresuró a gritarles a los sirvientes encargados del té. Jianzhu se sacudió las manos llenas de polvo con cuidado y dio un cansado suspiro.

EL ASCENSO DE

Jianzhu entró en la gran sala de recepción, a una dificil situación. Los sabios se habían sentado a través de tres lados de la habitación, detrás de las filas de largas mesas, y Hui estaba en el medio donde el amo de la casa normalmente estaría. Estaba sentado en la silla de Jianzhu.

Hei-Ran a su izquierda. Ella cambió una mirada de ojos muy abiertos con él. *¿Qué vas a hacer?*

Lo que Jianzhu iba a hacer era sentarse, solo, detrás de la mesa restante, y esperar. Sintió miradas ardiendo en él desde todas las direcciones.

—Maestro Jianzhu —dijo Hui—. ¿Podrías pedirle al Maestro Kelsang y al Avatar que se unan a nosotros?

Los sirvientes abrieron la puerta y entraron con bandejas humeantes de té. Jianzhu aprovecho ese momento por todo lo que valía, esperando para responder hasta que cada sabio tuviera una taza colocada delante de ellos. Hizo movimientos de agradecimiento a la criada que le dio la suya, y tomó un sorbo, elogiando la elección de la tía Mui de la mezcla oolong.

Sólo una vez que el personal se había ido, habló.

—Usted sabe tan bien como yo que no puedo. El Maestro Kelsang y el Avatar todavía están en su viaje espiritual.

Hui sonrió con fuerza, un movimiento que tiró de su cara maciza hacia un lado.

—Sí, su viaje. Los abades de los Templos del Aire no los han visto ni una vez desde que hiciste esa afirmación. ¿No es extraño que el Maestro Kelsang no haya llevado al niño a ninguno de los templos, ya sea para visitar los sitios sagrados o simplemente para reabastecerse?

—No quiero hablar mal de mi amigo, pero tiene una relación dificil con algunos de los líderes más ortodoxos de los Templos Aire. Y lugares sagrados para los Nómadas del Aire existen en todo el mundo. Son nómadas.

—¿Y qué lugares santos hay en Taihua? —Hui espetó—. ¿Tal vez el asentamiento previamente desconocido del *daofei* allí?

Jianzhu se mantuvo tranquilo.

—Chambelán, ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que el último paradero conocido del Avatar pasó a estar en un nido de criminales, traidores y forajidos, ¡Y que no se le ha visto desde entonces! ¡Estoy diciendo que tenemos que asumir lo peor! ¡Que él y su compañero están en peligro mortal, si no muertos ya!

Estuvo el ruido de una sola taza caída. Hei-Ran sabía que había rastreado al Avatar hasta Taihua, pero no que las montañas hubieran estado llenas de peligro. Ninguna de las cartas que había leído anoche mencionó a una niña Maestra Fuego. El destino de su hija era desconocido.

Hei-Ran lo miró como si la hubiera apuñalado en el corazón. Esa fue la única mirada que evitó. En cambio, se concentró en Hui, en esa pequeña rana mapache usurpadora que se había imaginado a sí mismo como un participante de los juegos. Estrictamente hablando, Hui no tenía pruebas en la mano. Pero podía conseguirlas a su antojo. No se podía esconder una ciudad entera, ni los túneles secretos que la suministraban.

—¡Ha demostrado una negligencia imperdonable en el mejor de los casos y le ha costado al Reino Tierra su porción del ciclo avatar en el peor de ellos! —Hui dijo. *Y las personas que he sobornado para aparecer hoy darán fe de ello—.* ¡Ya no está en condiciones de servir como Maestro del Avatar!

Había elegido usar *esas p*alabras. Jianzhu espetó.

—¿*Y quién* se cree usted? —Poniéndose de pie de un salto—. ¡¿Usted que quiere obtener ese poder y el estatus sin ninguna razón aparente?!

Hui se tomó el tiempo para oler y tomar un sorbo de su té, sabiendo que había ganado.

—Esta reunión aún no ha decidido de quién debe aprender el Avatar, si todavía está vivo —dijo con aire de suficiencia.

Jianzhu se sentía mareado. Su frente se humedecía.

—Esta *reunión* —se burló, balanceándose en sus pies—. Este no es un cónclave apropiado de sabios. ¡Has identificado a mis enemigos entre los líderes del Reino Tierra y los has traído a mi puerta como una banda de bandidos!

—¿Qué les ha prometido? ¿Eh? —gritó a las caras reunidas, casi girando en su lugar—. ¿Dinero? ¿Poder? ¡Durante siglos hombres como Hui han tallado esta nación y ofrecido rebanadas a cualquiera que pague! ¡Yo soy el que trata de hacer la nación más fuerte!

Parpadearon lentamente, tosieron fuerte, no respondieron.

Hui olió, su nariz empezaba a resentir.

—Cumplimos con el número mínimo requerido para despojarte de tus deberes. Si eres… si has terminado con grandilocuencia, vamos a tomar el voto.

Jianzhu vomitó. Su interior se agito hacia dentro y hacia fuera y su visión se volvió borrosa.

—¿Qué está pasando? —Gritó a Hui—. ¿Qué me hiciste?

—¿Qué quieres decir? —Hui intentó ponerse de pie, pero se derrumbó en su silla. Puso su mano en la nariz con asombro. Estaba cubierta de sangre.

—¿Qué está pasando? —Gritó alguien. Los sonidos de vómitos llenaron el pasillo. Un sirviente abrió la puerta detrás de Jianzhu para ver cuál era la conmoción y gritó.

Jianzhu se derrumbó hacia adelante, su parte superior del cuerpo golpeándose contra la mesa. No podía ver a Hei-Ran. Pero como la aguja de una brújula, su mano se acercó a ella mientras se desmayaba.

DESPEDIDAS

Kyoshi se sobresaltó cuando Lao Ge entró en la habitación, solo. Inmediatamente tomó una postura defensiva en su cama ante la posibilidad de que él hubiera llegado tarde a cobrar un precio por negarle su víctima. El no ayudó en nada al blandir una pequeña hoja al entrar.

—Es hora de quitarse las vendas —dijo.

—¿Por qué eres tú el que lo hace?

—Puedo ser convincente cuando necesito serlo—. Se sentó junto a su cama y pasó suavemente el cuchillo por los envoltorios de algodón en su brazo izquierdo.

Hubo un chirrido del borde afilado en la tela, de fibras que cedieron, eso la hizo temblar.

—Parecías perdida en tus pensamientos cuando entré —dijo Lao Ge—. ¿Te arrepientes de haber matado a Xu?

Atravesó la primera capa y ella consideró gritar para pedir ayuda.

—No —dijo ella—. Me siento mal por dejar vivir a Te.

Lao Ge le dio una mirada exasperada y movió el cuchillo.

—Ya sabes, podemos rectificar eso muy fácilmente.

—Eso no es lo que quiero decir. Te dije que acepté la responsabilidad de salvarlo, y no voy a dar marcha atrás en mi elección—. Ella puso los labios entre los dientes—. Es más como si me sintiera... Inconsistente. Injusta. Como si debiera de haber matado a ambos o dejarlos vivir a ambos.

Lao Ge comenzó a enrollar el extremo cortado del vendaje en un fardo redondo.

—Un general envía algunas tropas a morir en un asedio y retiene a otras en reserva. Un rey grava la mitad de sus tierras para mantener la otra. Una madre tiene una dosis de medicina y dos hijos enfermos. Yo no llamaría a su situación una particularmente exaltada.

Su mentor tenía una manera de reducirla a su tamaño.

—Las personas de todos los ámbitos, altas y bajas, eligen herir a algunos y ayudar a otros —dijo—. Te puedo decir que sólo empeorará cuanto más abraces tu Avatariedad.

—¿Empeorar? —dijo—. ¿No debería ser más fácil con el tiempo?

—Oh, no, mi querida niña. Nunca será más fácil. Si tuvieras una regla estricta, tal vez, para mostrar siempre piedad o siempre castigar, podrías usarla como escudo para proteger tu espíritu. Pero eso sería distanciarse de su deber. Determinar el destino de los demás para el caso, teniendo en cuenta las infinitas combinaciones de circunstancias, te llevará como la lluvia en la montaña. Dale suficiente tiempo, y llevarás las cicatrices.

Habló con bondad y dolor, tal vez no tan inmutable como decía ser.

—Nunca serás perfectamente justa, y nunca estarás realmente en lo cierto —dijo Lao Ge—. Esta es tu carga.

Para seguir decidiendo, una y otra vez. Kyoshi no sabía si podía soportar la tensión.

Lao Ge comenzó con su otro brazo.

—De lo que tengo curiosidad es lo que harás a continuación —dijo—. ¿Te sientes lo suficientemente fuerte como para llevarte a tu hombre ahora?

Kyoshi estaba distraída por el olor proveniente de su mano sin lavar.

—¿Qué?

El viejo gruñó.

—Eres un buscador de venganza. Tu búsqueda. Tu objetivo final. Derrotaste al mismo enemigo que Jianzhu. ¿Te sientes lo suficientemente fuerte como para derribarlo ahora?

Kyoshi no había pensado en su pelea con Xu en esos términos, que el líder de los Cuellos Amarillos podría ser un palo de yarda para medirse contra Jianzhu. Parecía una simplificación excesiva.

Y, sin embargo.

Ella no le dio una respuesta. Lao Ge terminó de desenrollar su segundo brazo. Flexionó los dedos pálidos y arrugados. El dolor se había ido, pero sus manos estaban moteadas y brillantes, faltando sus líneas y huellas en algunas áreas.

—Vamos —dijo Lao Ge—. Ve con tus amigos. Tengo algunos asuntos de los que ocuparme por mi cuenta.

—No mates a Te —dijo Kyoshi. Ella estaba bastante segura de que el niño había cabalgado a salvo, fuera del alcance de Tieguai el Inmortal, pero valió la pena mencionarlo de todos modos —. No después de que pasé por el problema.

Lao Ge hizo una cara inocente y se embolsó el cuchillo que había estado usando.

—¡Lo digo en serio! —ella gritó.

EL ASCENSO DE kyoshi

Kyoshi se lavó las manos en un lavabo y fue a la habitación de al lado. La Compañía de Opera Voladora había estado durmiendo allí, los rodillos de cama dispuestos en el piso vacío. Rangi y Lek eran los dos únicos miembros presentes, jugando un juego de Pai Sho que Lek examinó con intensa concentración y Rangi parecía aburrida. A juzgar por el diseño de las piezas, ella había estado jugueteando con él, cometiendo errores a propósito.

Miró hacia arriba y le dio a Kyoshi una sonrisa que podía derretir los polos.

—Estás de pie otra vez.

—He estado fuera de ellos demasiado tiempo —dijo Kyoshi. Ella había heredado la necesidad del grupo de seguridad en movimiento—. No me siento bien quedándome en la misma ciudad durante tantos días seguidos.

—El resto de nosotros acordamos que no íbamos a ninguna parte hasta que estuvieras cien por ciento mejor —dijo Lek—. Kyoshi, tomaste un montón de… ¿Relámpagos? Honestamente, no sé cómo estás viva.

Se volvió hacia Rangi como si fuera su culpa por no saber lo que era Xu.

—Quiero decir, nunca he conocido a un Maestro Fuego que no seas tú. ¿Es algún tipo de truco sucio que ustedes sacan para ganar Angi Kai's o lo que sea?

—¡No! —Rangi protestó—. ¡El relámpago es una habilidad tan rara que apenas hay testigos vivos que puedan confirmar que existe! ¡Y los informes no mencionan que Xu era de la Nación del Fuego en absoluto! ¿Crees que dejaría que Kyoshi entrara en una pelea sin decirle todo lo que sabía de su oponente?

Kyoshi los vio discutir sobre la técnica secreta de Xu. Ella no había notado su color de ojos, pero entonces, no todos los Maestros Fuego tenían iris de oro descaradamente. Si había algo que

hubia aprendido recientemente, era que la hermandad *daofei* no requería lazos de sangre. Mok y Wai podrían haber jurado su hermandad a Xu sin ser sus parientes.

Un Maestro Fuego había acabado como el líder de una banda de forajidos del Reino Tierra. No era diferente a un Nómada Aire deshonrado haciendo lo mismo. Tal vez sus parentescos mixtos le hicieron entender que tales resultados eran tan raros de lo que la gente asumió.

—Oh, Kyoshi —gritó Rangi con repentina consternación—. Tus manos.

También habían sido las primeras heridas que notó después del duelo. Kyoshi los sostuvo para mostrar que se habían curado.

—Se sienten bien.

—Pero las cicatrices—. Rangi se envolvió los dedos con los de Kyoshi y se los trajo a la mejilla. Kyoshi se alegró de que se hubiera lavado bien.

—Tenías unas manos tan hermosas —dijo Rangi, acariciándole su palma—. Tu piel era tan suave y—

Lek tosió fuerte.

—Tengo una idea para eso. Vamos, pajaritos. Vamos de compras.

EL ASCENSO DE

Zigan no había sido particularmente amigable con los extraños la primera vez que entraron a comprar comida. Ahora a la luz de un nuevo día… era peor.

La gente del pueblo la miró con miedo y hostilidad en lugar de la grosería de antes. Puertas y persianas se cerraban de golpe mientras paseaban. Los residentes que no podían permitirse entradas tan bonitas agitaron vigorosamente sus alfombras colgantes y cortinas para enfatizar.

—¿Todavía tengo pintura en la cara? —Kyoshi dijo—. ¿Por qué nos miran así?

—Bueno, para empezar, muchos de Zigan vieron destellos de relámpagos y un pilar de viento y fuego de tu duelo con Xu —dijo Lek—. Y luego algunos de los *daofei* pasaron por la ciudad mientras huían, contando historias de un gigante con ojos de sangre que bebía el alma de su líder. Estos idiotas no necesariamente han dicho que tú seas el Avatar. Escuché a un comerciante decir que eras un dragón en forma humana, lo que explicaba el por qué podías volar y respirar fuego.

—¡Pero los salvé de los Cuellos Amarillos!

Lek se rio.

—Kyoshi, por una interpretación estricta del Código, ahora eres el líder de los Cuellos Amarillos. Song no es tonta, y se necesitó mucho para que *pensara* en ayudarte. Vio a una chica *daofei* que había desafiado a su hermano mayor por el control de su banda y ganó. Enfréntalo, hermana. Eres peligrosa.

Kyoshi se sorprendió de lo mucho que le irritaba. La primera hazaña heroica y desinteresada que había hecho como el Avatar, y estaba contaminada. El contexto ya se había desmoronado, dejándola no mejor que Tagaka, la reina pirata.

Pero entonces, ¿No había entendido esto desde el principio? Su legado era parte del costo que había estado dispuesta a pagar para llevar a Jianzhu ante la justicia. Siempre lo había sido. Era simplemente… un precio más alto de lo que había previsto.

Esa fue la historia que se repitió a sí misma cuando Lek los guio dentro de una tienda estrecha. El roce de una mano contra su rostro la hizo chillar. Era un guante, colgando sin fuerzas de un gancho en el techo.

Un anciano tan seco y estirado como las pieles que vendía se sentó en el suelo. Asintió con la cabeza a cada uno de ellos, sin el miedo o el desdén de los otros aldeanos.

Kyoshi pensó que sabía el por qué. Los peleteros y curtidores, campesinos que se ganaban la vida elaborando productos a partir de animales, eran considerados inmundos en muchas porciones del Reino Tierra. Era parte de la hipocresía que Kyoshi odiaba tanto. Personas de todos los estratos de la sociedad dependían y clamaban por tales bienes, pero despreciaban a sus vecinos que los hacían. Recordó las finas botas que Yun había usado ese día en la mansión, y le dolía el corazón.

—Estamos buscando un par de guantes para mi amiga —dijo Lek—. Tendrán que ser grandes, por supuesto.

El tendero hizo un gesto en una pared donde colgaban los ejemplos más grandes. Kyoshi apretó la mano contra el guante al final de la fila y negó con la cabeza.

—Tengo uno o dos más grandes, en la parte de atrás —dijo el anciano sin prisas—. Pero no serían buenos para el uso regular. No a menos que te imagines pelear una batalla todos los días.

—Creo que… —Kyoshi dijo— deberíamos darles una oportunidad.

Se movió alrededor, permaneciendo sentado, y rebusco en una pila. "La parte de atrás" de la tienda era simplemente lo que había detrás de él. Sacó una bolsa de piel agrietada y deshizo el cordón.

—Los hice para un coronel en ascenso en el ejército hace mucho tiempo —dijo—. El pobre hombre murió antes de que pudiera recogerlos.

Los guantes eran más como guanteletes. El cuero grueso y flexible se sujetaba a brazaletes metálicos brillantes que protegían las muñecas. Kyoshi los apretó y abrochó las correas. Los dedos estaban ceñidos, una segunda piel, y las porciones blindadas eran pesadas y tranquilizadoras.

No había manera de que estos guantes fueran aceptables en compañía educada. Su apariencia era agresiva, una declaración de guerra.

—Son perfectos —dijo Kyoshi—. ¿Qué te debemos?

—Tómalos —dijo el tendero—. Considéralo un regalo por lo que hiciste.

No dio más detalles. Kyoshi se inclinó profundamente antes de salir de la tienda, agradecida hasta la medula.

Había al menos una persona que veía la verdad.

Caminaron por la calle de buen humor. Kyoshi sacó a uno de sus abanicos y levitaba un guijarro. Podía hacer Tierra Control con sus guantes nuevos.

—Si tan solo fuera así de fácil encontrar zapatos que te queden —se quejó.

—Es mejor que ser bajito y flaco—dijo Lek malhumorado—. Si yo fuera de tu tamaño, ahora estaría gobernando mi propia nación.

Rangi se rio y apretó su brazo.

—Ay, anímate, Lek —dijo. Ella pinchó sus bíceps, trabajando su camino más alto. Te llenarás pronto. Tienes buena estructura ósea.

Lek se puso más rojo que la pintura facial que llevaban en la banda.

—Basta ya —dijo—. ¡No es gracioso cuando… agh!

Rangi de repente lo tiro hacia abajo por el brazo. Sus rodillas se arrastraron por la tierra. Era como si todo el cuerpo de Rangi se hubiera debilitado.

—¿Qué...? —Rangi murmuró, con los párpados batiendo como alas de insectos.

Lek gritó de nuevo y llevo rápidamente sus manos a la parte baja de su espalda. Mientras giraba en su lugar, Kyoshi vio un mechón de plumaje sobresaliendo de él. La pluma de una flecha. Instintivamente puso sus manos delante de su cara y oyó un fuerte *plink* metálico rebotando de sus brazaletes. Pero la parte posterior de su cuello estaba al descubierto, y una quemadura punzada aterrizó en su piel allí.

La sensación de líquido esparcido por su cuerpo. *Veneno,* su mente gritó mientras sus músculos se aflojaban. Lek trató de preparar una piedra para lanzar a sus atacantes, pero cayó de sus manos y rodó sobre el suelo. Kyoshi y él se derrumbaron en sus rostros como el *daofei* que había sido azotado por el shirshu.

Era diferente del incienso con el que Jianzhu la había drogado. Todavía podía ver y pensar. Pero el veneno estaba teniendo diferentes reacciones en sus amigos. Rangi parecía apenas consciente. Y Lek comenzó a tener arcadas y se ahogaba.

Pies corrieron hacia ellos. Pares de manos rápidamente agarraron a Rangi y la arrastraron lejos. Sólo a Rangi.

Kyoshi trató de gritar y gritar, pero el veneno tenía su agarre más fuerte en su cuello, donde había entrado por primera vez en su cuerpo. Sus pulmones forzaron la salida de aire, pero su caja torácica no emitió ningún sonido. Podía ver a Lek. Su rostro se puso rojo e hinchado. Se agarró a su garganta hinchada. Estaba teniendo algún tipo de reacción alérgica. No podía respirar.

Las lágrimas pasaron por la cara de Kyoshi mientras ella yacía a centímetros de distancia, indefensa, incapaz de salvar a otro chico de los venenos de Jianzhu. El polvo se volvió fangoso bajo sus ojos.

Pasó casi media hora antes de que pudiera arrastrarse a Lek y buscar un latido que no estaba allí.

Llegó a su edificio al mismo tiempo que Lao Ge, Wong y Kirima. Vieron el cuerpo de Lek en sus brazos y se tambalearon como si hubieran sido golpeados. Wong se desmoronó en el suelo y comenzó a sollozar, sus gemidos bajos sacudiendo la tierra. Lao Ge cerró los ojos y susurró una bendición una y otra vez sin parar.

Kirima estaba tan pálida como la luna. Ella le sostuvo algo a Kyoshi, con la mano temblando incontrolablemente.

—Esto estaba atascado en un poste en la plaza del pueblo —dijo, con la voz cruda y sangrando.

Era una nota: *Avatar. Ven a buscarme a la Villa Qinchao, sola*.

Anclado al papel en el que estaba escrito había un moño negro de pelo sedoso, crudamente cortado de la cabeza de su dueño.

EL REGRESO

Jianzhu se sentó junto a la cama de Hei-Ran en la enfermería. Estaba viva, pero aún no se había despertado.

Si alguna vez contara su historia en el futuro, documentando sus viajes y sus secretos, esta parte se destacaría como el camino más difícil que había recorrido hasta ahora. Asesinar a Hui y a los otros sabios en su propia casa no era nada. Beber el veneno él mismo para sospecha contundente, confiar en el entrenamiento que el maestro Amak lo había hecho pasar, así como Yun, no era nada. Un buen número de sirvientes también estaban muertos, los que habían usado el agua hervida sobrante que habían dosificado para sus propias tazas.

Nada. Nada de eso comparado con ver a su último amigo en el mundo recostado. Este sacrificio había sido el más difícil.

Habría repercusiones, que alterarían el paisaje del Reino Tierra. La costa occidental había sido diezmada de su liderazgo, especialmente por el mar de Mo Ce. Ciertamente, algunos de los sabios que habían bebido su té envenenado eran corruptos o incompetentes, pero muchos otros estaban tan comprometidos en traer fuerza y prosperidad a la nación como él. Tomaría tiempo para que los efectos fueran sentidos por la población común, pero las partes del país más alejadas de Ba Sing Se sin duda se habían debilitado en gran medida.

Habría un clamor en la capital. Investigaciones. Acusaciones. Pero Hui había puesto inadvertidamente las bases para que Jianzhu saliera limpio de este lío. Había identificado y acorralado a los sabios que no estaban completamente del lado de Jianzhu, incluyendo algunos que eran una completa sorpresa. Ese había sido el objetivo de decirle a Hui que había perdido al Avatar en primer lugar.

Si Hui hubiera sentido que los sabios restantes en la otra mitad del reino estaban fuera de su alcance para esta reunión, incluso con la maldita evidencia del Avatar corriendo con el *daofei,* eso significaba que esos funcionarios particulares eran verdaderamente leales a Jianzhu. Cuando llegara el momento de revelar el verdadero Avatar, estaría en una posición mejor y más segura, habiendo probado sus límites.

El chambelán había hecho exactamente lo que Jianzhu quería que hiciera. Sólo que, demasiado rápido y agresivo. Ese error de cálculo lo obligó a convertir su propia casa en un osario. Le había costado a Hei-Ran. Desenterraría los huesos de Hui y se los daría de comer a los cerdos.

Se levantó, sus rodillas todavía un poco temblorosas por los efectos persistentes del veneno, y rozó un largo mechón de pelo de la cara dormida de Hei-Ran. Su constitución, su fuego interior, le había salvado la vida, pero sólo por poco. Una vez que tuviera tiempo, dedicaría todos los recursos que poseía a curarla completamente.

Aunque, si hubiera estado despierta el último día o dos, ella ciertamente lo habría matado por lo que le había hecho a su hija.

Volvería a revisar el asunto más tarde. Ahora mismo tenía una reunión importante para la que prepararse.

Enterraron a Lek en un campo fuera del cementerio de Zigan en lugar de reclamar una de las parcelas no utilizadas dentro de sus fronteras. No hubiera querido descansar demasiado cerca de los moradores, explicó Kirima.

La cuadrícula de lápidas hacia un lado se asemejaba a un huerto, cada árbol gris e infructuoso tallado con el nombre y la fecha de su propietario. Kyoshi contó las filas, quemando en su memoria la distancia aproximada para que pudiera volver a este lugar en el futuro. Siguiendo la tradición de Si Wong, habían evitado cualquier marcador, teniendo cuidado de cortar el césped en tiras que podrían ser reemplazadas y reparadas. La gente del desierto consideraba el simple abrazo de la tierra el único honor digno de los difuntos, el silencio era el elogio más apropiado.

De pie sobre la tumba invisible de Lek, Kyoshi no pudo haber hablado con él de todos modos. Tenía la lengua de un animal en la boca, el aullido de una bestia en el pecho. Lao Ge tenía razón sobre que la misericordia tenía su precio.

Ella había mostrado a Jianzhu misericordia con cada pensamiento que pasó por su mente no dedicado a su destrucción. Cada sonrisa y momento de risa que había compartido con sus amigos había sido un acto de abandono. *Este* fue el costo de olvidar a Jianzhu, de no susurrar su nombre antes de cada comida, de no ver su forma en cada sombra. Y Kyoshi nunca dejaría de pagar por ello hasta que ella se enfrentara a él.

—¿Qué vas a hacer?

Kyoshi miró desde el parche de hierba que camuflaba a su hermano jurado. Kirima había hecho la pregunta, con los ojos rojos y duros. Wong y Lao Ge también esperaron una respuesta.

—Voy a terminar con esto —dijo Kyoshi, su voz era como si se rompieran las ramas y se rasgaran las telas.

—¿Qué hay de nosotros? —Wong dijo. Tenía la misma mirada encorvada y lastimera que cuando esperaba saber si el Avatar se quedaba o no con el grupo después de su huida de Hujiang.

Kyoshi tuvo que darle una respuesta diferente esta vez. Ella levantó la mano.

—Aquí es donde tenemos que separarnos —dijo.

La villa de Qinchao tenía un aire que muchos visitantes encontraban fuera de lugar. Más de la mitad de los habitantes pertenecían al clan de Chin, haciendo que los forasteros se sintieran como si estuvieran hablando con una persona y siendo vigilados por el mismo par de ojos, sin importar en qué parte de la ciudad hicieran negocios. Había un grado de riqueza estricta que llamó la atención de un conjunto de costumbres y días festivos extraños que no aparecieron en ningún otro lugar en el Reino Tierra, muchos de los cuales giraban en torno a muñecas y efigies, pequeñas para el hogar y grandes imponentes en la plaza para festivales públicos.

La gente de Quinchao era insular, incluso comparada con los Yokoyanos. Exaltaron su estatus con declaraciones al límite de la traición, como "Un ciudadano de Qinchao y un súbdito del Reino Tierra", donde el juego de palabras y el orden implicaban sus prioridades.

Hace mucho tiempo, Kyoshi y un grupo de otras criadas jóvenes habían sido autorizados unos días de permiso con chaperón para visitar Qinchao. Jianzhu les había advertido severamente que no se enredaran con la ley allí, para que no pasaran cosas malas antes de que pudiera rescatarlas. Las otras criadas se rieron y procedieron a abandonar Kyoshi con la tía Mui mientras corrían en grupo de calle en calle, probando vino por primera vez y coqueteando con actores en el teatro al

aire libre.

No pasó nada fuera de lo común. Volvieron a casa sanas y salvas.

Pero Kyoshi recordó la sensación de premonición que había tenido en ese entonces cuando entró en las puertas a través de las paredes circulares y se dirigió al centro de la ciudad en forma de lágrima. Había una oscuridad debajo de las calles limpias y los tonos fantasmales del pueblo que había sentido que irrumpirían en la superficie algún día.

Debe haber estado mirando hacia el futuro. Ese día era hoy. Y esa sombra de las profundidades era ella.

Caminó por la calle principal, despreocupada por las miradas que dibujó. Con su tocado añadiendo a su altura, su maquillaje hecho en una nueva capa de rojo y blanco, y los pesados brazaletes blindados atados sobre sus muñecas, parecía medio artista que había perdido a su compañía, y medio soldado sin su batallón. Atrajo la atención, abiertamente y sin dudarlo, como nunca lo había hecho antes en su vida.

Esto era ahora. Esta era su piel. Esta era su cara.

La joya de la corona del clan Chin era la gran casa de té de piedra en el centro de la ciudad. A diferencia de la destartalada casa de Madame Qiji con habitaciones para pasar la noche sobre una zona común, el establecimiento sin nombre era una estructura de tres pisos dedicada enteramente a la comida y la bebida, a la manera de las ciudades más grandes como Omashu y Ba Sing Se. Los residentes del pueblo pasarían toda la mañana allí, disfrutando de té y chismes. Era el lugar más obvio para que Jianzhu o ella esperara al otro.

Kyoshi bajó la cabeza y entró. El restaurante fue construido con el segundo y tercer piso como entreplantas, lo que permitía ver las mesas llenas de bulliciosa conversación lloviendo desde arriba. Los camareros llevaban bandejas de vapores de bambú apilados a través de los pasillos, gritando su contenido, haciendo una pausa cuando un huésped le hacía señas para colocar pequeños platos de dumplings relucientes en las mesas.

El hombre detrás del mostrador la miró boquiabierto y señaló el comedor. O eran asientos abiertos, o estaba demasiado sorprendido para negar su entrada. Vio una mesa en la planta baja que todavía estaba siendo limpiada y se acercó a ella. Las sillas chillaron contra el suelo mientras la gente miraba desde sus asientos. Un servidor que venía en sentido contrario casi dejo caer su bandeja y dio marcha atrás tan rápido como pudo.

Kyoshi tomó una posición frente a la puerta para que pudiera ver quién entraba y salía. Los platos sucios frente a ella desaparecieron como si fuera un espíritu de santuario que estaría disgustada con cualquier ofrenda desfasada que permaneciera demasiado tiempo. Una vez que la mesa estaba limpia, colocó una piedra redonda y lisa delante de ella. Entonces esperó.

Eventualmente, su quietud permitió a los otros clientes volver a sus negocios. La charla a su alrededor se intensificó. La música de los pájaros cantores se podía escuchar desde el segundo piso; una reunión de ancianos había traído jaulas ornamentadas para mostrar nuevos especímenes en sus colecciones el uno al otro.

Los clientes se presentaron a través de la entrada en el transcurso de la mañana. Tomó nota de sus complexiones, andares y rostros, esperando a que uno de ellos fuera Jianzhu. Era sólo cuestión de tiempo antes de que viniera.

Su antiguo empleador entró e inmediatamente la vio sentada en la mesa más lejana. Parecía ligeramente encorvado. Su hermoso rostro estaba pálido, demacrado, como si no hubiera comido o dormido en días. Su pelo y barba habían sido peinados, pero no a sus estándares impecables

habituales. Parecía mayor de lo que ella recordaba. Mucho más viejo.

Jianzhu se instaló en la silla frente a Kyoshi. Un camarero emprendedor, al ver que una persona normal se había unido a ella en la mesa, vino a preguntarles qué querían. Jianzhu lo envió a empacar con una mirada.

Los dos se observaron profundamente el uno al otro.

—Te ves terrible —dijo Kyoshi.

—Tú también —respondió—. El veneno shirshu no ha salido completamente de tu sistema. Me doy cuenta por la forma en que parpadeas un poco despacio.

Puso los codos sobre la mesa y se apoyó en sus manos, dándole una media sonrisa exhausta.

—¿Alguna vez te diste cuenta de que los animales no te estaban siguiendo, personalmente, para empezar? —dijo—. Les di el aroma de Rangi, no el tuyo.

—La estabas cazando todo el tiempo en vez de a mí —murmuró Kyoshi. Su crueldad estaba más allá de su comprensión a pasos agigantados.

Jianzhu se frotó la cara.

—Traerte de vuelta sin algún tipo de apalancamiento habría sido inútil. Nunca me habrías escuchado. Lo dejaste perfectamente claro antes de huir.

—Debería haber visto venir esto —dijo Kyoshi—. Tu traficas con rehenes. No eres mejor que un *daofei.*

Jianzhu frunció el ceño hacia ella.

—El hecho de que creas eso significa que necesitas una formación y educación adecuadas más que nada. Es hora de dejarte de tonterías, Kyoshi. Ven a casa.

—¿Dónde está Rangi?

—Ella esta… *en … ¡CASA!* —Jianzhu gritó—. ¡Donde *tú* deberías haber estado todo este tiempo!

Su arrebato no llamó mucho la atención de sus vecinos más cercanos. Un padre que estaba obviamente indignado con su hija por vestirse y huir. Nada que no hubieran visto cien veces antes.

Kyoshi dudaba mucho que Rangi estuviera paseando por los jardines de la mansión a su gusto, esperándola. Jianzhu había deshonrado gravemente a la Maestra Fuego cortando su cabello. Para evitar represalias, habría tenido que encarcelar a Rangi. O peor.

Kyoshi lucho contra la ira que atravesó su cuerpo. En una situación de rehenes necesitaba permanecer tan tranquila como pudiera. Pero su rodilla se estremeció un poco, en contacto con la mesa, haciendo que la piedra se tambaleara.

El ruido estridente que hizo llamó la atención de Jianzhu. Miró la roca redonda.

—¿Qué es esto? —dijo—. ¿Otro juguete infantil que recogiste mientras no estabas?

Kyoshi negó con la cabeza.

—Perteneció a alguien que debería participar en derribarte.

—Estamos perdiendo el tiempo aquí con tus juegos —espetó Jianzhu—. ¿Qué vas a hacer, si no es lo que te digo?

No podía vengarse en voz alta. Ahora que estaba lo suficientemente cerca como para extender la mano y poner sus manos sobre el cuello de Jianzhu, diciéndole a su cara que ella buscaba su muerte habría sido un conjuro inverso que minara su voluntad. Tenía miedo de que, si daba voz a su odio, se convertiría en polvo como una medicina que no se había usado durante demasiado tiempo.

—¿Ves? —Jianzhu dijo en silencio—. Viniste aquí sin un plan. Mientras que te diré

exactamente lo que voy a hacer si no te levantas, sales de aquí, y me sigues a casa—. Acercó su cara—. Voy a derrumbar este edificio y matar a todos en él.

Los ojos de Kyoshi se ensancharon. Su mente se saltó el debate de si lo hiciese y se centró en cómo podría. Sabía que no estaba mintiendo.

—Ese es el problema con estas estructuras hechas completamente de piedra —dijo Jianzhu—. Se rompen en lugar de inclinarse. Lo que los hace terriblemente vulnerables en los terremotos.

Kyoshi miró a su alrededor. El restaurante estaba lleno de gente de pueblo ajena sentada en pisos de piedra, sus espaldas en paredes de piedra, un techo de piedra sobre sus cabezas. En manos de Jianzhu, era una trampa mortal. Una fosa común a la espera.

La amenaza era tan real como podría ser.

—Estarías a la altura de tu nombre *daofei* —dijo Kyoshi.

Jianzhu se congeló. Kyoshi pensó que tal vez ella lo había insultado hasta el punto en que él olvidaría que necesitaba al Avatar, que él atravesaría la mesa y simplemente terminaría con su vida. Pero se tapó la boca con la mano y comenzó a temblar.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. Kyoshi tardó un tiempo en entender que se reía histéricamente. Nunca había visto su verdadera risa antes, y fue un ataque silencioso y espasmódico que reclamó todo su cuerpo. Ella se estremeció cuando él golpeo la mesa con el puño.

Con gran dificultad, Jianzhu se recompuso.

—¿Quieres saber cómo me gané ese nombre hace tantos años? —susurró, apoyándose en la confianza de un cómplice—. Es una historia divertida. Primero, hice un ejercicio con los pocos Maestros Tierra entre los Cuellos Amarillos. Me tomé mi tiempo con ellos. Entonces le dije al resto que quien cavara la trinchera más profunda para esconderse al atardecer sería perdonado, libre de regresar a sus hogares. Sólo los que se quedaban atrás serían asesinados.

Se rio satisfecho.

—Deberías haberlo visto. Cavaron tan rápido como sus miserables manos les permitieron. Algunos de ellos se mataron unos a otros por una pala. *Saltaron* a sus agujeros y miraron hacia arriba con pequeñas sonrisas engreídas pensando que serían los que *sobrevivirían,* no sus compatriotas.

Kyoshi quería vomitar. No había palabra para describir lo que Jianzhu era.

—Y ahí lo tienes —dijo—. Cinco mil tumbas frescas excavadas por sus propios ocupantes. Simplemente barrí la tierra por la cima. Como le expliqué una vez a un antiguo pupilo, la fuerza está en controlar a la gente a tu voluntad, no a los elementos.

Suspiró mientras guardaba el buen recuerdo con sus vecinos.

—Eres muy difícil de controlar, Kyoshi. Pero si no me das otra opción, después de que mate a todos aquí, tal vez tenga que ir a casa y cortarle la garganta a Rangi—

La última bala de Lek salió disparada de la mesa hacia la cien de Jianzhu. Se detuvo antes de hacer contacto. Jianzhu se meció en su silla por el esfuerzo de contrarrestar su Tierra Control, con una mano torcida en el aire. Con gran esfuerzo bajó la piedra de nuevo a la mesa, empujando contra ella todo el camino.

Estaba muy interesado por este giro de los acontecimientos.

—¿Cómo? —dijo mientras luchaban por el control de la roca—. Cuando te fuiste, te faltaba la precisión para controlar un pedazo de tierra tan pequeño.

El abanico de Kyoshi revoloteó debajo de la mesa, oculto de su vista. La tensión era mucho mayor para ella.

—Me uní con una multitud diferente —dijo.

—Hmph—. Jianzhu parecía ligeramente impresionado—. Bueno, espero que estés contenta con lo que has aprendido. Porque ahora has condenado a todos aquí—. Levantó la otra mano y tiró del techo hacia abajo.

Kyoshi lo igualo, trayendo a su segundo abanico por encima de la mesa. Un temblor pasó por el edificio y se calmó antes de que pudiera registrarse como un problema con los clientes. Tal vez un vagón muy pesado había pasado por aquí. El techo de la losa se quedó dónde estaba, aunque un goteo de polvo se desplazó sobre unas pocas mesas, causando gritos molestos desde el tercer piso.

A estas alturas, algunas personas los miraban, atraídos por sus posturas de Tierra Control. *Corran,* quería gritar a los espectadores. Pero no pudo. Todo su cuerpo estaba tenso hasta el punto de romperse, con la garganta congelada. Estaba tomando cada gramo de su esfuerzo para oponerse a la fuerza de Jianzhu.

Pero a medida que sus ojos se acercaban a los suyos, vio que parecía casi igual de agobiado. Sus hombros temblaban, como los suyos.

—Necesito darles a tus… —dijo él antes de interrumpirse. Probablemente iba a decir que necesitaba darles a los nuevos amigos de Kyoshi sus elogios. Pero no podía soportar hablar bajo la tensión.

Él se dio cuenta de que ella noto su pequeño momento de debilidad. Con una oleada de ira, apuntó su pierna hacia un lado y trató de volar la pared de apoyo. Kyoshi hizo un grito silencioso ya que el esfuerzo para mantenerlo intacto arrancó un músculo dentro de su cuerpo a lo largo de su caja torácica.

Luchó a través del dolor y logró mantener la destrucción en una sola grieta corriendo desde el piso hasta el techo. El muro se sostuvo.

La mandíbula de Jianzhu se flexionó. Enseñó los dientes. Kyoshi y él lucharon contra la quietud, con todo su ser encerrados en la oposición, una perversión de *jing* neutro donde sólo parecían no hacer nada. Las vibraciones comenzaron a crecer a través del edificio de nuevo, el ligero sonajero de tazas contra los platillos. Los clientes en la planta baja cercana podrían haber sospechado que esta chica y este hombre eran los culpables, pero su vacilación de moverse los mantuvo al alcance del peligro.

Los sonidos de la conversación se difuminaron y se ralentizaron, como si el aire en sí se hubiera congelado. Hombres y mujeres en la visión periférica de Kyoshi giraron la cabeza al ritmo de un caracol. Sus oraciones se extrajeron como gemidos.

Kyoshi podría haber estado presionando contra Jianzhu tan duro que ya no sabía lo que era real. Oyó un paso resonando en su oído, y luego otro.

Una figura camuflada caminó con propósito hacia su mesa. Ni ella ni Jianzhu podían moverse. Era como si una tercera presencia se hubiera unido a su lucha, apretando sus manos sobre su control entrelazado, apretando juntos.

La persona que se puso sobre ellos con toda la familiaridad del mundo arrojó su capucha hacia atrás.

Era Yun.

Si hubiera tenido la habilidad de respirar, Kyoshi se habría ahogado. Sollozó. Esto era un sueño y una pesadilla, sus más altas esperanzas y su tormento más cruel se unieron en una mezcla horrible y se arrojaron a su rostro. ¿Cómo había sobrevivido? ¿Cómo los había encontrado? ¿Por qué había vuelto, ahora de todos los tiempos?

El shock de Jianzhu al ver a Yun casi rompió el control volátil que tenía en la piedra que los rodeaba.

Kyoshi ya no podía saber quién tenía el control de que, con su control mezclado, sólo estaba segura de que, si liberaba la tensión moviéndose o hablando o parpadeando, todo el lugar caería. Los tres estaban encerrados en un delirio privado, una prisión de su propia creación.

Yun no dijo nada. Los miró con una sonrisa débil y beatífica. Su piel tenía el resplandor de un aventurero sano de vuelta de un viaje exitoso, rastrojos limpios que recubrían su mandíbula. Sus ojos brillaban con la misma travesura cálida que Kyoshi recordaba tan bien.

Nada de esto evitó que una sensación cegadora y nauseabunda de la maldad brotara de su cuerpo. La gente siempre se había sentido atraída por Yun como metal a una piedra imán, y Kyoshi no había sido la excepción. Pero había cambiado. Había algo esencial que faltaba en el ser de otro mundo frente a ella. Algo humano.

El chico que amaba había sido reemplazado por un andamio hueco, viento soplando a través de sus huecos. Los clientes cercanos que hasta ahora habían tolerado su extrañeza se alejaron de Yun como si fuera un cadáver en descomposición, raspando sillas sobre el suelo a toda prisa para crear distancia. No soportaban estar cerca de él.

Yun notó la bala en la mesa. Su presencia lo llenó de deleite y su rostro se iluminó como si hubiera visto el objeto antes. Se acercó y lentamente sacó la piedra para liberarla mientras Kyoshi y Jianzhu todavía luchaban por controlarla, arrancando la roca del agarre de un gran maestro y el Avatar de la Tierra. Para Kyoshi se sintió como si hubiera arrancado un agujero en el espacio vacío, había quitado la luna del cielo mismo. Casi podía oír un ruido de succión mientras la bala la dejaba a ella y a Jianzhu.

Aún sin palabras, Yun sostuvo la roca, asegurándose de que Kyoshi y Jianzhu pudieran verla. Luego puso esa mano en el pecho de Jianzhu.

Los ojos de Jianzhu se hincharon. Kyoshi sintió que su Tierra Control destello hacia afuera y se vio obligada a compensar. Yun suavemente puso su otra mano, todavía manchada de tinta negra, en la espalda de Jianzhu. Después de otro segundo, les mostró lo que había viajado entre sus palmas.

La piedra, ahora cubierta de sangre.

Yun no esperó a que Jianzhu terminara de morir. Hizo un guiño a Kyoshi y se volvió para irse. Jianzhu se tambaleó en su asiento, con arcadas de sangre, un parche rojo oscuro que se extendía desde el túnel en su pecho. Los camareros gritaron.

Era todo lo que Kyoshi podía hacer para contener la muerte de Jianzhu. Más grietas corridas a lo largo de las paredes, lo suficientemente grandes y fuertes como para atraer la atención de los clientes. En la puerta Yun se detuvo y miró a Kyoshi, al ver su coacción, cómo apenas sostenía la casa de té unida. Sonrió.

Y luego golpeó la mesa.

Los cimientos del edificio se levantaron y cayeron a sus órdenes. El impacto tiró a la gente al suelo. Kyoshi perdió su control en demasiada parte de la piedra, y el techo comenzó a desmoronarse. Yun desapareció.

EL ASCENSO DE Kyoshi

Un pedazo de roca del tamaño de una ventana se estrelló contra el primer piso, fallando por poco a un camarero. Podía sentir las marcas de una estampida que empezaba a formarse. Había demasiadas piezas colapsando a su alrededor. El mundo se estaba desmoronando ante sus ojos.

Lao Ge había insistido.

A pesar de sus protestas de que ella no necesitaba descubrir los secretos de la inmortalidad, él la había hecho unirse él en sus ejercicios diarios de longevidad. Ella le había dicho rotundamente que consideraba el hecho una tontería.

—Esto no es espiritualismo —dijo—. No tienes que creer. Simplemente tienes que practicar.

La había llevado a los mismos lugares en los que un gurú meditaría, las curvas de los ríos que fluyen, los tocones de árboles que una vez fueron enormes, cuevas aburridas en el acantilado. Pero también le había llenado el oído con tonterías contradictorias.

—En lugar de bloquear todo como lo meditarías normalmente, tómalo todo —dijo mientras descansaban en un prado en su camino a Taihua—. Observa cada brizna de hierba al mismo tiempo que notarias a todas ellas.

—¡Debería tener mil ojos para hacer eso! —ella espeto.

Él se encogió de hombros.

—O una cantidad infinita de tiempo. Cualquiera de los dos funcionaría—. Los acertijos nunca cesaron mientras se preparaban para el asesinato de Te.

—Divide tu cuerpo en dos —dijo, mientras ella practicaba e calentar y romper un pedazo de chatarra—. Entonces divídelo de nuevo, y luego otra vez, y otra vez. ¿Qué te quedaría?

—Un maldito desastre—. Se quemó la mano y gritó.

—¡Exactamente! —Lao Ge dijo—. Pon las piezas de nuevo, y vuelve a ponerlas una y otra vez, y otra vez una vez más, y estás entero una vez más.

—Un ser humano no es un bloque de piedra —dijo, mostrándole su pulgar enrojecido para enfatizar.

—Ahí es donde te equivocas. La ilusión de que el yo está separado del resto del mundo es el factor impulsor que limita nuestro potencial. Una vez que te das cuenta de que no hay nada especial en el yo, se vuelve más fácil de manipular.

Para Kyoshi esa había sido la lección más fácil de tomar. No era nada especial. Nunca había sido nada especial. Era un mantra en el que creía.

Sus ojos brillaban, pero sólo en un breve pulso. No necesitaba expresar su dominio sobre múltiples elementos como lo hizo durante su duelo con Xu. Sólo uno. La piedra era ella, y ella era la piedra.

Su mente estaba por todas partes, bailando a lo largo de las puntas de sus dedos. Dejaba ir a

sus abanicos, pero por ahora, no importaba. Kyoshi sintió la forma de cada pieza y cómo encajaba en la siguiente, por lo que era tan fácil volver a juntarlas. No habría podido decir si se refería a la casa de té o a su propio ser. Según Lao Ge, no había diferencia.

Hubo un tropezón de interrupción, casi como hormigas arrastrándose sobre su brazo. Los clientes de cada piso corrieron hacía las salidas. Ella los vio correr a lo largo de baldosas destrozadas sostenidas por nada más que su Tierra Control. Cada paso que daba la multitud en pánico era su propio y pequeño golpe, otro peso para catalogar. No fue un gran problema para ella.

Cuando el último de los ocupantes había huido, Kyoshi se levantó, manteniendo la forma de Puente de Hacinamiento con una mano levantada mientras metía sus ventiladores de nuevo en su cinturón con la otra. Miró a Jianzhu, desplomado. Su venganza englobada en un solo cuerpo. Parecía tan limitado y finito. ¿Cómo pudo un contenedor de este tipo haber sostenido el volumen de su angustia, su ira? Si algún sentimiento oprimía el entumecimiento de su unidad con la tierra que la rodeaba, era la de una niña engañada a la que le prometieron el final de su historia antes de dormir sólo para ver las velas apagadas y la puerta cerrándose de golpe. Era una chica sola en la oscuridad.

Decidió dejar a Jianzhu donde estaba, no por ningún rencor restante. El camino que la llevó a él simplemente había terminado.

Salió a la plaza. Había un medio anillo de gente a su alrededor, dando un montón de espacio, mirando con horror. No sabían quién era ni cómo les había salvado la vida. No le importaba.

Kyoshi soltó su enfoque, y el edificio gimió detrás de ella. La multitud gritó mientras la casa de té se derrumbó, enviando una ola de polvo sobre sus cabezas.

Los residentes civiles de Qinchao comenzaron a huir. Al mismo tiempo, oyó el estruendo de gongs y vio a los policías empujando su camino a través de las masas. Los oficiales sacaron sus espadas mientras se acercaban.

—¡No te muevas! —Gritó el capitán—. ¡Suelta las armas y tírate al suelo!

Miró a los hombres enrojecido y nerviosos aferrándose a su acero. Sin decir nada, ella dio pasos de polvo más y más alto, ignorando sus amenazas y gritos de asombro, hasta que voló sobre sus cabezas, hacia el tejado más cercano y hacia el cielo.

Había un árbol en el cruce de caminos que conducía a Qinchao. Tenía una sola extremidad dominante que se extendía hacia los lados, con una cadena oxidada y olvidada que rodeaba la rama. Kyoshi se preguntó qué había colgado del final de la cadena antes de que se rompiera.

Pengpeng rodó en el césped mientras la Compañía de Opera Voladora se sentaba en un círculo, de regreso de la misión que Kyoshi los había enviado. Una figura de pelo corto se puso de pie de un salto y corrió.

Rangi enterró su cara en el pecho de Kyoshi. Ella se estremeció y lloró, pero por lo demás estaba ilesa.

Kyoshi hizo trampa en la prueba que Jianzhu le había hecho. No había contado con que una simple sirvienta tuviera aliados tan firmes y tan bien versados en allanamiento de morada.

Mientras Kyoshi se enfrentó a Jianzhu en Qinchao, el resto de la Compañía de Opera Voladora allanó su mansión en Yokoya, usando los planos detallados que les había dado para rescatar a Rangi.

Pero había un cuerpo extra a la sombra del árbol. Reconoció a Hei-Ran, envuelta en mantas. La mujer mayor tenía una palidez fantasmal en su rostro que era difícil de ver. Con su semejanza familiar, Kyoshi no podía pensar en nada más que Rangi en un estado similar de impotencia.

—Kyoshi, mi madre —susurró Rangi, temblando en su agarre—. La encontramos en la enfermería así. No sé qué le pasó. ¡Abandoné a mi madre! *¡La dejé, y esto sucedió!*

—Ella estará bien —dijo Kyoshi, tratando de pasar la convicción de su cuerpo al de Rangi—. Juro que va a estar bien. Haremos lo que sea necesario para curarla—. Dejó que Rangi se recuperara en su abrazo, sus sollozos se desaceleraban hasta que se convirtieron en un segundo latido del corazón.

Kyoshi acarició la mata de pelusa que dejó el moño cortado. La Maestra Fuego se estremeció como si hubiera rozado una herida abierta.

—Debería llevar un saco sobre mi cabeza para que no me veas así —dijo.

No había una buena manera de explicar que a Kyoshi no le importaba ni un poco su cabello o su honor, siempre y cuando estuviera viva. De hecho, era más fácil para Kyoshi apoyar su mejilla en la cabeza de Rangi ahora, sin todos los alfileres afilados en el camino.

Después de darles tiempo a los dos, Kirima, Wong y Lao Ge vinieron.

—La operación tuvo éxito, obviamente —dijo Kirima—. Una vez que hayas rescatado a una persona de las entrañas de la mazmorra personal de un poderoso funcionario del Reino Tierra, los has rescatado a todos. Tenías razón. Jianzhu no parecía esperar que nos tuvieras de tu lado. Hizo las cosas un poco más fáciles.

—Puede que me haya ayudado a mí mismo con algunos objetos de valor al salir —dijo Wong. Sus gruesos dedos estaban cubiertos de nuevos anillos de oro y sellos de jade, incluyendo uno que le permitía una correspondencia directa y privada con el Rey Tierra.

Kyoshi no vio ningún problema con eso. Pero sus nudillos estaban abiertos y ensangrentados.

—¿Hubo una lucha? —preguntó.

—Nadie está muerto —dijo Wong rápidamente—. Pero tuve que obtener información a la antigua de algunos mercenarios vestidos con ropa de guardia. Puede que me haya excedido un poco por la borda. No me arrepiento.

Miró a Rangi en los brazos de Kyoshi y le dio una rara sonrisa.

—El Sepulturero tomó uno de los nuestros. Yo no iba a dejar que tomara otro.

—Hablando de eso, ¿Dónde está? —Kirima dijo—. ¿Se… se acabó?

Jianzhu estaba muerto. Pero Yun estaba vivo, un rayo incontrolable. Kyoshi no tenía idea de lo que había derribado a la madre de Rangi, ni qué le pasaría a Yokoya en el futuro sin su sabio guía.

Y a pesar de sus mejores intentos de ensuciar la posición, su dedicación a cometer toda atrocidad posible y actos de descalificación, ella seguía siendo el Avatar.

¿Se acabó? Kyoshi descubrió que no tenía respuesta a esa pregunta.

APARICIONES

El Templo del Aire del Sur era diferente a cualquier lugar que Kyoshi hubiera visto. Las torres blancas se extendían más allá de las cimas de las hebras de niebla. Los largos senderos serpenteaban como laberintos de meditación por las laderas hasta las entradas terrestres. Terneros de bisonte retozaban en el aire, adorables, gruñendo, pequeñas nubes de piel y cuernos. Ella no entendía cómo un pueblo podía desear ser nómada cuando tenían un hogar tan lleno de belleza y paz.

Kyoshi esperó en un jardín que se distinguía por su simplicidad y espacios abiertos en lugar de densidad y detalles caros, como las mansiones a las que estaba acostumbrada. La brisa, sin obstáculos por la hierba y la arena rastrillada, era una mordida crujiente contra su piel. El jardín colindaba con una pared del templo con grandes puertas de madera. Cada entrada estaba cubierta por tubos metálicos que formaban nudos en espiral y terminaban en un extremo ancho y abierto que se asemejaba a un cuerno tsungi.

Estaba sola.

Sus amigos habían ido por caminos separados. Kirima y Wong querían tomar un descanso del contrabando y permanecer ocultos por un tiempo, viviendo de la inyección de botín que habían robado de la mansión de Jianzhu. Prometieron mantenerse en contacto y mostrar sus rostros una vez que Kyoshi se hubiera establecido. Después de todo, eran los compañeros del Avatar. Sin duda podría perdonarlos por cualquier problema en que se metieran.

Lao Ge se negó a ir con ellos, alegando que necesitaba descansar sus huesos cansados. En privado, le dijo a Kyoshi que, como avatar y un importante líder mundial, ella estaba ahora en su lista de vigilancia. Sólo estaba medio bromeando. Pero no le importaba. Estaba bastante segura de que podía llevar al viejo a la muerte ahora.

Hei-Ran se había despertado. Rangi, luchando con cada palabra, le dijo a Kyoshi que necesitaba llevar a su madre al Polo Norte, donde vivían los mejores curanderos del mundo. Si hubiera una oportunidad para que se recuperara por completo, se encontraría entre los expertos de la Tribu Agua.

Eso significaba despedirse por quién sabe cuánto tiempo. Podrían y se encontrarían de nuevo en el futuro. Pero como Lao Ge había predicho, no serían las mismas personas cuando sucediera. Por mucho que Kyoshi quisiera quedarse con ella, en unos cuantos momentos congelados, la corriente que los llevaba adelante era demasiado fuerte.

Kyoshi había esperado hasta que sus amigos se fueran antes de hacer su movimiento, queriendo ahorrarles el caos que sobrevendría después de su revelación. Los Nómadas Aire a menudo aceptaban peregrinos de las otras naciones, permitiéndoles permanecer en los monasterios y conventos de forma temporal. Sin Jianzhu para oscurecer su vida, simplemente se unió a un grupo de viajeros desiguales que caminan por la montaña hasta el Templo del Aire del Sur.

Durante la orientación para sus compañeros laicos, se había presentado pidiéndole a todos que se retiraran. Frente a los monjes, había convocado un tornado de fuego y aire. El vórtice ardiente de doble elemento demostró su identidad más allá de toda duda, aunque el hecho de que casi hubiera quemado un árbol sagrado le recordó que todavía era una buena idea confiar en sus

abanicos un poco más.

Como ella esperaba, hubo una conmoción. Muchos de los abades mayores conocían a Jianzhu y conocieron a Yun. Su existencia causó un vuelco del orden acordado. Ella no era el pródigo del Reino Tierra, el niño al que se le había acreditado públicamente la destrucción de la amenaza de los piratas de la Quinta Nación.

Pero había una razón por la que había ido a los Maestros Aire en lugar de a un sabio de su tierra natal. El aislamiento y la santidad del templo proporcionaron una medida de protección a medida que la tormenta de su llegada aullaba fuera de sus muros. Aunque era una Maestra Tierra nativa, los Nómadas del Aire tomaron su relato escandaloso de los acontecimientos como una simple verdad, contada por el Avatar. Llevaban la ira y las fanfarronadas de los sabios de la Tierra que la veían como ilegítima, como si de alguna manera hubiera usurpado su posición al nacer, y le transmitieron mensajes con calma y gracia.

El consejo de los sabios del Templo del Aire del Sur no estaba interesado en beneficiarse de su presencia, ni en dictar lo que debía hacer a continuación. Parecían contentos de escucharla y cumplir con las peticiones que podían.

Además, a Pengpeng le gustaba estar de vuelta con un rebaño. Kyoshi le debía tiempo libre a la chica con su propia especie.

—¡Avatar Kyoshi! — Gritó alguien, rompiendo su ensueño. Miró hacia arriba.

Muy por encima de ella en un balcón, un joven monje alto saludó. Ella dio un paso atrás para darle espacio para aterrizar, y él saltó sobre la barandilla. Una ráfaga de viento frenó su descenso, ondeando sus túnicas naranjas y amarillas. Aterrizó a su lado tan ligeramente como Kirima en la casa de Madame Qiji, hace mucho tiempo.

—Disculpas, Avatar —dijo el monje Jinpa—. Las escaleras de la torre tardan una eternidad.

—He utilizado una parte justa de atajos arquitectónicos —dijo Kyoshi. Ella y Jinpa comenzaron a caminar por el jardín mientras hablaban—. ¿Cuáles son las novedades?

El monje Jinpa había sido asignado a ella como una especie de chambelán. Fue el líder del grupo administrativo del templo, manejando logística y finanzas cuando los Nómadas Aire se vieron obligados a lidiar con el mundo material. Incluso los monjes necesitaban a alguien que cuidara del poco dinero que terminaba en su poder.

—Las novedades… bueno, todo sigue siendo un desastre —dijo Jinpa—. La tragedia en Yokoya es peor de lo que temíamos. Dos decenas de la élite del Reino Tierra asesinada por veneno. Y algunos de los hogareños también.

Kyoshi cerró los ojos contra el profundo dolor. Sólo se había enterado por los apoderados de lo que había pasado en la mansión.

—¿Hay más detalles?

—Los investigadores enviados por el Rey Tierra creen que fue un acto de venganza por parte de un grupo *daofei.* De alguna manera se enteraron de una importante reunión de sabios y decidieron atacar con un nivel de descaro que nunca se había visto.

La madre de Rangi tenía que haber caído por los mismos medios. Y Kyoshi no sabía quién entre sus antiguos compañeros de trabajo seguía vivo. No sabía si la Tía Mui estaba viva. Tenía que volver a Yokoya lo antes posible.

—¿Qué has oído de Qinchao? —preguntó.

Jinpa arrugó la cara. El pobre monje estaba agobiado por tener tantas malas noticias pasando

a través de sus oídos. Como pacifista, no estaba acostumbrado a este nivel de muerte y caos.

—Los oficiales encontraron el cuerpo del Maestro Jianzhu. Un par de testigos han corroborado tu historia de que un joven lo mató a sangre fría. Pero muchos de los habitantes del pueblo no están convencidos de tu inocencia. Casi todos ellos sostienen que destruiste la casa de té.

Kyoshi no le había dicho a nadie que era Yun quien había vengado su propia muerte. Mirando hacia atrás, ella misma apenas estaba segura de ello. El encuentro había sido tan surrealista como el de la ciudad minera donde ella pensó que había perecido. En ambos casos había visto una entidad que no tenía esperanzas de entender.

—Está bien —dijo—. Dudo que vuelva a molestar a los Chins pronto. ¿Es la última de las noticias?

—Ah, no. La muerte del Maestro Jianzhu vino con una complicación.

Aunque hubiera sido totalmente inapropiado, casi estalla de risa. Seguro. ¿Qué otra complicación añadida a la pila?

—Parece que varios asociados cercanos, incluyendo el Rey Tierra y el Rey de Omashu, sostuvieron copias de su última voluntad sellada y testamento que se abriría en el evento de su muerte. Nombró al Avatar como el heredero de toda su herencia.

Kyoshi restó importancia a la revelación.

—Estaba entrenando a Yun para ser su sucesor en la protección del Reino Tierra. Tiene sentido.

El monje negó con la cabeza.

—El testamento se refiere a ti por tu nombre, Avatar Kyoshi. El Maestro Jianzhu envió las copias de los halcones mensajeros hace sólo unas semanas. En los documentos confiesa su gran error al identificar erróneamente al Avatar y suplica a sus colegas que le den todo su apoyo, como lo hace póstumamente. Sus tierras, sus riquezas, su casa ahora son tuyas.

Kyoshi tuvo que detenerse y maravillarse de cómo Jianzhu persistía en sus métodos desde más allá de la tumba. Era tan propio de él asumir el privilegio de una reversión repentina del curso, pensar que corregir un error era lo mismo que hacer las paces. En su voluntad, Jianzhu esperaba que, a petición suya, el mundo vería los acontecimientos como él lo hizo.

—Déjame adivinar —dijo Kyoshi—. Aunque esos documentos resolvieron por completo si soy o no el Avatar, ahora la gente cree que lo asesiné para heredar su riqueza.

Jinpa sólo podía levantar los brazos en impotencia.

—Es inusual que estuviera contigo en Qinchao en lugar de su casa tan pronto después del envenenamiento.

Los otros miembros de la Compañía de Opera Voladora lo habrían encontrado divertido. Al menos que le legaran la mansión no violó los juramentos *daofei* que había hecho. Tenía toda la intención de cumplir con el mismo Código que sus familiares jurados, vivos y muertos.

Ella se quedó en silencio mientras reanudaban su caminata. Se dijo que cada Avatar nació en tiempos apropiados, en una era que los necesitaba.

A juzgar por su inicio, la era de Kyoshi se vería empañada por la incertidumbre, el miedo y la muerte, los únicos dones que parecía capaz de producir para el mundo. La gente nunca la veneraría como lo hicieron con Yangchen o le sonreían como lo hicieron con Kuruk.

Entonces que así sea, pensó. Luchaba contra su mala fortuna, sus malas estrellas, y protegía a

EL ASCENSO DE Kyoshi

aquellos que podrían despreciarla hasta el final de sus días.

Llegaron a sus aposentos. Kyoshi les había dicho a los monjes que estaría perfectamente bien durmiendo en las mismas celdas llanas que el resto de los peregrinos, pero insistieron en darle la habitación reservada para la encarnación actual del Avatar. Era más bien una gran sala según sus normas. Las columnas de color naranja sostenían el techo, dándole la impresión de una arboleda interior, y el suelo de madera oscura estaba alfombrado con lana de bisontes finos, naturalmente desprendida y tejida en patrones de espirales de Nómada Aire. Había estaciones para ejercicios meditativos, incluyendo una piscina reflectante y una superficie de piedra en blanco rodeada de viales de arena de colores.

—¿Hay algo más que necesites en este momento, Avatar Kyoshi? —Jinpa preguntó.

De hecho, lo había.

—Me di cuenta del nombre del Maestro Kelsang en varios registros alrededor del templo —dijo—. Pero en un lugar de honor más bajo de lo que su experiencia sugeriría.

—Ah, una disculpa, Avatar, pero eso es un tema de las prácticas de Nómadas Aire. Verás, es costumbre mantener un nivel de separación entre los que han tomado una vida, directa o indirectamente, y los que han permanecido espiritualmente puros. También se aplica a nombres y registros.

Así que se trataba de que Kelsang no estuviera limpio. Así fue como los Nómadas Aire habían interpretado sus esfuerzos para salvar a los aldeanos costeros de las depredaciones de los piratas. Se preguntó dónde estaría el nombre de su madre en el Templo del Aire Oriental. Tal vez enterrado en el suelo con la basura.

Miró la expresión inocente y redonda de Jinpa. Sus hazañas en Zigan aún no habían llegado hasta aquí. Pensó en lo plenamente en control que había estado cuando dejó caer a Xu.

—Me gustaría que el nombre del Maestro Kelsang se restableciera a su estado estimado regular —dijo Kyoshi. La imperiosidad casual llegó tan fácil a ella. Odiaba cada centímetro que la empujaba a comportarse como Jianzhu. Pero era una herramienta tan eficaz en su arsenal, mejorada por su terrible reputación.

—El consejo de ancianos no estará complacido —dijo Jinpa, con la esperanza de que se retractara.

—Pero yo lo estaría —respondió Kyoshi—. De hecho, una estatua sería agradable.

Él era joven y lo suficientemente inteligente como para entender el nivel al que estaba operando. Se rio con resignación.

—Como usted quiera, Avatar Kyoshi. Y si tiene más solicitudes, hágamelo saber. Es lo menos que mis compatriotas y yo podemos hacer después de no acudir a su ayuda por tanto tiempo. Desgraciadamente estábamos en la oscuridad, junto con el resto del mundo.

Kyoshi inclinó la cabeza.

—Los Nómadas Aire no tenían la culpa de mis problemas.

—Me refiero a un 'nosotros' diferente—. Jinpa se rascó la nuca—. ¿Juegas a Pai Sho, por casualidad?

Kyoshi frunció el ceño ante su declaración críptica y su repentina tangente.

—De hecho, no —dijo—. No tengo gusto por el juego.

Jinpa tomó su declaración como la señal para irse. Se inclinó y la dejó a su soledad.

Kyoshi suspiró profundamente y se acercó a la piscina reflectante, donde un cojín yacía en la cabeza.

Se sentó en la pose que Lao Ge le había enseñado y cerró los ojos a mitad de camino, con las pestañas formando una cortina sobre su vista. Había pasado gran parte de su tiempo en el Templo del Aire meditando en este lugar.

Parecía un error llamarlo su lugar favorito. "El único lugar en el que podía estar en relativa paz" era más adecuado. Nadie le había advertido lo vacío que se sentiría tener un objetivo singular y verlo alcanzado. La reaparición de Yun, su ayuda, su nuevo y absoluto desprecio por la vida inocente, le roía los bordes y la impedía dormir.

Era más fresco por el borde de la piscina que el resto de la habitación. Ella sabía que era por la evaporación, pero hoy había un escalofrío. Su piel pinchada con piel de gallina y se estremeció.

—Kyoshi —oyó decir a un hombre.

Sus ojos se abrieron. Donde debería haber visto su reflejo en el agua, vio un contorno cambiante, todavía de una persona, pero ondulando entre docenas de formas, como si hubiera destrozado la superficie de la piscina.

—Kyoshi —oyó la voz de nuevo.

Una ráfaga de viento le hizo volar el pelo. Un manto de niebla se elevó de la piscina. Ella parpadeó, y había un hombre sentado en la parte superior del agua, frente a ella, reflejando su pose.

Estaba en sus treintas y era muy guapo. Llevaba las insignias de un gran jefe de la Tribu Agua, sus pieles azules oscuras compensando la palidez de sus ojos. Su cuerpo estaba adornado con los trofeos de un poderoso cazador, los dientes afilados de las bestias atadas alrededor de su cuello y muñecas.

—Kyoshi, necesito tu ayuda —suplicó.

Miró fijamente el espíritu del hombre que sabía que estaba muerto. El hombre que había sido amigo de Jianzhu, Hei-Ran y Kelsang. El hombre que había sido su predecesor en el ciclo Avatar.

—*¿Kuruk?*

CONTINUARA…

EL ASCENSO DE KYOSHI

KYOSHI STOOD HER GROUND.

"Give me the Avatar," she repeated. "Or I will put you down like the beast you are."

Tagaka spread her arms wide, telling her to look around them, at the field of ice they were standing on. "With what, little girl from the Earth Kingdom?" she asked. "With what?"

Kyoshi braced her stomach, filled her lungs, and slammed her feet into the Crowding Bridge stance.

A column of gray-stone seafloor exploded up from the surface of the ocean. It caught the hull of Tagaka's cutter and listed the ship to the side, tearing wooden planks off the frame as easily as paper off a kite.

A wave of displaced water swept over the iceberg, knocking pirates off their feet and smashing crates to splinters. Further out, the sea boiled. The groan of timber shattering against rock filled the air, as hideous as a chorus of wounded animals.

Kyoshi dropped to her knees, panting and heaving. Tagaka turned around. Her face, so controlled over the past two days, spasmed in every direction.

"What in the name of the spirits are you?"

nickelodeon.tv
tvPG/S-V/L

KYOSHI SE MANTUVO FIRME

—Dame al Avatar—, repitió— o te voy a derribar como la bestia que eres.
Tagaka extendió sus brazos de par en par, diciendole que mirara a su alrededor en el campo de hielo en el que estaban en pie.
Kyoshi preparó su estomago, lleno sus pulmones y posiciono sus pies en la postura de Puente de Hacintamiento.
Una columna del fondo marino de piedra gris explotó hacia la superficie del océano. Cogió el casco del cortador de Tagaka y lanzo el barco a un lado, arrancando tablones de madera del marco tan fácilmente como el papel de un cometa.
Una ola de agua desplazada arrasó el iceberg, derribando piratas y rompiendo cajas hasta dejarlas en astillas.
Mas lejos el mar hirvió.
El gemido de la madera chocando con las rocas llenó el aire, tan horrible como un coro de animales heridos. Kyoshi cayó de rodillas, jadeando y agitada
Tagaka se dio la vuelta. Su rostro, tan controlado en los últimos dos días, sufrió espamos en todas direcciones.
—En el nombre de los espíritus, pero ¿Qué...?